

A.J. ORTIZ

DIENTES DE LEÓN



Dientes de león

A. J Ortiz

A todas las mariposas que, aun en la distancia, han volado a mi lado hasta llegar aquí.

Capítulo 1

Campo abierto

Addison Cooper se asustó al escuchar el eco de un disparo y se le cayó la cámara al suelo, se agachó a recogerla y comprobó que el objetivo se había desprendido del resto del aparato. Acababa de batir su anterior récord, pues no había pasado ni un mes desde que sus padres le compraran una cámara nueva que sustituyera a todas sus maltrechas predecesoras, caídas en combate durante las expediciones por los parajes del pueblo.

Resonó otro disparo y entonces Addison decidió ir a investigar. Saltó entre los troncos talados y se movió por encima como si fuera un trapecista, y al escuchar un tercer disparo, aceleró el paso para salir del bosque. Seguramente, y para su disgusto, el hijo del *sheriff* del pueblo, Carter Carlyle Jr., estaría con sus amigos haciendo prácticas de tiro contra ardillas y otros inocentes animales del bosque, algo totalmente legal en el estado, no tanto como el uso de armas con tan sólo diecisiete años. Pero la ley era algo que importaba muy poco a Carlyle Jr.

Addison se colgó la cámara al cuello y agarró el objetivo para que no pareciera roto, corrió hacia campo abierto y localizó a Carlyle Jr. y otros tres chicos en el arcén de la carretera, ascendió la ladera, se acercó a ellos con sigilo y apretó el obturador para activar el *flash*.

—Ya os tengo —dijo triunfal Addison, que se guardó la cámara en la mochila rápidamente.

—¿Quieres tenerme del todo? —preguntó provocativo Carlyle Jr., que bajó su escopeta y se acercó a Addison contoneándose. Ella le amenazó con el puño, y él le lamió los nudillos.

—¡Asqueroso! —se quejó Addison, secándose la mano en el pantalón—. Deberías saber que vengo del bosque y he estado tocando de todo.

—¿Has tocado algún palo?

—Muchos.

—¿Los prefieres largos o cortos, finos o gruesos? —se burló Carlyle Jr.

sin obtener respuesta—. ¿Has meado?

—Quizás.

—Entonces es como si te hubiera chupado...

—Cállate, por favor —replicó ella, consciente de que por muy estúpido que fuera su oponente, él ya le había ganado la batalla dialéctica con su vulgaridad.

—¿Me has sacado bien en esa foto, quieres que la repitamos? —preguntó Carlyle Jr., que intentó agarrar la mochila de Addison, pero ella retrocedió y volvió a sostener el puño contra su cara—. Vamos, no te hagas la estrecha. Si estás aquí es porque querías vernos, somos lo único interesante en esta zona.

—Ahora somos la tercera mejor cosa a la que mirar —dijo Lewis, que apuntó con sus prismáticos hacia el pecho de Addison.

—No quiero romper mi cámara nueva enfocándola hacia tu cara, aunque estabas de espaldas la lente ya se ha rajado. Me la vas a tener que pagar.

—¿Aceptas cualquier forma de pago? —preguntó Carlyle Jr. mientras se desabrochaba el cinturón.

—¿Puedes dejar de comportarte como un perro en celo? ¿A qué estabais disparando? —preguntó Addison, que le quitó a Lewis los prismáticos y avanzó hacia el borde de la carretera para examinar el terreno—. No veo nada. Por suerte, tenéis una puntería de pena.

—Se nos da mucho mejor con otro tipo de pistola —se burló Reese, otro chico estúpido, que se tocó la entrepierna.

—Se habrá escapado mientras nos estabas distraendo —dijo Carlyle Jr., que recuperó los prismáticos bruscamente y miró a través de ellos en busca de su presa—. ¡No, no, ahí está, vamos!

Carlyle Jr. le devolvió los prismáticos a Lewis y los cuatro chicos corrieron hacia el poste de electricidad donde estaban aparcadas sus bicicletas, se montaron en ellas y emprendieron la persecución campo a través. Addison corrió ladera abajo tras ellos, intentando no perderles la pista mientras mantenía el equilibrio y evitaba tropezar con alguna piedra, pero vio un zapato de tacón rojo y se detuvo para cogerlo. Aquel tipo de zapato no era algo que soliese vestir alguna de las mujeres del pueblo, y mucho menos era un objeto natural de la zona. Sólo podía pertenecer a una persona, y si Addison estaba en lo cierto, ese alguien estaba en peligro.

Addison corrió hacia los árboles, pero cuando vio a los chicos volver hacia ella pedaleando a toda velocidad, se detuvo y levantó los brazos en señal de rendición. Carlyle Jr. vio que tenía el tacón en la mano y se lo quitó.

—Me quedo esto como recuerdo. Pero volveremos a por el trofeo completo, no pienses que hemos parado por ti —dijo amenazante Carlyle Jr., que dio una vuelta alrededor de Addison y encabezó la marcha de vuelta al pueblo.

Addison corrió hacia el bosque y se preparó para lo peor. No había escuchado ningún disparo después de que los chicos se adentraran en la zona, pero los que habían efectuado antes podían haber sido suficientes para herir de gravedad a Trisha. Addison la llamó a gritos, pero ella no respondió.

—¡Vamos, puedes salir, se han ido, de verdad, puedo ayudarte! —dijo preocupada Addison, que se detuvo a la espera de una respuesta. Sólo había hablado con Trisha una vez, cuando los Cooper visitaron como gesto de cortesía a las Williams para recibirlas en Dandelion Bay, pero Addison creía que ese encuentro había sido suficiente para demostrar que era de confianza, y además, la rivalidad entre ella y Carlyle Jr., herederos de los principales líderes del pueblo, era algo conocido por todos.

—Deja tus zapatos en el suelo y vete. Tengo una piedra y no me importará usarla.

Addison miró hacia todos lados, pero no podía ver a Trisha, que estaba subida en un árbol.

—No quiero hacerte daño, deja que te vea, sé lo que han hecho Carter y su panda de retrasados, les he hecho una foto, no pueden negarlo. Iremos al sheriff y se lo diremos, y si no quiere escucharnos, que es lo que suele hacer, entonces hablaré con el alcalde. Esto no puede volver a pasar. Vamos, ven.

—Hablas demasiado —dijo Trisha, que ya estaba detrás de Addison un buen rato.

—¿Te encuentras bien, te han dado? —preguntó Addison, que intentó acercarse a Trisha, pero ella empuñó la piedra más alto—. Oye, quiero ayudarte, estate quieto.

Trisha resopló con desdén y lanzó la piedra lejos. Addison decía querer ayudarla, pero no lo conseguiría si seguía tratándola como si fuera Troy, la identidad errónea con la que había nacido.

—*Quieta, estate quieta...* Gracias. Y perdón —dijo nerviosa Addison, que respiró profundamente y le tendió la mano a Trisha, pero ella no le devolvió el gesto.

—Tus zapatos.

—¿Y cómo vuelvo al pueblo?

—Has dicho que querías ayudarme, pues hazlo. No puedo ir hasta allí

descalza, pero tú todavía tienes calcetines —dijo Trisha, que se sentó en un tronco y esperó con las piernas cruzadas.

—¿No has traído zapatos normales?

—Sí, pero no sé dónde están ahora. Ya los habrán quemado.

—¿Dónde los viste por última vez? —preguntó preocupada Addison—. El fuego podría extenderse e incendiar el bosque entero.

—Ojalá pasara eso.

—No tiene gracia.

—Para mí sí. ¿Vas a darme tus zapatos o tengo que arrancártelos?

—¿Qué has venido a hacer aquí con tacones?

—Caminar con ellos en suelo firme es demasiado fácil, quería practicar sobre tierra.

Addison la miró con el ceño fruncido, esperó pensativa y decidió ceder a su petición.

—¿Te han pegado? —preguntó Addison, ofreciéndole su segunda bota sin llegar a soltarla.

—No han podido acercarse, por eso necesitan una escopeta. Si fueran tan hombres como dicen se atreverían a mancharse las manos y usar los puños.

—Hablando de manchas. ¿Te los has pintado tú? —preguntó Addison, señalando los labios manchados de rojo intenso de Trisha, que se puso la segunda bota y empezó a caminar hacia la carretera—. ¿Es... sangre? Lo siento.

—Sí, me los he pintado yo. ¿Pasa algo? —replicó Trisha, que aceleró el paso.

—Podría enseñarte a hacerlo bien. ¿Has traído un espejo? —dijo Addison, pero Trisha no respondió y empezó a correr—. ¡De nada! —dijo sarcásticamente.

Trisha resopló y se detuvo, volvió hacia ella, se dio la vuelta, se agachó y se tocó en la espalda, esperando que Addison se subiera a ella.

—¿En serio? —preguntó Addison.

—¿Se te ocurre alguna forma mejor de hacerlo? Si quieres puedo devolvarte las botas y ser yo quien vaya encima, pero tú eres todo huesos —replicó Trisha.

—Está bien, vamos —cedió Addison a regañadientes.

—Yo decido cuándo nos vamos. En cuanto llegemos al desvío te quedarás sola.

Addison se subió a la espalda de Trisha y ella se encaminó de vuelta a su

infierno particular, cargada con el peso de su salvadora y la vergüenza por haberse dejado ver tal como era.

—¿Cómo te llamas? —preguntó indiferente Trisha.

—¿No me recuerdas? Fui con mis padres a tu casa, te llevamos una cesta con productos del pueblo. O sea, una caja de latas de conserva.

—¿Eres Madison Cooper?

—Me llamo Addison, lo pone en mi chaqueta ¿Acaso no sabes leer?

Trisha guardó silencio y siguió su camino hacia fuera del bosque.

* * *

Treinta años después de su accidentado encuentro con Trisha en el bosque, Addison estaba intentando contactar con ella por tercera vez esa mañana. Su amiga había prometido avisarla para que la esperara en la entrada del pueblo y llegar juntas, pero Trisha no respondía, y la escasa cobertura de la zona tampoco facilitaba la comunicación con ella.

De repente, el móvil de Addison empezó a vibrar y se cayó desde el salpicadero hasta debajo del asiento del acompañante. Ella intentó cogerlo, desviando su atención de la carretera, que estaba desierta, pero al no poder alcanzarlo, decidió parar en el arcén.

—Déjame adivinarlo, otra vez tarde —dijo Addison.

—Depende de la franja horaria que estés usando. ¿Hora de la costa oeste o de Depravado Bay?

—Parece mentira que vayas a cumplir cincuenta años y aún sigas llegando tarde a una reunión. Tienes un caso grave de procrastinación.

—Te recuerdo que tú estás más cerca de cumplirlos que yo. Y no uses palabras cultas para llamarme retrasada con disimulo.

—Significa que evitas cumplir con tus obligaciones anteponiendo hacer el vago.

—Gracias, gracias. Pero tú todavía estás en el coche, puedo oírlo.

—Anoche, mientras estaba en el aeropuerto, me distraje un momento y perdí una maleta. No me siento demasiado orgullosa, pero conseguí que retrasasen el vuelo y por eso no pude dormirme, la culpa me atormentaba. Configuré varias alarmas al llegar al hotel, pero tenía tanto sueño que ninguna me ha despertado, así que esta mañana he llegado una hora y media tarde a recoger el coche y he tenido que alquilar otro.

—No tenías que contarme todo eso para responder... ¿Qué estaba haciendo tu asistente mientras tanto?

—No me ha acompañado, se quedó en Nueva York —mintió Addison, cuya asistente había dimitido un mes antes por impago.

Después de toda una vida dedicada a su carrera como corresponsal de asuntos políticos, una profesión que compaginaba con su papel de colaboradora de televisión en tertulias y debates, ponente en congresos periodísticos y escritora, en 2012, con la intención de enfrentarse a la latente crisis vital que sufría desde que había cumplido cuarenta años, Addison decidió dar un giro radical a su vida y se sumó a la moda de publicar novelas de componente erótico, aprovechando todo su conocimiento sobre los aspectos de la vida privada de los agentes del entorno político para nutrir sus relatos, que tuvieron un recibimiento irregular.

Tras completar con dificultad su trilogía literaria intentó recuperar su antiguo puesto de trabajo, pero la nueva imagen que el público tenía de ella le impedía reinsertarse, por lo que tuvo que conformarse con un pequeño escritorio en el departamento de redacción, rodeada de jóvenes recién salidos de la facultad, preparados para desenvolverse en un ecosistema renovado ya casi desconocido para Addison, y capaces de todo por estar al pie de la noticia.

Pero eso no era suficiente para ella, tenía que devolver su nombre a la primera plana, así que usó su última y mejor baza: su biografía.

Casi treinta años después del incidente que convirtió a Dandelion Bay, un idílico pueblo costero de tradición turística, en un punto negro en el mapa del país, Addison se aventuró a contar en primera persona toda la verdad sobre lo que se había vivido allí, incluyendo en su libro los testimonios de sus mejores amigas, que junto a ella, y con tan sólo diecisiete años, fueron el enemigo público número uno de todo el pueblo por atreverse a contar la verdad.

Ahora, Addison estaba ansiosa por mostrarles a sus amigas el resultado de su nueva obra y poder transmitir la historia que había estado atormentándola durante toda su vida, pero sin olvidar el aliciente de la cuantiosa recompensa que le permitiría recuperar su elevado estilo de vida.

—¿Llevas gafas de sol? —preguntó Trisha al otro lado de la línea.

—No ¿Para qué las quiero? Estará nublado todos los días.

—Créeme, las vas a necesitar. He llenado la maleta de lentejuelas, brillantes, dorados...

—No deberías, ya vamos a llamar suficientemente la atención con tan

sólo aparecer por allí.

—No me importa, saldré a la calle en bragas si quiero, a lo mejor así mataré de un infarto a unos cuantos.

—Por favor, no te pases —dijo seriamente Addison, previendo que tendría que hacer las veces de abogada defensora de Trisha durante toda la semana.

—Ya no hay vuelta atrás, este desfile voy a hacerlo subida en los tacones más divinos que tengo. Voy a colgar, mi chófer ya vuelve del baño. Nos vemos en el infierno —dijo Trisha.

—Sí, hasta pronto —respondió Addison antes de finalizar la llamada, y entonces vio que estaba delante del cartel de bienvenida a Dandelion Bay.

Durante la media hora siguiente, antes de llegar a la zona urbanizada del pueblo, Addison pensó en la actitud con la que podrían recibirlas sus antiguos vecinos. La reducida población actual estaba compuesta en su mayoría por parejas jóvenes que, atraídas por el atractivo natural de la zona y el devaluado precio de las viviendas, habían decidido dejar atrás la vida urbanita y retirarse a la costa. Pero los pocos habitantes históricos que se habían quedado allí después del éxodo masivo de 1989 tenían más presencia que ninguno.

La visita de las coautoras de *Hidden Witnesses* había sido anunciada como un evento que no podía pasar desapercibido para los fanáticos de la leyendas negras del país, lo que permitiría revitalizar el pueblo convirtiéndolo en una macabra atracción turística, por eso el equipo de representación de Addison había negociado con el nuevo alcalde del lugar para convocar a todos los medios posibles y obtener el máximo beneficio al regreso de las asenas simbólicas del pueblo.

Pero ningún medio había confirmado su cobertura, y tampoco había clubes de seguidores de Addison interesados en hacer un viaje de más de tres horas desde el aeropuerto más cercano, teniendo que pasar por una autopista de pago antes de adentrarse en un laberinto de carreteras secundarias.

A pesar de haber fracasado en su intento de campaña publicitaria y turística, el alcalde Porter Clark había preparado una recepción en el aparcamiento del ayuntamiento, con un modesto banquete de productos típicos del pueblo, una mesa para la firma de libros, y una zona de posados para poder hacerse una foto con la antigua habitante más relevante del lugar. Pero la lluvia, otro residente con fuerte presencia, había ahuyentado a los escasos vecinos que habían acudido a la fiesta.

Addison llegó frente al cruce que llevaba hacia el ayuntamiento y vio un amplio cartel de bienvenida ondeando descolgado de lo alto de una farola. Debajo de un árbol se encontraban dos hombres vestidos de traje, resguardados bajo el mismo paraguas, y una mujer mayor con el pelo rapado y un colorido vestido holgado, que empezó a dar saltos y agitar los libros que tenía en la mano cuando vio llegar a Addison.

El hombre más alto, que se dejaba proteger de la lluvia por otro más mayor que le llegaba por los hombros, fue al encuentro del coche de Addison, pero ella aparcó junto al ayuntamiento y corrió dentro del edificio sin esperar a sus anfitriones.

—¡La que está cayendo! Hasta la nubes lloran de la emoción por verla de nuevo aquí —dijo el alcalde Clark, que cerró la puerta de la entrada sin esperar a que su compañero pasara, provocando que el hombre se quedara fuera junto a la señora mayor—. ¿Dónde está Griffin?

—Lo ha dejado atrapado ahí fuera —respondió Addison, que intentó abrir la puerta, pero estaba bloqueada.

—Para quedarse encerrado tendría que estar *dentro* de un lugar —dijo Clark divertido.

—Espere, tengo que abrirla desde aquí —dijo a Addison la joven recepcionista, que pulsó brevemente el botón para abrir la puerta.

Addison tiró del agarrador, pero la puerta no se abrió, insistió y sólo consiguió hacerse daño en la muñeca.

—Tiene que empujar hacia fuera —dijo Clark.

—Ya lo sé, conozco esta puerta como si fuera la de mi casa.

—Empuje mientras escucha el zumbido —dijo la recepcionista, que pulsó de nuevo el botón.

Addison empujó con fuerza y abrió la puerta, el hombre que estaba fuera se apartó para evitar ser golpeado y entonces entró corriendo para quitarse la chaqueta del traje mojada.

—Por Dios, Clark, ya me he duchado esta mañana, podrías decirme que huelo mal de otra manera más sutil —dijo Griffin Robinson, contable y teniente de alcalde de Dandelion Bay, que se secó la mano en el pantalón y se la tendió a Addison, que se la estrechó reticente.

—No te quejes tanto, al menos a vosotros dos no se os va a encrespar el pelo —replicó Clark, que se repeinó sus rizos engominados hacia atrás mientras señalaba la calva de Robinson y la cabeza de Marcia Grey, que también tendió la mano a la recién llegada.

—Ya sé que estoy mojada y puede parecer fuera de lugar, pero ¿Podría darle un abrazo? —dijo Marcia a Addison.

—Oh, sí, no importa, se lo ha ganado —respondió Addison, entonces Marcia le pasó sus libros a Robinson y se aferró con fuerza a Addison, clavándole en la espalda sus anillos de piedras y pulseras de abalorios.

—Bueno, bueno, dejad de atosigarla, tengo que darle una bienvenida como se merece —dijo Clark, que le quitó los libros a Robinson para devolvérselos a Marcia—. El doctor Livingston, supongo —bromeó, haciendo una leve reverencia y tendiendo la mano a Addison, que se la estrechó rápidamente.

—Usted debe de ser el alcalde Clark, encantada —dijo Addison.

—Puede llamarme Porter, hay confianza. ¿Cómo le ha ido el viaje de regreso a casa?

—Ha sido más bien un viaje atrás en el tiempo, nada ha cambiado mucho por aquí —respondió Addison, que miró a su alrededor y comprobó que el ayuntamiento, el lugar que había visitado casi cada día hasta los dieciocho años, estaba igual que cuando lo vio por última vez. Todo el pueblo, sus edificios, calles, incluso el olor a agua salada y el humo de las chimeneas le producía la incómoda sensación de estar reviviendo un mal recuerdo, como si se encontrara ante una cápsula del tiempo que prefería no haber tenido que abrir.

—Gracias por el cumplido, mantener la esencia de este lugar ha sido el principal objetivo de mi lista, el lema de mi campaña —dijo halagado Clark, que se recolocó la chaqueta del traje y señaló con la mano hacia delante para que Addison le acompañara a su despacho.

—Debería ir al hotel cuanto antes, estoy empapada y tengo mucho que hacer —dijo Addison, que intentó salir del ayuntamiento, pero Clark le cortó el paso agitando las manos.

—Oh, pero espere un minuto, voy a por mi botella especial de licor de pino, así podrá sentir una calurosa bienvenida también por dentro... No me malinterprete... Ahora mismo vuelvo —dijo Clark, que corrió hacia su despacho.

—Encantado de conocerla, espero que su visita sea agradable —dijo mecánicamente Robinson, que fue hacia su despacho también, dejando a Addison a solas con Marcia, que se acercó con los libros abiertos, esperando a que se los autografiara.

—Para Marcia Grey, *con aprecio*. O *con cariño*, si no le parece

demasiado —dijo Marcia, ofreciéndole a Addison un lápiz artesano para que firmara.

—¿Lo ha hecho usted? —preguntó Addison, observando la inscripción con el nombre del pueblo en el lápiz.

—Sí, con estas manos y todo lo que me ofrece esta tierra. Tengo una tienda de antigüedades y recuerdos entre Chowder Bowl y la marroquinería, si se pasa por allí con sus amigas, les regalaré cualquier pieza que elijan, sólo tienen que pedirlo.

—Gracias, se lo sugeriré. Nos vemos —dijo Addison, que salió del ayuntamiento.

Nada más subirse en el coche, vio al alcalde correr tras ella empuñando la botella de licor y el paraguas. Addison bajó la ventanilla, pero volvió a subirla en cuanto la lluvia empezó a salpicar el asiento contiguo.

—¡Vuelva dentro, si conduce ahora por el pueblo puede terminar saliéndose de la carretera! He intentado conseguir una partida de presupuesto para renovar las vías públicas, pero el consejo no termina de decidirse.

—De verdad, tengo que ir al hotel cuanto antes, me están esperando.

—¿Podríamos reunirnos esta tarde? Me gustaría hablarle de un proyecto conjunto con la edición local del Daily Spot, sería una entrevista con fotoreportaje...

—Sí, estaría bien, pero mejor hable con mi agente. ¿Tiene su número, no?

—Sí, es un hombre muy profesional, pero ya que usted está aquí en persona... —dijo Clark, que se apoyó contra la ventanilla, haciendo chocar la botella de licor contra el cristal—. Sí, le llamaré, definitivamente. Pero una cosa más... Soy un gran fan de su bibliografía, y la verdad, estaría encantado de poder leer aunque fuera sólo el prólogo de su magnífico libro y...

—Lo siento, gracias por el cumplido, pero nadie podrá leerlo hasta que esté publicado. Orden de la editorial, ya sabe... —dijo condescendiente Addison.

—Lo entiendo, pero tengo entendido que sus amigas van a revisarlo para darle el visto bueno y comprobar que todo esté en orden. Creo que en nombre de todos mis conciudadanos, como representante de esta comunidad, y mi compromiso para con ellos, yo también debería revisar ese borrador ¿No cree? —dijo Clark, que pegó la cara en el cristal para hacerse oír.

—La verdad es que no lo creo oportuno —respondió Addison sonriente.

—¿Le importaría bajar la ventanilla? No puedo oírla bien. Mejor vayamos a mi despacho, allí puede...

—Tengo que irme, gracias por todo.

Addison arrancó el motor, comprobó que Clark seguía pegado a la ventanilla y se despidió con la mano.

—No queremos tener problemas —dijo Clark, sonriendo ampliamente para disimular la seriedad de su advertencia—. Estoy seguro de que en eso sí estamos de acuerdo.

Addison ignoró al alcalde y reanudó su camino hacia el hotel.

Capítulo 2

La carretera

Connie Jones estaba tan centrada en gritar al teléfono las órdenes que debía cumplir su ayudante en Seattle que no se percató de la ristra de púas que solían colocar los ayudantes del *sheriff* en la carretera para forzar el fomento del turismo en el pueblo.

—¡Has pinchado! —dijo Margaret Graham desde el asiento trasero, intentando sujetar las maletas que se movían sin control a ambos lados de ella.

—¿En serio? ¡No me he dado cuenta! —dijo irónicamente Connie, que intentó recuperar el control del coche, pero el vehículo terminó atravesando el carril contrario y se quedó atascado en el barro que cubría el arcén.

—Oh, ahora encima llueve, se me va a poner el pelo hecho un asco. A ti no te pasa nada, con ese alisado japonés de nacimiento... Espera, el tuyo es un alisado chino.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la ayudante de Connie al teléfono.

—Shelly, acabo de salirme de la carretera, estoy atascada en el barro, con un loro rubio poniéndome de los nervios, y siete reuniones pendientes a trescientos putos kilómetros de distancia ¡¿De verdad preguntas si estoy bien?! —dijo Connie, que golpeó el volante, abrió la puerta y vio que debajo sólo había barro, así que volvió dentro y pasó por encima del asiento del acompañante para salir por el otro lado.

—No seas tan dura con ella, podría envenenarte el café como venganza... —dijo Margaret en voz baja.

—¿Quiere que llame a una grúa? Puedo enviarles su localización actual si activa la aplicaci... —se ofreció la ayudante, pero la cobertura empezó a fallar y la llamada se cortó.

—Vaya malgasto de móvil, dime ahora qué diferencia marca la manzanita del logo, a la hora de la verdad te deja tirada como todos —dijo Margaret, que se puso la capucha del impermeable y salió del coche—. Por no hablar del coche, con lo que vale, creo que un Audi debería poder pasar por encima de lava.

Connie fue al maletero y sacó sus dos maletas, que ocupaban todo el espacio, las dejó en el asiento del acompañante y volvió atrás para sacar la caja de herramientas, aunque no supiera cómo cambiar una rueda.

—Tú, muévete por ahí y busca cobertura, avisa a Addison de que llegaremos tarde —dijo Connie, que abrió la caja de herramientas en busca de un manual de instrucciones, pero sólo encontró las herramientas y un par de *walkie-talkies* que supuso que habían pertenecido a su exmarido.

—¿No prefieres que te cubra? —preguntó Margaret, que estaba tras ella con el impermeable abierto.

—Vete.

Margaret obedeció y se paseó alrededor del coche con su móvil en alto, pero la aparición de una barra indicadora de cobertura fue tan fugaz que no tuvo tiempo para marcar el número de Addison. Decidió probar alejándose del coche por si la energía negativa de Connie estaba interfiriendo en las señales del satélite, pero lo que encontró fue la colección de púas que iba de lado a lado de la carretera.

—¡Connie, ven a ver esto! —dijo Margaret, que golpeó con el pie la trampa para llevarla hacia el arcén.

Connie estaba empeñada en descubrir el funcionamiento del diminuto gato hidráulico que había encontrado en el bajo fondo del maletero, pero perdió la paciencia de nuevo y lanzó el aparato contra una rueda, provocando que le salpicara barro al pantalón.

—¿Te ha respondido?

—No has pinchado las ruedas, te las han pinchado —dijo Margaret, que levantó la ristra de púas y la agitó.

—¡¿Pero qué cojones...?! —dijo fuera de sí Connie, que corrió hacia Margaret, vio lo que había provocado su accidente, y empezó a dar vueltas de un lado a otro de la carretera, agitando los brazos, intentando contenerse.

—Tranquila, el seguro te dará una buena indemnización por esto. Espero que te acuerdes de mí... Podría fingir que me he lesionado el cuello cuando nos hemos salido.

—¿Por qué tiene que pasarme esto? ¡¿Por qué?! —

—Querida, no todo puede salirte bien, es un fenómeno conocido como... Lo leí en una revista, creo que se llama... vida.

—Cállate —dijo Connie, amenazando a Margaret con el dedo.

—No creo que estemos muy lejos del pueblo, podemos ir a pie.

—No pienso abandonar mi coche aquí en medio. Si quieres irte, vete, no

pienso retenerte.

—¿Y si quien ha puesto eso ahí está todavía cerca? Si me pasa algo serás la responsable. En esta parte de la película es peligroso separarnos.

Connie volvió junto al coche y sacó las maletas de su amiga de los asientos traseros, mientras Margaret colocó el gato hidráulico bajo el lado derecho del coche y empezó a hacer que se elevara, lo que provocó que se hundiera aún más en el barro por el lado izquierdo.

—¿Qué estás haciendo?! —espetó Connie, que salió al encuentro de Margaret.

—Perdón, perdón, sólo intentaba ayudar —respondió Margaret, que levantó las manos en señal de rendición y se apartó del coche.

Connie pateó las maletas de Margaret hacia ella y después la empujó hacia delante para que emprendiera su viaje a pie, pero el móvil de Connie empezó a sonar y Margaret se puso junto a ella con las solapas de su impermeable desplegadas para proteger el aparato de la lluvia.

—Por favor, decidme que estáis escondidas para darme una sorpresa —dijo Addison al otro lado de la línea.

—Se me han pinchado dos ruedas —respondió entre dientes Connie.

—Pues cámbialas como hace todo el mundo —replicó Addison.

—No sabe hacerlo —dijo divertida Margaret, acercándose al móvil de Connie, que la apartó de un empujón.

—Ella tampoco sabe. Por favor, ven aunque sólo sea para llevártela, yo me quedaré aquí hasta que consiga contactar con mis abogados.

—¿Para qué necesitas un abogado ahora mismo? —preguntó Addison.

—Había una tira de clavos en mitad de la carretera, eso es lo que me ha hecho pinchar. Quien haya hecho esto me las va a pagar.

—Supongo que es su manera de daros la bienvenida. Mi llegada tampoco ha sido agradable —se lamentó Addison—. De acuerdo, iré a por vosotras. ¿En qué zona estáis?

—En la carretera principal, en algún punto intermedio entre ninguna parte y el puto culo del mundo.

—Se ha perdido, he tenido que indicarle el camino yo —dijo Margaret.

—Mi GPS ha decidido inmolarse poco después de salir de Portland, y apenas hay conexión a internet. Date prisa, por favor.

—No, espera, ya no hace falta, aquí viene la policía —dijo Margaret, señalando hacia delante de la carretera, por donde se acercaba un coche patrulla de Dandelion Bay.

—Parece que viene alguien para ayudar —dijo poco convencida Connie.

—Estate tranquila, todo saldrá bien —se despidió Addison.

Mientras Margaret agitaba los brazos para llamar la atención de los agentes, Connie aprovechó la repentina cobertura de su móvil para reanudar la comunicación con su ayudante, pero en cuanto la chica respondió, la llamada se cortó. Connie le gritó con todas sus fuerzas al móvil y lo levantó para estrellarlo contra el asfalto, pero Margaret le agarró la mano.

—No, de ninguna manera, no vas a romper un móvil de más de setecientos cincuenta dólares delante de mí, ni hablar. Si no lo quieres, por muy inútil que sea, lo aceptaré encantada —dijo Margaret, forcejeando para conseguir el aparato. Connie pareció ceder y dejó que Margaret ganara, pero en cuanto su amiga empezó a agitar los brazos para celebrarlo, ella se lo quitó.

El coche policial aparcó en el lado contrario del carril y salieron dos agentes, uno fue a colocar el triángulo de aviso delante del coche de Connie, mientras que el *sheriff* Carter Carlyle Jr. se acercó a sus antiguas vecinas.

—Buenos días, señoras. ¿Saben que no señalar un estacionamiento de emergencia es una falta leve? Por no hablar de las maletas que impiden la fluidez del tráfico —dijo Carlyle Jr., que se paseó por delante del coche atascado.

—Buenos días serán para usted, agente, yo y mis dos ruedas delanteras acabamos de encontrarnos con una trampa mortal en mitad de la carretera, una carretera que está dentro de su jurisdicción, agente... —dijo Connie, que se acercó a Carlyle Jr. para mirar su placa, descubriendo quién era su interlocutor—. Carlyle... —murmuró incómoda.

—Shawn, ve a ver qué es esa trampa de la que habla esta señora —indicó Carlyle Jr. a su ayudante, que fue a recoger la ristra de púas que Margaret le señaló.

—¿Carl? —preguntó extrañada Margaret, que se acercó al *sheriff* para comprobar que de verdad estaba ante su primer novio.

—Prefiero que me llamen *sheriff* Carlyle, o simplemente... ¿Cómo sabe mi apodo?

—Carter, soy Margaret. Margaret Graham —respondió Margaret, que se señaló a la cara y sonrió, esperando a que él la reconociera.

Carlyle Jr. entrecerró los ojos, frunció el ceño y miró fijamente a Margaret. Analizó su melena rubia ondulada, sus grandes ojos color avellana y su ligeramente molesta voz aguda, y aunque no iba vestida completamente de rosa claro como solía hacer treinta años antes, terminó reconociéndola.

—Margaret —dijo falsamente sorprendido Carlyle Jr., como si no hubiera estado esperando ansioso la llegada de Addison y sus amigas desde horas antes. Había perdido la oportunidad de sacar de la carretera a la escritora, pero las dos siguientes integrantes del grupo habían caído en su trampa, y aunque preferiría no haber tenido como víctima a Margaret, a la que aún tenía cierta consideración, había podido derrotar a la siempre perfecta Connie Jones—. Vaya, así que Margaret Graham está de nuevo en casa —añadió mientras le estrechaba la mano y se giraba hacia Connie—. Supongo que tú serás Constance Jones.

—Sí, la misma —respondió secamente Connie.

—¿Y qué se os ha perdido por aquí después de tantos años?

—Hemos quedado para una especie de fin de semana de chicas. Una semana entera más bien —respondió Margaret, que empezó a llevar sus maletas al coche patrulla.

—¿Adónde vas, Margaret? —preguntó Carlyle Jr.

—Pensaba que ibas a llevarnos al pueblo...

—No, no puedo llevaros en el coche patrulla a menos que vayáis detenidas.

—¿Puedes al menos avisar a una grúa? —preguntó Connie, mostrándole su móvil sin cobertura.

—De hecho, ya la he avisado, pero Gabe no vendrá hasta por lo menos dentro de tres cuartos de hora. Ahora mismo está con otros domingueros que se la han pegado en la costera.

—¿No te parece demasiado sospechoso que haya dos accidentes a la misma hora del día y en las dos únicas carreteras de la zona? —preguntó irritada Connie.

—No, no veo nada de extraño en que un par de pardillos de ciudad no sepan conducir por el asfalto de verdad y terminen estampándose contra el guardarraíl del acantilado.

—¿Y cómo sabías que estábamos aquí? —preguntó Connie desconfiada.

—He recibido una alerta de uno de mis hombres apostados en la comunidad de las montañas. Los nuevos pobladores, unos naturalistas radicales, lo están echando todo a perder. De vez en cuando salen de sus chozas y se acercan a la parte civilizada para intentar sabotear el tendido eléctrico, las cañerías del agua... y otras veces ponen trampas como la que habéis encontrado —respondió Carlyle Jr., que fue junto al agente Winfrey para recoger la ristra de púas.

—¿Por qué no ha venido ese agente a quitar la trampa si sabía que estaba aquí?

—No voy a compartir información de una operación con una civil —replicó Carlyle Jr.

—¿Entonces cómo podemos llegar al pueblo? —preguntó impacientada Connie.

—Creo que la respuesta viene por allí —respondió Margaret, señalando de nuevo hacia delante de la carretera, por donde se aproximaba una destartada camioneta de recolección.

—No me jodas... —se quejó Connie, viendo cómo Carlyle Jr. asentía, confirmando su sospecha—. De acuerdo ¿Qué es lo mínimo que puedo hacer para que me lleves detenida? ¿Escupirte cuenta? Ya estás mojado por la lluvia, si no te importa...

Margaret llevó a Connie junto a su coche y le indicó que se quedara allí, volvió frente a Carlyle Jr. y le tocó en el brazo.

—Carter, ha sido un viaje muy largo y duro, he pasado casi cuatro horas en ese coche teniendo que escucharla gritar en tres idiomas diferentes a la vez, sin poder beber ni comer para no mancharle la tapicería de cuero, y ahora esto... ¿No podrías hacer la vista gorda esta vez? Eres el jefe, no tienes que dar explicaciones a nadie, sólo mover esa estrella que hace juego con tu pelo, y todos contentos.

—Siento por lo que has tenido que pasar, Margaret, pero la ley es la ley. Si quieres puedo ayudarte a cargar tus maletas, el viejo James no va a poder él solo.

—Oh, de acuerdo —se resignó Margaret.

—Pero gracias por el cumplido, aunque tampoco me queda tanto pelo como quisiera.

—El físico no importa.

—Eso es lo que se le dice a los feos. Y te entiendo, no he envejecido tan bien como tú.

—No, no lo he dicho con mala intención...

—Tranquila, es normal que te decepcione después de tanto tiempo. Pero sí, como has dicho, el físico no importa. Estoy casi calvo, cada año tengo que añadir un agujero más a la correa de mis cinturones, y cada vez que me hago un análisis de sangre el doctor dice que pareciera que me he metido en vena la manteca en vez de untarla en las tostadas.

Margaret se rio y frotó el hombro de Carlyle Jr., que sonrió.

—Pero yo soy feliz así. Tengo un trabajo estable, una mujer que me quiere, y dos hijos que ahuyentan a los inútiles del equipo de fútbol contrario con solamente respirar.

—Entonces te ha ido bien... —comentó Margaret, que se frotó los brazos para reducir la sensación de frío.

—No puedo quejarme. ¿Y tú?

—Bueno, tampoco me va mal del todo.

—¿Nos vamos ya o vuelvo cuando hayáis terminado de parlotear? — espetó Morgan James, el propietario del rudimentario vehículo de emergencia de Dandelion Bay.

Carlyle Jr. y Margaret fueron a echar las maletas en la parte posterior de la camioneta, pero cuando Connie ya había cargado también las suyas, Carlyle Jr. se llevó una mano a la cabeza y resopló exageradamente.

—Acabo de acordarme, no podéis ir delante —se lamentó el *sheriff*, que indicó a las dos mujeres que fueran hacia la parte delantera de la camioneta, entonces abrió la puerta del acompañante y acarició al pastor alemán del veterano recolector.

—¿Esto va en serio? Sáquelo y échelo atrás, no pienso ir con todas las maletas como si fuera una trabajadora ilegal volviendo de la plantación.

—Ese comentario ha sido muy ofensivo, Constance, no sigas por ahí o tendré que detenerte de verdad —le reprochó falsamente indignado Carlyle Jr.

Connie intentó coger del collar al perro para sacarlo fuera, pero su dueño la apuntó con una escopeta.

—Apártate de mi chuchó, perra —amenazó el señor James.

—¿Qué está haciendo, qué esto, una broma pesada? —preguntó alarmada Connie.

—Su camioneta, sus normas. Aunque siempre puedes ir a pie, ahora que ha dejado de llover no será tan incómodo —respondió el *sheriff*.

—Connie, vamos —dijo Margaret, tirando de su amiga hacia la parte trasera de la camioneta.

Las dos mujeres se sentaron sobre sus propias maletas y se prepararon para el tramo final del viaje de regreso.

Media hora más tarde, la camioneta del señor James aparcó delante de la entrada del hotel Valentine, donde estaba esperando Addison. El sol había salido por primera vez en todo el día, pero Connie seguía irascible, como si tuviera una nube de tormenta sobre la cabeza. Margaret había intentado que se relajara hablándole de algunas técnicas de meditación que había aprendido de

sus imprescindibles revistas, pero su amiga estaba focalizada en todos los problemas que la habían atacado con sólo acercarse al pueblo, y se había empeñado en que volvería a Portland en cuanto su coche estuviera reparado, cancelando su presencia en la reunión de amigas.

Addison se puso la mano sobre los ojos para ver mejor la carga de la camioneta, se acercó al vehículo y entonces se palpó la frente sorprendida.

—Creo que me he resfriado y la fiebre me está provocando delirios. ¿Es esa Connie Jones subida a una camioneta? —bromeó Addison, que intentó abrir la puerta de la caja, pero estaba atrancada.

—Deja de reírte y sácame de aquí antes de que le prenda fuego a este montón de chatarra y después al pueblo ente... —amenazó Connie, que guardó silencio cuando Addison y Margaret le chistaron para indicarle que el señor James se había bajado y estaba escuchándola.

Cuando Connie, Margaret y las maletas de ambas estuvieron liberadas, Addison fue hacia ellas con los brazos abiertos, ansiosa por materializar el reencuentro que tanto esfuerzo les había costado organizar.

—¿Estás segura de que quieres que te toque? Necesito una ducha desinfectante urgentemente —dijo Connie, sin oportunidad de esquivar el abrazo de Addison. Por fin, la intransigente mujer de negocios se relajó y devolvió el gesto a su amiga. Margaret se unió al abrazo y estrujó a las otras dos, que se separaron cuando el señor James empezó a toser ruidosamente cerca de ellas para llamar su atención.

—Veinte dólares por cabeza —exigió el hombre, que tendió la mano a la espera de cobrar por el viaje. Connie resopló, Addison la agarró de la muñeca, previendo el ataque de ira que se avecinaba, pero su amiga se limitó a abrir su monedero y sacar un billete de cincuenta dólares que el hombre cogió rápidamente.

—Lo demás es para que nos lleve las maletas adentro —dijo Connie.

—Me lo quedo como propina y te libras de que te denuncie por maltrato animal —sentenció el señor James, que subió a su camioneta y se aseguró de que el tubo de escape escupiera todo el humo hacia las mujeres a modo de despedida.

—Como en casa —dijo sarcásticamente Addison, que volvió a abrazar a sus amigas.

—¿Somos las primeras en llegar, podemos elegir la mejor habitación? —se interesó Margaret, que intentó reunir todas su maletas para llevarlas dentro del hotel.

—No te hagas demasiadas ilusiones, creo que la gerente ha comprado las críticas de internet —respondió alguien a sus espaldas.

Las tres se giraron y vieron a Sarah Müller apoyada en una columna de la entrada.

—¿Qué haces ahí parada? Ven a ayudarnos con las maletas —dijo Margaret.

—Yo también me alegro de verte —replicó Sarah, que fue a abrazar a sus amigas.

—Espera ¿Cuándo has llegado, cómo, por qué no me has avisado de que ya estabas aquí? —preguntó confusa Addison.

—Salí de Portland de noche, no tenía mucho que hacer por allí, y me gusta conducir en silencio y soledad —respondió Sarah, que señaló a un lateral del aparcamiento, donde estaba aparcada su moto, oculta bajo una envejecida funda que hacía menos atractiva su posesión más valiosa.

—La recepcionista ni siquiera te ha mencionado —dijo Addison.

—No le he dicho quién era. Ya estamos bastante publicitadas.

—¿Te preocupa que te reconozcan y tengas que saludar? A mí me han puesto clavos en la carretera —dijo Connie, que cogió sus maletas en peso y fue hacia dentro del hotel.

—¿Ahora también eres culturista? —preguntó Sarah, sorprendida por la fuerza y agilidad de Connie.

—Lleva así todo el día. No ha querido confirmármelo, pero creo que está frustrada porque nadie la ha tocado en al menos seis meses. Lo sé, he hecho un curso de lenguaje no verbal —dijo Margaret por lo bajo.

—Yo la veo igual de amargada que siempre —dijo Sarah, que cogió las maletas de Margaret y fue dentro del hotel.

Las cuatro amigas se reunieron en la recepción frente a Norma Valentine, la propietaria, que estaba fregando las huellas de barro que había dejado Connie al entrar.

Norma, un ama de casa divorciada, de cincuenta y cuatro años, había regresado al pueblo tres años antes para encargarse del hotel que le habían dejado en herencia sus tíos. Aunque odiaba su trabajo, el hotel le había permitido nutrir su afición por la escritura, usando todo lo que veía y escuchaba proveniente de sus huéspedes para escribir un libro que pensaba autopublicar, y cuyas ventas usaría para empezar una nueva vida de verdad. Ahora que una celebridad y su grupo de amigas habían entrado en su territorio, tendría más material, pero para recopilarlo primero tenía que cumplir con sus

tareas.

—¿Tiene un adaptador de enchufe múltiple? —preguntó Connie.

—¿No tiene suficiente con tres enchufes? —replicó Norma, a lo que Connie respondió con una mirada de desdén—. No, no puedo hacer nada más, la instalación eléctrica es de hace más de veinte años, no lo soportaría. En el supermercado puede comprar generadores, pero si los usa, que sea durante el día, hacen mucho ruido —respondió Norma.

—Puedes usar los enchufes de mi habitación, no te preocupes —dijo Addison.

—¡Sean, clientas! —gritó Norma, que agitó con fuerza la campanilla sobre el mostrador y esperó, pero no obtuvo respuesta.

—Tiene un botones desertor —bromeó Margaret.

—No es un empleado, es mi hijo —se lamentó Norma, que tendió desganada la mano a Margaret—. Bienvenida a Dandelion Bay, soy Norma Valentine.

—Como la vieja muerta de esa película antigua —dijo sorprendida Margaret.

—Sí, me llamo Norma y tengo un hotel. Pero mi hijo no es un psicópata, sólo es un poco gilipollas. Si se atreviera a levantarme la mano, se la cortaría y después sería yo quien que lo momificara a él —dijo la mujer, que salió del mostrador y golpeó la puerta a su derecha, esperó, abrió y vio que dentro no había nadie—. Este capullo se ha vuelto a largar... ¿Ese es todo el equipaje?

Margaret sonrió y asintió, ofreciéndole a la mujer sus cuatro maletas.

—¿Se puede saber qué llevas ahí dentro? Sólo van a ser cinco días, ni que fueras a cambiar de estilismo para cada comida —dijo Sarah.

—Aquí hay mucha humedad y no me gusta esa sensación de agobio cuando tengo la ropa pegada al cuerpo todo el rato. Además, últimamente me dan sofocos y empiezo a sudar incluso por...

Sarah agitó la mano para que Margaret se callara y cogió las otras dos maletas, acompañando a Norma hacia las escaleras que llevaban a las habitaciones.

—Gracias por todo —dijo resentida Connie, que cogió sus maletas y subió detrás.

—Vamos, puedes llevarlas colgando del dedo índice, tú eres Connie Jones —dijo Sarah.

—¿Con eso quieres decir que me estás ayudando porque soy una blandengue? Nadie te obliga a hacerlo —dijo Margaret.

—De acuerdo, aquí tienes.

Sarah dejó las maletas en los escalones, pero eran demasiado grandes y cayeron hacia abajo. Margaret y Addison las detuvieron, provocando que Connie, que volvía a estar ofuscada, no las viera y siguiera subiendo hasta chocar contra ellas.

—¡Hijas de...! —bramó Connie, que soltó sus maletas y se tiró hacia delante para evitar caer escaleras abajo.

Sarah y Norma, que ya estaban en la planta superior, fueron a por las maletas de Margaret, despejando las escaleras para que Addison, la única que hasta el momento se había librado de los ataques de Connie, pudiera ir a socorrerla.

—Espero que tenga contratado un seguro que cubra daños provocados por clientas subnormales —dijo Connie, que pateó sus maletas abiertas y empezó a llenarlas de nuevo.

—¿Habéis hecho esta reunión sólo para estar discutiendo los cinco días? —preguntó Norma.

—Le tendrá que dejar de hervir la sangre antes o después —dijo Sarah.

Cuando Connie recuperó todas sus maletas y la compostura se reunió de nuevo con sus amigas en la última planta. Norma abrió las habitaciones de las dos recién llegadas y se las enseñó. Al contrario de lo que parecía en las imágenes de su página *web*, las habitaciones eran todas igual de pequeñas, con los mismos muebles básicos y envejecidos que Norma había disfrazado para hacer las fotografías promocionales y no mostrar su estado real, más parecido a una celda que a la habitación de tres estrellas que anunciaba.

—¿Se supone que debo colgar mi ropa en esto? —preguntó Margaret, que agitó un cable de hierro doblado con la forma de una percha—. Es original, creo que voy a copiarla.

—Tenéis dos juegos de toallas en el estante del cuarto de baño, los geles tienen la medida exacta para un uso, podéis pedirme más en la recepción. Si queréis que cambie las sábanas, decídmelo también, pero son diez dólares más. Supongo que no hace falta explicar el significado de «abierto veinticuatro horas», pero si vais a volver a las dos de la mañana, intentad no hacer ruido para despertar a los demás huéspedes —dijo Norma.

—¿Hay más gente aquí? —preguntó incrédula Connie, que no obtuvo respuesta.

Norma salió de la habitación y se detuvo en el pasillo.

—Si necesitáis que alguien os limpie el coche, configure la lista de

canales u os traiga algo del supermercado, llamad a Sean, hará lo que queráis por cinco dólares. Cuando quiera hacer acto de presencia, claro está —concluyó Norma, que volvió a la recepción.

—Esto debe de ser una pesadilla, una alucinación. Me he resbalado en la ducha y me he golpeado la cabeza, sólo puede ser eso —dijo Connie, contemplando la habitación de Margaret sin atreverse a moverse.

—¿Crees que esto te va a dejar secuelas psicológicas? —preguntó Sarah.

—Probablemente. ¿Me ayudarás a tramitar la denuncia por daños morales? Seguro que hay algún tipo de ventaja para antiguos empleados.

—Ya es suficiente —dijo Addison, que se colocó entre Connie y Sarah para evitar que se produjera una discusión mayor—. El viaje ha sido muy largo, todas estamos cansadas. Que cada una vaya a su habitación y nos reuniremos a la hora de comer en la sala común.

—Como en Harry Potter... —dijo Margaret, que ya había llenado su armario con el contenido de una sola maleta.

—Nos falta una, ¿Qué sentido tiene que sigamos aquí? Yo he pospuesto siete reuniones de equipo, una propuesta de *briefing*, mi ponencia en una convención de *management*. Es como si un tornado hubiera pasado por mi agenda. No sólo estoy perdiendo tiempo, pierdo ingresos por cada minuto aquí. ¿Qué excusa tiene Trisha para no haber llegado ya? —dijo enfadada Connie.

—Ha tenido problemas en la carretera, como todas —mintió Addison.

—Quizás sea una señal, estas tierras pueden estar encantadas para impedir que nos acerquemos —dijo Margaret.

—Normalmente, lo que acaba de decir me parecería una estupidez, pero creo que tiene razón —dijo Connie.

—Oye, todas hemos hecho un sacrificio para estar aquí, si decide no venir, ella se lo pierde —dijo Sarah, que salió de la habitación, seguida por Connie, que mantuvo la distancia.

Una bocina empezó a sonar con fuerza en la calle, Addison y Margaret se asomaron por la ventana y vieron que el ruido provenía de un coche que acababa de entrar en el aparcamiento del hotel.

—Ella —dijeron al unísono Addison y Margaret.

Capítulo 3

Unión

Addison y sus amigas salieron del hotel y se detuvieron en la entrada, vieron que Trisha estaba sentada en la parte trasera de un coche desconocido, cuyo conductor dejó de tocar la bocina cuando vio a Sarah correr hacia él.

—Sal del coche y pon las manos en el capó —ordenó Sarah, que puso su placa contra la ventanilla.

—A quien tiene que detener es a ella, intenta timarme —dijo indignado el hombre, que salió con las manos en alto.

—¿Estás bien? —preguntó Sarah a Trisha, que intentó pasar hacia los asientos delanteros, pero el hombre volvió dentro y forcejeó con ella. Sarah tiró del hombre hacia fuera y consiguió sacarlo, casi perdiendo el equilibrio en el proceso. En otro tiempo habría aguantado inamovible como una roca a pesar de su reducida estatura, pero ahora su forma física estaba en decadencia, y su moral también.

El largo viaje nocturno desde Portland le había levantado el ánimo, pero la ilusión por volver a sentir la afectividad de sus amigas no era suficiente para combatir su estado de tristeza permanente, que prefería disimular antes de admitir que podía significar algo mucho más serio.

Addison y Margaret rodearon el coche, pero Sarah les indicó que se quedaran detrás.

—¡Ábreme o te juro que reviento el cristal! —dijo Trisha, que empuñó su tacón contra la ventana trasera.

—No me obligue a usar la fuerza de verdad. Ábrale la puerta —amenazó Sarah.

—La dejaré salir cuando me pague el viaje.

—¡No pienso pagar más sólo porque no sepas diferenciar entre la derecha y la izquierda! ¿Cómo conseguiste que te concedieran el permiso de conducir? —dijo Trisha, que golpeó la ventanilla con el tacón.

—Trisha, estate quieta —dijo Sarah—. ¿Qué ha pasado exactamente?

—Iba por la ciento uno y su amiga ha dicho que conocía un atajo para llegar antes a esta mierda de pueblo sin tener que pasar por los dos peajes. Me

ha hecho salir de la carretera y hacer treinta kilómetros por barro y piedras hasta darse cuenta de que ese no era el camino que pensaba, y cuando va y se acuerda del bueno, mi móvil se queda sin cobertura, tengo que quitar el aire acondicionado porque la batería está con un pie en la tumba por culpa de la humedad...

—Si conduces una lata de sardinas con ruedas no es mi culpa —le cortó Trisha.

—¡Casi me choco con un pino para no atropellar a un ciervo!

—Al menos no te has encontrado con una trampa de púas —dijo Margaret.

—¡Porque la he visto a tiempo! —replicó el hombre fuera de sí—. ¡¿Es que todo el mundo está loco en este puto culo del mundo?! Dadme mi dinero, ahora, quien sea.

—Trisha, págale —dijo Sarah.

Trisha negó con la cabeza y volvió a golpear la ventanilla con el tacón.

—De acuerdo, ¿Cuánto le debe? —preguntó Addison, que abrió su monedero y sacó un talonario.

—Cincuenta y siete dólares —exigió el hombre, provocando que Sarah frunciera el ceño desconfiada—. ¿Qué pasa? No me mire así, soy un profesional, no un universitario que quiere ahorrarse el gasto de gasolina compartiendo coche.

Addison le entregó un talón al hombre, que desactivó el seguro de la puerta de Trisha, ella la abrió de golpe y salió, pisando el charco que había justo debajo.

—Aparca mejor, joder —se quejó Trisha, que cambió inmediatamente su gesto serio por una amplia sonrisa al reencontrarse con Addison—. Ya creía que iba a tener que fingir mi muerte para poder volver a veros.

—Estoy segura de que también llegarías tarde hasta a tu propio funeral —bromeó Addison, que se abrazó con fuerza a Trisha. La recién llegada le indicó a Sarah que se uniera al abrazo, y ella cedió con gusto.

—¿Tengo que concertar una cita para poder abrazarte? —preguntó Trisha a Connie, que había estado contemplando la discusión desde la puerta del hotel.

—Ese hombre querrá irse en algún momento ¿Por qué no coges ya tus maletas? —respondió Connie con indiferencia, sin moverse de donde estaba.

Trisha cogió su equipaje y cerró la puerta del maletero con fuerza, provocando que su sufrido chófer fuera enfadado hacia ella, pero Sarah volvió

a interponerse.

—Huye de aquí, tú que puedes —dijo Connie al hombre.

—Que os jodan, mujeres desesperadas —se despidió el hombre, que salió del aparcamiento quemando ruedas.

—Nos falta una ¿Dónde está la rubia? —preguntó Trisha, que miró hacia todos lados buscando a Margaret.

—Estaba aquí hace un momento —respondió extrañada Addison.

—Se estaría meando de la emoción —dijo con desdén Connie antes de volver dentro del hotel.

—¿Pretendéis que pase toda la semana en este antro? —preguntó Trisha, que se quitó las gafas de sol para ver mejor el hotel y se tapó los ojos disgustada.

—Es el único hotel que queda abierto —respondió resignada Addison.

—Lo mejor para todos sería que cerraran el pueblo entero —replicó Trisha, que se tapó la nariz antes de entrar en la recepción.

Media hora después de regresar a Dandelion Bay, las amigas de Addison comenzaron a reunirse en la sala común del hotel Valentine. Connie se había calmado y estaba sola en una mesa en la esquina de la sala, sentada de espaldas a las demás, mirando hacia una pared para no distraerse, escribiendo correos electrónicos de disculpa por no haber podido participar por videoconferencia en la reunión de ese día. Margaret, que había llenado media maleta con revistas de prensa rosa y de pasatiempos suficientes como para pasar la semana entera leyendo, ahora estaba dormitando, recostada en el sofá. Mientras, Sarah estaba sentada en el alféizar de una ventana, contemplando absorta el mar, hasta que escuchó el sonido de unas botas de goma acercándose por el pasillo y se giró para ver quién llegaba.

Trisha llegó como si estuviera desfilando por una pasarela y se detuvo delante de sus amigas, que la miraron extrañadas. Connie echó un vistazo por encima del hombro y siguió escribiendo, Margaret despertó desorientada y se frotó los ojos. Trisha había cambiado la ropa de deporte que había llevado durante el viaje por un mono de cuero negro y un estrafalario abrigo de plumas, aunque su estilismo incluía forzosamente unas botas de agua amarillas para evitar mancharse con el barro cuando pasara por el pueblo, pues no pensaba quedarse en el hotel por mucho tiempo. Sabía que su ropa llamaría la atención allí donde estuviera, y eso era precisamente lo que quería, hacerse notar ante aquellos que intentaron reprimirla y convertirla en lo que no era.

Ahora que estaba preparada para brillar, las críticas e insultos serían el reconocimiento de su éxito.

Trisha abrió los brazos y se giró, esperando a recibir las valoraciones.

—¿Se nota que llevo dos semanas a régimen?

—¿De qué vas disfrazada exactamente? No creo que sea lo más apropiado para estar por aquí —dijo Sarah.

—Ni que viniera a un velatorio —replicó Trisha.

—Pareces una *dominatrix* —dijo Margaret, que se levantó del sillón para ver más de cerca el atuendo.

—La verdad es que no me vendría nada mal un látigo para cuando salga de paseo —dijo Trisha.

—¿De verdad piensas salir a la calle así vestida? —preguntó Connie, que se levantó y empezó a hacer estiramientos para desentumecerse—. Si te ven con ese abrigo querrán cazarte como a un pato.

—No necesita llevarlo para que quieran cargársela —dijo Margaret.

—¿Perdona? —dijo ofendida Trisha, que se ajustó el abrigo y dio vueltas para lucirlo—. Es un abrigo de avestruz de Tunisia con forro interior de seda del Himalaya.

—¿Los gusanos pueden vivir en el hielo? —preguntó sorprendida Margaret, que hundió los dedos dentro de las plumas del abrigo, provocando que Trisha la apartara de un manotazo.

—Es un regalo de May King. De su propio armario.

—¿Y quién es esa? —preguntó Sarah, provocando que Trisha y Margaret se giraran sorprendidas hacia ella.

—¿Dónde has estado los últimos seis meses? —preguntó Connie.

—¿Acaso tú sabes de quién hablan? —replicó Sarah.

—Es una cantante fracasada que fingió su propia muerte para intentar recuperar...

—No, ni se te ocurra ir por ahí. A Lizzy la asaltaron, dos veces —dijo irritada Trisha.

—¿No se llamaba May? —preguntó confundida Sarah.

—Elizabeth es su nombre real. Sólo sus personas de confianza, sus amigos más cercanos, la llamamos así —respondió Trisha, provocando que Connie resoplara condescendiente.

—Es una adicta a la atención —dijo Addison, que llevaba un rato parada en el pasillo, esperando el momento idóneo para hacer su esperada aparición—. Y apoyo la teoría del montaje, es lo único que sabe hacer además de soltar

gorgoritos desafinados.

—¿De verdad tengo que recordaros los trillones de discos que ha vendido, las películas y musicales que ha protagonizado, sus premios? —preguntó indignada Trisha.

—¿Si es tan famosa, cómo pudieron acceder a ella los atacantes? —preguntó Sarah, y entonces Margaret levantó la mano emocionada por responder.

—Su ayudante y su exnovio de la juventud, que era un exconvicto, se aliaron con otra antigua amiga suya para asesinarla como venganza. May maltrataba a su ayudante, al exnovio lo dejó tirado cuando la policía lo descubrió treinta años antes, y a la amiga le robó el novio cuando eran jóvenes, que es el mismo que intentó matarla y falló, pero él no sabía que ella seguía viva, y se suicidó por amor, como un Romeo y Julieta pero a la inversa, y con él siendo un drogadicto psicópata. Pero entonces May revivió, y mientras estaba en el programa de Farrah, la ayudante intentó volver a matarla, pero la policía llegó a tiempo y la abatió.

Sarah miró confusa a Margaret, que se echó hacia atrás en el sofá para recuperar la energía invertida en su relato informativo.

—Les dije que era la asistente, se lo dije y no me hicieron caso —se lamentó Trisha.

—Pero si fue la asistente —replicó Margaret.

—¿Y qué diferencia hay? Una le limpiaba el polvo, y la otra los poros. La cuestión es que yo tenía razón.

—Lo que tú digas... —dijo Margaret.

—¿Si es tan amiga tuya, por qué no te ha dejado su limusina o su jet privado para venir aquí? —preguntó con sorna Connie.

—¿Los tiene en el taller, verdad? —añadió Addison, que se sentó junto a Margaret.

—O estarán en una tienda de empeños —dijo Margaret.

—No tiene nada de eso, y si lo hiciera, os aseguro que dejaría que los condujera yo misma —dijo convencida Trisha, que se puso las manos en la cadera y señaló con la cabeza el maletín metálico que Addison tenía sobre las rodillas—. ¿Está ahí dentro nuestro pase VIP a la cima de la lista de *bestsellers*?

Addison asintió y colocó el maletín sobre una mesa, todas se reunieron alrededor expectantes y ella les mostró su última obra.

—Oh, Dios ¿Cuántas páginas tiene? —dijo impresionada Margaret al ver

el borrador del libro. Intentó cogerlo, pero Addison le indicó que esperara.

—¿Tienes una versión electrónica? Es lo mejor para añadir anotaciones y comentarios —dijo Connie, que no obtuvo respuesta—. Addy, ¿Me estás escuchando? —insistió, tocando en el brazo a su amiga, que miraba sonriente el maletín.

—Estoy disfrutando este momento. Han sido muchos meses de trabajo, días muy duros, horas infinitas, y ahora estamos a punto de hacerlo realidad —respondió Addison, que cogió el borrador y lo mostró a las demás, ansiosas por cogerlo.

—Debo ser la primera en leerlo, me quedaré despierta hasta terminarlo —dijo Connie, que intentó coger el libro, pero Sarah metió su mano en medio.

—Votemos —propuso Sarah.

—No, no es necesario, lo he separado por capítulos y temas para que todas podáis leer vuestra parte correspondiente —dijo Addison, que les mostró los marcapáginas en el interior.

—Nooo, yo quería leerlo entero. ¿Por qué no podías imprimir varias copias más? —dijo Margaret.

—Vamos, piensa en todos esos pobres árboles que tendrían que talar sólo para que tú puedas cotillear antes de tiempo. Además, ya sabes todo lo que pueda contar en las demás páginas, y no creo que en tan pocos días tuvierais tiempo para leerlo todo.

—¿Cuánto has escrito? ¿No habrás usado palabras largas y súper anticuadas para rellenar, verdad? —preguntó Trisha.

—Son quinientas veintiocho páginas. Y he tenido que guardar material para una posible segunda edición —respondió orgullosa Addison.

—Eso no es lo que habíamos acordado, Addison. Sólo una historia, sólo un libro —dijo Connie.

—Lo sé, lo sé, pero confiad en mí, sé lo que hago. No tenéis nada de lo que preocuparos, y si tenéis alguna duda, os aseguro que a partir de mañana os la resolveré.

—¿Por qué no a partir de ahora mismo? —preguntó Sarah, extendiendo la mano para recibir su parte del borrador.

—Sí, os daré vuestra parte ahora, pero me gustaría que no la leyerais hasta mañana, cuando estemos todas descansadas y sin tensión. Ya sabéis como funciona esto, he tenido que cambiar algunas escenas y conversaciones para hacerlas más atractivas, más realistas...

—Yo no he exagerado en nada de lo que he dicho, sólo he contado la

verdad, que ya es suficientemente surrealista —dijo ofendida Connie, que también extendió la mano para recibir su parte—. Si a alguien le apeteció inflar su historia para llamar más la atención, no es mi culpa.

—¿Alguien se da por aludida? —preguntó Trisha, provocando que Margaret levantara la mano lentamente—. Barbie, era una pregunta retórica.

—¿Veis? Por esto mismo prefiero que esperéis un poco antes de revivirlo todo de golpe. No quiero que malinterpretéis algo y creáis que hay un doble sentido en lo que digo. ¿Podréis conteneros por unas horas? —dijo Addison, que separó el borrador y esperó a que todas asintieran conformes para repartirles su porción del libro.

Con el borrador diseccionado, todas las antiguas heridas de sus amigas estaban a punto de reabrirse, y Addison esperaba que su advertencia hubiera servido para que no se volvieran demasiado en su contra cuando descubrieran la adaptación que había hecho de la historia sus vidas.

—Creo que tengo un alienígena dentro —dijo Margaret, que se palpó el estómago incómoda.

—¿No será por todos los aros de cebolla que te has tragado justo después de beber media botella de gaseosa cuando he parado en la gasolinera para que pudieras ir a mear como una niña pequeña? —preguntó Connie.

—No es una indigestión.

—Debe de ser la emoción, estamos a punto de volvernos de oro —dijo Trisha, que olisqueó sus páginas y sonrió como si estuviera ante una delicatessen.

—No, es en serio, también me ha pasado antes, cuando has llegado.

—Entonces serán mariposas en el estómago —dijo divertida Addison.

—Creo que voy a ir al supermercado para comprar unas compresas más gruesas y algún analgésico —dijo Margaret, que se sentó en el brazo del sofá.

—¿No será que has recibido la visita mensual por sorpresa? Deberías llevar la cuenta mejor —dijo Trisha.

—¿Lo dices por experiencia propia? —preguntó irónicamente Connie, provocando que Trisha la mirara con resentimiento.

—Ja. Ja. Sí, por experiencia médica. Si algún día acabas en mi hospital, me aseguraré de que tengas que estar en la sala de espera hasta que se te borre el tinte del pelo.

—Tranquila, no se me ha perdido nada en Los Ángeles. Y este es todavía mi color natural —replicó Connie, que guardó su parte del libro en el maletín de su portátil y fue hacia el pasillo—. Necesito que me llevéis al taller para

ver cómo está mi coche, ofrezco una recompensa. ¿Addison?

—Lo siento, pero tengo que irme ya mismo al ayuntamiento, he quedado con el nuevo alcalde. Es un pelele de nuestros queridos y admirados antiguos vecinos, pero le necesito de mi lado para poder acceder al archivo fotográfico del pueblo y conseguir un permiso para aumentar el mío propio.

—¿De qué estás hablando, no puedes sacar imágenes de internet? —preguntó Trisha.

—La editorial quiere que también incluya imágenes subjetivas, hechas por mí misma, en los lugares más importantes y representativos de nuestra historia aquí. Además, al ser la fotógrafa, cobraré derechos, y de paso, al hacerlas con mi nuevo *iPhone*, contará como si fuera publicidad, y así no tendré que seguir haciéndome *selfies* con cada cartel de Apple que me encuentro por la calle.

—Oh, Dios mío, debe de ser muy duro que te paguen por hacerte una foto —dijo irónicamente Margaret.

—¿Sarah? —preguntó interesada Connie.

—¿Qué?

—Tu moto ¿Puedes llevarme en ella?

—Sólo tengo un casco.

—Sí, claro, la seguridad ante todo. Perfecto, entonces preguntaré a la señora de Psicosis si su hijo puede prestarme su bicicleta o un patinete. Y si no, iré a pie, está a solamente cuarenta minutos de distancia —dijo irónicamente Connie, que se alejó por el pasillo enfadada.

—Será mejor que vaya con ella —dijo resignada Sarah, que fue tras Connie.

—De acuerdo, pues yo seré tu enfermera guardaespaldas, levanta el culo —dijo Trisha a Margaret.

—¿Estás segura de que quieres ir allí? —preguntó preocupada Addison, consciente de que el supermercado se habría convertido en el centro neurálgico del pueblo.

—¿Me ves preocupada? —replicó Trisha, que entrelazó su brazo con el de Margaret y salió de la sala.

—Por favor, portaos bien —dijo Addison.

Capítulo 4

División

Connie y Sarah salieron del hotel Valentine y se dirigieron hacia el oeste del pueblo en busca del coche accidentado de la primera, que no esperó a su amiga y caminaba con paso acelerado, cambiando de acera cada vez que se cruzaba con algún vecino.

Al llegar al puente que marcaba la separación de la bahía de Dandelion Bay con el océano Pacífico, Sarah se adelantó a Connie y fue hacia la zona del paseo marítimo por encima del acantilado, atraída por los gritos de celebración de una familia de turistas que acababa de pescar un atún blanco de tamaño considerable desde su barco de recreo.

Aunque le reconfortaba ver cómo era posible que alguien se divirtiera en el pueblo, Sarah no podía evitar recordar la frustración que sentía cada día cuando, desde el divorcio de sus padres hasta que se marchó del pueblo con dieciocho años, tenía que levantarse a las cinco de la mañana por imposición de su padre, que quería que sus dos hijos estuvieran físicamente preparados para heredar su profesión de pescador. Sarah fue sumisa a las órdenes de Sam Müller mientras no tuvo más remedio que seguir encerrada en el falsamente idílico pueblo de su infancia, pero cuando todo a su alrededor empezó a derrumbarse, aprovechó para huir al mundo real y sacrificarse al máximo para convertirse en una defensora de la justicia capaz de proteger a los demás de todo lo que ella había tenido que sufrir, aunque su plan no funcionó como esperaba. Ahora estaba de vuelta en Dandelion Bay, pero como mera espectadora, y sin una profesión de la que sentirse orgullosa.

—¿Debo confiar en que si me roban el bolso podrás correr detrás del ladrón? —preguntó Connie, que se paró detrás de Sarah, sin obtener respuesta —. ¿Estás cansada?

—No, sólo me apetece estar aquí un momento. A veces es bueno tomarse un respiro. Tu coche no se va a mover de donde está por mucho que insistas. Ya sabes que el tiempo corre de manera diferente aquí.

—No puedo permitirme ni un segundo de quietud. Si tú estás cómoda así, bien por ti, puedes quedarte sentada, es a lo que estás acostumbrada, lo

entiendo.

—¿Por qué todo lo que dices suena como una burla? —preguntó desconcertada Sarah—. A mí ya no puedes ofenderme, pero no puedes seguir usando ese tono con nosotras, no tienes ni razón ni derecho para hacerlo. No estás en tu despacho, no somos tus subordinadas.

Connie la miró sin inmutarse y se dio la vuelta para seguir caminando, Sarah resopló decepcionada y se sentó en el muro de piedra.

—De acuerdo, siento por lo que estás pasando. Y sí, quizás debería aprender a comunicarme de manera más inconsciente, despreocupada, como si no tuviera un millón de responsabilidades y otro millón de personas que dependen de mí, pero tengo cuarenta y ocho años y no creo que sea fácil cambiar una costumbre a estas alturas, y que tú sigas usando la misma colonia barata de hombre es otro claro ejemplo de ello.

—Acabas de volver a hacerlo —dijo Sarah sin apartar la vista del mar.

—Ya nos veremos —se despidió cortante Connie, que siguió su camino. No tenía ganas de volver a discutir, ni tiempo que perder en intentar reconciliarse con alguien a quien creía que no había hecho ningún daño. Pero Sarah se puso en pie y reanudó su camino, ahora caminando a su lado—. Nadie te obliga a venir si no quieres, vuelve al hotel y descansa, lo necesitas.

—No te vas a entender con el mecánico, lo sé.

—¿Ah, sí? Supongo que lo sabes por tu habilidad para predecir el futuro.

—Sí, he tenido mucho, mucho tiempo libre para desarrollarla —respondió Sarah, aceptando que tendría que seguir aguantando las muestras de superioridad de Connie y afrontarlas con ironía.

—¿Entonces puedes decirme en qué compañía debería invertir mis próximos cuarenta mil dólares con un cero por ciento de probabilidad de pérdidas?

—No, mi don sólo funciona con cosas malas. Además, ¿Para qué quieres más dinero, no tienes suficiente ya?

—Unos cuantos ceros nunca están de más.

—¿Le has hecho fotografías al coche antes de dejar que se lo llevaran?

—No ¿Debería haberlo hecho? ¿Por qué?

—Pueden romperte desde un espejo hasta cualquier pieza microscópica de la caja de cambios y después decir que pasó durante el accidente.

—Entonces les demandaré, cerraré el taller, y me compraré otro coche con la indemnización —sentenció Connie.

—No creo que ganaras mucho... No todo se soluciona con amenazas.

—Te aseguro que sí. Puedo enseñarte a hacerlo, en tres semanas daré una *master class* sobre «liderazgo y motivación en equipo», el nombre es un puro reclamo. Puedes entrar sin pagar, les avisaré de que vas... Podría usarte de ejemplo en los casos prácticos, así ganarías algo.

—Gracias por la oferta, pero no —dijo contrariada Sarah. Necesitaba el dinero, pero no podía aceptar que fuera Connie quien se lo proporcionara, y menos a cambio de servirle de marioneta.

—¿Te compraste esa moto con tu finiquito?

—No, invertí el equivalente a mi sueldo de un año y medio en ella, es más que una moto.

—¿Ella? ¿Le has puesto nombre y todo eso?

—No.

—¿Entonces por qué no la has vendido ya?

Sarah se paró en seco y miró extrañada a Connie, que miró hacia todos lados exageradamente, pensando el motivo que había hecho detenerse a su amiga.

—¿Y ahora qué te pasa? —preguntó Connie.

—¿Por qué te interesa tanto mi economía de repente?

—¿Qué economía? No puedo preocuparme por algo que no existe.

Sarah ignoró la última impertinencia de Connie y siguió caminando mirando al suelo, sin prestar atención a hacia dónde iba, conteniéndose para no sufrir una crisis nerviosa.

El móvil de Connie empezó a sonar y ella se lo sacó del bolsillo tan rápido como si estuviera desenfundando su pistola en mitad de un duelo a muerte.

—Dos putas horas sin comunicación. Cuéntame todo lo que ha pasado —ordenó Connie a su ayudante.

—¿Quién te ha dicho el dinero que tengo o no? —preguntó Sarah, que se puso delante de Connie, pero ella se apartó y se movió por la acera.

—Dile que se ponga ahora mismo... No, me da exactamente igual dónde esté, incluso si estuviera en el cuarto de baño, pásale el puto teléfono y que me diga a la cara, a la oreja al menos, qué cojones pretende conseguir con eso —exigió Connie, intentando contactar con su exmarido a la vez que esquivaba a Sarah.

—¿Ha sido Addison, ella te ha hablado de mi vida, de lo que hay en mi cuenta corriente o en mi nevera?

—No, no es eso. Es evidente que no estás en tu mejor momento —

respondió Connie—. ¡No, no te estoy diciendo a ti! Y habla más alto —espetó a su ayudante.

—No he hablado de eso con nadie más, sólo ha podido ser ella —dedujo decepcionada Sarah.

Connie comprobó que la carretera estaba tan desierta como de costumbre y cruzó a la acera de enfrente, donde había un poste de línea telefónica, pero la llamada se cortó igualmente. Levantó el brazo para lanzar el móvil al mar, pero se quedó quieta en el último momento y profirió un grito sordo. Sarah fue hacia ella y la observó manteniendo una distancia prudencial.

—No te acerques, no es necesario —dijo Connie, que se guardó el móvil lentamente, se recolocó la chaqueta y siguió caminando.

—No tienes que fingir que te importa lo que me pasa o que quieres ayudarme, eso tampoco es necesario.

—Oye, sé que no te va bien, y por mucho que intentes ocultarlo, estás... sufriendo. Reconócelo, acéptalo, dilo en voz alta, no sigas haciéndote la fuerte.

—Voy a salir de esta, no necesito tu ayuda o tu caridad. Así que, por favor, cambiemos de tema.

—Me parece perfecto que confíes en ti misma, esa es la Sarah que conozco, pero sólo por lo que dices. Actúa, demuestra quién eres. ¿Cuándo es el juicio?

—Puede que a finales de marzo, aún no hay una fecha definitiva.

—¿Tienes un abogado, uno bueno? ¿O al menos dinero para pagarte uno?

Sarah no respondió y se dio la vuelta para volver al hotel.

—¿Cuál es tu problema? Puedo prestarte a mis abogados, acéptalos. Acepta la ayuda, trágate tu orgullo y haz algo útil, aunque sólo sea gritar para pedir socorro —dijo Connie, que no entendía la resignación de Sarah ante sus problemas inmerecidos.

—Deberías ir a la comisaría, el repetidor de telefonía está cerca de allí —dijo Sarah antes de acelerar el paso para marcharse.

Mientras Connie y Sarah tomaban caminos separados, Trisha y Margaret llegaban cogidas del brazo ante la puerta del supermercado de Dandelion Bay. El edificio había sido remodelado hacía pocos años, pero los efectos de los continuos temporales en la zona lo hacían parecer un lugar abandonado.

La puerta automática se abrió y las dos amigas se quedaron paradas en medio, sin atreverse a entrar. Trisha se había vestido para la ocasión y pensaba disfrutar haciendo rabiar a sus detractores, y Margaret necesitaba

urgentemente algo que sólo podría conseguir en el supermercado, pero el nerviosismo se había apoderado de ellas y no estaban realmente preparadas para hacer su reaparición pública.

—Bienvenidas a Dandelion Bay Central Market. Aunque aún no están oficialmente dentro... —dijo una cajera, que las saludó con la mano.

—Joder, vamos ya, hemos hecho esto millones de veces en nuestra vida, no sé qué hago aquí parada como una imbécil —dijo decidida Trisha, que tiró de Margaret hacia dentro.

—No parece que haya mucha gente —dijo esperanzada Margaret, que se liberó de Trisha y avanzó directa hacia la sección de parafarmacia, escuchó un fuerte ruido a su espalda, decidió no mirar hacia atrás y corrió.

—¿Pero qué te pasa? Es el motor del refrigerador poniéndose en marcha. Las máquinas no tienen nada en nuestra contra. Por ahora —dijo Trisha, que fue hasta Margaret para volver a entrelazar sus brazos.

—No tentemos la suerte, vayamos deprisa —la urgió Margaret, que tiró de ella hacia delante, sin conseguir moverla.

—Tranquilízate y sonríe, estás a punto de sufrir un infarto. Oye, no estamos haciendo nada malo, ni siquiera estamos haciendo algo. Somos turistas, así que vamos a pasearnos por todo el local, nos haremos fotos en la sección de pescadería con los cangrejos y gambas...

—La verdad es que ahora sí me ha entrado hambre —dijo Margaret, que avanzó por los pasillos y se desvió hacia la sección de aperitivos.

Mientras Margaret analizaba cada bolsa de patatas fritas para elegir la que menos calorías tuviera, Trisha abrió un congelador y se cargó con paquetes de alitas de pollo, *bagels*, mini *pizzas*, y cualquier comida con grasas saturadas suficientes para recuperar la energía que había perdido durante el paseo desde el hotel.

—¿Tú no estabas a dieta? —preguntó con malicia Margaret, que apartó a Trisha y cogió una caja de *pizza* normal.

—Mira quién habla.

—Ponle kétchup y un poco de vinagre a esas alitas y te chuparás los dedos.

—¿Qué mezcla es esa? No quiero vomitar, gracias.

—¿Cómo vas a cocinar todo eso? En el hotel no he visto ninguna sartén, ni siquiera un horno de gas. Y si lo haces en el microondas parecerán chicle.

—La próxima vez que su majestad Constance Jones se enfade, le echare un chorro de aceite por la cabeza, le pondré esto encima, y listo.

—Es un buen método, pero así terminarás quemándolo —bromeó Margaret.

—Me siento un poco culpable por todo esto.

—¿Por qué? Tú no has hecho nada, ella es así.

—No, me refiero a toda esta grasa que me voy a meter en vena. A Connie que le den.

Margaret fue hacia la sección de verdulería y cogió una lechuga gigante, la frotó como si fuera una bola de cristal y se la pasó a Trisha.

—Con esto contrarrestas la maldición de las cartucheras.

—Se la regalaremos a Addy, se vuelve loca con las mierdas ecológicas. Y que me sienta culpable no significa que me arrepienta de que vaya a zampármelo todo. Voy a por un carro, no te muevas demasiado o te perderé entre la multitud —dijo Trisha, que fue hacia la parte delantera del supermercado.

Margaret aprovechó que se había quedado sola para ir a por su objetivo principal. Aceleró el paso y llegó al estante que servía de sección de parafarmacia, cogió varios paquetes de compresas y una prueba de embarazo que escondió entre los demás paquetes, pero tras comprobar que no había cámaras de seguridad cerca, se lo guardó en el bolso.

Justo cuando se dio la vuelta y vio a Trisha volviendo hacia ella, dos señoras aparecieron por el pasillo de en medio, y su amiga se paró en seco. Margaret reconoció a las dos mujeres y le hizo un gesto con la cabeza a Trisha para que se escondiera. Entre ellas estaban Ann y Barbara Carlyle, las hermanas mayores del *sheriff*. Los años habían afectado considerablemente al aspecto de las dos, que aunque se llevaban dos años de diferencia, siempre habían parecido gemelas, vestidas conjuntamente, con una cola de caballo y ropa sobria y cómoda. Ahora, por ironía de la genética, Ann, la mayor, era más baja y delgada que Barbara, que había crecido hacia los lados y llevaba el pelo cortado en forma de un feo champiñón, pareciéndose a su hermano con peluquín.

—¿Margaret, eres tú, de verdad? —preguntó sorprendida Ann Carlyle, que se echó hacia atrás para poder escanear con la mirada a Margaret de cuerpo entero.

—Dios mío, estás tan grande... —añadió Barbara Carlyle, que fue hasta Margaret y la cogió por las muñecas para levantarle los brazos, provocando que se le cayeran los paquetes que tenía en la mano. Margaret se agachó rápidamente y recogió su compra.

—Ann, Barbara, me alegro mucho de veros, tengo que ir a pagar esto — dijo Margaret, que intentó pasar entre sus antiguas cuñadas, pero ellas no se apartaron.

—¿Adónde crees que vas tan deprisa, es que no nos vas saludar como es debido, querida? —preguntó Barbara, llevándose las manos al pecho ofendida.

Margaret saludó a las dos mujeres con un beso en la mejilla y se paró muy cerca de ellas, intentando incomodarlas para que se apartaran.

—¿Qué te ha traído por aquí? —preguntó Ann, que colocó su carro como una barricada en mitad del pasillo.

—Oh, ya sabéis, la visita mensual... —respondió Margaret, que abrazó los paquetes de compresas incómoda.

—Ya, ya lo veo, pero me refiero al pueblo ¿Has venido de visita, a pasar el fin de semana con tu familia? ¿Dónde están?

—No, he venido sola.

—¿No estás de reunión con tus amigas? —preguntó Barbara.

—Sí.

—Hemos escuchado algo sobre eso... ¿Qué tal todo por Portland?

—Perfecto, no podría pedir más —respondió Margaret, que retrocedió resignada, sabiendo que las Carlyle no se marcharían hasta haberla interrogado al completo.

—¿Tienes alguna foto de tus hijos? Tu tía Eve dice que son iguales que tu madre, con esos ojos marrones claros... —dijo Ann, que intentó identificar el paquete rectangular que Margaret intentó ocultar cuando abrió su bolso para coger su móvil.

Margaret vio a Trisha acercarse lentamente por detrás de las Carlyle, les enseñó su móvil a las dos mujeres y aprovechó para volver a indicarle a su amiga que se marchara, pero ella la ignoró y se escondió al otro lado del estante.

—¿Tienes alguna de tu marido? —preguntó Barbara, que decidió responderse a sí misma y cogió el móvil de Margaret para ver libremente su galería de imágenes.

—De verdad, tengo que volver al hotel, la hora de comer es sagrada — dijo Margaret, que no se atrevía a recuperar su propio móvil para no parecer maleducada.

—¿Quién es este? Si es tu hijo mayor, se nota que tiene buenos genes — dijo Barbara al ver una imagen de Margaret junto a Seth, su exnovio.

—Barbie, nos vamos —dijo Trisha de repente, provocando que las Carlyle se giraran y miraran confusas hacia todos lados, buscando el origen de la voz.

—¿Es uno de esos robots dentro del móvil que te avisan de la hora que es? Debería comprarme uno para controlar mejor los tiempos del horno —dijo Ann, que pasó el dedo rápidamente por la pantalla, llegó a un vídeo y pulsó para que se reprodujera, pero Margaret se lanzó a recuperar el aparato.

—Chica, qué brusquedad —se quejó Barbara, que se frotó la mano como si Margaret le hubiera hecho daño.

—¿No sería uno de esos vídeos obscenos, verdad? Tú no solías ser así —dijo Ann.

—No, sólo es que me queda poca batería y tengo que irme ya. Hasta pronto, adiós —dijo Margaret, que se abrió paso entre las dos mujeres e intentó unir su brazo al de Trisha, pero ella se quedó detrás y le indicó que avanzara mientras ella le servía de guardaespaldas.

—¿Es que no vas a presentarnos? —preguntó impertinente Ann, que agarró su carro de la compra y fue tras Trisha y Margaret.

Barbara apareció en mitad del último pasillo antes de llegar a las cajas, Trisha fue a empujarla para que se apartase, pero Margaret le pisó el pie.

—¿Qué cojones haces? —espetó Trisha a Margaret.

—Cuida ese lenguaje cuando te dirijas a Margaret —le advirtió Ann, que miró a Trisha con una mueca de asco.

—¿Conoces a esta señora tan vulgar? —preguntó Barbara a Margaret, que agarró con fuerza el brazo de Trisha.

—Sí, es Trisha Williams. También vivía aquí.

—Oh, sí... —dijo Ann.

—Sí, nos acordamos de él —añadió Barbara, provocando que Trisha empujara su carro contra ella, que se apartó para no recibir el golpe.

—¡Deja en paz a mi hermana, monstruo! —dijo Ann, que empujó su carro contra Trisha, pero Margaret se interpuso y lo paró.

—¿Qué crees que haces, engendro? Te voy a denunciar por agresión —dijo Barbara, que avanzó hacia la salida del supermercado, pero Trisha la detuvo—. No me toques.

—Si sales por esa puerta y no es para ir a encerrarte en la cueva de donde has salido, voy a ir a por ti y haré que te tragues toda la mierda que has dicho sobre mí —dijo Trisha, que se echó a un lado y chasqueó los dedos para llamar la atención de Margaret, que recuperó el carro de la compra y fue

rápidamente hacia la caja.

Cuando Trisha llegó hasta Margaret ella ya había dejado su compra en la cinta transportadora y tenía preparado el dinero en la mano.

—Sois vosotras... —dijo sorprendida la misma cajera que les había dado la bienvenida al supermercado. La chica, que estaba sentada en un taburete, se quedó boquiabierta y se deslizó hacia abajo hasta ponerse de pie, rebuscó en sus bolsillos y sólo encontró un pañuelo de papel, cogió un bolígrafo de la caja registradora contigua y se lo ofreció a Margaret—. Antes no os he podido reconocer de lejos, pero... pero soy una gran fan de la saga de *The power* de la increíble Addison Cooper. ¿Podrías firmarme un autógrafo?

—Sí, como quieras... Es la primera vez que hago esto... ¿Cuál es tu nombre? —dijo Margaret, que cogió el papel y el bolígrafo.

—Sally, Sally Sugar —respondió la chica, que movió la placa con su nombre que llevaba en la solapa del uniforme.

—Es un nombre muy bonito, y dulce.

—Gracias, y perdón por molestarte con un estúpido pañuelo, habría traído mi colección de libros, pero no tenía ni idea de a qué hora podríais llegar, o si pasaríais por aquí.

—¿Te sirve así? —dijo Margaret, enseñando su improvisado autógrafo a Sally, que lo cogió emocionada.

—Está perfecto ¿Podrías...? —dijo Sally a Trisha, ofreciéndole el pañuelo para que también se lo firmara.

Trisha correspondió a Sally, y mientras escribía, las Carlyle llegaron a la caja contigua riéndose irónicamente por lo bajo.

—¿Dónde vas a ponerte eso? —la provocó Ann, señalando a un paquete de compresas.

—Te las voy a meter todas en la boca —respondió Trisha.

—Sally ¿Podrías cobrarte esto ya? —dijo Margaret, ansiosa por salir de allí. Aprovechando que Trisha seguía en un duelo de miradas con las Carlyle, Margaret sacó del bolso la prueba de embarazo y se la pasó con disimulo a Sally, que sonrió emocionada—. Date prisa, por favor.

Sally asintió y pasó todos los productos por la cinta transportadora, guiñando el ojo a Margaret cuando escaneó la prueba de embarazo. Trisha le dio su autógrafo a la cajera, que lo dobló cuidadosamente para guardárselo en el bolsillo.

—Margaret, si quieres puedes pasarte por casa a tomar café a las cinco. Tú sola, sin mascota —dijo Ann.

—Perdona, Ann, pero estás hablando de un ser humano, una mujer que merece el mismo respeto que todos —dijo seriamente Sally.

—Por supuesto, Sara, tienes toda la razón, es una mujer, al menos eso es lo que parece —dijo Ann, falsamente arrepentida.

—¿Cómo te has pagado esas bolas de plástico? —preguntó Barbara, señalando con desgana al pecho de Trisha, que la ignoró y empezó a meter rápidamente la compra en una bolsa.

—Habrá continuado con el negocio familiar de su madre —respondió Ann.

—Ann, por favor, para —dijo Margaret con una voz casi inaudible.

—¿Crees que esa peluca está hecha de plástico reciclado o de vellos púbicos? —preguntó Barbara a su hermana.

—Cerrad la boca, último aviso —advirtió Trisha.

—¿O qué harás? —la provocó Barbara.

—Ten cuidado, irá hasta arriba de hormonas —dijo Ann a su hermana.

Trisha cogió la lata de refresco abierta que había sobre la caja registradora de Sally y la lanzó contra las Carlyle, pero la otra cajera la interceptó.

—Se acabó, vete de aquí o avisaré al gerente —dijo la compañera de Sally, que descolgó el teléfono junto a su caja registradora y esperó con el dedo sobre el primer botón.

—No, nos ha amenazado antes, y a ti, pobre Nicole, casi te abre la cabeza con esa lata. Esto es un asunto demasiado serio, mejor llama al sheriff —dijo Ann.

—No te preocupes, ya lo he hecho yo —dijo Barbara, que envió un mensaje avisando a su hermano para que fuera en su ayuda.

En realidad, Carlyle Jr. estaba esperando en el aparcamiento del supermercado desde antes de que sus hermanas se reencontraran con Margaret y Trisha. Ann y Barbara se habían propuesto usar todas sus dotes de provocación para hacer brotar a Trisha, y lo habían conseguido sin esforzarse demasiado.

—Por favor, comportaos, pedios disculpas mutuamente y ya está —dijo Margaret, que cogió su bolsa de la compra e intentó salir a la calle, pero Nicole la detuvo.

—No, de aquí no se mueve nadie hasta que llegue el sheriff y diga que podéis iros —dijo la cajera, indicando a Margaret que esperara junto a la caja.

—Margaret ¿Estás defendiendo a... esto? —preguntó indignada Barbara.

Carlyle Jr. entró en el supermercado y fue directo hacia Trisha, que le indicó con el dedo que no se acercara.

—Me la habéis jugado, pero no vais a saliros con la vuestra, ni hablar. Esas dos me han insultado y se han reído de mí, han dicho cosas perfectamente denunciadas, y tú no vas a venir aquí a defenderlas.

—¿Disculpa? —dijo riendo irónicamente Carlyle Jr., que avanzó hacia Trisha—. No te resistas, sabes lo que has hecho.

—Sally, ve a por el gerente y que ponga las grabaciones de seguridad —exigió Barbara.

—Pero si habéis empezado vosotras...

—Tú no sabes lo que nos ha hecho en el pasillo de la sección de parafarmacia. Carter, nos ha amenazado con meternos productos de higiene íntima en la boca —dijo afligida Ann.

Trisha retrocedió para huir de Carlyle Jr., pero vio a Sarah llegar corriendo al supermercado y empujó al *sheriff* para ir hacia la entrada.

—¿De verdad quieres sumar desacato a la autoridad a tu expediente? —preguntó Carlyle Jr., que soltó las esposas que llevaba en el cinturón reglamentario y fue hacia Trisha.

—¿Qué está pasando? Margaret, ven aquí —dijo Sarah, indicándole a su amiga que se pusiera a su espalda, como había hecho Trisha.

—Vuelve por donde has venido y no te metas donde no te llaman. Apártate, estás entorpeciendo mi trabajo —dijo Carlyle Jr.

—¿Qué ha pasado? —insistió Sarah.

—Ese loco nos ha amenazado verbal y físicamente —respondió Ann.

—Y nos ha atacado con esta lata. Mira qué grande es, y todavía está llena. Si nos hubiera dado en la cara, podría haber explotado y dejarnos ciegos —añadió Barbara.

—A mí también ha intentado pegarme —dijo Nicole.

—Estoy segura de que así no es como ha empezado todo —dijo Sarah.

—Tres de las cinco testigos presentes confirman esa versión, la cuarta es una fanática que ha pedido un autógrafo a la acusada, y la otra es su amiga —dijo Carlyle Jr.

—¿Cómo sabe lo de mi autógrafo? —preguntó sorprendida Sally.

—Lo he visto todo, estaba fuera, vigilando, cuando han llegado.

—¿Nos estabas siguiendo? —preguntó indignada Trisha.

—Müller, apártate y deja que le dé a tu amigo lo que se ha ganado.

—¿Sabes que existen leyes federales que condenan la discriminación por transgénero, justo como la que acabas de cometer, y que esas leyes son válidas en este estado, en este pueblo, y dentro de este supermercado? —preguntó Sarah a Carlyle Jr., que se mantuvo en su sitio mientras ella se acercaba amenazante.

—Carter ¿Vas a dejar que te amenace a ti también? ¡Por Dios santo! —dijo Barbara.

Carlyle Jr. se quedó en silencio, hizo girar las esposas en su dedo y volvió a guardárselas.

—Sólo vamos a estar aquí cinco días, no saldremos del hotel a menos que sea necesario, pero si lo hacemos y vuelve a haber algún problema no será por nuestra culpa, te doy mi palabra. Sé que tenéis mucho tiempo libre, haced algo provechoso con él —dijo Sarah.

—Voy a confiar en tu palabra. Pero la próxima vez me darán igual las leyes que quieras invocar, esta es mi jurisdicción —replicó Carlyle Jr.

Margaret agarró del brazo a Trisha y la llevó fuera, Sarah caminó marcha atrás, vigilando a los Carlyle, y se unió a sus amigas.

—Creía que estabas preparada para esto —le reprochó Sarah a Trisha, que se detuvo y la miró indignada.

—Yo también lo creía, pero no has escuchado lo mismo que yo.

—Ya sabes cómo son —dijo Margaret.

—¿*Cómo son?* ¡¿*Cómo son?*! Hace treinta años que las vi por última vez, desde entonces hemos tenido cinco presidentes, uno de ellos negro. Los perros tienen hoteles de lujo y pronto podremos hacer cruceros hasta la Luna. Incluso tenemos consoladores con conexión a internet. ¿De verdad pretendes que me quede callada cuando esos cavernícolas se dirigen a mí de esa manera?

Margaret no supo qué responder y se encogió de hombros, Trisha le quitó una bolsa de patatas fritas y se marchó.

Capítulo 5

Fe

Treinta años antes de separarse de Margaret y Sarah, Trisha llegó a la señal que indicaba irónicamente el final de la carretera segura, justo en la entrada del pueblo, y dejó a Addison en el suelo. La entrometida chica no había dejado de hacerle preguntas desde que salieron del bosque, pero Trisha la había ignorado, pidiéndole sin éxito que se mantuviera en silencio y no intentara hacerle malgastar oxígeno en responder y cansarse aún más después de recorrer varios kilómetros a pie con ella en su espalda.

—Gracias por el viaje, pero no tengo nada con que pagarte —bromeó Addison, que se apoyó en la señal mientras Trisha recuperaba el aliento.

—Tú no me debes nada, yo no te debo nada. Y ahora ya puedes volver a tu casa.

—No pienso ir hasta el centro con esta pinta —dijo Addison, que empezó a dar saltos para despertar sus piernas entumecidas—. Te acompañaré hasta tu casa.

—Ni hablar, te vas ahora.

—No puedes echarme de un espacio público.

—Pero te puedo patear si no me dejas en paz.

—De acuerdo, si no quieres que te acompañe, iré yo sola... —dijo Addison, que empezó a caminar en dirección a la casa de las Williams, pero Trisha corrió detrás de ella y la detuvo—. Por fin entras en razón.

Trisha se quitó las botas de Addison, se las devolvió y se alejó lo más rápido posible que podía sin hacerse daño en los pies descalzos, pero Addison la alcanzó.

—¿Por qué no quieres que vaya a tu casa? Ya he estado allí antes, conozco a tu madre, incluso le compré un pintauñas cuando abrió su peluquería —dijo Addison, caminando hacia atrás para intentar retener a Trisha, que iba moviéndose en zigzag por la cuneta, entre hierbas y arbustos asilvestrados.

—Me da igual que vayas allí o no, no quiero que me vean contigo.

—¿Puedo saber qué tengo de malo para que te avergüence estar cerca de mí? Te he defendido y te he ayudado.

—Por eso mismo, vete antes de que crean que eres mi amiga o algo parecido.

—¿Es que no lo somos? He estado casi media hora sobre ti, te he prestado mis zapatos ¿No nos convierte eso en al menos conocidas cercanas?

—Allá tú y tus protocolos de buena gente, pero sólo pasabas por allí y te has metido sin que te llamaran.

—¿Preferirías que no lo hubiera hecho?

—Así no estarías taladrándome el coco ahora.

—Comer, se dice «comer el coco». Y no creo que sea lo que estoy haciendo, sólo quiero que me des una razón lógica por la que debería marcharme y dejarte sola.

—¿No entiendes que no puedes caerle bien a todo el mundo? —preguntó impacientada Trisha, que vio un coche patrulla cruzando la calle siguiente y saltó detrás de un arbusto para esconderse.

—¿Pero qué haces? —preguntó confusa Addison, que se giró y vio al *sheriff* Carlyle saludarla con la mano desde su coche. Ella respondió al gesto y sacó su cámara de la mochila, se agachó e hizo como si estuviera tomando fotos del suelo hasta que el hombre siguió su ronda.

Trisha se asomó y comprobó que el camino volvía a estar desierto, así que aceleró el paso, pero Addison la alcanzó otra vez.

—¡Déjame! —le espetó Trisha a Addison, empujándola para que se apartara, haciendo que cayera al suelo.

—¿Te sientes mejor ahora? —preguntó Addison, que se quedó recostada en la hierba tranquilamente—. Podrías haberle hecho esto mismo a Carter en vez de esconderte como una cobarde.

Trisha la ignoró y siguió caminando.

—Tenemos que denunciarlo, decírselo a su padre. Lo haré yo sola, quieras o no.

—¿Crees que no lo sabe, que no es él quien lo envía? No nos quieren aquí, no quieren a nadie que no sea como vosotros —replicó Trisha.

—¿«Vosotros»? Perdona, yo no soy parte de ese «vosotros», y creo que ya te lo he demostrado. No tengo nada que ver con ellos, ni quiero hacerlo.

—Pero aun así te aprovechas del trabajo de tu padre, permites que todos te traten como si fueras mejor que ellos.

—No has visto cómo se reían de mí e intentaban meterme mano mientras estabas escondida en tu agujero como un gusano.

—Gracias por el cumplido —dijo resentida Trisha, que echó a correr, centrada en llegar a casa cuanto antes, ignorando las risas de quienes pasaban por su lado y la señalaban.

Mientras, Addison se levantó, se sacudió la hierba de la ropa y decidió no desistir en su intento de confraternizar con Trisha, así que atravesó los árboles y la maleza para llegar antes a la casa de las Williams. Aunque miró hacia todos lados para asegurarse de que Addison no la había seguido, Trisha no pudo ver a su aspirante a única amiga en el pueblo escondida entre las zarzas.

Trisha abrió la ventana de su habitación y saltó dentro con sigilo para no revelar su presencia allí.

Yvette Williams estaba en la cocina, limpiando pescado para la comida mientras canturreaba, pero detectó enseguida que alguien había entrado en la casa. Sus complicadas experiencias en el vecindario de King, una de las zonas más conflictivas de Portland, desde donde había viajado para empezar una nueva vida con su único hijo, habían agudizado sus sentidos y la hacían permanecer en un estado constante de alerta.

Yvette se limpió las manos rápidamente para que no se le resbalara el cuchillo mientras lo empuñaba para enfrentarse a quien se hubiera atrevido a traspasar las paredes de su pequeña casa prefabricada. Llevaba tres meses en el pueblo, intentando pasar desapercibida mientras levantaba su peluquería y salón de maquillaje, pero Trisha no se lo estaba poniendo nada fácil, y supuso que algo que hubiera hecho su hija a escondidas era el motivo por el que algún visitante desconocido estaba allí para volver a dejar petardos con excrementos de perro o cualquier otro desagradable regalo para sugerirles de forma poco sutil que ese marcharan.

Pero Yvette abrió la puerta de la habitación de Trisha con una patada y sólo encontró a su hija en el suelo, limpiándose los pies con una camiseta

vieja. Trisha intentó esconder bajo la cama la camiseta rosa que acababa de quitarse, pero Yvette fue más rápida y la cogió.

—¿Has salido a la calle con esto puesto? —preguntó malhumorada Yvette, que tiró la camiseta al suelo y cogió del brazo a Trisha para levantarla —. Contesta, ahora... ¿Te has pintado los labios? ¿Estás loco?

Trisha no respondió e intentó liberarse, pero Yvette la agarró con la otra mano, sin soltar el cuchillo, que se quedó peligrosamente cerca de la piel de Trisha.

—¿Voy a tener que ponerle un candado a la ventana o atarte a la cama para que aprendas a estarte quieto? No quiero hacerlo, no me obligues.

—Déjame.

—Claro que sí, te voy a dejar, puedes largarte a donde quieras mientras no sea para pasearte por ahí disfrazado. ¿De dónde has sacado esa camiseta, y el pintalabios?

Yvette fue a su habitación y abrió el primer cajón de la cómoda, comprobó que le faltaba una barra de labios y volvió a la habitación de Trisha, pero ella estaba en el baño, limpiándose la boca.

—Devuélvemelo, ahora mismo —exigió Yvette.

—Lo he perdido.

—Perfecto, si de verdad querías una paga semanal, olvídate de ello.

Yvette recogió la camiseta rosa de Trisha, la echó en el cubo de la basura de la cocina, tiró encima los desechos del pescado que había limpiado y siguió preparando la comida. Trisha abrió el cubo y comprobó que su camiseta había quedado inservible por las manchas de sangre y vísceras.

—Ni se te ocurra recogerla —advirtió Yvette.

—Podrías haberla usado para hacer trapos de limpieza nuevos.

—Entonces sácala y córtala, que yo te vea.

Trisha recuperó la camiseta y la desgarró con las manos, mirando fijamente a su madre.

—La próxima vez te lo pensarás mejor antes de salir con una diana en la cabeza. Sólo te ha faltado ir con un cartel de neón que dijera «patéame».

—No necesito pedírselo para que lo hagan.

—Por eso mismo, idiota. Aquí dentro puedes hacer lo que te dé la gana, ir vestido como quieras, hasta ponerte la funda del sofá si te apetece, pero cuando cruces la puerta, eres Troy y te comportas como tal.

—No me llames así.

—Te llamaré como quiera mientras no te comportes como debes. ¿Quieres

demostrar que no eres un niño insolente? Adelante, empieza, veamos si duras más de un día.

Trisha fue hacia su habitación, Yvette dio un golpe en la encimera para llamar su atención, pero ella la ignoró.

—Estoy hablando contigo. Aunque quizás ese sea el problema.

—Puedes dejar de hablarme si quieres.

Yvette le cortó el pasó a Trisha e hizo que retrocediera para sentarse en la mesa.

—¿Es que no entiendes que quiero protegerte? Te parecerá que estoy en tu contra, de acuerdo, pero si así me ha servido de poco, no voy a convertirme en una Hermana de la Caridad. Para esa gente, todo lo que haces y te parece normal, es una ofensa, nos pones en peligro.

—Entonces volvamos a Portland.

—No se nos ha perdido nada allí.

—La abuela dijo que volviéramos cuando quisiéramos.

—No voy a dejar que esa vaca gorda se dé el gusto de restregarme por la cara cuánto la necesito.

—¿Puedo irme ya? —preguntó Trisha.

—No vas a ir a ninguna parte hasta esta tarde. He hablado con el padre Pepper para...

—No tienes por qué contarme tus conversaciones —la interrumpió Trisha. Yvette resopló, se sentó frente a ella y le cogió las manos.

—He hablado con el padre Pepper sobre tu problema, tu condición. Pensaba que iba a darme la razón, pero ha dicho que te entiende y que yo debo aprender a hacerlo también. Hemos acordado que a partir de ahora vamos a enseñarte cómo manejar este asunto con normalidad, sin esconderte, pero tampoco exhibiéndote como te empeñas en hacer.

—¿No puedo negarme, verdad? —preguntó frustrada Trisha.

—Esto es lo mejor para ti, y ni siquiera va a cobrarnos. El psicólogo de asuntos sociales sólo va a venir aquí una vez cada cuatro meses, y solamente te escucha porque le pagan por ello. El cura no te conoce, pero sí es amigo de los otros chicos y sabe cómo controlarlos. Sabes muy bien que abofetearía a esos brutos hasta que sangraran, pero no podemos estar así para siempre.

—No quiero ser su amiga. Quieren matarme.

—No exageres. Como sea, si quieres contarle algo al padre Pepper, cada sábado por la tarde a partir de las seis tendrá la puerta de su despacho abierta para que vayas a hablar con él. Ya ha hablado con otros chicos y chicas de

este mismo pueblo con problemas parecidos al tuyo. Es demasiado moderno para un sitio como este, seguramente le echarán pronto, así que aprovecha que quiere ayudarnos. Todo lo que puedas decirle está bajo secreto de confesión, así que no tienes nada de lo que preocuparte.

—¿Qué gano yo a cambio de contarle mi vida?

Yvette entrecerró los ojos y suspiró. Tenía que mantenerse en su papel de buena madre, así que cedió a regañadientes.

—Ve a mi armario y coge lo que quieras, te lo arreglaré si te viene grande.

Trisha asintió conforme y se levantó para ir a buscar su recompensa por el suplicio que tendría que aguantar en unas horas.

—A las seis en punto, no lo olvides. Al final terminarás agradeciéndomelo —dijo Yvette.

Mientras, en el parque del centro del pueblo, Connie intentaba encestar en la pequeña canasta portátil que sus padres le habían comprado para que practicara baloncesto, el deporte que peor se le daba. Sarah no dejaba de saltar delante de ella, bloqueándola y aumentando su indecisión.

—¿A qué estás esperando? Si sigo saltando se me saldrá el corazón por la boca —se quejó Sarah, que retrocedió para darle más espacio para moverse.

—Entonces deja de saltar —replicó Connie, que lanzó la pelota con fuerza al suelo, Sarah saltó para recogerla en el rebote y se la lanzó de vuelta, pero ella no tuvo tiempo de reacción y la recibió en el pecho.

—Demasiado lenta, demasiado distraída —se quejó Sarah, provocando que Connie le lanzara la pelota enfadada, pero ella sí pudo pararla y devolvérsela.

—No te pago para que me pegues.

—Tú no me pagas. Tus padres me pagan para que te enseñe, y eso es lo que hago. ¿No te gustan mis métodos? Ve y quéjate a ellos otra vez.

—Que te den —dijo Connie, que se sentó en un banco para beber agua y limpiarse los zapatos.

—Igualmente —dijo Sarah, que se subió al respaldo del banco, provocando que se tambaleara y Connie se tirara el agua encima.

Sarah lanzó a canasta, colándola a la primera, y saltó de vuelta al suelo.

—En pie, fin del descanso.

—No voy a seguir intentándolo, lo único que consigo es perder el tiempo.

—De acuerdo, de todas formas el dinero ya está en mi bolsillo...

Sarah dejó la pelota en el suelo, se acomodó en el banco y cogió el

cuaderno de Connie, que intentó recuperarlo sin éxito.

—Dame el lápiz, voy a apuntarte mis técnicas personales —dijo Sarah, que fue ignorada.

—Limitate a enseñarme lo reglamentario, no quiero ser como una jugadora profesional, sólo dejar de tener un mísero notable.

—Por supuesto, no quiero ser la responsable de que sigas sufriendo la vergüenza de tener una nota tan baja —replicó irónicamente Sarah.

Connie se giró para dar la espalda a Sarah, que aprovechó para coger un lápiz de la mochila de su alumna.

Con la intención de mejorar el ya de por sí sobresaliente expediente académico de Connie, los Jones habían pedido a Sarah, la hija de uno de los patrones de confianza de su compañía pesquera, que le enseñara a desenvolverse en todos los deportes, pues la destreza física era la debilidad de Connie.

A pesar de que la joven se había opuesto inicialmente, cedió para contentar a sus padres, pero creía que contratar la ayuda de Sarah era en realidad una forma de ayudar económicamente a la menor de los Müller, y no estaba equivocada. La propuesta surgió como un intercambio, de forma que Connie también ayudaría a Sarah con las materias que le costaba aprobar, pero Sarah prefirió cobrar en metálico y conformarse con sus bajas calificaciones. Connie habría preferido que fuera cualquiera de sus amigas quien la ayudara, pero las otras chicas no eran realmente tan cercanas como hacían parecer en clase o en las fiestas de los Jones.

Connie le quitó el cuaderno y el lápiz a Sarah y los guardó en su mochila, cogió la pelota y la botó hasta la canasta.

—Ahora haz tu paso número cinco punto siete —le indicó Sarah.

—Pierna derecha arriba, izquierda abajo, giro de brazo, subo y...

Connie falló su intento de mate y se quedó parada frente a la canasta.

—Y fracaso —dijo Connie, que recogió la pelota y volvió a intentarlo.

—Esta vez intenta no cerrar los ojos.

—Ha sido un acto reflejo —respondió Connie, que se detuvo en seco cuando vio llegar a Carlyle Jr. y sus amigos al parque.

Connie volvió rápidamente hacia el banco y guardó la pelota en su red, pero cuando fue a por la canasta, el hijo del *sheriff* ya estaba dando vueltas en bicicleta alrededor del árbol donde estaba colgada.

—Os faltan jugadores para poder jugar en serio —dijo Carlyle Jr., que se bajó de la bicicleta y le hizo un gesto a Sarah para que le pasara la pelota.

—Sólo estábamos practicando —respondió Sarah, que cerró la mochila de Connie y le ató en el asa la red con la pelota.

—Pues no está sirviendo de mucho —replicó Carlyle Jr., que fue a coger la pelota por sí mismo, le chocó los puños a Sarah y los dos fueron hacia la canasta.

—Jones, ¿Juegas o no? —preguntó Carlyle Jr., que movió la pelota hacia todos lados para que Connie se la quitara, pero ella no reaccionó.

—Será mejor que se quede fuera, ha fallado una canasta que colaría hasta mi abuela, y eso que tiene artritis —dijo Reese, que golpeó la pelota entre las manos de Carlyle Jr. y la botó hacia la canasta.

—No se puede ser la mejor en todo, Jones —dijo Lewis, que fue tras su amigo.

Connie retrocedió marcha atrás hacia el banco, vigilando que no hubiera ningún secuaz de Carlyle Jr. escondido a la espera de gastarle alguna broma.

Julian, el cuarto integrante del grupo de intocables que lideraba Carlyle Jr., llegó pedaleando exhausto y se apoyó en el respaldo del banco. Connie le ofreció su botella de agua en gesto de buena voluntad, esperando que eso fuera suficiente para que la dejara en paz.

—Ser amable no te hace menos fea —dijo Julian antes de unirse al partido de sus amigos.

—No seas tan maleducado y mírate al espejo —dijo Margaret, que apareció de repente acompañada de su grupo de amigas, que ocupó el banco de inmediato—. ¿Estás bien, Connie?

—Sí, sin problemas.

—Eh, no os sentéis, vamos a animarles —dijo Margaret a sus amigas, y entonces todas fueron alrededor de los chicos, gritándoles para darles ánimo.

—No os preocupéis, sólo estamos enseñando a Jones cómo se hace —dijo con chulería Carlyle Jr., lanzándole la pelota con fuerza a Connie, que esta vez sí la cogió al vuelo.

—Connie, aquí —le indicó Sarah, que levantó las manos para recibir la pelota, pero Connie la ignoró y fue a guardar la pelota en su red.

—Eh, no, no puedes largarte ahora que ya hemos entrado en calor. No podemos jugar sin ti, jefa —dijo Carlyle Jr., que fue hacia Connie para quitarle la pelota, pero ella corrió hacia fuera del parque. Había abandonado su canasta, pero le diría a sus padres que la había cedido para todos los chicos del pueblo, y así convertiría su cobardía en un gesto de gran generosidad.

—Carter, déjala, no soporta que sepamos hacerlo mejor —dijo Sarah,

siguiendo el juego a los chicos para facilitar la huida de Connie.

Carlyle Jr. hizo caso a Sarah y volvió hacia la canasta a la vez que ella iba hacia fuera del parque.

—¿Adónde vas? Pareces su criada —se burló Carlyle Jr.

—Lo sé, pero me da igual. Me pagan veinte dólares por cada sesión de entrenamiento, así que tengo que ir detrás de ella y seguirle el rollo para que no se queje a sus padres —respondió Sarah, que volvió a chocar los puños con Carlyle Jr.

El chico volvió junto a su corte de seguidores y se preparó para volver a hacer la ronda de vigilancia en bicicleta por todo el pueblo.

—¿No te parece raro que ahora siempre vayan juntas? —preguntó con curiosidad Margaret.

—Le pagan una pasta para que lo haga, yo también me lo pensaría, aunque tendría que llevar gafas de sol todo el día para soportar ver esa cara de culo desde tan cerca.

—Carl, esa boca —le recriminó Margaret—. Pero hay algo que no me parece normal en ellas.

—Jones no deja de discutir con Sarah en voz baja, es como una rata susurrando. Y a Sarah le hace gracia reírse de ella en su cara. No sé qué ves de raro en eso.

—Los que se pelean se desean —dijo Margaret.

—Eh, conozco a Sarah, su hermano es mi amigo, no hables así de ella.

—Lo siento, pero es rara. Viste con ropa de chico, no se maquilla, apenas va a la iglesia...

—Te digo que a Sarah no le va ese rollo. A la otra seguro que sí.

—Creo que tengo que contárselo al padre Pepper, dice que ahora cualquiera puede caer en la tentación.

—Ojalá fuera verdad —dijo provocativo Carlyle Jr., que abrazó por la cintura a Margaret, pero ella lo alejó con delicadeza y le dio un beso en la mejilla—. No te preocupes, si se tuercen, las enderezaremos.

Capítulo 6

Pérdida

Trisha salió de su casa y fue hacia el camino asfaltado con paso lento, disfrutando de que su madre hubiera interrumpido su siesta para asegurarse de que ella acudiera a su cita en la iglesia.

Yvette sospechaba que se escabulliría en mitad del trayecto y nunca llegaría a reunirse con el padre Pepper, pero no estaba dispuesta a acompañarla a pie al otro extremo del pueblo ni malgastaría la poca gasolina que le quedaba hasta final de mes. Pero Trisha iba a cumplir con su palabra, contaría al cura lo que quería oír, fingiría que todo empezaba a estar bien con los chicos, y seguiría intentando sobrevivir a ellos.

Trisha se giró y se despidió de su madre agitando la mano desganada, Yvette respondió ladeando la cabeza y volvió dentro de la casa.

Cuando Trisha llegó a la carretera principal aceleró el paso cuanto pudo, pero los dos pares de calcetines que se había puesto para rellenar el hueco de los zapatos, varias tallas más grandes, le hacían rozaduras en los talones que aumentaban el dolor que todavía le duraba desde su paseo descalza de por la mañana. La ropa también le hacía sentir incómoda, pero porque su madre la había obligado a vestirse con ropa de chico, reutilizando una camisa y unos pantalones de su difunto padre que Yvette había cosido para ajustarlos a su talla. Aunque no era la primera vez que llevaba ropa con la que no se sentía identificada, ahora estaba más avergonzada por dejarse ver así después de que horas antes se paseara por medio pueblo vestida de chica, y si todo eso no era suficiente para hacerle pasar un mal rato, vio que Addison iba paseando por la acera contraria.

—¡Vaya, qué casualidad! —dijo falsamente sorprendida Addison, que cruzó la carretera para ir junto a Trisha, que no se detuvo—. ¿Por qué vas vestida como si fueras a misa?

—Sólo voy de paseo. Y quiero hacerlo sola. Gracias —respondió Trisha, que aceleró el paso, pero sabía que Addison no desistiría en su intento de entorpecerle el camino y entrometerse en su vida.

—Oh, perfecto, podemos ir de paseo las dos a la vez, no juntas. Yo voy a

la iglesia, voy a proponerle al padre Pepper una sección de consulta en el Dandelion Spot. Es muy bueno dando consejos a los chicos, aunque la verdad es que no sé cómo puede entenderse tan bien con ellos, son unos estúpidos. ¿Tú te llevas bien con él?

Trisha se paró en seco y miró fijamente a Addison, que forzó una sonrisa.

—¿Tengo algo en la cara? He pasado por debajo de un pino muy, muy viejo, y estaba lleno de...

—¿Me has espiado?

—¿Yo, a ti? Para nada. Mi código ético como periodista me impide obtener información de manera fraudulenta.

—Tú no eres periodista, eres una pesada.

—Lo sé, gracias —respondió Addison sonriente, y entonces siguió caminando.

—¿Ahora vas a seguirme por delante?

—Técnicamente ya no te estoy siguiendo. Ya te he dicho que yo también voy a la iglesia.

Trisha arqueó las cejas y suspiró condescendiente, Addison se dio cuenta del error de su revelación y sonrió incomoda.

—Lo siento. No quería...

—Pero lo has hecho. Al menos así ahora no seguirás haciéndome preguntas, ya sabes todo lo que querías sobre mí, así que lárgate.

—No quiero saber nada sobre tu vida... Quiero decir, sólo mientras tú quieras contármelo, puedo escucharte.

—Ni que lo digas.

—Yo te entiendo.

—¿Qué entiendes? ¿Qué tenemos en común aparte de vivir en este lugar?

Trisha se sentó en el muro del paseo marítimo, Addison se puso a su lado y fue acercándose poco a poco hasta que sus brazos se tocaron y empujó con el hombro a Trisha.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó confusa Trisha, que se separó de Addison.

—Nada, sólo te he devuelto el empujón de esta mañana. Aunque no tengo tanta fuerza como tú.

—Perdón por eso.

—No importa, me lo he ganado. Aunque deberías tener cuidado, una dama debe mantener las buenas formas en todo momento.

—No soy una dama. ¿Es que no lo ves?

—¿Por qué vas vestida así?

—Me gustaría llegar viva a la hora de la cena, hoy comeremos salmón. Nos lo ha regalado un vecino por pena.

—En cuanto me mude para ir a la universidad, nunca más volveré a comer pescado. Aquí está en casi todos los platos, creo que algunos hasta mojan sardinas en el café.

Trisha rio por lo bajo y se sentó más cerca de Addison, que se sacó una barra de labios del bolsillo de la chaqueta y se lo metió a Trisha en el bolsillo.

—Puedo darte algo de ropa también, aunque te quedaría un poco pequeña.

—Sabes que no puedo aceptarla. Y tu estilo no me gusta.

—Ni a mí el tuyo.

—A mí tampoco.

—¿Esta ropa es de tu padre?

Trisha asintió y se puso en pie de un salto.

—¿Puedo preguntar cómo murió? —dijo Addison, que también se bajó del muro.

—Ya lo has hecho.

—¿Y bien...?

—No me apetece hablar de eso.

—¿Prefieres contárselo al padre Pepper?

—No tengo otra opción.

Trisha reanudó el camino hacia la iglesia y Addison la acompañó en un inesperado silencio que esta vez rompió Trisha. Ya que su nueva amiga había insistido en permanecer a su lado y parecía aceptar el riesgo que ello suponía, Trisha decidió que iba a sacar provecho.

—¿Podría usar el teléfono de tu casa?

—¿No tienes uno en la tuya?

—No quiero que la llamada aparezca en la factura.

—También puedes usar el teléfono público del ayuntamiento.

—No me fio.

—¿Crees que van a escucharte a escondidas? Es un lugar serio. ¿Qué misterio quieres ocultar?

—Quiero llamar a mi abuela, pero si no quieres, está bien...

—Claro que quiero ayudarte, podemos ir a mi casa después y de paso merendar.

Trisha asintió y sonrió con satisfacción, pero la sensación positiva que la

invadió se esfumó en un instante al cabo de un rato, en cuanto llegó ante la iglesia y vio a Margaret sentada en la escalinata de la entrada. Addison siguió caminando, pero se dio cuenta de que Trisha se había quedado atrás y retrocedió.

—¿Qué te pasa?

—Voy a esperar a que se vaya.

—¿Por qué? Ella no es mala.

—¿Estás segura? Es la novia de Carlyle —replicó Trisha, que se sentó detrás de un árbol.

—Vamos, levanta, no es para tanto. Además, una dama nunca llega tarde a una cita.

—Deja ya ese tema.

—De acuerdo, espero que te lo pases bien aquí, volveré enseguida —dijo Addison, que fue hacia la iglesia e intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave.

—Ponte a la cola —dijo Margaret, que amenizaba la espera haciendo pulseras con flores y malas hierbas.

—¿Has probado por la puerta lateral?

—No, entraré cuando me toque, no quiero molestar.

—¿Qué has venido a hacer?

—Vamos a empezar los preparativos de la obra de teatro para Navidad.

—Pero si aún quedan cuatro meses.

—Cuanto más preparado esté, mejor saldrá. ¿Y qué haces tú aquí, no tendrías que estar escribiendo tu sección de mentiras y calumnias para ese panfleto infantil?

—Ya lo he hecho, y ahora le traigo al padre Pepper las preguntas para su sección de consultorio.

—¿Quéee? —dijo indignada Margaret, que se levantó de un salto—. Mientes, él nunca participaría en esa basura.

—¿Ah, sí? Pronto lo averiguaremos —replicó Addison, que se sentó a esperar.

Margaret volvió a sentarse en el extremo opuesto de la escalinata y siguió con sus manualidades florales, canturreando en voz baja, hasta que vio llegar a Sarah seguida por Connie, y dio un grito de sorpresa.

—¿Qué te pasa? —preguntó Addison.

—Nada, es sólo que yo tenía razón.

—¿Sobre qué? —se interesó Addison, que vio a Sarah y Connie acercarse

y supuso que Margaret estaba sospechando sobre ellas.

Addison tenía poca relación con Sarah, que apenas socializaba con las demás chicas, Connie era su principal rival en clase y a la vez, uno de los objetivos habituales de las bromas de Carlyle Jr., el novio de Margaret, por lo que ninguna de las cuatro se saludó.

Sarah tocó en la puerta y no obtuvo respuesta, así que fue a la escalinata que llevaba hacia el jardín lateral de la iglesia. Connie se quedó de pie, apoyada en la fachada, y Margaret se levantó para ofrecerle una pulsera floral, pero la otra la rechazó.

—¿Por qué no la quieres, es demasiado femenina para ti? Puedo quitarle las margaritas —dijo Margaret, provocando que Addison se levantara y se colocara junto a Connie.

—No te pases —le advirtió Addison.

—Oh, Dios mío, ¿Tú también? Lo que faltaba.

—¿Se puede saber cuál es tu problema? Sólo son dos amigas pasando la tarde juntas, ¿Qué diferencia eso de lo que tú haces con Barbara, Ann, Lena...?

—¿Me estás comparando con ella? —preguntó indignada Margaret.

—Sarah no es mi amiga —dijo Connie, dejando a Addison descolocada.

—¿Porque es tú novi... o... a? —preguntó Margaret asqueada.

—Mis padres le pagan por pena para que me dé clases de deporte, eso es todo.

—¿Y qué haces aquí entonces? —preguntó Addison.

—La acompaño a hacer su tarea de jardinera. Gratis, se supone que así aprendo a apreciar el trabajo duro —respondió con desdén Connie, despejando la duda de Addison, que en el fondo creía que las recién llegadas también iban a tener una reunión especial como la de Trisha.

—¿A qué estás esperando?! —espetó Sarah desde el lateral de la iglesia.

—Así que le pagas para que te dé órdenes —comentó Addison sorprendida.

Connie resopló y fue con Sarah, Addison y Margaret la siguieron hasta el cobertizo.

—¿Vosotras también venís a limpiar? No lleváis la ropa adecuada —dijo Sarah, que le dio a Connie un rastrillo y señaló a una esquina del jardín para que empezara a trabajar.

—No, tenemos una reunión con el padre Pepper ¿Sabes si le queda mucho para desocuparse? —dijo Addison, esquivando a Sarah, que estaba

rastrillando las hojas secas frenéticamente.

—Sólo sé lo que pasa en mi territorio, que es todo el césped que estáis pisando. Si queréis hablar con él llamad a la puerta —respondió Sarah, que hizo retroceder a las otras chicas rastrillando contra sus pies.

Addison llamó a la puerta lateral, pero no obtuvo respuesta.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando aquí? —preguntó Addison a Margaret.

—Él no sabía que iba a venir...

—¿Y si le ha pasado algo y por eso no nos responde? —preguntó intrigada Addison, que entró al cobertizo para coger una escalera, pero Sarah la detuvo y forcejeó con ella para quitársela—. Déjame, esto es propiedad de la iglesia, y por tanto, de todos.

—Métete en tus asuntos y deja a Pepper en paz —dijo Sarah, que recuperó la escalera y llevó a Addison fuera.

Trisha llegó al jardín y fue hacia el cobertizo con paso amenazante, provocando que Connie y Margaret se escondieran detrás de Sarah, que se apoyó en el palo del rastrillo.

—¿Tienes algún problema? —preguntó desafiante Sarah.

Addison se colocó en medio de Sarah y Trisha, que se sostuvieron la mirada.

—Estás pisando el montón de hojas que acabo de hacer, muévete —ordenó Sarah.

—Oblígame.

—No, parad, ya nos vamos —dijo Addison, pero Trisha no se movió—. Trisha, vámonos.

Trisha fue hacia la puerta lateral y tocó, pero el padre Pepper seguía sin responder, así que decidió ir a la parte trasera, donde estaba la sacristía. Las demás chicas la siguieron, y cuando Trisha empezó a escalar por la pared para agarrarse a la repisa del ventanal, Margaret le quitó el rastrillo a Connie y golpeó a Trisha en la pierna.

—¡Baja de ahí, estás profanando la casa de Dios! —dijo Margaret.

Addison forcejeó con ella para quitarle el rastrillo, Sarah se unió, y al conseguir la herramienta, retrocedió y golpeó por accidente a Connie, que se llevó dolorida las manos a la cabeza y corrió lejos del jardín. Sarah la siguió, lo que Addison aprovechó para volver a por la escalera.

—Addison, date prisa, se me resbalan las manos —dijo Trisha.

—¡Estáis incumpliendo los mandamientos, y las leyes! —dijo Margaret

alarmada, pero Addison la ignoró, colocó la escalera bajo la ventana y empezó a subir.

—¿Estás sorda? ¡Baja de ahí ahora mismo! —dijo Sarah, que había vuelto para detener a Addison y estaba zarandeando la escalera.

—Si me tiras vas a tener problemas. ¿Acaso quieres probar a pasar la noche en un calabozo, como tu padre? —dijo Addison, provocando que Sarah retrocediera.

—Que te jodan.

—¿Vas a dejar que te amenace de esa manera? —preguntó Margaret a Sarah, pero ésta la ignoró y siguió rastrillando con furia.

Addison llegó a lo alto de la escalera, Trisha se descolgó de la repisa y se puso en el lado contrario, provocando que la escalera se tambaleara, pero Connie la sostuvo desde abajo, decidida a unirse a la rebelión contra Sarah y Margaret.

—Vais a arder en el infierno —dijo Margaret impotente.

—Vale, pero cállate, no podemos escuchar bien —dijo Trisha, que intentó descifrar lo que decían las voces que provenían de dentro de la sacristía—. Es un coro...

—Pero todos los miembros del coro estaban en el parque hace un rato —dijo confusa Addison.

—Al padre Pepper le gusta escuchar en su tocadiscos al coro de la Capilla Sixtina —dijo Margaret, que zarandó la escalera para hacerlas caer, pero Connie le dio un manotazo.

Addison y Trisha se asomaron al ventanal, pero el cristal estaba sucio. Addison pasó la mano y se la limpió en la camiseta, y cuando miró a través del cristal limpio, deseó no haberlo hecho.

El padre Pepper estaba de espaldas, sobre el diván en una esquina de la estancia, y bajo él, tumbada boca arriba y con las piernas abiertas, Sandy Kincaid, la vocalista principal del coro.

—¿Qué es, qué está pasando? —preguntó Connie al ver palidecer a Addison, que bajó conmocionada de la escalera y se dirigió hacia la parte delantera trastabillando.

Trisha saltó al suelo y se alejó de la escalera sin saber bien hacia dónde ir.

—¿Está el padre Pepper o no? —preguntó Margaret, que se subió a la escalera a la vez que Connie. Cuando llegó arriba y se asomó dentro gritó horrorizada, provocando que el cura se girara y viera a las chicas en la

ventana.

Sarah fue la última en asomarse y sólo pudo ver a Sandy recolocándose la ropa. Cuando Sarah se giró, vio que se había quedado sola, escuchó la puerta lateral de la iglesia abrirse y saltó desde lo alto de la escalera para huir de allí.

El padre Pepper corrió hacia la entrada de su iglesia, y aunque las cinco chicas ya estaban lejos, pudo reconocerlas.

* * *

Treinta años después de huir de la iglesia, Connie, Sarah Margaret y Trisha volvieron empapadas al hotel Valentine. Había pasado más de una hora desde que las cuatro salieran en busca de Addison, que después de la tensa hora de la comida, en la que apenas habían hablado, fue a recorrer el pueblo para hacer una sesión fotográfica para la promoción del libro.

Por la tarde, desobedeciendo sus indicaciones, sus cuatro amigas habían aprovechado para empezar a leer sus partes del borrador, pero cuando habían ido a pedirle explicaciones sobre las cuestionables descripciones que había hecho sobre ellas y los detalles que habían acordado censurar, Addison aún no había vuelto. Sabiendo que sería inútil intentar contactar con ella telefónicamente, decidieron ir a buscarla a pie, pero empezó a llover con fuerza y volvieron al hotel creyendo que su amiga también lo haría pronto.

Norma vio a las cuatro amigas correr hacia la recepción y se colocó en mitad del pasillo para evitar que pasaran sin limpiarse los zapatos en los trapos viejos que había dejado en el suelo, pero Connie fue corriendo por su lado hacia el mostrador, pasó detrás y empezó a abrir cajones.

—Sal de ahí ahora mismo, eso es ilegal —le espetó Norma, que pasó tras el mostrador e intentó echar a Connie, pero ella se resistió.

—Deme la llave de la habitación de ese demonio pelirrojo, le pagaré lo que quiera —dijo Connie, que abrió su monedero y se lo ofreció a Norma, que dudó si aceptar la oferta.

—Ni se le ocurra —advirtió Sarah, que fue detrás del mostrador e intentó sacar a Connie, que la apartó de un manotazo.

—No te acerques a mí, no os acerquéis. Usted, necesito su coche para salir de aquí, ponga el precio —dijo Connie, que arrancó una hoja de su talonario con tanta fuerza que la partió, volvió a coger otra, relleno sus datos y

la dejó sobre el mostrador, preparada para que Norma le vendiera un medio de escape del pueblo.

Norma accedió con gusto al trato, le mostró a Connie su cifra deseada, ella asintió, así que la mujer se guardó el talón en el escote y fue a su habitación para buscar las llaves del coche mientras Connie subía hacia la suya para coger las maletas.

—¿Deberíamos avisar a Carter? —preguntó Margaret, que cogió el teléfono fijo de la recepción y esperó a que Trisha o Sarah le dieran su autorización, pero ninguna respondió.

—¿Cuánto costaría la multa por ir sin casco en moto como acompañante? —preguntó Trisha, que se apoyó de espaldas en la pared y levantó la cabeza para respirar profundamente.

—No pienso ir a ninguna parte hasta que Addison haya vuelto. Quiero que esto termine de verdad, sin excusas, sin abrazos para cerrarnos la boca, sin esa mierda de libro —respondió Sarah.

Norma volvió a la recepción y dejó las llaves de su coche en el mostrador, donde Margaret estaba apoyada con la cabeza entre los brazos.

—¿Pelea de amigas? —preguntó Norma, que se sentó tras el mostrador y empezó a escribir sin disimulo sobre la escena que acababa de presenciar.

—Más bien es la destrucción de Pangea. Aunque nos falta la Antártida. No, esperad, biológicamente, Connie es Asia, pero se parece más a la Antártida por la frialdad... —respondió Margaret, provocando que todas la miraran desconcertadas—. ¿Qué? Tengo mucho tiempo libre para ver documentales.

—¿De verdad crees que éste es el mejor momento para hacer bromas? —le espetó Trisha.

—Mira quién habla, tú eres la bufona oficial de este grupo. ¿Por qué debería estar enfadada? Addison ha contado la verdad, deberíamos estar acostumbradas a ello, es nuestra vida, por muy penosa que sea.

—¿Eso es lo que te dice tu novio psicólogo cada vez que intentas suicidarte? —preguntó Connie desde lo alto de las escaleras, provocando que Trisha y Sarah se alinearan contra ella.

—Te has pasado —dijo Trisha.

—¿Ah, sí? Sólo estoy diciendo la verdad, y eso está bien, ¿No? —replicó Connie, que se detuvo a un escalón del suelo de la recepción y esperó a que las otras se apartaran.

—Pídele perdón —exigió Sarah, viendo que Margaret se estaba secando

las lágrimas.

—¿Tengo que pedirle perdón? ¡YO tengo que pedir perdón?! Tengo un complejo de superioridad enfermizo y mi cara podría aparecer como imagen destacada del término «vanidad» en *Google*. ¿Acaso no lo sabíais? Tomad, aquí tenéis más información sobre mí —dijo Connie, que abrió una maleta y sacó su parte del borrador, lo lanzó al aire y empujó a Trisha y Sarah para pasar—. Podéis quedároslas, ya les he hecho una foto para adjuntarlas a la demanda.

Norma empezó a recoger las páginas del suelo, pero Trisha la detuvo y recuperó la parte del borrador al completo. Sarah se plantó delante de la puerta de entrada y le cortó el paso a Connie, que levantó una maleta, dispuesta a usarla como ariete.

—Sé que no entiendes el significado de lo que voy a decirte, pero cálmate, por favor —dijo Sarah, que agarró la maleta de Connie y la dejó en el suelo.

—¿Crees que voy a quedarme aquí encerrada con alguien que me ha insultado, vilipendiado y abusado de mi confianza? —preguntó Connie, que indicó con la mano a Norma que le diera las llaves del coche, pero Margaret se adelantó y se las guardó en el bolsillo.

—Debe tener una razón para haberlo hecho, y ya nos avisó de que había tenido que cambiar cosas para hacerlo más llamativo —dijo Trisha.

—¿Entonces estás de acuerdo con lo que ha escrito? Déjame leer tu parte —la retó Connie.

—Tranquilízate y te las daré.

—Si queréis defenderla porque aún le tenéis cierto aprecio o pena, allá vosotras, pero si necesita ganar dinero para poder seguir pagando una vida que ya no es la suya, que se lo gane por ella misma, no a mi costa, a nuestra costa. Adiós.

Connie cogió las llaves del bolsillo de Margaret sin que esta opusiera resistencia y salió del hotel.

—¿Votos a favor de dejarla marchar? —bromeó Norma, que levantó la mano y ondeó su talón, pero nadie respondió a su intento de rebajar la tensión. Vio que el teléfono estaba mal colgado, y en cuanto lo colocó en su base, saltó el aviso de varias llamadas perdidas.

Trisha, Margaret y Sarah empezaron a subir las escaleras hacia sus habitaciones, pero Norma las llamó cuando estaban casi arriba.

—Tenéis que ir a la carretera principal, sobre el puente. Han encontrado a

vuestra amiga —dijo Norma.

—Dígale que venga ella misma, no vamos a volver a salir a buscarla —contestó Sarah.

—Tenéis que ir, hacedme caso —insistió Norma, que salió del mostrador y corrió hacia el aparcamiento para retener a Connie. Las otras tres se sorprendieron al ver la reacción de Norma y volvieron a bajar a la entrada. Margaret pasó detrás del mostrador y comprobó que el número que había llamado era el del *sheriff*.

—¿A qué viene esa cara? —preguntó Trisha.

—Creo que la han detenido.

—Lo sabía, ese capullo estaba esperando para cogernos de cualquier forma —dijo Sarah, que corrió al aparcamiento seguida por Trisha y Margaret.

—¡Subid ya, no voy a perder ni un minuto más aquí! —dijo Connie a sus amigas, que corrieron para montarse en el coche—. Que conste que solamente os llevo porque me pilla de camino.

—Lo que tú digas, arranca —la urgió Trisha.

Connie condujo a toda velocidad hacia el centro del pueblo, y al llegar al puente, vio que había dos coches patrulla cortando la carretera. Carlyle Jr. y el alcalde estaban bajo el mismo paraguas, sostenido por Robinson, y al ver a las amigas en el coche se acercaron. Todas menos Connie se bajaron y fueron al encuentro de los hombres. Clark tenía cara de preocupación, y su ayudante estaba pálido, mientras que Carlyle Jr. hacía un sobreesfuerzo por aparentar que no estaba disfrutando de lo que ocurría.

—Quédense aquí, no quieren verlo —dijo Clark, pero su consejo fue ignorado.

El agente Winfrey intentó parar a Trisha, pero ella lo empujó y se abrió paso entre los coches patrulla que delimitaban la escena del crimen.

Addison estaba acostada boca abajo en la carretera, la lluvia había diluido la sangre proveniente de su cabeza y se estaba formando un inmenso charco rojo a su alrededor. Trisha le dio la vuelta e intentó tomarle el pulso, pero la mano le temblaba. Pegó la oreja al pecho de su amiga y no escuchó ningún latido.

Margaret y Sarah rodearon el cuerpo de Addison y la agarraron.

—¡Addy, vamos, despierta! —dijo desesperada Margaret—. ¡¿Carter, dónde está la ambulancia?!

—Tranquila, está bien. Trisha, ¿Está bien, verdad? —dijo Sarah.

—Ayudadme a cogerla, levantadla. Vamos, Addison —dijo Trisha, que

encendió la linterna de su móvil, y cuando comprobó que las pupilas de Addison estaban fijas y dilatadas, soltó el móvil y abrazó el cadáver de su amiga con fuerza. Margaret rompió a llorar y también se abrazó a Addison, Sarah se unió, pero Connie apareció entre los coches y tuvo que correr hacia ella para sujetarla cuando se desmayó.

Capítulo 7

La tempestad tras la tormenta

Trisha vio que el despertador de su móvil estaba a punto de sonar y puso el aparato bajo la almohada para escuchar de cerca su canción preferida, con la que se despertaba cada día para ir a trabajar. Había olvidado desactivar la alarma por la noche, y ahora se arrepentía de no estar en Los Ángeles, a punto de comenzar otro tedioso turno de doce horas en la planta de emergencias. Margaret empezó a moverse a su lado, así que silenció la alarma y se levantó con cuidado para no despertar a su amiga.

En mitad de la noche, después de volver al hotel llevadas a la fuerza por el alcalde y su ayudante, Margaret había llamado a la puerta de su habitación, y Trisha, que seguía despierta, supo lo que quería sin necesidad de decirlo. Era lo más oportuno para mantenerla vigilada por su propia seguridad, y además, su compañía en la cama le serviría para entrar en calor después del apagón que dejó el hotel convertido en una gran cámara frigorífica sombría.

Trisha se vistió en el cuarto de baño con la ropa más colorida que había metido en la maleta, se maquilló y peinó como si nada malo hubiera pasado, y volvió al dormitorio. Dudó si debía despertar a Margaret para que la acompañara a desayunar o dejarla allí. No quería arriesgarse a que despertara de repente y se encontrara sola, así que dejó su móvil reproduciendo música en el cuarto de baño, abrió el grifo de la ducha y fue sigilosamente hacia la puerta.

—Si Addison se entera del agua que estás malgastando te va a matar — dijo somnolienta Margaret, que se giró y se acomodó en el centro de la cama. Trisha volvió al cuarto de baño y deshizo su seño, fue junto a la cama y se arrodilló frente a Margaret, que la saludó sin apenas voz.

—Voy a tomar algo, volveré en diez minutos. ¿Puedo dejarte aquí?

—Sí, si me traes el desayuno a la cama. ¿Puedes llevar tú también a los niños al instituto? Y saca al perro, ha estado llorando desde que salió el sol.

Trisha miró confusa a Margaret, que forzó una sonrisa.

—Sólo intento bromear, no tenemos perro.

Trisha rio sarcásticamente y salió de la habitación, encontrándose con

Sally, la cajera del supermercado, que estaba sentada en el suelo frente a la puerta y se acercó a ella de rodillas, la abrazó por la cintura y rompió a llorar.

—Vamos, vamos, para, no hagas esto aquí —pidió Trisha, que se movió hacia la sala común para alejar a la chica de las habitaciones. Sarah estaba de nuevo sentada junto a una ventana, envuelta en varias mantas, con la mirada perdida hacia fuera, y cuando Trisha y Sally entraron, ni se inmutó.

—Yo no... no puedo creer que haya pasado, debería haberos avisado ayer cuando os vi, han estado hablando de esto desde que anunciasteis la reunión... —dijo Sally.

—¿Quién, a quién has escuchado, qué decía? —preguntó Trisha.

—Todos, todos los de siempre, la gente de aquí. Van al supermercado a pasearse como si fuera la plaza del pueblo, hablan durante horas de sus aburridas vidas, de cómo se las destrozasteis, cada día, a cada hora... están obsesionados, son...

—Sally, céntrate. ¿Quién habló sobre vengarse de nosotras? —dijo Trisha.

—Esto no es una venganza, es una locura. Esa gente está enferma —dijo Sarah, que fue a servir café para todas.

—No, no lo dijeron claramente —dijo confusa Sally.

—¿Barbara, Ann, los Carlyle en general?

—No sólo ellos, ¡Todos! —respondió desesperada Sally, que se levantó de un salto y empezó a dar vueltas—. Tenéis de denunciarles, id a la policía del condado, yo os acompañaré como testigo.

—Ahora mismo no podemos hacer nada —dijo impotente Sarah, que le pasó dos tazas de café a las otras y bebió directamente de la jarra.

—Pero han tenido que ser ellos... —dijo Sally.

—No podemos denunciar al *sheriff* si solamente te tenemos a ti como testigo.

—Necesitamos los nombres de todos los hijos de perra que hayan hablado sobre hacer esto —dijo Trisha, y Sally asintió convencida.

—Tenéis que publicar el libro, cuanto antes, ahora mismo, antes de que Carlyle lo requiese como prueba policial —dijo Sally.

—No, no, ya nos encargaremos de eso, de momento el libro está a buen recaudo. Sally, sé cuánto apreciabas a Addison...

Trisha tomó aire, Sarah la reconfortó dándole palmadas en el hombro.

—Voy a hacer todo lo que pueda por ayudaros, lo que me pidáis, puedo grabar con mi móvil cada vez que escuche a alguien...

—Por ahora nos basta con que estés atenta, pero no te impliques demasiado, ya has visto lo que pasa cuando vas directamente en contra de ellos —le indicó Sarah.

—Esta noche os contaré todo lo que haya pasado en el pueblo, lo prometo.

—No, no tienes por qué molestarte.

—No, no importa, también estoy aquí, en este hotel. La habitación número siete, en el ala derecha, planta baja. Es mucho más barata que cualquier casa, y me da mucho menos miedo —dijo Sally, que miró su reloj y resopló—. Tengo que ir al supermercado. Vosotras podéis con esto.

Sally abrazó a Trisha con fuerza, después a Sarah, que no le devolvió el gesto. Después de que Sally se fuera corriendo de la sala común, Trisha se desplomó sobre el sofá.

—¿De qué la conoces exactamente? —preguntó Sarah.

—¿No la recuerdas? Es la chica que nos atendió a Margaret y mí ayer cuando nos encontramos con esas dementes en el supermercado.

—Lo sé, pero ¿Y ya está? La viste cinco minutos, no sabes cuánto puedes confiar en ella.

—¿Eso es lo que te dice tu instinto policial? ¿Por qué no le has dicho entonces que no la necesitamos? Aún estás a tiempo de pararla, corre tras ella.

—Sólo digo que debemos tener cuidado.

—Le hizo cara a las Carlyle, se atrevió a hablarles, y no para lamerles el culo precisamente. Tienes razón, no sé quién es ni cómo ha llegado hasta aquí, pero mi instinto me dice que es como nosotras.

—Esa amiga tuya, la cantante famosa ¿La has llamado?

—No, ¿Por qué?

—Vamos a necesitar un buen abogado. Contra quien haya hecho esto, contra los Carlyle por la discusión de ayer, incluso si Connie termina demandándonos...

—¿Por qué iba a hacer eso?

—No lo sé, pero es capaz de todo. Ahora mismo más que nunca.

—¿Sigue en su habitación?

—Ni lo sé ni quiero saberlo.

Trisha se levantó para ir a la habitación de Connie, pero Sarah la agarró del brazo.

—¿Cómo está Margaret?

—Viva. Bien, quiero decir. Me ha pedido que le lleve el desayuno, pero

como no venga ella misma, esa máquina de mini tortitas va a estar vacía dentro de muy poco —dijo Trisha, que fue a servirse el desayuno.

—No se pase —dijo Norma, que entró en la sala común de repente—. Ya me han llamado de dos habitaciones quejándose del ruido. Les dije que respetaran a los demás huéspedes.

Norma apartó a Trisha de la máquina de tortitas y le indicó con la cabeza que fuera hacia la zona de los sillones, pero al hacer el gesto se mareó y tuvo que agarrarse a la encimera.

Por la noche, poco después de que avisara a las amigas de Addison para que fueran en su busca, alguien entró en el hotel aprovechando el apagón, y tras dejar inconsciente a Norma, tuvo vía libre hacia la habitación de Addison, de donde sólo cogió su ordenador portátil. Ante la ausencia de agentes libres en el pueblo, ya que todos estaban pendientes del levantamiento del cadáver de Addison, Norma precintó la destrozada puerta de la habitación con cinta adhesiva y condujo por sí misma, con una brecha sangrante en la frente y un hombro casi dislocado, hacia el hospital de la ciudad más cercana, a media hora de distancia.

—Debería tomarse el día libre o estar de baja hasta que se recupere —dijo Trisha, que ayudó a sentarse a Norma.

—Ojalá pudiera, pero soy trabajadora autónoma, para mí no existen las bajas médicas ni las vacaciones. Y ya he tenido suficientes problemas con estar fuera de aquí sólo unas horas. Dejé al inútil de Sean en la recepción, a cargo de los huéspedes que seguro que iban a bajar a quejarse del corte de luz, el ruido de las luces de emergencia, los lloros de los niños asustados por la oscuridad... Se han ido de cuatro habitaciones, una de ellas una *suite*. Sean dice que se agobió y prefirió darles la devolución de la reserva antes que discutir y ofrecerles un descuento.

—No se preocupe, ahora no le conviene alterarse —dijo Trisha.

—Ya me lo ha dicho el médico, pero a ver quién puede no ponerse de los nervios en una situación así —replicó Norma, que vio a Sarah temblando aun envuelta en sus mantas y se levantó para ir a subir la calefacción—. Lo siento, no debería estar quejándome, vosotras estáis mucho peor, no hay comparación.

—Ha sido una mala noche para todos —dijo Sarah.

—Y el día sólo acaba de empezar —añadió Margaret, que entró en la sala común y fue directa a por la máquina de tortitas.

—Pude hablar con Carlyle sobre... —dijo Norma, provocando que Margaret dejara desganada el plato con su desayuno en la encimera, sin llegar

a probarlo.

—¿Sobre Addison? ¿Cuándo sabremos lo que pasó? —preguntó Sarah.

—¿Estáis seguras de que queréis saberlo?

—No, yo no quiero escuchar nada —respondió Margaret, que salió de la sala tapándose la boca, pero Trisha la retuvo—. No, no puedo.

—Cuanto antes lo sepas, antes podrás asimilarlo. No podemos seguir dándole más vueltas a lo mismo —dijo Trisha, que consiguió sentar a Margaret a su lado.

—¿No os falta una?

—Se lo contaremos después si es que le interesa —respondió Sarah.

—De acuerdo, si es lo que queréis... No sé bien cómo decirlo sin parecer... —dijo Norma, que se quedó sin palabras y resopló contrariada, hasta que Sarah le indicó que siguiera—. Llevaba muerta varias horas, fueron las heridas en la cabeza. La golpearon contra rocas de la costa, tenía restos de... algas y todo eso.

—Yo misma pasé por esa carretera, dos veces —dijo Sarah.

—Connie fue a las playas —dijo Margaret, y entonces todas se miraron—. ¿Y si...?

—No —respondió tajante Sarah.

—Es capaz de todo cuando está fuera de sí, tú misma lo has dicho antes —dijo Trisha.

—¿En serio estáis pensando que Connie puede haber hecho eso? —preguntó confusa Sarah.

—¿Te recuerdo lo que dijo antes de salir de aquí, cuando fuimos a buscar a Addison? «Si la encontráis, dejad que sea yo quien la mate» —replicó Trisha.

—Sí, eso es exactamente lo que dije.

Connie entró en la sala común y se plantó frente a Trisha, que se levantó para hacerle frente. Sarah fue a separarlas, Margaret también se levantó, pero para ir a intentar vomitar en el fregador, provocando que Norma corriera para evitar que manchara nada más.

—Sé que pensáis lo peor de mí, me lo he ganado, pero estáis igual de enfermas que quien mató a Addison si de verdad dudáis de mí —dijo Connie con voz entrecortada.

—Todas salimos a buscarla, ninguna la encontró, o eso es lo que se ha dicho. Estuvimos solas durante una hora, eso es tiempo suficiente para... —dijo Margaret.

—Norma ¿Le importaría dejarnos a solas? —pidió Sarah.

—Por supuesto, pero os recuerdo que esta sala es para todos, y si seguís discutiendo despertareis a la gente y vendrán aquí. Dejadles alguna tortita, hoy no tengo ganas de pelearme con la máquina para rellenarla.

Norma fue al pasillo y esperó frente a una ventana, fingiendo buscar manchas en el cristal, pero Sarah se asomó y la mujer desistió en su intento de escuchar a escondidas para obtener más material para sus relatos.

—Todas teníamos razones de sobra para odiarla en ese momento, yo le habría cruzado la cara si hubiera podido, y aunque no sabemos quién ha sido, por supuesto que no hemos sido ninguna de nosotras —dijo Sarah

—¿Por qué la defiendes de repente? —preguntó Margaret.

—Estoy usando el sentido común.

Todas se quedaron en silencio, esquivando la mirada a Connie, que respiraba ruidosamente, cada vez más alterada.

—Tenéis razón, las tres. Puedo jurar por la memoria de mi abuela que yo no lo hice —dijo Trisha entre lágrimas.

—¿Eres estúpida? No tienes que jurar nada, ninguna tenemos que hacerlo —dijo Sarah.

—Yo juro por mis hijos que... —empezó a decir Margaret, que volvió a tener arcadas.

—¿Cuántos años tenéis, habéis madurado de verdad? No somos asesinas durmientes, esto no es una novela de Agatha Christie, ni una de tus telenovelas, Margaret —dijo indignada Connie.

—Si aplicara todo lo que he aprendido viendo esas historias, tendría muchos más motivos para pensar que de verdad lo hiciste tú.

Connie fue hacia Margaret, Trisha y Sarah la siguieron para agarrarla, pero ella levantó los brazos.

—No lo hice. Mírame a la cara, no lo hice —dijo Connie, cuyos labios empezaron a sangrar después de haber estado mordiéndoselos para retener las lágrimas—. No lo hice. No —repitió, mirando a Trisha y Sarah, que la cogió del brazo y tiró de ella para acercarla y abrazarla.

Trisha y Margaret se unieron, pero el momento de extraña paz terminó cuando alguien tocó en la pared de la entrada a la sala. Todas se giraron y vieron a un apuesto hombre moreno entrar lentamente con una mano en el pecho, con gesto solemne, trajeado completamente de negro y con gafas de sol.

—Buenos días. Siento mucho interrumpiros, pero tenemos que hablar.

—¿Quién eres tú? —preguntó Connie, desconcertada por la apariencia

del hombre, que a todas vistas era de muy lejos del pueblo.

—El traje y las gafas engañan, y además ha engordado, pero esa cara de gilipollas no se olvida fácilmente. Es el exnovio de Addison —dijo Trisha.

—Comprendo el duro momento por el que estás pasando, yo también estoy enfadado —respondió Rick Marble, el agente literario y exprometido de Addison, que intentó abrazar a Trisha, pero ella lo apartó, así que estrechó la mano a Connie y Sarah y abrazó a Margaret, la única que le dejó acercarse.

—¿Qué estás haciendo aquí, vienes del hospital? —preguntó Margaret.

—No, he venido directo hasta aquí. Sois mis representadas, tengo que asegurarme de que todo marcha como está previsto y podemos sobreponernos a esto.

—¿Tú sabes lo que es el respeto? Nuestra amiga acaba de ser asesinada, y tú vienes sólo pensando en el libro y el dinero —le espetó Sarah.

—No piensa en otra cosa, os recuerdo que es el capullo que la dejó después de que se hundiera con *The power of Lust* —dijo Trisha, que avanzó para hacer retroceder a Rick.

—Ella me dijo que estaban prometidos... —dijo extrañada Margaret.

—No, eso es... Sí habíamos vuelto, pero no llegamos a hablar sobre...

—Vete, ahora —ordenó Trisha.

—Esto es difícil para todos, pero la vida no puede pararse ahora mismo. Tenemos que seguir adelante con nuestro objetivo, Addison no habría querido que tuviéramos ni un segundo de quietud más de lo necesario.

—¿Cómo te has enterado, quién te ha llamado? —preguntó Sarah, que avanzó junto a Trisha.

—Addison no respondió a los mensajes de buenas noches que le envié, y tampoco a mis llamadas, empecé a preocuparme y...

—Mientes muy mal, y tu estilismo te delata ¿Vienes vestido de luto a asegurarte de que tu novia está bien? —dijo Margaret.

—No era mi novia como tal, estábamos intentando...

—Hace un momento has dicho que estabais juntos de nuevo —dijo Sarah.

—Sólo quería aprovecharse de ella ahora que estaba despegando de nuevo. No mientas más, se te da muy mal. El disfraz de viudo no es lo único que te delata, sé que no contactaste con Addison porque yo cogí su móvil y cuando pude encenderlo no apareció ninguna notificación —dijo Trisha.

—Sacar una prueba de la escena de un crimen es un delito —le recriminó Connie.

—Podría ayudar en la investigación —añadió Sarah.

—Sabéis cómo se desarrollan las investigaciones por aquí ¿De verdad queréis que lleve el móvil a comisaría? —dijo Trisha, y ninguna respondió—. Lo que pensaba.

—De acuerdo, no la llamé ni le escribí, pero sí he pasado toda la noche viajando en coche, en avión y después otra vez en coche por una carretera de la era de los trogloditas para poder llegar aquí. Los responsables de la editorial fueron quienes me avisaron, estaba en todos los canales.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Connie.

—¿No habéis salido ahí fuera? Hay al menos treinta furgones de televisión en el aparcamiento —respondió Rick ligeramente emocionado, y de repente se quedó solo en la sala.

Las cuatro amigas corrieron hacia las escaleras, pero vieron a una multitud de periodistas y cámaras reunidos en la recepción y se detuvieron.

—¿Pero qué cojo...?! —gritó Connie antes de intentar bajar, pero Sarah la retuvo y Trisha le tapó la boca.

—Si nos ven no hay vuelta atrás —advirtió Sarah.

—¿Quién les ha avisado? ¿Quién tiene cobertura o conexión a internet para hacerlo? —preguntó desconcertada Margaret.

—Carlyle, ese gordo asqueroso quiere convertir esto en un circo y ganar dinero con nuestra sangre —dijo Trisha, que se agarró la mano dolorida después de que Connie se la mordiera para que la dejara libre.

—Los voy a echar de aquí a patadas —dijo Connie, que empezó a correr escaleras abajo.

—Chicas, no os conviene desairarles, solamente tenéis que salir y saludar —dijo Rick, que de nuevo se quedó solo en lo alto de las escaleras.

Connie fue directa contra la multitud, empujó y golpeó sin mirar, pero alguien la agarró por detrás y la arrastró hacia las escaleras mientras Norma reunía a los periodistas fuera.

—Si vuelves a tocarme te arranco las manos —dijo Connie, que se giró y amenazó con el dedo a quien la había parado, un chico alto, delgado, ojoso y con pelo castaño un poco largo que le tapaba parte de la cara y disimulaba las cicatrices del acné.

—La única que puede amenazarle soy yo —dijo Norma, que agarró del brazo al chico y lo empujó hacia el mostrador—. Sean, prepara las reservas.

—¿Qué está haciendo, va a dejar que entren aquí? —preguntó indignada Sarah.

—«Abierto veinticuatro horas», sin excepción si pagas la habitación.

—Las reservo todas, las que se queden vacías a partir de ahora también —dijo Connie, que empezó a subir las escaleras para ir en busca de su talonario.

Una mujer tocó en la puerta de la recepción antes de entrar y Norma corrió a refugiarse tras el mostrador. La inspectora Jaye Holden fue directa hacia Connie y esperó con la mano tendida a que bajara.

—¿Constance Jones? —preguntó Holden, que mostró su placa a Connie, y entonces ella le estrechó la mano con decisión—. ¿Le importaría acompañarme?

—Sí, con mucho gusto, que haya venido aquí es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo —respondió Connie, que salió del hotel rápidamente.

—¿El FBI va a liderar la investigación? —preguntó sorprendida Sarah.

—No se vayan muy lejos, enseguida empezaremos con las entrevistas.

—¿Entonces dónde llevan a Connie? —preguntó Trisha, pero Holden no respondió y salió del hotel.

De repente, la multitud de periodistas se movió hacia un lado del aparcamiento y se escucharon gritos. Los ataques de fuerza explosiva de Connie fueron inútiles para impedir que la redujeran y la montaran esposada en un coche dirección a su interrogatorio como principal sospechosa del asesinato de Addison Cooper

Capítulo 8

Cimientos

Unas horas antes de empezar la investigación en Dandelion Bay, la inspectora Jaye Holden iba acostada en la parte trasera del coche para calmar las náuseas provocadas por su reciente y esperado embarazo. El inspector Phil Billow había querido parar hasta que ella se hubiera recuperado, pero Holden insistió en continuar el largo trayecto y no retrasar su trabajo. Un simple mareo no la detendría, no iba a permitir que su faceta como futura madre soltera fuera un obstáculo para seguir demostrando que era una agente tan válida y efectiva como los demás.

—¿Estás segura de que no quieres parar?

—Tan segura como estaba hace medio minuto.

—No quiero tener que limpiar la tapicería, con la humedad de esta zona la peste nunca terminaría de desaparecer.

—Te recuerdo que una vez tuve que limpiar tu vómito después de que te comieras un triple burrito con extra de jalapeño. Uno a cero. Pero no te preocupes, si pasa algo, lo limpiaré por mí misma. Y ahora, por favor, cambia de tema y de emisora.

—A la orden.

Billow obedeció a Holden y empezó a cambiar de emisora, huyendo del *rock* alternativo que tanto le gustaba, pero la señal empezó a cortarse y entonces decidió apagar la radio para no distraerse. Eso le permitió volver a centrarse en la carretera a tiempo de ver la tira metálica que había por delante, y dio un frenazo para evitar pasar por encima.

—Muchas gracias —dijo irónicamente Holden, que se levantó lentamente y se tapó la boca—. ¿Has atropellado un conejo? Sal y déjalo en la cuneta, que sirva de fertilizante natural.

Billow salió del coche y comprobó sorprendido que había estado a punto de pinchar las ruedas con una ristra de clavos. Sacó su móvil para hacer fotografías del lugar y grabar cómo recogía la trampa, pero Holden salió del coche y él fue hacia ella para devolverla dentro.

—Aquí hace demasiado frío, quédate en el coche.

—No soy una damisela en apuros, aparta —replicó Holden, que avanzó hacia la ristra de clavos y la movió con el pie—. Lleva aquí desde hace un par de horas, el óxido se ha pegado al asfalto con la lluvia.

—Es una buena forma de mantener la economía local. Pinchas, te remolca la grúa del pueblo, duermes en sus hoteles, compras en sus tiendas... El negocio perfecto —dijo Billow, que recogió la trampa para llevarla al coche.

—Un nuevo tipo de obsolescencia programada.

—Este es el más antiguo de todos. ¿Nos la habrán preparado expresamente?

—Más les vale que no.

Billow guardó la trampa en el maletero y fue a montarse en asiento del conductor, pero Holden se le había adelantado, así que él sacó la llave del contacto.

—Te lo voy a decir por última vez: no soy una inválida, y soy tu superior. Billow, dame las llaves, ahora.

—¿Y si volvemos a encontrarnos algo como eso?

—No estamos en un campo de minas —respondió Holden, exigiendo con la mano las llaves del coche—. Esta barriga es mía, sé mejor que nadie lo que puede perjudicarla o no.

Holden recuperó las llaves a la fuerza y arrancó el coche, avanzó para reírse de Billow haciéndole creer que iba a dejarle allí, y paró unos metros más adelante para que su compañero se sentara al lado.

—Muy gracioso —dijo irónico Billow, que intentó encender la radio, pero no funcionaba—. Parece que estamos entrando en otra dimensión.

—Pues menuda bienvenida. Sólo espero que ese tal sheriff Carlyle no sea el típico calvo y barrigudo, porque entonces empezaré a buscar las cámaras ocultas.

—¿Por qué?

—¿No ves lo surrealista que es todo en este caso? Esa mujer llevaba treinta años sin pisar el pueblo, y el primer día que lo hace...

—Mala suerte.

—Mala suerte es que se te caiga la tostada boca abajo, o pillarte un mechón de pelo al subirte la cremallera de la chaqueta. Que huyas de un lugar y vuelvas para que te maten es... —replicó Holden, que silbó impresionada por el desafortunado suceso.

—Al menos esto le traerá algo bueno a las demás, es un reclamo publicitario que les viene de la hostia. Perdón por la expresión —dijo Billow,

que hizo un gesto de súplica mientras miraba al vientre de Holden, que resopló condescendiente.

—Sí, pero de poco va a servirle a ella estando muerta.

—¿Has leído algo de sus trabajos?

—¿Trabajos? Si te refieres a esas historias guarras, no, no compraría ese tipo de libros ni para limpiarle el culo a mi perro con ellos.

—No seas exagerada, tampoco están tan mal —dijo Billow, provocando que Holden lo mirara asqueada—. ¿Qué? A Donna le gustaron, quería que los leyera para comprobar cuánto podía ser verdad de la parte política y más formal, y la verdad es que no exageraba demasiado. Y por supuesto, también intentamos poner en práctica algunas escenas. Hay una en la que tres...

—No necesito más detalles —dijo Holden secamente.

—Pero insisto, tampoco están tan mal. Y la premiaron por el trabajo que hizo como reportera, no lo olvides.

—Bien por ella —replicó Holden, que aceleró para llegar cuando antes al que sería su centro de operaciones durante las próximas semanas.

Al pasar por el puente de la carretera principal de Dandelion Bay, los dos agentes vieron desde lejos la gran mancha rojiza que se extendía por en medio de los carriles. Queriendo aprovechar al máximo los recursos naturales, y para evitar tener que cortar la ahora transitada carretera, Carlyle Jr. había confiado en que la lluvia hiciera su trabajo y borrara el rastro de sangre que había dejado el cuerpo de Addison, pero su idea no había funcionado como esperaba.

Holden aparcó frente a la comisaría, y cuando se giró para abrir la puerta y salir del coche, se encontró con Robinson, que le hizo un saludo militar.

—Bienvenidos a Dandelion Bay, soy Griffin Robinson, teniente de alcalde. Perdonen que no les estreche la mano, me suda un poco.

—No se preocupe. No hacía falta que viniera a recibirnos, ya puede volver a su puesto de trabajo antes de que empiece a llover de nuevo —dijo Holden, que se encaminó hacia la comisaría, seguida por Billow y Robinson, que se puso delante de ellos y caminó hacia atrás mientras intentaba retenerles.

—El alcalde Clark querría recibirles en su oficina, sólo serán unos minutos, les hemos preparado un cóctel, hay licor de pino, patés de atún salvaje, cangrejo...

—Gracias, pero ya tenemos el estómago lleno y mucho trabajo que hacer —respondió cortante Holden, que entró en la comisaría sola.

—¿Hasta cuándo sigue en pie la invitación? —preguntó Billow desde el

marco de la puerta.

—Pásense cuando quieran, les esperamos —respondió sonriente Robinson. Clark lo había enviado como emisario para atraer hacia el ayuntamiento a los agentes y conseguir que le incluyeran como colaborador en la investigación, y aunque Robinson sólo había cumplido parcialmente con su objetivo, ahora sabía que podría llevar hacia su terreno a Billow usando la comida como cebo.

A la vez que Robinson volvía corriendo al ayuntamiento para continuar con los preparativos de una rueda de prensa de emergencia, Billow entró en la comisaría y se encontró con la mirada de indignación de Holden, que señaló con la cabeza hacia el mostrador, donde estaba el agente Winfrey jugando al solitario en su anticuado ordenador sin prestar atención a la inspectora, a la que había devuelto el saludo con desdén. A través de las paredes de cristal, en la parte trasera del edificio, se veía a Carlyle Jr. y otro agente recostados tras sus escritorios.

Billow captó enseguida el modo de proceder de aquellos hombres y tocó en el mostrador, mostró su placa a Winfrey, y éste se levantó rápidamente para estrecharle la mano.

—El sheriff vendrá ahora mismo —dijo el agente, que fue en busca de Carlyle Jr.

—Has ganado la apuesta —comentó por lo bajo Billow al ver a Carlyle Jr. acercándose hacia ellos metiendo tripa e irguiéndose para parecer más imponente.

—No era una apuesta, y ojalá me hubiera equivocado.

—Inspector Holden, bienvenido a mi jurisdicción —dijo Carlyle Jr., que estrechó la mano de Billow con fuerza.

—Gracias, pero se equivoca, yo soy el inspector Philip Billow, ella es la inspectora Holden —dijo él contrariado.

Carlyle Jr. se giró hacia Holden, que le sostuvo la mirada. No era la primera vez que alguien se sorprendía al descubrir que una mujer negra pudiera haber llegado a ser inspectora y tener a un hombre blanco como ayudante. La leve mueca de desagrado del *sheriff* era algo que no se merecía después de casi veinte años de carrera, pero ahora que ella estaba en control, no iba a dudar en aprovechar su puesto para dejar clara su valía independientemente de su sexo y color de piel.

—Perdón, lo escuché mal —dijo Carlyle Jr., que le estrechó la mano a Holden rápidamente.

—No importa, estoy acostumbrada.

—¿Cómo se escribe, es un nombre extranjero?

—No, es exactamente igual que Jay, pero con una «e» al final. ¿Nos lleva a nuestro despacho? —dijo Holden, provocando una risa irónica de Carlyle Jr.

—Si aquí hubieran despachos individuales no tendría enfrente la cara de *bulldog* de George todo el día. Pueden despejar las mesas del fondo y dejar sus cosas allí.

Holden y Billow siguieron a Carlyle Jr. hacia la parte trasera de la comisaría, Billow empezó a acomodar los improvisados escritorios para él y Holden, que fue al escritorio de Carlyle Jr. y cogió la carpeta con el breve informe sobre Addison, pero el *sheriff* se la quitó.

—Estaba terminándolo ahora mismo, voy a continuar, si no le importa —dijo Carlyle Jr.

—¿Tiene los resultados de la autopsia? —preguntó Holden, que rebuscó entre los documentos que había sobre el escritorio a la vez que Carlyle Jr. se los iba quitando.

—Aquí están, le parecerá poco, pero es lo mejor que podemos tener por ahora —dijo Carlyle, que abrió un cajón del escritorio y le entregó a Holden el informe forense de Addison.

—¿Por qué es tan precario? Sólo describe las heridas visibles superficialmente, la posición y estado del cuerpo —dijo frustrada Holden, que le pasó el documento a Billow.

—Los padres de la víctima están muertos, era soltera y no tenía hijos, no teníamos ningún número de contacto de otro familiar cercano, y no llevaba su teléfono móvil encima —respondió esquivo Carlyle Jr.

—¿Han registrado la habitación del hotel donde se hospedaba?

—Creía que eso formaba parte del trabajo que han venido a hacer aquí. No tenemos medios para este tipo de cosas, nunca los hemos necesitado.

—El equipo de forenses debería haber llegado antes que nosotros, pero quizás se han encontrado con una trampa en la carretera, como nosotros —dijo Holden.

—Lo sé, lo sé, las dos veces que hemos estado a punto de coger al enfermo que las pone, se nos ha escapado por el bosque. Allí, en las montañas, viven algunos de esos naturalistas desquiciados, ya saben cómo se comportan contra la gente civilizada... Pero no se preocupen, la habitación no se va a mover de donde está, y apenas son las ocho de la mañana, todos tenemos sueño, y con la niebla, probablemente sus compañeros científicos habrán

tomado el desvío equivocado.

—De acuerdo, voy a llamar a la editorial, puede que ellos tengan más contactos y nos ayuden a desbloquear el tema de la autopsia —dijo Billow.

—Carlyle, su padre lideró la primera fase del caso Pepper, ¿Verdad? —preguntó Holden, que se paseó por la sala, mirando las fotografías conmemorativas en las paredes.

—Sí, pero ¿A qué viene eso ahora? —replicó Carlyle Jr.

—Usted vivió en primera persona los errores que se cometieron entonces. No desconfío de su capacidad de manejar este caso correctamente, pero no voy a permitir ni un solo fallo, un desliz, o una irresponsabilidad de principiante como ha sido dejar la escena del crimen tal y como está.

Carlyle Jr. arqueó las cejas y se sentó cómodamente en su escritorio.

—Pensaré que no está amenazándome y sólo quiere...

—No, sólo estoy avisándole sobre los principios a seguir a partir de ahora. Llame al servicio municipal de limpieza y haga que dejen la carretera impoluta.

—Conozco mi trabajo perfectamente, igual que usted el suyo, pero creo que el clima está afectándole al carácter, o quizás yo no esté entendiéndola, pero creo que usted no es quien tiene la última palabra aquí —replicó Carlyle Jr., que descolgó el teléfono y empezó a marcar lentamente.

Billow fue junto a Holden y le tocó en el hombro.

—El viaje no ha sido precisamente fácil, y encontrarnos con ese escenario nada más llegar... No hemos venido para agitarlo todo y poner un nuevo orden, estamos aquí para asistirlos en todo lo posible, en igualdad.

—Eso es, estamos al mismo nivel, es lo que su compañera no ha sabido explicar. ¿Dónde han dejado sus documentos?

—Está en el coche, vuelvo enseguida —respondió Billow, pero Holden lo detuvo.

—Iré yo. Quiero una copia de todo lo que tengan hasta ahora, también sobre el caso Pepper.

—Lo siento, pero ya no tenemos esos archivos. De hecho, sólo estuvieron aquí por unos días, hasta que los vuestros terminaron la purga y se lo llevaron todo —dijo Carlyle Jr., esforzándose para disimular su satisfacción.

—De acuerdo. Billow, llama primero a Portland, que nos los envíen cuanto antes. ¿Hay un fax aquí?

—Mujer, no seas tan anticuada, estaremos apartados del resto del mundo, pero tenemos conexión Wi-Fi —replicó Carlyle, que sacó su ordenador

portátil de la bandeja del escritorio.

—¿Funcionan bien vuestros teléfonos? —preguntó Billow.

—Sin problema. Se terminarán acostumbrando a cómo funcionan las cosas por aquí. Los teléfonos, y ustedes también.

—¡Jefe, Valentine al teléfono! —avisó Winfrey desde el mostrador de la entrada.

—¡Estoy ocupado, responde tú!

—¡Es sobre la muerta!

Carlyle Jr. descolgó el teléfono de su escritorio y respondió a la llamada de Norma, Holden se acercó al *sheriff* para escuchar, pero no consiguió entender lo que decía.

—¿Estás segura, puedes jurarlo? —preguntó Carlyle Jr., que asintió satisfecho y colgó—. George, prepara el calabozo.

Carlyle Jr. se levantó con una agilidad inesperada y fue hacia la habitación que servía de armería, dispuesto a ponerse sus mejores accesorios para realizar una detención televisada.

—¿Adónde va? ¿No es Valentine la dueña del hotel donde se hospedaba la víctima? —preguntó Holden, que aprovechó para hojear el informe del *sheriff*.

—Sí, el mismo hotel donde está la asesina. Norma acaba de escuchar la confesión de Constance Jones, y tiene otras tres testigos.

—¿Ha confesado, así, sin más? —preguntó incrédulo Billow.

—Ella y las otras tres salieron a buscar a la amiga, y antes de separarse dijo literalmente: «Si la encontráis, dejad que sea yo quien la mate». Y justo después fue a la cala donde mataron a Cooper. Tuvo una hora entera para mover el cuerpo sin que nadie la viera, estaba oscureciendo y había empezado a llover, así que cuando Clark encontró el cuerpo, ella ya estaba de vuelta en el hotel como si no hubiera pasado nada.

Holden y Billow se apresuraron a ir a su coche, pero Carlyle Jr. fue tras ellos y los detuvo.

—La conozco bien, sé cómo tratarla, quédense aquí.

—Sí, la conoce, y por eso es mejor que vayamos nosotros.

—Insisto, vuelvan dentro y descansen del viaje.

—No voy a perder el tiempo discutiendo quien va ir a poner unas esposas.

—No se preocupe, no va a escaparse, su coche está en el taller.

—Carlyle, usted tuvo algunos problemas con Constance Jones en el

pasado, no es apropiado que interactúe con ella en esta situación, le verá como un enemigo y no colaborará —medió Billow, que abrió la puerta del asiento del conductor, pero Holden se le adelantó y se sentó al volante—. Vamos a necesitar una sala de interrogatorios, un lugar neutro.

—¿No sirve el calabozo?

—Aunque haya confesado no podemos tratarla como una culpable sin pruebas de verdad. Busque un biombo, ponga una cortina en la sala de descanso, lo que sea —dijo Holden.

—Podemos despejar el almacén —contestó entre dientes Carlyle Jr.

—Eso servirá por ahora. Y termine con ese infor...

—Esperad, nos os vayáis aún —la cortó Carlyle Jr., que se asomó dentro de la comisaría e hizo salir a Winfrey—. Que os acompañe, os será útil si Jones se altera, y creedme, lo hará por cualquier motivo. También haré una llamada a las armas para que Carrigan y Sears le quiten el polvo a su uniforme y se queden vigilando el hotel, sólo por si acaso.

Holden cedió a la sugerencia de Carlyle Jr. y desactivó el seguro de la puerta trasera para que Winfrey montara.

—Que esto no sirva de precedente —advirtió Carlyle Jr., indicando con la cabeza que se marcharan.

Capítulo 9

El final del verano

Holden salió de su coche y fue hacia la parte trasera para abrirle la puerta a Billow, que se había puesto en una mano un par de esposas unidas a las de Connie para evitar que volviera a intentar huir.

Desde que la redujeron en la entrada el hotel Valentine, Connie no había dejado de oponer resistencia a su detención, golpeando a Winfrey y Billow, a los que había amenazado con denunciarles por tocamientos indebidos, exceso de fuerza en desigualdad de género, e incluso xenofobia, pero sus gritos habían pasado desapercibidos gracias a que Holden había encendido la radio, yendo en busca de la música más ruidosa que pudiera sintonizarse en el pueblo, pero había tenido que conformarse con las interferencias.

Billow se bajó del coche y tiró de Connie, pero ella siguió sentada. Winfrey la empujó hacia fuera, provocando que Connie lo golpeará con los puños unidos, arrastrando a Billow de nuevo hacia dentro del coche.

—Una agresión más y lo añadiré a su historial —amenazó Holden, que soltó las esposas de Billow e indicó a Connie que saliera.

—La orden de detención, quiero verla, ahora.

—Está esposada por su propia seguridad, y por la nuestra también. Estese quieta y tranquila y pronto la liberaremos —dijo Billow.

—¿Entonces por qué han ido a buscarme, qué querían de mí?

—Sólo vamos a hacerle unas preguntas, nada más. Billow, saca los archivos del maletero —dijo Holden, que agarró a Connie del brazo.

—Voy yo —dijo Winfrey, que se apresuró a salir antes que Billow, pero Holden reaccionó a tiempo y bloqueó la puerta del maletero.

—Para poder atravesar la montaña de maletas y todas las cosas que están antes del maletín se necesita una carrera en ingeniería, yo me encargo —dijo Billow, indicando a Winfrey que fuera tras Holden.

—¿Sobre qué van a preguntarme, por Addison, lo que ha pasado? ¿Qué pruebas tienen de que yo tenga algo que ver con eso, dónde están? ¿Quién me ha señalado? —preguntó Connie, pero sólo obtuvo como respuesta un tirón de Holden para que siguiera caminando.

Carlyle Jr. abrió la puerta de la comisaría y se apoyó en el marco, asintió satisfecho al ver a Connie resistiéndose a subir los escalones de la entrada, y esperó a que los agentes hubieran entrado para sonreír a la detenida sin que nadie más lo viera.

—¡Tú, has sido tú, pedazo de gordo retrasado, puerco de mierda...!

—Ya estás en una situación complicada, no la empeores aún más con un atentado verbal contra la autoridad —replicó burlón Carlyle Jr.

Al entrar en la comisaría, Connie se abalanzó sobre el mostrador para intentar coger el teléfono, pero Winfrey la agarró por la espalda y la levantó en peso para alejarla.

—¡No me toques, no me toques ni una sola vez más! —dijo Connie mientras pataleaba y clavaba sus uñas en las manos de Winfrey, que terminó soltándola cuando vio que empezaba sangrar.

—Último aviso —dijo Holden, apuntándola con el dedo.

—¿O qué hará?

—No necesita ponerse así, ya está donde queríamos tenerla, ahora podrá hacer todas las llamadas pertinentes, sólo cálmese, deje que le saque su teléfono del bolsillo.

—No-me-toque —insistió Connie, que retrocedió bruscamente para impedir que Billow se acercara—. En este agujero de mierda no hay cobertura.

—Hay una antena al otro lado de la pared, no tendrá problemas en contactar con el exterior. Créame, queremos tanto o más que usted que pueda hablar con sus abogados lo antes posible, queremos hacer bien las cosas.

—¿Dónde está el almacén? —preguntó Holden a Carlyle Jr., que se adelantó a ella para impedir que abriera alguna puerta.

—Oh, sí, sobre eso. George está todavía moviendo cajas y estanterías, hay demasiado material acumulado, por eso hemos vaciado el cuarto multiusos, es la segunda puerta a la derecha.

—¿Se refiere al trastero? —preguntó Holden al ver en mitad del pasillo una montaña de cajas de cartón casi desintegradas repletas de cachivaches, rodeadas de productos y herramientas de la limpieza.

—No se preocupen, hay espacio suficiente, caben una mesa y algunas sillas.

—De acuerdo, pero que George se dé prisa —replicó Holden, que indicó a Connie que avanzara hacia la improvisada sala de interrogatorios.

Billow y Carlyle Jr. fueron detrás, pero al llegar a la puerta, Holden

detuvo al *sheriff*.

—Será mejor que espere aquí.

—No, también entraré.

—Insisto. Ha debido de perder mucho tiempo preparando esta habitación, ahora ya puede terminar el informe.

—Yo insisto más —replicó Carlyle Jr., que entró en la habitación.

Billow agarró a Holden por los hombros para que no se moviera y fue tras Carlyle Jr.

—Sheriff, tengo que comentarle algo ¿Le importa si salimos un momento? —preguntó cordial Billow, consiguiendo que Carlyle Jr. se levantara de la silla—. Holden, vigílala mientras hace su llamada.

Holden miró atónita a Billow, que le indicó con la cabeza que entrara. Su subordinado acababa de darle una orden en presencia de otro hombre de rango inferior que intentaba tomar el control, pero ella decidió resignarse, le quitó el maletín a Billow y fue junto a Connie para darle su móvil y facilitarle la llamada de auxilio a su todopoderoso bufete de abogados.

—¿Y bien? —preguntó Carlyle Jr.

—Disculpe, solamente quería darle un momento de tranquilidad a la...

—¿Me ha mentado? ¿Quién está ahora desviándose del protocolo de colaboración?

—No, no, solamente intento que se calmen las cosas.

—Lo entiendo, pero no vuelva a hacerlo —replicó Carlyle Jr., que intentó volver a entrar, pero Billow lo detuvo.

—Sólo deles unos minutos, nada más. Holden la controla mucho mejor que nosotros, ya lo ha visto. Entre ellas se entienden, ya sabe.

—¿No te cansas de actuar como si fueras su secretario? Vamos, hombre, mírate, estás sometido.

—En absoluto, estamos en el mismo nivel, hoy es sólo un día difícil. Estamos en pie desde las tres y media de la mañana, y de camino aquí le han entrado náuseas...

—¿No es mayor para marearse en coche?

—No, es porque está embarazada.

—Vaya, quién lo diría... Ahora lo entiendo todo un poco mejor. Sus hormonas estarán como en una montaña rusa.

—La verdad es que tampoco es muy diferente cuando no está embarazada —replicó Billow, que al segundo se dio cuenta de que había criticado a Holden delante de su nuevo enemigo, que rio condescendiente.

—Me compadezco de su marido, aunque al menos lo que debe de cobrar como inspectora le sirve de indemnización.

—No está casada.

—Me alegro por él.

—No, tampoco tiene novio.

—¿Entonces quién es el padre de la criatura?

—Fue por inseminación artificial. Es una larga historia —respondió Billow, que entreabrió la puerta de la nueva habitación de interrogatorios y comprobó que Connie aún estaba hablando a gritos por teléfono.

—Vaya dos has juntado, vamos a necesitar tapones para los oídos.

—Creo que sigue siendo mejor que sólo Holden y yo nos ocupemos de esta entrevista.

Carlyle Jr. frunció el ceño, Billow le sostuvo la mirada, forzando una leve sonrisa.

—¿Rugby o béisbol?

—Mm... la verdad es que no soy demasiado dado a los deportes, sólo salgo a correr y hago pesas en casa —respondió Billow.

—¿Entonces en qué demonios inviertes tu vida? —preguntó alarmado Carlyle Jr.

—La butaca de un cine es el mejor lugar en el que pasar mis ratos libres si no estoy en casa.

—¿Rojo o azul? —preguntó seriamente Carlyle Jr., y Billow lo miró confuso—. Republicano o demócrata, hombre.

—¿Hay alguna razón por la que quiera saber eso? —replicó Billow esquivo.

—Sólo es por pasar el tiempo. Deduzco que eres más azul, una pena... De acuerdo, en esta te la juegas: ¿Casado, con hijos, divorciado, soltero?

—Casado por la iglesia y con una hija —respondió rápidamente Billow, y Carlyle Jr. asintió satisfecho.

—Cuando todo esto termine deberías traerlas por aquí...

Winfrey golpeó en la pared de cristal tras el mostrador para llamar la atención de su jefe e indicarle que consultara la hora.

—Adelante, ocuparos de ella vosotros. Sólo por hoy, como regalo de bienvenida —dijo Carlyle Jr.

—Gracias, sheriff. En cuanto pueda le daré una copia de nuestros archivos sobre Pepper.

—Puedes tutearme, preveo que vais a pasar mucho tiempo por aquí, así

que es mejor empezar a familiarizarnos cuanto antes y romper tensiones. Así que buena suerte, Pete.

—Phil, me llamo Phil. Gracias por tu comprensión, Carter —dijo Billow, que fue a estrechó la mano al *sheriff* y entró en la habitación de interrogatorios.

Holden ya había dispuesto sobre la mesa la documentación y tenía su grabadora preparada para grabar el interrogatorio, pero Connie estaba sentada dándole la espalda.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Billow a Holden al oído.

—Sus abogados no llegarán al menos hasta el mediodía, así que mientras permanecerá en silencio —respondió Holden.

—Vamos, Constance, razone un poco. Si no tiene nada que ocultar, colabore con nosotros. ¿De verdad va a estar cuatro horas sentada ahí sin hacer nada?

—Denme sus nombres y números de placa. ¿Saben que este espacio no está habilitado para ser habitable? ¿Han visto esas manchas de humedad en el techo, la rendija obstruida del respiradero? —espetó Connie, que seguía dándole la espalda a los agentes.

—Con todo lo que ha hecho y dicho mientras veníamos hacia aquí podríamos tenerla en el calabozo, así que esté contenta —respondió Holden.

—¿Cuánta responsabilidad tendrían si me golpeará la cabeza contra esa pared de cemento sin revestir?

—¿Quiere denunciarnos por no impedir que se autolesione? —preguntó confuso Billow.

—No se preocupen, si tengo que morir pronto no voy a hacerlo en este pueblo —respondió Connie, que se sentó de cara a los agentes.

—¿De verdad está pensando en cometer suicidio? —preguntó seriamente Holden, a lo que Connie respondió con una mirada de desdén—. Entonces deje de bromear con algo tan serio.

—¿Dónde están las cámaras de vigilancia para grabar este encuentro?

—Una grabadora de voz es igualmente válida. ¿Podemos empezar ya? —dijo Holden.

—Puede empezar a grabar cuando quiera, sólo va a captar mi silencio.

—Podemos estar así todo el tiempo que sea necesario —la retó Holden.

—Que así sea.

—Sólo tiene que aclararnos su versión de los hechos, no necesita a sus abogados para contar algunos detalles de lo que hizo ayer —intervino Billow.

—Lo diré una vez más y después podrán seguir con su caza de brujas: no voy a...

—¿Mató a Addison Cooper? —preguntó Holden.

—...responder a ninguna pregunta hasta que mis abogados...

—¿Le golpeó la cabeza contra las rocas de la playa y después la ahogó?

—...estén presentes y pueda defenderme como es debido antes las acusaciones infundadas...

—¿Cumplió con su amenaza, consiguió su venganza por haber hablado mal de usted en su libro?

Connie golpeó la mesa con las dos manos, pero Holden y Billow no se inmutaron.

—Lo que acaba de ocurrir es una pequeña muestra de lo que pasaría si el sheriff Carlyle estuviera aquí dentro. Usted no tiene el control de esta situación, y tampoco sobre sí misma.

—¿Me está llamando desquiciada?

—Constance, no tenemos nada en su contra. Creo que en su estado de alteración no ha entendido por qué está aquí. Ayer, sobre las ocho de la tarde, usted amenazó, en presencia de varias personas, con asesinar a Addison Cooper, que fue encontrada muerta tan sólo una hora después.

Connie se reclinó en la silla y se cruzó de brazos.

—¿Qué escribió exactamente Addison, eso tan grave como para querer matarla? —preguntó Billow, sin obtener respuesta.

—Billow, ve al hotel y pide a las demás el borrador —ordenó Holden.

—Sí, vaya, no le servirá de nada. El borrador está partido y no pueden entrar en mi habitación sin una orden de registro —dijo Connie.

—Tiene razón, pero ¿Cree que va a beneficiarle de alguna manera hacernos perder el tiempo, retrasar nuestro trabajo y entorpecer la investigación?

—Eso es lo que están haciendo ustedes solos, no me necesitan para cagarla.

—Sí, puede pensar que dado que usted no puede continuar su vida normal, si nosotros tampoco lo hacemos, usted gana. Pero piense en grande... —dijo Billow.

—No me dé lecciones de marketing.

—Me refiero a su persona, su identidad pública. Usted es Constance Jones, directora de finanzas de una de las cadenas de centros comerciales más importantes del país. Piense en todas las cámaras que la han grabado cuando subía a nuestro coche, cuando nos ha golpeado e insultado.

—¿Intentan amenazarme con una campaña de desprestigio? Espero que esa grabadora esté en marcha.

—Hágase responsable de sus actos y palabras ¿Prefiere tragarse su orgullo y hablar con nosotros ahora, o esperar a que pasen los días y todo el mundo empiece a sospechar de usted de verdad? —dijo Holden.

—¿De verdad quieren que les cuente lo que hice ayer, les pagan para eso?

—Como puede adivinar, no vamos a pedirle por favor que lo haga, pero se lo agradeceremos.

—Llegué al hotel antes de la una del mediodía, fui al taller para ver mi coche, volví al hotel, comí, leí el libro. Cuando se estaba poniendo el sol salí a buscar a Addison y terminé yendo a mi antigua casa. Y sí, estaba tan enfadada que habría apaleado a Addison si me la hubiera encontrado, pero no fue así. Puede que lo que voy a decir juegue en mi contra, pero si la hubiera matado, nunca la habrían encontrado.

—¿Qué habría hecho con ella? —preguntó Billow.

—La mataron en una playa ¿No? Si quien lo hizo fuera inteligente, la habría tirado al mar —respondió con desdén Connie—. La subieron hasta la carretera por unas escaleras, yo no habría podido llevarla sin arrastrarla y golpearla con cada escalón. Después la dejaron en el puente, eso es una distancia que no habría podido recorrer sin mi coche, y si fuera a pie, le habría destrozado la ropa arrastrándola de nuevo. Sólo un orco pudo hacerlo, y de esos hay muchos entre los vecinos de este pueblo —añadió, quedándose satisfecha por cómo había descartado su incriminación.

—¿Por qué fue a su casa mientras intentaba localizarla? —preguntó Billow.

—Sólo estaba caminando.

—¿Paseaba por el pueblo y decidió ir allí, o ya sabía que acabaría yendo en vez de buscar a Addison? —preguntó Holden.

—Supongo que fue mi subconsciente lo que me llevó a ese lugar —

respondió Connie.

—¿Qué hizo cuando se dio cuenta de donde estaba?

—Me senté a descansar y a pensar.

—¿Sobre qué?

—Sobre cosas estúpidas, recuerdos. La casa estaba destruida, sólo quedan los cimientos. Intenté recordar cómo era antes, cómo de grande e imponente parecía.

—¿Habla de usted o de la casa?

—De ambos.

* * *

Treinta años antes de aceptar inconscientemente someterse al interrogatorio como sospechosa del asesinato de Addison, Connie corrió hacia la puerta de entrada de su casa y golpeó con fuerza con el puño para que le abrieran, pero al segundo retrocedió desorientada y se dirigió al jardín trasero antes de que su madre llegara a abrir la puerta.

Si Constance Jones hubiera visto la cara de su hija aún más pálida de lo normal, habría avisado rápidamente a su marido y ambos habrían bombardeado a Connie con preguntas sobre lo que acababa de pasarle para dejarla así de conmocionada, y ella habría terminado inventando cualquier historia para evitar revelar lo que había visto a través del ventanal de la sacristía, pero eso no habría mejorado su situación.

Los Jones desconocían los problemas de su hija con los demás chicos del pueblo, y aunque pretendían estar pendientes de ella, nunca llegaban a implicarse del todo, pues su puesto de directores en la compañía pesquera de Dandelion Bay absorbía su tiempo.

Paul, el hijo de uno de los fundadores de la empresa, había trabajado en las oficinas desde siempre, y heredó el negocio al morir su padre, mientras que Constance, también hija del otro propietario, se conformaba al principio con ser secretaria de Paul.

Pronto, las dos familias más importantes del pueblo pasaron a ser una cuando Paul y Constance contrajeron matrimonio, pero la estabilidad de la compañía peligró cuando el señor Russell, el padre de Constance, murió, dejando como sucesora a su viuda. Los trabajadores de la compañía no estaban dispuestos a ser dirigidos por una mujer, así que decidieron

manifestarse en contra de la nueva directiva, hasta que la señora Russell decidió traspasar sus poderes a Paul. El nuevo jefe casi total no iba a ceder a sus inferiores, así que convirtió a Constance en su socia igualitaria sin que nadie lo supiera, siguiendo actuando como jefe y secretaria de cara al público.

Los Jones volvieron a convertirse en el centro de todas las miradas cuando, después de establecer alianzas comerciales internacionales durante un viaje a China, volvieron a Dandelion Bay con Connie, su hija adoptiva. La primera habitante extranjera del pueblo fue recibida con aparente normalidad, pero los vecinos pensaban que Connie era la primera muestra de la identidad de los Jones como nuevos ricos del pueblo, prefiriendo pagar por un caro recuerdo del viaje transoceánico antes que adoptar en cualquier orfanato cristiano del estado.

Dado que sus padres representaban el motor económico del pueblo, Connie podía aprovecharse del respeto hacia su familia, pero eso no la hacía inmune ante los ataques del hijo del *sheriff* y compañía. Durante su infancia, Connie había intentado contar a sus padres las burlas y bromas pesadas que sufría, pero los Jones restaban importancia a esos episodios, considerándolos algo propio de la edad, y pensando que dada su escasa habilidad social, Connie podía estar malinterpretando la actitud de los demás chicos.

Consciente de que nadie iba a ponerle fácil sentir que estaba en el lugar adecuado, Connie decidió centrarse en sus estudios, acordando con sus padres que si llegaba a graduarse con un expediente sobresaliente, podría independizarse mientras estudiaba en la universidad.

Ahora, escondida entre los arbustos de su jardín trasero, Connie intentaba tranquilizarse y prepararse para volver a la puerta principal.

—Chicos, no ha tenido gracia —dijo Constance en mitad de la calle.

Connie esperó a que su madre volviera hacia el porche y salió de su escondite para seguirla sigilosamente, pero ella se giró y la sorprendió.

—Connie ¿Por qué vuelves tan pronto? —dijo Constance.

—Hemos terminado rápido.

—Perfecto, así me gusta. ¿Has visto a alguien por alrededor? —preguntó Constance, y Connie respondió negando con la cabeza—. Tu padre ha hecho zumo de naranja, coge un vaso y ve al balcón, es hora de la lectura en familia.

—Prefiero hacerlo en mi habitación.

—¿Y perderte una de las últimas puestas de sol del verano?

—Aún quedan meses para que termine la estación.

—Pero no será lo mismo cuando haya empezado el instituto. Vamos, ve

arriba.

Constance abrazó a Connie por la cintura y la llevó hacia las escaleras, pero mientras ella estaba en la cocina, Connie ya se había encerrado en su habitación, incapaz de aparentar normalidad.

Horas después de saltarse el plan familiar de su madre, Connie bajó al comedor para poner la mesa para la cena. Su padre estaba aún en la cocina, salteando verduras a la espera de que su esposa despedazara los cangrejos del primer plato. Connie sospechaba que aquel despliegue culinario no era casual, y aunque no fuera realmente creyente, estaba a punto de empezar a rezar para que no fueran a anunciarle que iba a tener un hermano. Ella debería fingir que se alegraba, y aunque no tendría nada en contra del nuevo miembro de la familia, se estremecía con sólo pensar en el complicado futuro que le esperaba en Dandelion Bay aun siendo hijo natural de los Jones.

Constance llevó los platos a la mesa y descorchó una botella de vino, permitiendo que Connie respirara tranquila al pensar que su madre no se aventuraría a tomar alcohol estando embarazada.

—Todo el mundo a sus puestos —dijo Paul, que indicó a las mujeres de la casa que se sentaran para servirles la cena.

—*Maître*, ¿Podría traer lo que queda del delicioso jugo de naranjas de los bosques Jones? —dijo divertida Constance.

—Como desee, señora.

Connie miró atenta a su madre, que dejó la botella de vino a un lado.

—¿No vas a beber? —preguntó Connie.

—No.

—¿Por qué?

—Ahora mismo no me apetece.

—¿Beberás después si tienes ganas?

—¿A qué viene ese interés repentino por mi dieta?

Paul volvió al comedor y sirvió el zumo a su esposa, que relleno su copa con vino, despejando al completo las dudas de Connie.

—¿Cómo ha ido la tarde? —preguntó Paul a Connie.

—Bien —respondió ella, y aunque no tenía apetito, empezó a comer rápidamente para poder volver a su habitación cuanto antes.

—¿Sólo bien? ¿Qué has estado haciendo?

—Dormir. Intentar dormir, más bien.

—¿Tú, durmiendo un sábado por la tarde? ¿Tienes fiebre? —bromeó Paul.

—He recargado la energía gastada en el entrenamiento de baloncesto y todas las tareas en la iglesia.

—Eso ha sonado a reproche —dijo Constance.

—No puedes pasarte todo el día encerrada en casa, tienes que despejar la mente.

—Y lo hago, a mi manera. Pero podría invertir ese tiempo en hacer lo que quiero antes de que me empiece a quedar sin tiempo para hacer otra cosa que no sea estudiar, hacer deberes, repasar y estudiar otra vez.

—De acuerdo, no podemos llevarte la contraria, terminaremos perdiendo —cedió Constance.

—Tienes la lógica aplastante de tu lado, pero no olvides que nosotros tenemos más edad y experiencia que tú —añadió Paul, dando paso al silencio habitual que acompañaba a las horas de las comidas en casa.

—¿Puedo encender la televisión? —preguntó Connie.

—No, aún no —respondió Paul, y entonces miró a su esposa, que asintió.

—¿Qué está pasando? —preguntó Connie, que dejó sus cubiertos a un lado y se irguió—. Tenéis una mala noticia, por eso habéis preparado todo esto.

—No, para nada, todo lo contrario.

—¿Entonces por qué no sonreís?

—Está bien, sin más rodeos... —dijo Paul, que apartó su plato lentamente y se inclinó sobre la mesa al mismo tiempo que su esposa—. Hemos recibido una oferta de Seasilk, una compañía con sede en Portland que quiere expandir sus centros de producción por toda la costa oeste.

—Es una oferta para que les vendamos la lonja, la fábrica, la tienda, toda la compañía —añadió Constance.

—Eso es, pero al entregarles nuestra empresa, absorberían el negocio, cambiarían la cúpula directiva, y nos trasladarían a otra ciudad, a otra sede, para que le diéramos nuestro toque personal.

—Hacedlo, hagámoslo —dijo decidida Connie.

—Connie, de momento es sólo una propuesta, una idea... Una buena idea, pero arriesgada —dijo Paul.

—Aceptad, vayamos allí donde quieran llevarnos, vosotros merecéis ese reconocimiento. No me gusta usar dichos, pero quien no arriesga no gana —insistió Connie.

—En el caso de que nos lo planteáramos seriamente, sería una nueva forma de vida poco cómoda, sólo temporalmente.

—Tendréis más espacio para expandiros, vais a ganar más dinero, nadie tendrá demasiada confianza con vosotros como para cuestionaros continuamente ¿Cuál es el problema?

—Sólo nosotros dos nos mudaríamos —respondió Constance.

—No, no podéis dejarme aquí.

—Sería como un simulacro de tu nueva vida como adulta independiente. Puedo pedirle a la tía Terri que se mude aquí para estar contigo hasta que termine el curso —dijo Constance.

—No, quiero ir con vosotros.

—Cariño, no puedes cambiarte de instituto de la noche a la mañana, no en este momento.

—Connie, tu último curso empieza en sólo cuarenta y ocho horas, no puedes perder ni un día de clase —dijo Paul.

—Los primeros días apenas tocamos los libros...

—Piensa en lo difícil que sería introducirte de repente en la nueva clase, en el centro, la ciudad... Todo hablando hipotéticamente.

—¿Por qué me habéis contado esto si no vais a hacerlo o me dejaréis tirada si...?

—Constance, no vamos a discutirlo —la cortó Paul.

—Sólo queríamos saber tu opinión —añadió Constance.

—Pero no la vais a tener en cuenta.

—Sí, lo haremos si esta propuesta sigue adelante. Y ahora intentemos recuperar la calma y terminemos con la cena que tanto trabajo nos ha costado —dijo Paul.

—Perdón por contestar mal. Ya he comido suficiente, me autocastigo. Buenas noches, gracias por la cena —dijo Connie, que se levantó rápidamente para ir a su habitación.

Los Jones estaban demasiado atónitos como para intentar detenerla. Habían imaginado que Connie respondería a su noticia con indiferencia y habría aceptado lo que ellos decidieran, pero algo le había hecho rebelarse como nunca antes se había atrevido a hacer.

Connie se detuvo en mitad de la entrada. No quería pasar ni un minuto más en aquel pueblo, y sabía lo que tenía que hacer para poder alejarse de allí. Si les revelaba la verdad de su relación con Carlyle Jr., sus padres intervendrían y hablarían con el *sheriff*, lo que supondría un enfrentamiento entre dos de los pilares principales del pueblo. Pero también podrían volver a ignorarla, y en ese caso, no tendría más remedio que contar el encuentro entre

el padre Pepper y Sandy, aunque de nuevo, su sinceridad podía ser puesta en duda. Connie necesitaba un aliado, y tenía que conseguirlo lo antes posible.

Capítulo 10

Tregua

El primer día de clase del último año de instituto de Connie fue tan aburrido e insufrible como lo había imaginado. Su despertador, sincronizado con el de sus padres, volvió a sonar a las seis y media de la mañana, pero ella ya estaba despierta desde mucho antes, pensando en cómo iba a sobrevivir a su primera salida al mundo exterior desde que huyera de la iglesia.

Por la noche, Connie se había asomado desde lo alto del hueco de las escaleras para escuchar lo que hablaban sus padres después de su abandono súbito de la cena, pero como siempre, los Jones sólo se limitaron a comentar que su reacción era algo propio de la edad. La tibia reacción de sus padres ante su discreta llamada de auxilio reforzaba la idea de que necesitaba ayuda, y cuando Addison se acercó a ella en un cambio de clase para pedirle que se encontraran en el recreo, Connie accedió rápidamente.

Cuando llegó la hora acordada, en vez de esperar en la entrada de las clases, Connie buscó el banco más aislado del patio y se sentó detrás, en el suelo, evitando ser vista por los demás chicos, atenta a quien pudiera acercarse. Si Addison quería hablar con ella, tendría que buscarla, ya que Connie no iba a ceder y dejar atrás su rivalidad tan fácilmente.

Antes de que Addison la localizara, Connie recibió una visita que la desconcertó totalmente y estuvo a punto de salir corriendo. Sandy Kincaid, acompañada por su séquito de chicas populares, entre las que estaba Margaret, pasó por su lado como parte de su habitual paseo por todo el patio. Las chicas iban a sentarse en el banco, pero vieron a Connie detrás y siguieron su camino. Sandy estaba muy animada, no dejaba de hablar y reír, y Margaret tampoco parecía estar afectada por la situación que había vivido en la iglesia.

A primera vista, todos estaban igual que siempre. Carlyle Jr. era capitán en el primer partido amistoso de fútbol del curso, los chicos de cursos inferiores servían de público o practicaban otros deportes, Sandy y Margaret paseaban parloteando y buscando nuevos cotilleos que comentar. Connie, como parte del grupo menos sociable, debería estar resguardada en la biblioteca, el club de ciencias o el de ajedrez, pero al ser el primer día aún no

estaban abiertos.

Addison se sentó de lado en el banco y le tendió la mano a Connie, ella se la estrechó y se levantó para sentarse también.

—Nos vemos en la esquina de la entrada al gimnasio en cinco minutos — dijo Addison, que se levantó rápidamente.

—No iré a ninguna parte, dime qué quieres.

—Aquí no.

—Nadie va a escucharnos, no se acercarán. Están ocupados manteniendo el equilibrio del universo.

—El mismo que tú y yo estamos rompiendo al estar tan cerca en público.

—No pienso moverme de aquí —insistió Connie, que se cruzó de brazos.

Addison cedió y se sentó en el extremo opuesto, abrió un libro y comprobó que no había nadie cerca. Connie copió la estrategia de disimulo y también sacó un libro.

—¿Has visto a Sandy? —preguntó Addison.

—Es imposible no darse cuenta de su presencia.

—Me refiero a cómo actúa, como si no hubiera pasado nada.

—Margaret también.

—Le he pedido que se reuniera con nosotras, pero no me ha hecho caso. A Trisha también se lo he dicho, pero no ha querido. Y Sarah no ha venido a clase.

—Bien por ella.

—Yo tampoco quería venir, pero entonces habría sido peor. Apenas he podido dormir en estas dos noches, ni siquiera la colección de enciclopedias de léxico universal de mi padre me ha servido de somnífero.

—¿Vas a contarme ya qué quieres?

—¿Qué piensas sobre lo que pasó?

Connie intentó responder, pero no supo qué decir. Si Addison se había rebajado a hablar con ella en vez de ignorar lo que había pasado, significaba que tenía intención de hacer algo al respecto, pero Connie no podía precipitarse y seguir el plan que la aspirante a periodista quisiera llevar a cabo.

—¿Qué piensas tú? —replicó Connie.

—Si las dos, si las cinco vimos lo mismo... Lo que pasó está mal. Va en contra de todo lo que nos han enseñado, incluso lo que él mismo nos ha enseñado.

—¿Así que...?

—Tenemos que estar seguras de lo que pasó. Tenemos que hablar con Sandy.

—No —respondió rotunda Connie.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó frustrada Addison, que vio a Sandy y las otras chicas acercándose de nuevo y fingió estar leyendo. Margaret se quedó detrás de su grupo y las miró con el ceño fruncido.

—Hola, Margaret ¿Qué tal todo? —dijo con malicia Addison, provocando que Margaret se apresurara a seguir su camino.

—No vas a hablar con *nadie* porque *nadie* va a reconocerlo. Lo que hizo no es normal, eso es lo que nos hacen creer, pero ella no parecía estar pasándolo mal.

—Sólo fueron unos segundos.

—Aclárate.

—No sé qué hacer —dijo derrotada Addison, sorprendiendo a Connie.

—Está claro que tenemos que decidirlo cuanto antes, y sólo nosotras podemos hacerlo. Esa tonta seguirá a la mayoría, nadie va a escuchar a Troy, Trisha o como quiera llamarse, y Sarah ni siquiera sabe hablar con coherencia en el lenguaje de los humanos.

—¿Por qué eres tan dura?

—Es la verdad. Y no he terminado de hablar. Mis padres siempre dicen que lo que me pasa con Carlyle son malentendidos, cosas normales en nosotros. ¿Y adivinas qué pasará si les hablo sobre esto? Tampoco me creerán, y si dudaran y hablaran con Pepper, él lo negaría. Y luego estás tú, que no tienes ninguna credibilidad.

—Gracias por ofrecerme tu punto de vista tan optimista, es justo lo que necesitaba escuchar —dijo sarcásticamente Addison, que se levantó para alejarse de allí.

—No podemos hacer nada sin que nos perjudique. No somos nadie, nuestra verdad no vale nada.

Connie se levantó y fue tras Addison, pero ella no se detuvo.

—Te equivocas si crees que voy a perseguirte.

—Voy a buscar a Trisha, tenemos que estar todas juntas —dijo Addison.

—¿Todas juntas en esto? No seas ilusa. Aunque nos pusiéramos de acuerdo, sólo conseguirías que fuéramos cinco don nadie en vez de solamente dos.

—¿Eso quiere decir que puedo contar contigo? —preguntó sorprendida Addison, que se paró en seco y miró fijamente a Connie—. ¿Por qué éramos

enemigas?

—Tú no eres mi enemiga, ni tampoco mi amiga. Me das igual.

—¿Estás segura? Porque creo que tienes fijación por mí, y no es sólo una intuición.

—No eres importante para mí, ni para bien, ni para mal.

—¿Es por las matrículas de honor? Puedes estar tranquila, tú ya las tienes aseguradas, nadie duda de que vayas a graduarte siendo la primera del curso, y yo no necesito estar en lo alto todo el tiempo.

—Es cierto, para ser escritora no necesitas notas altas, sólo tener imaginación, y eso te sobra.

—Gracias, de verdad, pero quiero ser periodista, contar historias reales, no inventarlas.

—¿Y a qué esperas para contar esta? —preguntó Connie, dejando a Addison confundida. Connie estaba intentando tragarse su orgullo y acercar posiciones con ella, pero era incapaz de pedirle directamente que contara a su padre, el alcalde, lo que había visto.

—Ahora mismo no puedo tomar una decisión. Cinco cerebros pensarán mejor que dos, así que intentaré que todas podamos vernos esta tarde y hablar de esto —dijo Addison.

—¿Dónde?

—¿Dónde? Esperaba que dijeras que todas juntas tan sólo reuniríamos dos cerebros, incluido el tuyo completo —replicó Addison, provocando que Connie fuera de vuelta a su escondite—. A las seis, enfrente de mi casa, no llames a la puerta, estaré en la ventana esperando.

Connie no respondió a la citación y siguió caminando. Alguien gritó su nombre, y ella aceleró el paso al reconocer la voz.

—Espera, que no muerdo —dijo Carlyle Jr., que cortó el paso a Connie. Ella buscó a Addison con la mirada, pero ya no estaba en el patio.

—Déjame en paz.

—¿Estabas haciendo las paces con Cooper?

Connie intentó ir hacia las clases, pero Carlyle Jr. volvió a interponerse.

—Vengo en son de paz, de verdad. Curso nuevo, vida nueva ¿Qué te parece?

—No te creo.

—Venga ya, lo juro por Dios si quieres —dijo Carlyle Jr. poniéndose una mano en el pecho y ofreciéndole la otra para que se la estrechara, pero Connie lo esquivó y empezó a caminar—. Vale, como quieras, pero lo digo en serio.

El otro día me pasé. Tu canasta está en mi casa, me la llevé para que esos bestias no la destrozaran, puedes ir a recogerla cuando quieras.

—¿Y por qué no me la devuelves tú directamente?

—Hey, yo ya he dado el primer paso, ahora te toca a ti.

—Voy a dar un paso, pero para alejarme de ti. No vuelvas a molestarme.

—Oh, oh, qué miedo... —se burló Carlyle Jr.

Connie le sacó el dedo, y aunque aún quedaba tiempo del recreo, fue de vuelta a clase para no romper la tradición de ser la primera en entrar.

Por la tarde, tal como le había indicado Addison, Connie apareció frente a la casa de los Cooper y esperó a que la chica se asomara desde su habitación, pero no lo hizo. Connie estuvo pendiente de su reloj de pulsera hasta que fueron las seis en punto, entonces empezó a impacientarse y buscó una piedra pequeña para lanzar a la ventana de la habitación de Addison, pero no sabía cuál era.

Cinco minutos después, Connie se cansó de estar perdiendo el tiempo y decidió volver a su casa, pero vio a Sarah subiendo la calle que conectaba las casas de la zona más alta del pueblo y se detuvo. Addison iba muy por detrás, incapaz de seguirle el ritmo a la segunda chica convocada, con la que había tenido que disculparse por su actitud y comentarios durante su encuentro en la iglesia, además de aceptar hacer sus deberes una vez al mes.

—¿Qué haces fuera de casa a estas horas? Deberías estar estudiando el nuevo horario —se burló Sarah en cuanto llegó frente a Connie, que la ignoró.

—Son las seis y ocho minutos —le reprochó Connie a Addison, que se detuvo para apoyar las manos sobre las rodillas, tomó aire e hizo un gesto de plegaria.

—Se le ha salido el corazón por la boca y hemos tenido que parar a recogerlo, pero aún así es más rápida que tú —dijo Sarah.

—Voy a por un poco de agua, vosotras id al bosque —dijo Addison en cuanto recuperó el aliento.

—¿Qué parte del bosque? —preguntó Connie, señalando hacia el denso bosque que había junto a la casa.

—Empezad a caminar, Trisha os encontrará —respondió Addison antes de entrar en su casa.

—No te separes de mí y no te pasará nada —dijo Sarah, pero Connie ya se había adentrado en el bosque. Ahora iba a ser ella quien encabezara el camino.

—¿Cuántas latas has abatido esta mañana? —preguntó Connie.

—He estado limpiando tripas de *Ophiodon elongatus* ¿Sabes lo que es?

—Sí, un bacalao búfalo. Y no me importa lo que hayas hecho.

—Entonces no preguntes.

—¿Te sientes más inteligente por usar los nombres científicos de los peces?

—Déjala en paz —dijo Trisha, que descendió desde la rama de un árbol y saltó junto a Sarah.

—¿Eres la mascota del grupo? —preguntó Connie.

—Sí, puedes lanzarme un palo para que vaya a buscarlo y volveré con él para metértelo por el culo —respondió Trisha.

—Mejor háztelo tú mismo, te gustará mucho más.

—Ojalá pudierais escucharos desde fuera para daros cuenta de que estáis comportándoos penosamente, os parecéis a Carlyle ¿Es eso lo que queréis? —dijo Addison, que se abrió paso entre los árboles, seguida por Margaret.

—¿Qué hace ella aquí? —espetó Trisha.

—Ha aceptado mi invitación, y si está aquí es porque está de nuestra parte —respondió Addison.

—O porque está infiltrada —dijo Trisha.

—No soy una espía —dijo Margaret, que seguía escondida tras Addison.

—Sí, tienes razón, eres demasiado tonta para eso —dijo Connie.

—Por favor, parad. Tenemos que estar juntas en esto —dijo Addison.

—¿Y qué es exactamente esto? —preguntó interesada Sarah.

—Lo que vimos, lo que pasó...

—Yo no vi nada, sólo a Sandy Kincaid sentada en un diván. Puede ser que se mareara y tuviera que acostarse ahí. Las sillas del despacho se habrían roto, estaban muy viejas... —dijo Sarah.

—¿Hablas en serio? —preguntó irritada Trisha—. Sabes que no estaba allí por casualidad, no en esa posición, no con la ropa así.

—Aunque no tenga ninguna experiencia en... ese tema, lo que estaban haciendo me parece evidente —dijo Addison, a lo que todas, incluida Margaret, asintieron—. Connie y yo hemos hablado sobre cómo de casual podría ser que...

—¿Vosotras dos habéis hablado? No veo ningún araño en vuestras caras y tampoco os faltan mechones de pelo —dijo impresionada Trisha.

—Ha sido la única que ha venido a la reunión de esta mañana.

—Ya sé que crees que puedes conseguir cualquier cosa con tu don de palabra, pero ¿De verdad pensabas que todas íbamos a reunirnos en mitad del

patio? Habría sido un suicidio colectivo, un festival de caza para Carlyle — dijo Trisha.

—No hables así de él —dijo Margaret.

—Es un capullo, acéptalo —dijo Connie.

—Te ha pedido disculpas por todo y tú se las has negado.

—¿Ha sido idea tuya, verdad?

—Carter quiere enmendar sus errores y yo le ayudo.

—Carlyle no es nuestro problema ahora, centraos —dijo Addison.

—Lo será si se entera de que su novia se junta con nosotras —replicó Trisha.

—¿Qué tengo que hacer para que creáis que no tengo ninguna mala intención con vosotras? —preguntó afligida Margaret.

—Llorar no te hará parecer más creíble —dijo Trisha.

—Ya que no la dejáis hablar, seré yo quien os diga lo que piensa —dijo Addison, que cogió del brazo a Margaret para moverla hacia delante—. Sabe lo que vio, y sabe que eso está mal. Iba a pedir os perdón, a vosotras, Connie y Sarah, por pensar que os teníais algo más que cariño, y a ti...

—¿Barbie, cuánta agua bendita has tomado para llegar a pensar esa estupidez? —preguntó Trisha, provocando que Margaret agachara la cabeza.

—Y a ti, Trisha, te debe una gran disculpa por todo en general.

—No la quiero. ¿Estás segura de que vas a ayudarnos en esto? Ve a casa de Sandy Kincaid y pregúntale qué pasó. O mejor aún, ve a la iglesia y habla con tu querido padre Pepper —dijo Trisha.

Margaret negó con la cabeza, por lo que Trisha resopló y empezó a caminar hacia fuera del bosque.

—No puedes irte, tenemos que decidir entre todas —le reprochó Addison.

—¿Y cuáles son las opciones?

—Contarlo ahora o... contarlo ahora. Todas, a nuestros padres, a la vez. Reunámoslos —respondió Connie con decisión.

—¿Crees que es así de fácil? Adelante, pero sólo conseguiréis que os abofeteen por mentir —dijo Trisha, que retrocedió hacia las demás—. Yo fui a la iglesia porque mi madre me obligó. ¿Y si esa chica también fue obligada?

—¿De qué estás hablando? —preguntó confusa Addison.

—Mi madre me dijo que Pepper había ayudado a otros chicos del pueblo. Otros chicos y chicas. ¿Lo entendéis? Sus padres los enviaron allí, y si han seguido yendo es por algo.

—¿Qué clase de padres enviarían a su hijo a tener sexo con... —dijo aturdida Addison.

—Ninguno, eso es una locura, es un pecado —dijo Margaret.

—¿Más pecado que si alguien se acuesta en una iglesia con chicas que podrían ser sus hijas? —replicó Trisha.

—Podría ser su hija si no fuera cura. Además de violar la ley, ha incumplido sus votos —añadió Connie.

—Todos corremos el peligro de caer en la tentación —dijo Margaret.

—Pero después nos arrepentimos. Ayer, en misa, podría haber aprovechado su sermón para enviarnos un mensaje, pero no lo hizo. No se arrepiente de nada, no le importa lo que pensemos —dijo Trisha.

—A lo mejor vuestra imaginación os hizo ver algo que no pasó —dijo Sarah.

—Mi madre me hizo ir allí para que me curara. Sabéis de lo que hablo, y si ha habido otros como yo antes, eso significa que Sandy también es...

—¿Sandy no es una desviada! —dijo alterada Margaret, que intentó huir, pero fue detenida por Addison.

—Yo no voy a contar nada —dijo Sarah, que también intentó marcharse, pero Trisha le cortó el paso—. Apártate. No voy a participar en vuestra conspiración, no quiero tener problemas con nadie.

—¿Entonces a qué has venido? —le espetó Connie.

—¿Por qué tienes tanto interés en que se sepa? —preguntó Sarah.

—¿Por qué no quieres tú que se sepa?

—Se acabó, no podemos seguir así —dijo Addison, que se puso en medio de todas las demás—. Si no sabemos qué es lo correcto, lo mejor es que no hagamos nada, al menos por ahora.

—¿No vamos a votar? —preguntó enfadada Connie.

—¿Para qué? A mi madre le dará igual, y probablemente ya lo sepa. Sarah ha dicho que no, la rubia tonta... —respondió Trisha, provocando que Margaret se alejara sin que nadie intentara detenerla—. Ya lo estáis viendo, y esto le viene demasiado grande a Miss reportera especial.

—Lo que has dicho sobre otros chicos... No sabemos su historia, no tiene por qué ser exactamente como tú crees —dijo Addison, que empezó a caminar cabizbaja de vuelta a su casa.

—Yo la creo —dijo Connie.

—Entonces id juntas a comisaría y denunciadlo —dijo Sarah, que también se fue.

Connie sintió el impulso de gritar por favor que todas volvieran, pero de nuevo, su orgullo se lo impidió, y sólo pudo reaccionar a la deserción de las demás pateando un árbol.

—¿De quién es la cara que estás imaginando ahí? —preguntó Trisha, pero Connie la ignoró y también salió del bosque—. Tú y yo aún podemos intentar algo.

Connie hizo oídos sordos a la propuesta de Trisha y empezó a correr de vuelta a su casa. Tener a la persona más odiada del pueblo como aliada no era lo más idóneo, y aunque no perdía nada por escuchar su plan, ahora sólo quería enfrentarse en soledad a su fracaso.

Capítulo 11

La trampa

Después de la ruptura de la recién creada alianza entre los testigos de los actos secretos del padre Pepper, Connie decidió volver a centrarse únicamente en sus estudios e intentar aparentar normalidad. En clase, Addison volvía a ser su rival, pero ahora Connie tenía muchas más ganas de superarla como venganza por haberle dado falsas esperanzas de facilitar su huida del pueblo. Trisha había intentado hablar con Connie, pero ella la había ignorado y había respondido de malas formas ante su insistencia para que dejara de comportarse con infantilidad e intentaran convencer juntas a las demás de volver a reunirse. Margaret había vuelto a integrarse en el estamento mayoritario, aumentando su participación en las conversaciones y bromas contra Connie y Trisha para disimular su intento de acercamiento, mientras que Sarah seguía pasando desapercibida y había rechazado seguir dando clases particulares a Connie, lo que provocó el primer motivo de sospecha en los Jones de que su hija estaba teniendo problemas.

El amplio horario de trabajo de los Jones hacía difícil que coincidieran con Connie a lo largo del día, por lo que aprovecharon la hora de la comida de un sábado para volver a hablar seriamente con ella. Esta vez no hubo un menú especial para amenizar el encuentro, y cuando su hija bajó al comedor, los Jones estaban sentados en la mesa, con sus platos ya vacíos.

Connie vio a sus padres forzando una sonrisa y supo que algo iba mal.

—Buenos días, Constance ¿Cómo te ha ido la mañana? —preguntó mecánicamente Paul.

—En cinco horas he memorizado dos temas de treinta y muchas páginas sobre la estructura del gobierno público, y un así sigo viva —respondió Connie, que se sentó y empezó a comer su sopa de pescado con disimulada prisa.

—Así que has mejorado tus records, perfecto —dijo Paul—. ¿Cómo le va a Sarah con historia?

—No lo sé.

—¿Estáis en la misma clase y no lo sabes?

—No, no estoy pendiente de sus notas.

—Pero deberías interesarte por tu amiga —dijo Constance, dando paso a un tenso momento de silencio.

—El padre Pepper nos ha dicho que te escuchó discutiendo con Sarah, y que usaste palabras fuertes —dijo Paul.

—Nunca la he insultado.

—¿Pero has discutido con ella?

—Algunas veces.

—¿Discutisteis el último fin de semana de las vacaciones, mientras estabais rastrillando el jardín de la iglesia? Por eso volviste antes, ¿Verdad?

—Yo no... —intentó responder Connie, pero no supo qué decir sin revelar la verdad y empeorarlo todo.

—No sabemos lo que te está pasando últimamente, pero tienes que pararlo. Es normal que algunas actitudes o expresiones te afecten de manera diferente a como lo hacían antes, es cosa de la edad, pero con todo lo que nos hemos esforzado en darte una buena educación, es una pena que te comportes mal.

—¿Puedo saber qué es exactamente lo que he hecho mal? —preguntó indignada Connie.

—Tu reacción cuando te hablamos de la propuesta de Seasilk, que fingieras estar enferma para no ir a misa el domingo pasado...

—Estaba enferma de verdad, tenía dolores de estómago.

—Nos replicas con impertinencia, justo como estás haciendo ahora mismo —dijo Constance.

—No estoy replicando, digo la verdad.

—Puede que tu verdad esté distorsionada por cambios hormonales. ¿Estás en ese momento del mes, es eso? —dijo Constance.

—¿Por qué me hablas de ese tema en la hora de la comida? —preguntó Connie asqueada.

—Termínate la sopa y ve con tu madre al despacho —ordenó Paul.

—No voy a hablar de eso, ni ahora ni después —replicó Connie, provocando que su padre se levantara.

—Constance, no vuelvas a responderme con ese tono.

—Pepper miente —se atrevió a decir Connie, provocando que su madre también se levantara, pero el señor Jones le indicó que se apartara.

—No pongas en duda la palabra de un adulto, y menos la de un cura.

—Él miente —insistió Connie.

Paul fue junto a Connie, que intentó seguir comiendo, pero su padre le quitó la cuchara y le retiró la silla.

—Levántate ahora mismo, deja tu plato en la cocina, ve a lavarte los dientes y prepárate para ir a casa de Sarah a pedirle disculpas. Después iremos a la iglesia para...

—¡No! —respondió Connie, que se levantó de un salto e intentó huir a su habitación, pero su padre la agarró del brazo y la tiró contra la pared.

—Ni una sola palabra más —dijo Paul.

—Connie, obedece a tu padre —dijo Constance, que empezó a recoger la mesa.

Connie quería huir de su casa, pero la impotencia le impedía moverse. Había llegado al punto de no retorno, y todo lo que dijera e hiciera a partir de ese momento sólo serviría para echar a perder la imagen decente y confiable que sus padres tenían de ella. Pero entonces recordó la conversación con las otras chicas en el bosque, la frase con la que se burló de Margaret. Quizás era el momento de demostrar que era superior a todas, incluso más inteligente que sus padres, y tomar el control de la situación.

—Perdón, lo siento, perdón —dijo Connie, que se arrodilló, agachó la cabeza e hizo un esfuerzo para llorar.

Constance fue a reconfortarla, su marido se acercó también, pero para poner a Connie de pie y levantarle la cabeza.

—Ve a tu habitación y piensa en lo que has hecho. En cuanto hayas hecho la digestión irás a disculparte con Sarah y el padre Pepper.

—Te prepararé una cesta con comida para que se la lleves a... —propuso Constance, pero se calló por indicación de su marido.

—No, lo hará ella misma.

—Sí —aceptó Connie, que esperó a que su padre se apartara para ir a su habitación.

Una hora después, Connie salió de casa con todo su plan perfectamente pensado, vestida con su ropa de los domingos, su pequeño bolso con algo de maquillaje, un frasco de perfume, dos pares de calcetines para rellenarse el sujetador más tarde, unos cuantos dólares para sobornar a Sarah para que dijera a los Jones que le había pedido perdón, y bajo el brazo, una caja de bombones que le había dado su madre.

Sabiendo que sus padres la estarían vigilando desde el balcón, Connie se alejó de su calle, y cuando supo que ya no era visible, se adentró en la zona boscosa para rodear el vecindario y volver bajo la ventana de su habitación,

donde había dejado una mochila en la que escondería la grabadora que iba a pedirle a Addison.

La señora Cooper recibió con sorpresa la visita de Connie, a la que acompañó hasta la puerta de la habitación de su hija.

—Addison, tienes visita —anunció la señora Cooper, que abrió la puerta y se asomó dentro.

Addison se giró en la silla de su escritorio y miró sorprendida a Connie, que forzó una leve sonrisa y saludó con la mano.

—Oh, Connie ¿Qué te trae por aquí? —preguntó con falsa simpatía Addison.

—Tengo la tarde libre y había pensado que podríamos merendar juntas.

—¿Vais a comeros esos bombones tan caros vosotras solas y en una sola tarde? —preguntó la señora Cooper.

—El azúcar mejora el funcionamiento del cerebro —respondió Connie.

—Pero también llevan grasa, que engorda y hace que te salgan granos. La verdad es que prefiero seguir leyendo —dijo Addison.

—Addison, no seas maleducada —dijo la señora Cooper, que hizo pasar a Connie y cerró la puerta.

—Quiero tu ayuda —dijo Connie.

—¿La quieres o la necesitas?

—Las dos cosas.

—No me vas a convencer simplemente con ofrecerme una caja de bombones, por muy buena pinta que tengan.

—No son para ti.

—¿Entonces qué gano yo?

—¿Cuánto quieres? —preguntó Connie, que abrió su bolso para darle su monedero entero, aunque tuviera que volver a casa a por más dinero.

Addison resopló condescendiente y se sentó sobre su escritorio para estar a la altura de Connie, que avanzó hacia ella con su monedero abierto.

—¿Qué quieres tú de mí? —preguntó Addison.

—Tu colaboración como periodista. Voy a ir a un lugar y quiero que me grabes cuando esté allí.

—Yo no soy operadora de cámara de televisión.

—Pero tienes una videocámara y sabes cómo usarla.

—Es de mi padre, y no puedo salir a la calle con ella si él no está delante.

—Eso no es lo que decías —dijo Connie frustrada, consciente de que Addison no estaba tan consentida por sus padres como hacía ver ante los

demás chicos.

—¿Adónde vas exactamente?

—A la iglesia, a hablar con Pepper —respondió Connie, dejando a Addison boquiabierta.

—¿Y qué crees que va a pasar? No confesará en nuestra cara.

—Tú estarás grabando desde el ventanal.

—¿No crees que ya lo habrá tapado?

—No he vuelto allí desde hace semanas.

—Yo tampoco, y no iré ahora para hacer lo que me pides.

—Eres una cobarde.

—Y tú una inconsciente.

—Déjame tu grabadora y te demostraré que aunque esté portándome como una estúpida, voy a conseguir lo que quiero, lo que todas necesitamos. Mis padres quieren que hable con él, y eso es justo lo que voy a hacer.

—¿Quieres grabarle en secreto?

Connie asintió con decisión y extendió la mano, esperando a que Addison le entregara su grabadora.

—Ten cuidado —dijo Addison al darle el aparato.

—No sabes con quién estás hablando —replicó Connie, que guardó la grabadora en su mochila, cogió un lápiz del escritorio de Addison y se marchó.

—¡De nada! —se despidió Addison, pero Connie ya estaba corriendo escaleras abajo para ir a la iglesia.

Aunque la inexpresividad era el atributo definitorio de Connie, cuando llegó a la calle frente a la iglesia tuvo que pararse y respirar hondo para rebajar la emoción por lo que estaba a punto de hacer. Se puso un poco de colorete en las mejillas, hizo crecer su pecho con calcetines, se puso perfume en el cuello y por toda la cabeza, y encendió la grabadora. Comprobó que el aparato apenas hacía ruido y llamó a la puerta lateral de la iglesia. Pasara lo que pasara, iba a tener pruebas de ello.

El padre Pepper entreabrió la puerta y Connie le saludó inclinándose ante él, que rio condescendiente.

—Constance, con un simple «hola» es suficiente, no estoy en horas de servicio —dijo el padre Pepper, indicándole que pasara dentro—. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó, dejando a Connie desconcertada.

—Mis padres querían que viniera a hablar con usted.

—¿Sobre qué?

—No lo sé.

—¿Estás segura?

—Quizás sea por lo que pasó el otro día con Sarah —respondió Connie, siguiendo la mentira que el cura había contado. Ella estaba segura de que Pepper quería tenerla en su terreno para asegurarse de que no fuera una amenaza, y ella estaba preparada para hacerle pensar que se había salido con la suya, y entonces empezar a jugar con él.

—Así es. Quería que lo reconocieras, ese es el primer paso del camino hacia la paz.

Connie siguió a Pepper hacia la sacristía y se sentó frente al escritorio. Comprobó que el ventanal que daba a la parte trasera del jardín ahora tenía una vidriera que inundaba la estancia con reflejos de colores, y que ya no había ningún diván en la esquina izquierda junto a la puerta. Pepper cogió su silla y la colocó junto a la de Connie, que giró la suya lentamente para que la grabadora a su espalda no se moviera demasiado.

—¿Has pedido disculpas a Sarah? —preguntó Pepper.

—Pensaba que usted podría ayudarme a hacerlo. Me refiero a decidir lo que debería decir cuando le dé esto —respondió Connie, mostrándole la caja de bombones.

—En ese caso tendremos que pensar una buena frase, ya que para cuando llegues a su casa esos bombones se habrán derretido y no tendrán el mismo efecto.

—Yo no quería decirle nada malo... Era justo todo lo contrario.

—Te escucho —dijo interesado Pepper.

—No sé cómo explicarlo... Le tengo aprecio. Me cae bien, más que el resto de chicas.

—¿La consideras tu mejor amiga?

—Es la única que tenía...

—Aún puedes recuperarla, sólo tienes que aprender lo que has hecho mal para no volver a hacerlo.

—Pero la traté mal para que no supiera cuánto... cuánto me gusta —dijo Connie, bajando el tono de voz.

—Eso es un poco contradictorio, pero creo que podemos verlo de una manera positiva. Te portaste mal con Sarah para esconder cuánto te importa de verdad porque no estás acostumbrada a mostrar tus sentimientos, y crees que los demás no te corresponderán, o que les resultará incómodo, tanto como para ti. Pero eso está dentro de tu mente, no debes tener miedo a mostrarte tal como

eres. Y si alguien te niega, o se ríe de ti, entonces no te merece.

Connie desvió la mirada y pensó cuál debía ser su siguiente movimiento. Si decía en voz alta que tenía dudas sobre su heterosexualidad, la trampa para Pepper estaría preparada, pero ella también saldría herida. Si iba a llevar la grabación lo más lejos posible, sus padres no serían los únicos que supieran de las falsas dudas sobre su orientación sexual, y si pretendía que todos creyeran como verdaderas las palabras de Pepper en caso de que confesara, ella también sería señalada por lo que dijera. Pero tenía que arriesgarse.

—Creo que... me gusta tanto como me gustan algunos chicos —dijo Connie, que se tapó la cara falsamente avergonzada.

—¿Tienes sentimientos especiales hacia ella?

Connie asintió temblorosa.

—¿Ella lo sabe?

—No, nadie puede saberlo. Prométame que no dirá nada.

—Puedes estar tranquila, no saldrá de aquí. Pero tienes que aclarar tus ideas. Estaré encantado de ayudarte a hacerlo, pero antes necesito el permiso de tus padres.

—Ya lo tiene, ellos me han dicho que viniera.

—Esta cita era sólo para que aclarásemos el asunto de Sarah, y ya lo hemos hecho. Ahora ve a por ella y discúlpate, después vuelve a casa y dile a tus padres que ya está solucionado, yo les llamaré más tarde.

—Quiero cambiar, debe ayudarme a cambiar, a curarme.

—No estás enferma, sólo confusa.

—Pero lo que siento por ella está mal, no puede gustarme una chica, va en contra de la palabra de Dios, de la cordura, de la ley...

—Constance, no existe ninguna ley que castigue los pensamientos. Si tú quieres a Dios, él también te quiere, sabrá perdonar tus errores.

—No quiero ser una pecadora, no quiero ser una enferma.

—Tú no eres nada de eso, sólo estás confusa, ya te lo he dicho.

—Sandy Kincaid me dijo que usted podría ayudarme.

Pepper se levantó rápidamente y miró fijamente a Connie, que se echó hacia atrás en su silla, con cuidado de no aplastar la grabadora en su mochila.

—¿Cómo crees que puedo ayudarte?

—No lo sé, sólo me dijo que usted la había ayudado en una situación parecida.

—¿En qué situación?

—No-no... no lo sé.

Pepper se acercó a Connie y se agachó para tenerla a la altura de la vista.

—Efectivamente, hay unas cuantas leyes que prohíben y castigan la manera de pensar con la que parece identificarte. Tus ideas también van en contra de la Escrituras, de nuestro cometido en la vida como seres carnales, el motivo por el que hombres y mujeres fueron creados de una manera específica. Y no olvidemos las leyes terrenales, como las que hablan de lo que pasa cuando alguien se pasea por un lugar que no es de su propiedad, coge objetos que no le pertenecen, se sube a ellos, y no respeta la privacidad de otros.

Connie tragó saliva e intentó no temblar. Pepper no se había acercado más para intimidarla, pero su tono de voz había sido suficiente para hacer que ella siguiera echándose hacia atrás instintivamente hasta casi dejar las patas delanteras de la silla en el aire.

—No vi nada —dijo Connie, que intentó levantarse, pero Pepper la detuvo.

—Así es, no viste nada —sentenció Pepper, que fue a sentarse en su escritorio.

Connie se levantó lentamente y fue hacia la puerta caminando hacia atrás, Pepper se despidió agitando la mano y ella salió de la sacristía. En cuanto cerró la puerta, corrió fuera de la iglesia y no se detuvo, aunque no sabía hacia dónde se dirigía. Su plan había fallado, y aunque Pepper la había amenazado, la grabación no reflejaría la situación tal como Connie la había vivido. Pero seguía teniendo la grabadora, y no podía rendirse.

Hizo avanzar la cinta y guardó el aparato de nuevo, se puso más colorete del que creía decente y echó a correr hacia el parque. Sabía que Carlyle Jr. estaría allí, como siempre, rodeado de sus cómplices, y que no dudaría en reírse de su aspecto y acosarla aún más después de su intento fallido de reconciliación.

Connie llegó al campo de fútbol del parque y llamó a gritos a Carlyle Jr. Margaret y sus amigas, que estaban sentadas en la hierba, se giraron al unísono, preparadas para presenciar el encuentro. Carlyle Jr. vio quién le había llamado y fue hacia ella contoneándose, sonriendo con malicia. Los demás chicos vieron que Carlyle Jr. había salido del campo y pararon el juego para ir tras él.

—Lo siento, los dos equipos están completos, puedes sentarte a esperar y quizás alguien quiera cambiarse por ti después —dijo Carlyle Jr.

—Quiero la canasta —ordenó Connie.

—Estamos jugando al fútbol, aquí no hay ninguna canasta.

—Mi canasta portátil, devuélvemela.

—Se la di a Lewis, pídesela a él.

—Es mía, no tienes derecho a regalarla.

—No fuiste a recogerla y pensé que ya no la querías.

Detrás de Carlyle Jr. aparecieron todos sus amigos, pero Connie dio un paso más hacia él. Ya no tenía miedo.

—¿Adónde vas disfrazada de muñeca de porcelana? —se burló Reese.

—No, se ha sonrojado porque está enamorada de Carter —dijo Lewis.

—No te pases, no la tocaría ni con un palo —dijo Carlyle Jr.

—Devuélveme la canasta, ahora —insistió Connie.

—¿No puedes compartirla por unos días? Sé una buena cristiana —replicó Carlyle Jr.

—Si no me la das se lo contaré a mis padres.

—Creo que se te ha olvidado quién eres y de dónde vienes. Tú no puedes exigirnos nada —replicó Carlyle Jr.

Connie dio un paso más y se quedó a centímetros de la cara de Carlyle Jr., provocando que Margaret y las demás chicas corrieran alarmadas hacia ellos. Lewis le dio un codazo a Carlyle Jr. para avisarle de que su novia estaba acercándose, y el chico empujó a Connie, que se tiró al suelo con cuidado de no caer sobre su mochila.

—No vuelvas a acercarte por aquí o te mandaré de vuelta a tu país de una patada —amenazó Carlyle Jr., que le quitó la pelota a otro chico y volvió al campo de fútbol.

Margaret intentó ayudar a levantarse a Connie, pero ella la apartó de un empujón y corrió de vuelta a casa, preparada para desenmascarar a su enemigo.

Capítulo 12

Atrapada

Los Jones estaban leyendo al sol en el balcón de su habitación cuando vieron llegar corriendo a su hija, que les pidió que bajaran al salón con una extraña sonrisa que les desconcertó. Connie ignoró las preguntas de su madre, que le intentaba limpiar el exagerado maquillaje mientras ella le pedía que se sentara y estuviera en silencio. Paul amenazó con castigar a Connie si volvía a responder a su madre, pero Connie lo abrazó con fuerza para alejarlo del reproductor de música y le suplicó que la escuchara unos segundos.

En cuanto Connie empezó a reproducir la grabación del parque, su padre sacó la cinta del aparato y la rompió. Connie le repitió de memoria las frases que Carlyle Jr. le había dicho, pero él no quiso escucharla. Constance sólo quiso saber si se había disculpado con Sarah, y Connie dijo que sí, pero su mentira quedó desmontada con una rápida llamada a casa de los Müller. Paul no quiso seguir escuchando más a su hija y le ordenó encerrarse en su habitación hasta la hora de la cena.

El padre Pepper cumplió con su amenaza y llamó a los Jones, pero ellos no quisieron escuchar y decidieron ocuparse solos del problema creciente en que se había convertido Connie. Su rebeldía fue decisiva para que aceptaran la oferta de vender la compañía y que se mudaran a otra ciudad, pero Connie se quedó en Dandelion Bay bajo el cuidado de su tía.

El fracaso de sus planes para huir del pueblo la había dejado en ridículo, pero Connie no tardó en asumir que la única forma de sobrevivir a su cautividad era hacer lo que siempre había hecho. Durante los meses siguientes soportó con estoicismo los ataques de Carlyle Jr. y todos sus seguidores dentro y fuera de clase, e incluso cuando el caso Pepper se hizo público y ella se vio implicada, siguió centrada en mantener sus notas cerca de la excelencia y así poder cumplir su parte del trato con sus padres, lo único que no cambió después de su destierro familiar.

Después de graduarse y empezar sus estudios de Finanzas en la universidad de Portland, explotando al máximo su inesperado talento para falsear las emociones, Connie siguió visitando periódicamente a sus padres

para asegurarse el sustento económico hasta que pudiera valerse por sí misma. El nuevo trabajo de los Jones no les había beneficiado tanto como creían en un principio, pero se alegraban de haber abandonado Dandelion Bay antes de que todo empezara a ir mal allí.

Una vez conseguida su licenciatura, y junto a Ken, su prometido, un compañero de clase con un expediente igual de brillante que el suyo, Connie intentó crear un despacho de asesoría financiera, pero ante la negativa de los primeros clientes a confiar sus ahorros a una mujer que además era extranjera, y en contra de relegarse a un segundo plano como tuvo que hacer su madre en su juventud, decidió desvincularse profesionalmente de su pareja e intentar prosperar en solitario.

Estando todavía acostumbrada a los tiempos de universitaria en los que nadie cuestionaba su valía, Connie tuvo que tragarse de nuevo su orgullo y aceptar un puesto de secretaria en un banco, en el que pasó cinco años plantada tras un pequeño escritorio, lidiando con las quejas de los clientes, exigencias de su jefe, y las muestras de superioridad de otros compañeros con un expediente mediocre que habían acabado allí por relaciones familiares o amistad con los hombres en puestos superiores.

Cansada de seguir estancada, y con la complicidad de Ken, su ahora marido, que la contrató como consultora y le dio un despacho igual de grande y visible como el suyo propio, aceptando el riesgo de repeler a sus clientes, Connie volvió a la universidad para estudiar Marketing, y aunque poco después de graduarse consiguiera su merecido puesto como gerente de zona en un centro comercial, tuvo que aparcar su ajetreada vida profesional por un embarazo inesperado.

Connie se esforzó en disfrutar al máximo de su hija Candace e intentó que su exigente trabajo no supusiera un obstáculo para conciliar la vida familiar mejor de lo que sus padres habían hecho con ella, pero conforme iba ascendiendo en la estructura de la compañía de centros comerciales, Connie iba alejándose de la vida de madre y ama de casa para la que nunca se había sentido destinada.

Su marido conocía en primera persona la complicada relación de Connie con sus padres, y ella misma le había pedido que la ayudara a evitar convertirse en una copia de ellos, pero cuando Ken le avisó de que se estaba convirtiendo en una fría mujer de negocios, Connie lo interpretó como un ataque de envidia por su éxito y decidió divorciarse.

Así, con control sobre su propia vida y la de sus cientos de empleados,

con Candace en un exclusivo internado, y sin apenas vida social, Connie consiguió sentirse satisfecha y recompensada por sus más de quince años de esfuerzo para dejar atrás a la marginada niña china de Dandelion Bay que una vez fue.

Aunque nunca quiso saber nada sobre su antiguo pueblo y sus habitantes, y a pesar de que apenas tenía algo en común con Addison y las demás testigos del caso Pepper, Connie, mantuvo el contacto con ellas, ya que durante sus últimos meses en el pueblo se habían convertido en lo más parecido a unas amigas que nunca podría tener.

Su asistencia a las fiestas de cumpleaños, otras celebraciones y reencuentros fue decreciendo porque su vida era tan rutinaria y anodina que no le encontraba sentido a compartirla con las demás mientras ellas relataban sus cómicas e interesantes anécdotas, y conforme pasaba el tiempo y perdía interés en volver a estar cerca de ellas, más obsesionada estaba en seguir llenando su vida con actividades que le generaran más reconocimiento e ingresos.

Al final del verano de 2017, un viernes por la tarde, a punto de empezar su sesión de terapia de relajación, que le había sido casi impuesta por el director general, Connie vio una melena pelirroja parada delante de la puerta de su despacho en Seattle y llamó a Shelly, su secretaria, para que hiciera apartarse a la visitante inesperada.

Addison entró en el despacho caminando hacia atrás, en plena videollamada múltiple con Trisha y Margaret.

—Y con todas ustedes, Constance Jones, detrás de su escritorio de mármol travertino, sentada en su silla giratoria tapizada con cuero de alce azul, flanqueada por estanterías de...

—¿Qué haces tú aquí, cómo has entrado? —preguntó Connie, que intentó quitarle el móvil a Addison, pero ella corrió tras el sofá en el centro del despacho.

—Tenemos una cita contigo, saluda a cámara —respondió Addison.

—¿Existen los alces azules o es un nombre científico? —preguntó Margaret.

—Lo azul es el cuero tintado, no el alce, Barbie —respondió Trisha.

—¿Cómo sabes de qué material está hecho? —preguntó Connie.

—Hemos leído el reportaje en Time —contestó Addison.

—¿Las ventanas son de cristal blindado para que no se rompan cuando los golpee en un ataque de nervios? —preguntó Trisha.

—Addison, deja de grabar —dijo Connie, que corrió alrededor del sofá para alcanzar a Addison.

—Ábrele los cajones, vamos a ver si tiene algún juguete guarro o antiestrés —dijo Margaret.

Connie empujó su silla giratoria para arrinconar a Addison y le quitó el móvil, entonces ella levantó las manos en señal de rendición.

—¡No nos cuelgues, queremos ver...! —intentó decir Margaret, pero Connie finalizó la videollamada.

—¡Bishaw! —gritó Connie, consiguiendo que su secretaria apareciera de inmediato en el despacho—. Llévatela.

—Pero tiene una cita para las cinco en punto... —dijo contrariada Shelly.

—Esa es la hora de mi terapia con Moira —replicó Connie.

—He hablado con ella para que me ceda su hueco en tu agenda —dijo Addison, que devolvió la silla tras el escritorio, se sentó en ella y se reclinó cómodamente.

—¿Quién ha autorizado esa operación? —preguntó irritada Connie a Shelly, que no supo qué responder.

—Era la única forma de poder verte, no la castigues, ella no tiene nada que ver en esto —dijo Addison.

—Por supuesto que sí. Un error más y vuelves a tu antiguo puesto de reponedora de folios para la impresora —advirtió Connie a su secretaria, y entonces chasqueó los dedos para indicarle que se fuera.

—¿No crees que te pasas un poco con ella? —preguntó Addison, que se sentó frente al escritorio y dejó una carpeta sobre la mesa.

—No es nadie para decidir sobre qué hago o con quién hablo, sólo tiene derecho a seguir trabajando en silencio —respondió Connie, elevando la voz para que Shelly pudiera escucharla fuera.

—El estilo Connie Jones —comentó Addison, que recuperó su móvil cautelosamente.

Connie se sentó en su escritorio e intentó coger la carpeta que había dejado Addison, pero ella la detuvo.

—Aún no, primero tenemos que ponernos al día, no vengo aquí sólo para hablar de negocios.

—¿Qué quieres? No tengo tiempo para conversaciones vacías —replicó Connie, que intentó coger la carpeta de nuevo, pero Addison se la guardó en el bolso.

—¿Qué es para ti una conversación vacía?

—Un intercambio de frases sin contenido relevante y que sólo sirven para hacerme perder la paciencia y mi valioso tiempo —respondió Connie, que fue hacia la parte derecha de su despacho y desapareció a través de una puerta corredera. Addison la siguió y vio que Connie había huido hacia el cuarto de baño de su pequeño gimnasio privado.

—¿Qué es todo esto, por qué te escondes en tu habitación del pánico? —preguntó asombrada Addison, que intentó asomarse al cuarto de baño, pero Connie cerró la puerta con pestillo—. ¿Cuántos años tienes? ¿No puedes decirme a la cara que me vaya en vez de encerrarte?

—Ya te lo he dicho.

Unos minutos después Connie salió del cuarto de baño vestida con ropa deportiva, encendió un reproductor de música y se subió a la cinta de correr.

—Dame cinco minutos, es todo el tiempo que necesito —pidió Addison, que bajó el volumen de los altavoces e intentó detener la cinta de correr—. ¿Puedes parar un momento y prestarme atención?

—No me gusta estar quieta sin hacer nada productivo. Habla, puedo escucharte, soy multitarea.

—Cuando venía hacia aquí me ha llamado la atención la placa de la puerta de un despacho... ¿Es Kenneth Chapman, el director de contabilidad, el mismo Ken con el que estuviste casada?

—Sí.

—¿No es un poco extraño tener a tu exmarido como empleado?

—Intenté que no le contrataran, pero está perfectamente cualificado para el puesto, y además, yo no soy la directora ejecutiva. Aún no.

—¿No estás contenta con este trabajo?

—Sí, pero estar un poco más arriba en la jerarquía nunca sienta mal.

—¿Cómo está Candace?

—Bien, supongo.

—¿Supones? ¿Es que no estás pendiente de ella?

—Si cuando hablo con ella por teléfono me dice que está bien, entonces supongo que está bien.

—¿Es una digna sucesora académica de Connie Jones?

—Un notable en francés es su peor nota.

—Este es su último año de instituto, ¿No? ¿Va a seguir la tradición familiar de emborracharse con números y fórmulas matemáticas?

—No, ha decidido que será periodista. Algo tenía que salirme mal.

—Gracias por la parte que me toca —dijo sarcásticamente Addison, que

fue a por una silla del despacho para sentarse frente a Connie—. Ya sabía qué rama de estudios había elegido, no porque me lo hubieras dicho, sino porque hablé con ella.

—¿Cómo sabes su número?

—Fue ella quien me escribió para pedirme consejo y después yo la llamé.

—¿Entonces fuiste tú quien le dio la genial idea de elegir esas clases a principio de curso, en vez de respetar el plan de estudios que habíamos acordado?

—Su orientadora no era de demasiada ayuda. Candace sólo quería conocer la experiencia de una profesional, y yo se la transmití.

—Pues espero que no siga tu referente.

—Gracias de nuevo. No le puede ir bien a todo el mundo para siempre. Excepto a ti, por lo que parece.

—Estoy de acuerdo en eso —dijo Connie, que fue a subir el volumen de la música y aumentó la velocidad de la cinta de correr.

—Tengo una propuesta para ti, y quiero que la escuches atentamente, de principio a fin.

—Adelante, aún te queda un minuto y medio para convencerme.

—Estoy hablando en serio, por favor, escúchame.

Connie cedió y apagó la música, puso la cinta de correr a la mínima velocidad y le ofreció una bebida isotónica a Addison, que la rechazó.

—Mi editorial me ha propuesto...

—¿No has dicho que era una propuesta de ti misma?

—De acuerdo, yo hablé con mis antiguos editores para ofrecerles mi autobiografía, y ellos aceptaron.

—Bien por ti, pero si vienes para ofrecer la venta exclusiva o pedir un *stand* para firmar copias, será mejor que tu agente hable con el departamento comercial.

—No había pensado en asociarme con tus centros comerciales, gracias por la idea, se lo comentaré a Rick. Pero para vender el libro primero tengo que escribirlo, y para hacer eso te necesito a ti.

—¿A mí? ¿De qué forma?

Addison se levantó y fue hacia Connie, le cogió la mano y la miró fijamente, haciéndola sentir incómoda.

—Quiero escribir tu historia, tu vida en Dandelion Bay.

—Nunca —dijo Connie, que se liberó de Addison bruscamente y le indicó que se fuera.

—Connie, por favor, escúchame. Lo que pasó, lo que nos pasó, es una historia que merece ser contada, nosotras merecemos que nos escuchen, que lean nuestras palabras. Las cinco tenemos que estar juntas en esto.

—El mundo necesita saber lo que pasó de verdad ¿Es eso? —dijo sarcásticamente Connie, que intentó llevar a Addison fuera, pero ella se resistía.

—Sí, tienen que saber lo que vivimos para que nadie más vuelva a sufrir algo así.

—Lo que yo sufrí entonces es algo que nunca sabrá nadie. Nunca se lo he contado a nadie, ni siquiera a Ken. Y no voy a contarlo ahora para que tú puedas pagar la hipoteca de una casa que nunca pudiste permitirte.

Addison se giró y plantó cara a Connie, que no retrocedió.

—Sí, tengo que pagar un préstamo que no me deja dormir, a veces me he despertado en mitad de la noche pensando que me iban a desahuciar. He tenido que malvender mi apartamento en Venice Beach, la mitad de mi armario está a la venta en internet. Pero no estoy haciendo esto por dinero.

—¿Cuánto necesitas? —preguntó Connie, que fue a su escritorio y se sentó frente al ordenador—. Dame tu número de cuenta y la cifra. Voy a pagar tu deuda y a cambio tú no publicarás nada.

—No vas a hacer una obra de caridad para salvarme, y mucho menos comprarás mi silencio —dijo Addison, que sacó un contrato de la carpeta en su bolso y lo dejó sobre el escritorio—. Lee las condiciones, no hay ninguna trampa.

Connie cogió el contrato, lo rompió y metió los trozos en la trituradora.

—Tengo otra copia y haré más, todas las que quieras romper hasta entrar en razón —dijo Addison.

—Vete de aquí y no vuelvas a molestarme con tu contrato de mierda para tu libro de mierda. No vas a atraparme, otra vez no.

—Connie, ¿De qué estás hablando?

—Por tu culpa me quedé atrapada en ese infierno. Te hiciste la valiente y después, cuando confié en ti, fuiste una cobarde. Yo hice algo, yo intenté hacer algo por ti, por esas desgracias que se pasan la vida metiéndose en los asuntos de los demás y criticando...

—Espero que no te refieras a Trisha y Margaret, sabes que lo que te pasó no tiene comparación con...

—¿Qué sabes tú sobre lo que me pasó?

—Si hay algo que todavía no sepa, cuéntamelo. Pero no quites

importancia a lo que ellas...

—¿Mi sufrimiento es menos importante que el suyo? —preguntó Connie, que se levantó y golpeó el escritorio con las dos manos. Sintió como si se hubiera roto las muñecas contra la losa de mármol, pero su indignación inhibía el dolor.

—Todas estuvimos allí, vivimos la misma historia, pero la recordamos y la sentimos de manera diferente. Si aún te duele pensar en ello, no eres la única. Quiero ayudarte a cerrar esa herida, entre todas nos ayudaremos.

Connie corrió hacia el escritorio de su secretaria y le ordenó que hiciera salir a Addison de allí. Si volvía a acercarse a ella, perdería los nervios y la sacaría del edificio a golpes.

—Connie, en el fondo tienes razón, lo hago por dinero. Todo el mundo hace las cosas por dinero, es ley de vida. Pero yo nunca elegiría seguir cobrando medio millón más cada año si a cambio tuviera que abandonar a mi hija.

Connie se acercó lentamente a Addison, intentando calmar la respiración, y le sostuvo la mirada.

—¿Quieres ganar dinero con el dolor de alguien? —preguntó Connie a Addison, y acto seguido le dio un puñetazo en la boca—. Ahora ya puedes denunciarme, seguramente ganarás una indemnización suficiente para pagar tu apartamento y el de las otras tres patéticas que te lamen el culo.

Capítulo 13

El acuerdo

Un año después de expulsar a Addison de su despacho, Connie se levantó e intentó salir de la habitación de interrogatorios, pero Billow la detuvo.

—Ya les he contado lo que querían, ahora me voy —dijo Connie, que intentó pasar por al lado del agente.

—No hemos terminado todavía —replicó Billow, que le indicó que volviera a sentarse.

—Punto número uno: Yo sí he terminado. Punto número dos: No me toque.

—Por favor —dijo Holden, que se levantó para bloquear la puerta.

Connie resopló y volvió a sentarse, escuchó su móvil vibrar de nuevo en el bolsillo del abrigo de Holden y extendió la mano para reclamarlo, pero la inspectora negó con la cabeza.

Mientras relataba la regresión que había vivido en las ruinas de su antigua casa, su móvil no había parado de recibir llamadas y mensajes que seguramente estarían directamente relacionadas con su estado actual de detenida. Los medios reunidos frente al hotel ya se habrían encargado de difundir su arresto, y Connie no podía hacer nada para defender su inocencia.

—¿Puede al menos llamar a mis abogados para saber dónde están? Espero que no les hayan puesto también una trampa en la carretera.

—¿Me está dando autorización expresa para que manipule un objeto de su propiedad? —preguntó incrédula Holden.

—Me lo ha quitado sin permiso, ya importa poco lo que haga con él, la demanda judicial será la misma —dijo Connie.

—Se lo devolveré en cuanto estemos seguros de que no intentará volver a lanzárnoslo —replicó Holden.

—¿Qué pasó para que finalmente aceptara participar en el libro de Addison después de ese desencuentro? —preguntó Billow.

—No responderé a nada más.

—Sus abogados están de camino, pero no hacia aquí. Se han equivocado de carretera por la niebla —dijo Holden tras consultar el móvil de Connie.

—Entonces indíqueles el camino correcto.

—Si les escribiera estaría suplantando su identidad.

—Tiene mi autorización expresa para hacerlo —dijo Connie irritada, acercándose a la grabadora.

—Termine de contarnos lo que pasó y podrá marcharse a hacer cuantas llamadas le plazca —dijo Holden.

—¿Me está chantajeando?

—Constance, estaba en el buen camino, no empiece de nuevo —le aconsejó Billow—. ¿Qué le hizo cambiar de opinión sobre el libro?

—Mi estupidez.

—¿Puede explicarse mejor?

—Dejé que mi terapeuta me hiciera ver el panorama desde otra perspectiva.

—¿Podría ser aún más clara? —pidió Holden.

—¿Creen que voy a contarles detalles sobre mi vida privada que no tienen nada que ver con el caso?

—Si no lo hace aquí, tendrá que hacerlo durante un juicio. Y no, ahora tampoco la estoy amenazando —respondió Holden.

Connie se reclinó y miró al techo, respiró profundamente y negó con la cabeza, provocando que Holden finalizara la grabación y se levantara al unísono con Billow para salir de la habitación.

—Cuando digo *terapeuta* me refiero a que es una psicóloga —dijo Connie, provocando que los inspectores retrocedieran.

—¿Qué tipo de tratamiento recibe? —preguntó Billow, que volvió a sentarse.

Holden preparó la grabadora para seguir grabando, pero Connie le indicó que se detuviera.

—¿Puede no grabar esto? —pidió Connie.

—Es una medida de seguridad para el bien mutuo.

—Pero por mi propio bien, prefiero que no lo haga.

—Le vuelvo a recordar que antes o después tendrá que responder a estas mismas preguntas, y cada vez habrán más personas escuchándola —dijo Billow.

—Eso será si no me acojo a mi derecho a no declarar. Mi diagnóstico de salud mental es algo que voy a mantener en privado todo el tiempo que pueda, pero si necesitan saber qué pasó para que esté hoy aquí, podría decir que por culpa de mi psicóloga recordé que aún soy un ser humano con emociones que necesitan ser liberadas para mantener la cordura.

—¿Decidió contar su historia para desahogarse de todo lo que había estado reprimiendo durante treinta años? —preguntó Billow, y Connie asintió.

—Si terminó aceptando la propuesta de Addison, deduzco que también hizo las paces con ella —dijo Holden, y Connie volvió a asentir—. La interrogada ha respondido afirmativamente mediante gestos a estas dos últimas preguntas ¿Puede hacerlo ahora con palabras? —dijo la inspectora, acercándole la grabadora a Connie.

—Sí, pedí perdón a Addison y escupí en su libro todo lo que tenía dentro. ¿Puedo irme ahora?

—¿El contrato de repartición de derechos de autoría fue de su agrado?

—Todo correcto.

—¿Le consta si alguna de las otras tres coautoras tuvo problemas con Addison?

—Ni lo sé, ni me importa. Pero yo no era la única que estaba enfadada cuando salimos a buscarla.

—¿Notó a alguien especialmente molesta?

—Las cuatro lo estábamos. Un poco más, un poco menos, pero lo que leímos no era para aplaudirle.

—¿Cree que alguna de sus amigas pudo tener algo que ver en la muerte de Addison? —preguntó Billow, pero Connie no respondió.

—¿Ha notado algún comportamiento extraño en ellas? ¿Alguien que haya reaccionado exageradamente, o que no se haya mostrado demasiado afectada?

—No voy a decir nada sobre de ellas. No es que quiera protegerlas, sólo quiero salir de aquí cuanto antes, yo ya he cumplido mi parte.

—Sólo una pregunta más, por favor. ¿Qué escribió Addison para hacerla enfadar tanto?

—Me culpaba sutilmente de favorecer que la compañía de mis padres cerrara y eso desencadenara la ruina del pueblo. Según ella, si les hubiera convencido para que se quedaran, ellos habrían sabido mantener a flote el negocio en vez de abandonarlo a la primera de cambio como hicieron los siguientes dueños.

—¿Le parece mal que Addison sobreestimara a sus padres?

—No me importa lo que pensara sobre ellos, probablemente Addison tenía mucha mejor imagen de ellos que yo. Lo que sí me importaba es que quisiera publicar su opinión sobre mí.

Connie se levantó y esperó junto a la puerta, Holden y Billow se tomaron su tiempo para recoger sus anotaciones y levantarse. Cuando la dejaron salir,

vio que George y Winfrey estaban alejándose disimuladamente por el pasillo.

—¿Os estáis divirtiendo, lerdos? —preguntó Connie, provocando que los dos agentes se giraran y fueran con paso amenazante hacia ella—. No deis ni un paso más, atrás.

—No, volved aquí ¿Dónde está vuestro jefe? —dijo Holden, provocando que los dos agentes se detuvieran y se miraran dubitativos.

—Ha ido al ayuntamiento para reunirse con el alcalde —respondió Winfrey.

—¿Para tratar sobre qué asunto?

—No nos ha dicho nada más, solamente que vigiláramos la fortaleza —respondió George.

—¿Y cuándo volverá? —preguntó Holden interesada, pero George se encogió de hombros.

—¿Has preparado el almacén para los interrogatorios?

—Sí, señora.

Holden le devolvió a Connie su móvil y le indicó a Billow que acompañara a la mujer fuera. Connie empezó a leer sus mensajes y corrió hacia la calle para poder desahogarse gritando sin nadie alrededor, pero Billow la siguió.

Holden entró en la zona de despachos, Winfrey y George la siguieron, pero no se atrevieron a impedir que la inspectora cogiera el informe sobre el escritorio de Carlyle Jr., tal como él les había ordenado.

—¿Por qué sigue este informe incompleto? —preguntó molesta Holden.

—Ha tenido que responder a la llamada del alcalde —insistió Winfrey.

—¿Y por qué es más importante ir a hablar con el alcalde que terminar su trabajo de ayer? ¿No podían solucionar lo que fuera por teléfono?

—No nos ha dicho para qué era la reunión —respondió George, provocando que Holden resoplara disgustada.

—De acuerdo, pues quedaos aquí y haced lo que sea que os hayan encargado —dijo resignada Holden, que intentó salir, pero Winfrey y George no se apartaron—. Perdonad.

—¿Adónde va? —preguntó Winfrey.

—Al ayuntamiento.

—¿Por qué, qué va a hacer allí?

—Holden, tenemos que irnos —dijo Billow, que apareció en la zona de despachos y se abrió paso entre los agentes.

—¿Adónde?

—Al ayuntamiento. El alcalde y Carlyle están dando una rueda de prensa.

Holden pasó entre Winfrey y George sin atender a sus indicaciones para que no se preocupara y dejara que el *sheriff* se ocupara del asunto, y corrió hacia su coche. Billow tuvo que acelerar el paso para no quedarse en tierra, como le pasó a Connie, que corrió tras el vehículo gritando a la inspectora para que la llevara con ellos y poder enfrentarse a lo que Clark y Carlyle Jr. estaban diciendo sobre ella.

Unas horas más tarde, Connie entró tambaleándose en la sala común del hotel Valentine para reunirse con sus amigas y Rick mientras el recién llegado equipo de la policía científica registraba las habitaciones.

Después de destrozar el escaso mobiliario de su habitación, Connie había pasado la tarde durmiendo gracias al efecto de los ansiolíticos que se había tomado contradiciendo las indicaciones de su psicóloga, que la había llamado justo después de ver por televisión la rueda de prensa que habían dado Clark y Carlyle Jr. a espaldas del FBI.

Tal como le habían advertido Holden y Billow, su detención delante de todas las cámaras de televisión reunidas en la entrada del hotel había sido suficiente para que la prensa la convirtiera en la principal sospechosa del asesinato de Addison. Mientras los inspectores se enfrentaban al *sheriff* y al alcalde por haber hablado con los medios sin su permiso, revelando detalles que ni siquiera se habían incluido aún en el informe del caso, y señalando a una sospechosa sin pruebas incriminatorias sólidas, Connie recibió la llamada de su jefe, que le comunicó su suspensión temporal innegociable.

El viaje a pie y bajo la lluvia desde la comisaría hasta el ayuntamiento no apagó su furia, y cuando llegó a la rueda de prensa se abrió paso a puñetazos entre los periodistas convocados, pero no pudo llegar hasta Carlyle Jr., su objetivo principal. Esta vez Holden no la detuvo y dejó que Robinson la llevara al hotel.

Una vez allí, llamó a sus abogados para que dieran media vuelta y volvieran a Portland para preparar las demandas contra Carlyle Jr., el alcalde Clark, el departamento de policía y el ayuntamiento de Dandelion Bay, los medios que la habían acusado de ser una asesina, y hasta contra Holden y Billow.

—Buenas tardes, señora Jones. ¿Quiere que le prepare un café, un té, o le traigo una metralleta? —preguntó Trisha.

—¿De verdad tu cerebro inflado de botox piensa que este es el momento oportuno para hacerte la graciosa? —replicó Connie, que se desplomó en el sofá.

—Ya hay demasiado drama en el mundo como para no hacer bromas mientras se pueda —respondió Trisha.

—Chicas, ¿Podemos empezar ya la reunión? —preguntó impaciente Rick.

—Por decimoquinta vez: No, vete —respondió Sarah.

—Esto es una zona común, no puedes echarme —replicó Rick.

—No eres un huésped.

—¿Dónde están tus abogados? —preguntó Margaret a Connie.

—Ni lo sé, ni me importa.

—¿No deberían estar supervisando el registro de tu habitación? —preguntó Sarah.

—Ya no me importa lo que encuentren.

—Espero que no miren en mi bolsa de la ropa sucia... —dijo Margaret.

—¿Por qué estás tan tranquila, qué te has tomado? —preguntó Trisha a Connie, entonces se acercó a ella y la olfateó—. ¿Te has atiborrado a ansiolíticos?

—Mi dieta es un asunto privado —respondió Connie.

—¿Cuántas pastillas has tomado, hace cuanto tiempo? ¿Xanax o Valium?

—Me han echado de la empresa hasta que se cierre el caso. Yo, desterrada de mi propia empresa —respondió Connie.

—No es tuya, no eres la directora general —comentó Margaret, provocando que Connie la fulminara con la mirada.

—Si te han dejado libre es porque creen que eres inocente —dijo Sarah.

—Entonces lo seré.

—¿Te han preguntado por nosotras? —preguntó Margaret.

—Sí, pero no he respondido.

—¿Qué clase de preguntas han hecho? —insistió Margaret.

—Ahora mismo no recuerdo todo lo que hemos hablado, pero si aún no os han detenido es porque no les he contado nada demasiado malo sobre vosotras.

—Gracias, supongo —dijo Trisha.

—Fantástico, todas sois inocentes y el FBI lo sabe. ¿Podemos hablar ya del libro? —dijo Rick.

—¿Qué libro? Van a incautar todas las partes del borrador, ahora son una

prueba policial —dijo Sarah.

—Pero la editorial tiene una copia de seguridad que Addy envió...

—No la llares así, no tienes ningún derecho después de lo que le hiciste —espetó Trisha.

—Addison envió a los correctores una copia por última vez el viernes, y esa es la versión que teníais. Pero ante el evidente malestar que os ha producido, ahora os ofrecemos la oportunidad de hacer vuestra propia revisión del borrador. ¿Qué me decís?

—¿Por qué hablas como si representaras a la editorial en vez de a nosotras? —preguntó Trisha.

—¿Nos van a pagar más? —preguntó Margaret, provocando que sus amigas la miraran indignadas—. ¿Qué pasa? Antes éramos colaboradoras, si pasamos a ser coautoras tendremos que cobrar por el esfuerzo.

—Dinero, dinero, dinero... —murmuró disgustada Connie.

—No eres la más indicada para criticar eso —dijo Margaret.

—Por favor, discutid después, ahora tenemos que aclarar esto —pidió Rick, que le dio a cada una un paquete envuelto en papel de regalo con coloridos dibujos de animales.

—¿Esto es una broma? —preguntó Trisha.

—Yo no tengo nada que ver con el papel, mi ayudante fue quien los compró y eligió ese envoltorio, pensó que os animaría. Son ordenadores portátiles de última generación para que podáis trabajar con toda comodidad. Tienen una pantalla de quince pulgadas, procesador de seis núcleos, diez horas de autonomía...

Connie lanzó su paquete a Rick, que lo cogió antes de que le diera en la cara.

—Eh, si no lo quieres, dámelo. Sólo porque tú tengas uno mejor no tienes por qué despreciar estos —dijo Margaret.

—No voy a usar mi ordenador para escribir nada —dijo Connie.

—De acuerdo, entonces tu parte se publicará tal como está —dijo Rick.

Connie se levantó lentamente y avanzó hacia Rick, que le tendió el paquete con el portátil, ella lo cogió y lo tiró al suelo.

—No vas a publicar ningún libro en el que se cuente algo sobre mí, o sobre mis padres. Y no intentes usar pseudónimos —advirtió Connie, y entonces se giró hacia sus amigas—. Si se os ocurre mencionarme, ateneos a las consecuencias.

—Te recuerdo que firmaste un contrato —replicó Rick, que fue a coger su

maletín, pero Connie le cortó el paso.

—No te atrevas a amenazarme —dijo Connie, acercándose cada vez más, hasta que Trisha y Sarah fueron a por ella y la agarraron para devolverla al sofá.

—Ahora mismo no podemos irnos de aquí, el FBI no nos dejará, y aunque lo hiciera, no podríamos seguir con nuestra vida normal. Estamos atrapadas. ¿Qué vas a hacer, quedarte encerrada en tu habitación, dándole patadas a las paredes y gritando hasta desgarrarte la garganta? —dijo Trisha.

—Sí, y para los ratos libres todavía me queda un bote entero de pastillas —respondió irónicamente Connie.

—Han matado a Addison para silenciarla, para que no contara la verdad. Es nuestro deber hablar por ella, es nuestra obligación —dijo Trisha, que se agachó para mirar a Connie a la cara. Margaret se giró y también miró a Connie, Sarah se acercó y le tendió la mano.

—No tengo mucho más que perder —dijo Connie, que estrechó la mano a Sarah, y no opuso resistencia cuando sus tres amigas se abrazaron a ella.

—Sarah Müller —llamó la inspectora Holden, que entró en la sala común y agitó una bolsa de plástico con una pistola dentro—. Esta arma ha sido encontrada en la habitación en la que se hospeda. ¿Puede confirmar que es suya?

—Puedo explicarlo.

—Sí, para eso estoy aquí —dijo Holden, que esposó a Sarah y se la llevó mientras Billow y los agentes de Dandelion Bay retenían a sus amigas.

Capítulo 14

La ley

Por primera vez en muchos años, Carlyle Jr. se levantó en cuanto sonó su alarma y se preparó para ir al trabajo antes de tiempo. Él sería el primero en llegar a la comisaría, y el único que aparecería en las imágenes que tomaran los fotógrafos que hacían guardia en la entrada. Iba a recibir el reconocimiento que merecía mientras los inspectores intrusos estarían todavía durmiendo en la casa que el alcalde les había prestado como compensación por la rueda de prensa del día anterior.

Carlyle Jr. se vistió con cuidado de no despertar a su esposa, que había vuelto a dormir junto a él como agradecimiento por haber atraído a la multitud de periodistas que habían tenido que recurrir a su pequeña tienda de ferretería para arreglar las ruinosas casas que ahora habitaban. La primera noche después del asesinato que había revivido al pueblo también había supuesto el fin de la prolongada crisis matrimonial de los Carlyle, que dormían en habitaciones separadas desde que sus dos hijos se fueron a estudiar a la universidad dos años atrás.

Debbie Carlyle se habría divorciado antes de no ser porque quería mantener la relación con sus hijos, que adoraban a su padre, y aunque supieran de las infidelidades constantes y la actitud controladora de él, la mentalidad anticuada que habían heredado les haría creer que ella era la culpable de la ruptura por no comprender y corresponder adecuadamente a su marido.

Carlyle Jr. pensó en empezar a hacer ejercicio al aire libre para dar una buena imagen ante las cámaras, pero también pensó que la gente se reiría de él al verlo todo sudado y moviendo con dificultad su grueso cuerpo, por lo que siguió desayunando sus donuts caseros y después metió tripa cuando pasó entre la multitud en el aparcamiento de la comisaría.

No había madrugado para poder interrogar en solitario a Sarah, pero aprovechó la oportunidad para visitarla en el calabozo. Ella ya estaba despierta cuando Carlyle Jr. llegó, y al ver que él entraba solo, rio irónicamente.

—Nunca había visto a nadie despertar con tan buen humor en una celda —

dijo Carlyle Jr.

—Nunca lo has visto porque soy la primera persona que pasa la noche en este calabozo desde hace treinta años.

—Eso es cierto, pero ha valido la pena la espera.

—Gracias —replicó Sarah, que volvió a acostarse, dándole la espalda.

—Te habría traído algo de desayunar, pero el supermercado está aún cerrado. El único local abierto es el bar, pero no puedo traerte ninguna bebida alcohólica... Puedo volver a casa y traerte algo que te guste tomar.

—Puedes meterte tu amabilidad por donde te quepa y dejarme en paz.

—¿Crees que esa es la forma correcta de dirigirte a quien va a decidir tu futuro?

—Tú no vas a decidir nada, este caso es cosa del FBI.

—Supongo que tu cerebro está todavía poniéndose en marcha. Te recuerdo que has venido a este pueblo con un arma para la que no tienes licencia, y... ¿Quién tiene jurisdicción en este pueblo? —dijo Carlyle Jr., que recibió una peineta como respuesta—. Es de mala educación señalar, y más con ese dedo, pero sí, yo soy el sheriff.

—Siento tener que decírtelo, pero no eres el sheriff, no tienes jurisdicción sobre un condado, simplemente eres el comisario de un pueblo diminuto.

—No importa lo que digas, sigo siendo yo quien toma las decisiones aquí, y tú estás detenida.

—No habrías conseguido esa placa si antes no la hubiera tenido tu padre.

—Estamos hablando de nosotros, deja a los muertos en paz.

—Lo haré cuando tú confieses que mataste a Addison.

—Entonces sigue faltando al respeto a los que ya no están aquí, supongo que no es nada comparado con lo que le hiciste a tu jefe.

—¿No estábamos hablando solamente de nosotros?

—¿No fuiste tú quien le disparó al sargento Moore? Tú misma lo reconociste, salió por televisión.

—Si tanto te gusta hablar de respeto, respeta la presunción de inocencia. Tengo un juicio pendiente, así que no te emociones demasiado.

—Lo siento, pero la verdad es que me resulta demasiado gracioso ver cómo de mal habéis acabado. Os fuisteis de aquí con la cabeza bien alta, como si estuvierais orgullosas de haber condenado a todo el pueblo. Parecía que estabais a punto de descubrir la cura para el cáncer, que encontraríais vida en otros planetas o llegaríais a la Casa Blanca. Pero nada más lejos de la realidad. La señorita Jones se limpiará el culo con billetes de cincuenta dólares, pero no creo que ningún hombre quiera tocárselo. De Margaret no sé mucho, pero me he dado cuenta de que ya no lleva anillo de boda, y alguien me dijo que se había emparejado con un adolescente. Y mírate, una agente de policía detenida por tenencia ilícita de armas y asesinato planeado.

—Se llama homicidio premeditado, y no lo he cometido.

—Si tan bien conoces el código penal, deberías haberlo seguido con más cuidado.

—No voy a hablar más contigo —dijo Sarah, que se tapó las orejas.

—Oh, por favor, qué adulta. De acuerdo entonces seguiré hablando solo.

Estaba diciendo lo curioso que es cómo habéis terminado, iba por vuestra querida amiga muerta, que se creía una líder de opinión y sólo llegó a escritora pornográfica. Ahora que estamos en confianza ¿Sabes lo que creo que pasó? Creo que fue a la playa a hacerse esas fotos tan estúpidas en las que se ve la cara y el fondo para presumir, *selfies* lo llamáis, y que al subirse a una roca, se resbaló, cayó, y se abrió la cabeza. Alguien la encontró, y como tirar basura al mar es ilegal, la llevó cerca de un contenedor. ¿Qué te parece mi apuesta?

—Sabes que eso no es lo que pasó —respondió Sarah, que se levantó y fue hacia él.

—No, pero sería lo más conveniente para todos. Nadie quiere que este caso se convierta en un circo, porque entonces vosotras tres seréis los payasos.

—Somos cuatro, y no vamos a dejar que ganéis con vuestros trucos y trampas.

—Sois tres payasas y una mujer barbuda.

—Deberías saber que a pesar de todo lo que le hiciste, Trisha es quien tiene mejor vida de todos nosotros. Todos los días ayuda a gente sin importarle de dónde vengan o quiénes fueron antes de entrar en su hospital, atiende incluso a los enfermos mentales como tú.

—No sé qué me sorprende más, que alguien haya contratado a esa de quien hablas para que trabaje de cara al público, o que tú tengas las agallas de seguir insultándome sabiendo que soy el único que tiene las llaves de esta celda —dijo Carlyle Jr., que se recolocó el cinturón reglamentario para hacer sonar el manajo de llaves de la comisaría.

—No te tengo miedo ni te respeto —dijo Sarah, que pegó la cara a los barrotes y sostuvo la mirada al *sheriff*.

—Yo a ti tampoco, pero reconozco que me caías bien, Müller. Es una pena que hayas cambiado tanto.

Carlyle Jr. salió del calabozo y fue hacia su despacho para dormir un poco antes de que empezara su jornada oficial, pero para su desgracia, Holden y Bellow llegaron a la comisaría y fueron directos hacia él con cara de pocos amigos.

—¿Qué hace aquí tan temprano? ¿Ha hablado con la detenida? —preguntó Holden.

—Le he dado los buenos días y le he ofrecido un desayuno, pero se ha negado —respondió Carlyle Jr., que empezó a ordenar los papeles sobre su

escritorio para parecer ocupado.

—Puede que inicie una huelga de hambre para reforzar la idea de que es inocente y reclamar que la traslademos a un hospital —dijo Billow, que fue a su mesa asignada y encendió su ordenador portátil.

—También puede ser que sólo quiera llamar la atención —dijo Carlyle Jr.

—En ese caso no se la daremos. Ninguno de nosotros, y los periodistas de fuera tampoco —replicó Holden.

—No te preocupes, no van a enterarse. Lo que pasó ayer es un hecho aislado, Porter es muy testarudo, y no se puede contradecir al jefe...

—Usted es el sheriff, no trabaja para él —dijo Billow.

—Me alegro de que alguien recuerde el cargo que ocupó en la investigación de este caso —dijo Carlyle Jr., que fue a ver qué hacía Billow con su portátil—. Veo muchas palabras ahí ¿Va a imprimirlo todo?

—¿Existe esa posibilidad? —preguntó sorprendido Billow.

—Por supuesto, hombre —respondió Carlyle Jr., que fue al armario detrás de su escritorio y sacó una impresora inalámbrica—. La tengo bajo llave para que los chicos no la usen escondidas para sus tonterías.

—¿Ha llamado a la Oficina del Defensor Público? —preguntó Holden.

—No, se me había pasado. Llama tú, practiquemos el trabajo en equipo —respondió Carlyle Jr., que volvió junto a Billow para ayudarlo a imprimir los historiales que había recibido sobre Sarah.

Holden miró fijamente a Billow, esperando a que le hiciera algún gesto de complicidad, pero él siguió atento a la pantalla de su portátil.

Los dos habían pasado la noche en la misma casa, pero Holden no había hablado más de lo necesario con su compañero porque todavía estaba resentida después de que él se pusiera de parte de Carlyle Jr. durante la detención de Connie, y por lo que ahora veía, Billow seguiría aliándose con el *sheriff* a pesar de las advertencias de la inspectora.

Holden fue al calabozo para consultar con Sarah si finalmente iba a defenderse ella misma durante su interrogatorio. El día anterior Sarah había rechazado llamar a su abogado porque se temía que él abandonaría su defensa, y tampoco quiso que se le asignara uno de oficio, evitando que un pobre desconocido tuviera que trasladarse a Dandelion Bay para someterse a la doble presión mediática y policial que le impediría hacer bien su trabajo, si es que alguien pudiera todavía ayudarla de alguna forma.

Ella sabía que el hallazgo de su pistola y la sospecha de asesinato complicarían aún más su juicio pendiente, así que prefería ser la única

responsable de sus actos y responder directamente para evitar la intranquilidad constante. Cada vez veía más probable su entrada en prisión, y aunque no es lo que quería, si ese era su destino, no podía seguir sufriendo la espera.

—¿Café con o sin leche, azúcar o sacarina? —preguntó Holden a Sarah, que negó con la cabeza—. ¿Zumos, agua, un refresco? Debería tomar algo, pero no voy a obligarla a hacerlo.

—Estoy bien así, tengo suficiente con el agua del grifo.

—¿Quiere llamar ahora a un abogado? —preguntó Holden, y Sarah volvió a negar con la cabeza.

—¿Cuándo me interrogarán?

—Enseguida la llevarán a la sala —respondió Holden.

—¿Estará Carlyle presente?

—Usted solamente tiene que responder si quiere hacerlo, quién esté delante no importa —respondió Holden, que salió de la habitación.

—Espere, vuelva, ¡Por favor! —dijo Sarah cuando Holden ya había cerrado la puerta, pero la inspectora pudo escucharla y decidió volver atrás—. Hablemos ahora, pregúnteme lo que quiera.

—Este no es el lugar ni el momento apropiado, y usted no decide...

—No puedo decir la verdad si él está delante.

—¿Por qué?

—Simplemente no puedo.

—Amenazarnos no va a mejorar su situación —replicó Holden, que se marchó e ignoró a Sarah cuando ésta pidió que se quedara.

La inspectora volvió a la zona de despachos y encontró a Billow separando los documentos que Carlyle Jr. estaba imprimiendo desde su ordenador portátil.

—Billow ¿Qué ha pasado con tu ordenador?

—La conexión con la impresora ha fallado, así que le he enviado a Carter los archivos —respondió Billow, que le dio a Holden una copia del dossier sobre Sarah.

—Vuestros aparatos no están preparados para funcionar con nuestra tecnología, ya os lo avisé —dijo Carlyle Jr., que vio llegar a la comisaría a Winfrey y George y les indicó que se acercaran—. Encended la calefacción y haced que Müller se prepare, en cinco minutos estaremos en la «sala de interrogatorios». Repartíos las tareas como queráis.

—Carter, sobre eso... —dijo Billow, provocando que Carlyle Jr.

arqueara las cejas, previendo lo que iba a pedirle—. Sería mejor que entráramos Holden y yo solos.

—Voy a empezar a pensar que queréis dejarme fuera de mi propia investigación.

—En absoluto, pero ahora estamos en una situación más complicada que la de ayer, y la sospechosa ha demostrado que no quiere colaborar. Si no se siente cómoda la perderemos del todo.

—Eso mismo dijiste sobre Jones. Te recuerdo que este es mi trabajo, nuestro trabajo. Si ellas no quieren responder, ya lo harán en un juicio, no podemos estar a su servicio hasta que les apetezca hablar.

—Esta es la última vez, te doy mi palabra —dijo Billow, tendiéndole la mano a Carlyle Jr., que se la estrechó con desdén—. Hablaremos solamente sobre el asesinato, después tú podrás interrogarla sobre el arma.

Carlyle Jr. asintió conforme y les indicó a todos que se fueran. Billow iba a entrar al cuarto de baño, pero Holden lo agarró del brazo y lo llevó hasta el almacén sin decirle nada. Cuando entraron en la supuesta nueva sala de interrogatorios se encontraron una habitación no más grande que la zona de los despachos, repleta de estanterías metálicas oxidadas llenas de cajas que contenían más telarañas que archivos, y con la misma mesa y sillas que antes estaban en el cuarto de la limpieza.

—Al menos esta tiene una ventana —dijo Billow, que dejó su dossier en la mesa y fue a abrir la ventana para ventilar la habitación y que saliera el olor a rancio.

—¿Se puede saber por qué dejas que meta las narices en nuestros documentos? Puede haber hecho una copia y quedársela.

—¿Y qué problema hay en eso?

—La pistola es un caso y la sospecha de asesinato es otro.

—Pero están relacionados, tenemos que compartir e intercambiar la información. Si no lo hacemos entorpeceremos la investigación.

—¿Crees que soy yo quien está entorpeciendo este caso? —preguntó Holden, que abrió la puerta para comprobar que Carlyle Jr. seguía en su despacho y no estaba escuchándoles a escondidas.

—Creo que estás llevando tu rivalidad con él demasiado lejos.

—Y yo creo que últimamente tú te estás equivocando mucho con tu actitud hacia mí. Como por ejemplo, cuando ayer me ordenaste vigilar a una detenida mientras tú hablabas con él.

—Era lo mejor que podíamos hacer para rebajar la tensión ¿O preferías

que te hubiera dejado discutiendo con él y Constance Jones a la vez?

—Aunque Carlyle tenga una mentalidad claramente menos desarrollada, no necesito un analista del comportamiento para que me ayude a ganar una discusión con él.

—Jaye ¿A qué viene esto ahora, no podrías habérmelo dicho ayer?

—Lo que hiciste fue durante tu horario de trabajo, por eso lo hablamos ahora que volvemos a estar de servicio.

—Lo hice en nuestro beneficio. Ya sabes cómo reacciona cuando le niegas su autoridad.

—Como un retrógrado, así se comporta todo el tiempo, y por eso no voy a permitir que siga haciéndolo, al menos mientras estemos trabajando. Quedas avisado.

—Entendido, inspectora —dijo resignado Billow antes de salir del almacén.

Minutos después, Billow regresó con Sarah esposada y se encontró con la reforma exprés que había hecho Holden.

Ahora la mesa rectangular estaba girada para que la interrogada estuviera más lejos de la inspectora, que ocupaba el otro extremo, en el que no había espacio para otra persona. Billow cogió su dossier y se sentó junto a Holden, que preparó la grabadora mientras le comunicaba a Sarah sus derechos durante el interrogatorio.

—Sí, he entendido todo lo que ha dicho. Y no, no me acojo al derecho a guardar silencio y tampoco quiero la asistencia de un abogado. Simplemente pregúntenme —dijo Sarah en cuanto Holden terminó con su introducción reglamentaria.

—¿Dónde estaba hace dos días entre las seis y media y las ocho de la tarde? —preguntó Holden.

—No recuerdo bien a qué hora hice qué cosa, no estaba pendiente del reloj, pero supongo que primero estaba en el hotel, leyendo mi parte del...

—¿En qué otros lugares estuvo? —la interrumpió Holden.

—Después de leer mi parte del libro de Addison, Trisha, Margaret, Connie y yo nos reunimos en la sala común del hotel y decidimos salir a buscar a Addison. Yo fui a la zona este, llegué hasta el mirador de Boiler Bay y volví aquí.

—Aún no conocemos mucho la zona, pero creo que el pueblo que ha nombrado no está precisamente cerca. ¿Llegó allí y volvió al hotel en tan sólo una hora? —dijo incrédula Holden.

—Estaba frustrada, eso me hizo caminar más deprisa.

—¿Estaba frustrada o enfadada? —preguntó Billow.

—Ambas cosas, pero estaba más frustrada.

—¿Por qué?

—Estaba enfadada porque Addison había hecho comentarios demasiado... explícitos... sobre mí y mis problemas. Y estaba muy frustra...

—¿Qué tipo de comentarios, los recuerda? —preguntó Holden.

—Pueden leerlos ustedes mismos, ya tienen el borrador completo.

—¿Puede recordar alguna frase específica? —pidió Billow, pero Sarah negó con la cabeza.

—Los textos a los que se refiere la sospechosa estarán adjuntos en el informe como el primer anexo —dijo Holden cerca de la grabadora.

—No me sentía bien porque mientras aún estaba en el hotel recibí una llamada de mi vecina diciéndome que había tenido que llevar a mi gata al veterinario.

—¿Pretende que nos creamos esa excusa? Estaba furiosa por lo que Addison Cooper escribió sobre usted y decidió hacérselo pagar —dijo Holden.

—No estoy mintiendo. Lea, mi gata, tiene una infección urinaria por el estrés. Es como mi hija, mi única familia. No podía traerla aquí y tampoco pagar una guardería de mascotas, así que le dejé a mi vecina una copia de las llaves de mi apartamento. Lea es el fondo de pantalla de mi móvil, pueden verlo, cójanlo, les doy mi permiso, no necesitan una orden judicial. También podrán ver el registro de llamadas y hablar con mi vecina —dijo Sarah casi suplicante.

Holden miró a Billow y le indicó con la cabeza que saliera, él obedeció rápidamente.

—¿Le consta que no tiene licencia para portar y usar armas desde agosto de dos mil diecisiete? —preguntó Holden, que desplegó en la mesa los informes policiales sobre Sarah y le mostró el documento de su expulsión del cuerpo de policía de Portland.

—Sí, me consta.

—¿Entonces incumplió dicha prohibición consciente y deliberadamente?

—Puede que siga sin creerme, pero tenía esa pistola por defensa personal. No disparé a Addison, no la golpeé contra ninguna roca ni la ahogué. No la vi desde la hora de la comida hasta que la encontramos en el puente.

—¿Cómo sabe esos detalles de su muerte? —preguntó desconfiada

Holden.

—Lo vi en las noticias...

—¿Contra quién pensaba usar el arma como defensa personal?

—Contra nadie en concreto. La llevo desde principios de año, me siento más segura con ella. No la he usado en todo este tiempo.

—Miente, y lo sabe. Después de pasar más de veinte años en el cuerpo debería avergonzarse de pensar que puede engañarnos. El arma estaba descargada y tenía restos de pólvora, plomo, cobre y plástico en el interior del cañón, además de algunos granos de arena de playa que coinciden con las muestras que se encontraron durante la autopsia de Addison Cooper —dijo Holden, que mostró a Sarah unos análisis de partículas, pero ella no los miró.

—Sí, disparé, pero al aire, contra el mar, vacié el cargador en un momento y después lancé la pistola contra la arena, lo hice porque necesitaba liberar tensión —dijo Sarah.

Billow volvió a la habitación a tiempo de escuchar a Sarah hablando sobre su pistola, lo que hizo que mirara a Holden desconcertado por la parte de la conversación que se había perdido.

—En su ausencia, inspector Billow, la interrogada ha admitido que durante el periodo de tiempo en el que se produjo la muerte de Addison Cooper, ella disparó un arma que no estaba autorizada a usar —dijo Holden.

—Sí, lo he escuchado —replicó Billow, que seguía mirándola con reprobación—. Aquí tengo el teléfono móvil, ya he visto su fondo de pantalla, pero no hay ningún registro de llamadas ¿Puede indicarme qué contacto es el que la llamó ayer? —dijo Billow, que mostró el móvil de Sarah a Holden, pero ella no lo miró.

—Tengo por costumbre borrar el registro después de colgar... —dijo Sarah, que se tapó la cara frustrada—. Mi vecina se llama Beverly, llámela, ponga el altavoz.

—Haremos lo que creamos conveniente —replicó Holden.

Billow se ladeó para que Sarah viera la pantalla de su móvil mientras él entraba en su lista de contactos y llamaba a la mencionada vecina, pero nadie respondió.

—Mala suerte, quizás lo intentemos de nuevo después —dijo Billow, que volvió a guardar el móvil en la bolsa de pruebas.

—Puede intentarlo con mi vecino de abajo, él la buscará —dijo Sarah.

—No se harán más llamadas a no ser que quiera hablar con su abogado —dijo Holden, que le mostró a Sarah una fotografía de otro objeto incautado—.

¿Por qué llevaba encima una placa policial falsa cuando la detuvimos?

—Por nostalgia... La compré en una tienda de disfraces, no es una falsificación ilegal, no he suplantado la identidad de un oficial de la ley — respondió afligida Sarah.

—¿Está segura de que no la ha usado en su propio beneficio?

—Sólo quería seguir sintiendo su presencia.

—De acuerdo... —replicó poco convencida Holden—. Ahora sigamos hablando de su relación con la víctima —añadió, y entonces cogió los fragmentos destacados de los capítulos sobre Sarah en el libro de Addison.

Billow le dio a Holden un toque con el codo y ella se giró lentamente para lanzarle una mirada furiosa, pero él le indicó con la cabeza que mirara hacia delante para ver a Sarah frotándose los ojos.

—¿Cómo se siente por la muerte de Addison? —preguntó Billow.

—Estoy acostumbrada a perder gente. No de esta manera... Simplemente vienen, están cerca, parecen importantes, y luego desaparecen.

—No estamos aquí para hablar sobre sus relaciones sentimentales o amistades, sino de una amiga en concreto. ¿Porque usted y Addison Cooper eran amigas, verdad? —dijo Holden.

—Podría decirse que sí. Ella, Connie, Margaret y Trisha son... Eran como mi única familia además de Lea. Puede que discutamos, que nos hagamos daño, pero después de todo seguimos queriéndonos.

—Que la considerara parte de su familia no le impide matarla —dijo Holden.

—Yo no lo hice, no se me ocurriría hacerle daño aunque escribiera esas cosas.

—¿Entonces por qué llevaba la pistola encima mientras la buscaba?

—Por mi seguridad —insistió Sarah.

—¿Temía encontrarse con alguien que la asaltara? —preguntó Holden incrédula—. Este pueblo estaba casi desierto hace dos días.

—Pero la gente que aún vive aquí es peligrosa. No iba a disparar a nadie que se cruzara en mi camino de mala forma, sólo la llevaba como señal disuasoria.

—Aclárese ¿Era para defensa personal o como advertencia de que usted es agresiva? —dijo Holden, provocando que Sarah se reclinara en la silla y agachara la cabeza.

Holden entendía el miedo que Sarah tenía a sus antiguos vecinos después de todo lo que había sufrido por culpa de ellos según el libro de Addison, y

aunque también creía que era inocente de la acusación de intento de asesinato contra su antiguo jefe, no podía entender cómo alguien tan entregada a su trabajo como defensora de la ley podía haber cometido tantos errores en su contra, y ahora quería despertar a Sarah de su estado de letargo.

—¿Qué le hace pensar que alguien de este pueblo querría hacerle daño? —preguntó Billow.

Sarah volvió a frotarse los ojos y rio silenciosamente.

—Ellos creen que tengo la culpa de que este pueblo se fuera a la mierda. Mis amigas y yo somos unas asesinas para ellos.

—¿Qué hizo usted particularmente para que todos piensen eso? —preguntó Holden.

—La verdad... no lo sé.

Capítulo 15

Infiltrada

Treinta años antes de tener que pensar en una explicación a por qué había terminado convirtiéndose en una villana para sus antiguos vecinos, Sarah volvió a su casa y se encontró la puerta principal entreabierta, por lo que cogió una de las macetas vacías junto al porche y se asomó al salón. Aunque fuera fin de semana, al mediodía no solía haber nadie en casa, ya que Sam Müller y su hijo David iban de caza a las montañas mientras Sarah estaba jugando con los chicos en el parque, paseando por el bosque, o ayudando a las vecinas con sus tareas. Sarah no disfrutaba en absoluto de sus clases particulares para convertirse en ama de casa, pero esa era la única manera de mantener su propia casa en un estado decente y evitar que su padre le echara en cara su bajo rendimiento académico.

La casa de los Müller no siempre había sido un lugar de paso para sus habitantes, que dos años antes habían tenido que reestructurar sus vidas para afrontar la ausencia de la señora Müller.

Sam Müller y su novia Rachel cumplieron con sus respectivas tradiciones familiares y se convirtieron en pescador y ama de casa respectivamente, aunque esas no fueran sus vidas soñadas. Sam, hijo de inmigrantes alemanes, se graduó en el instituto con notas suficientes para que sus padres le permitieran hacer las pruebas para alistarse en la Marina, pero una vez que consiguió que le aceptaran, fue mal recibido por sus compañeros por su ascendencia. Aunque se había esforzado mucho para llegar hasta allí, el autocontrol no era su punto fuerte, por lo que no dudó en defenderse con los puños ante los insultos, y terminó siendo expulsado.

Así, con su vocación perdida, Sam tuvo que volver a Dandelion Bay y unirse a la compañía Jones, cumpliendo con el futuro laboral común para todos los chicos del pueblo, y esta vez tampoco fue recibido como esperaba. Siempre había estado plenamente integrado en el pueblo, pero tras su primer fracaso profesional, los que antes eran sus amigos empezaron a hacer bromas sobre él, que volvió a responder con agresividad, poniendo en peligro su nuevo trabajo. El señor Müller medió para que Sam siguiera en la compañía

pesquera y cambiara su comportamiento, algo que hizo sólo de cara al público, ya que aprovechaba los momentos en casa para desahogar su frustración con Rachel, con la que había mantenido contacto por carta mientras estaba alistado.

La pareja no tardó en casarse y aumentar la familia con David, cuyo nacimiento pareció hacer desaparecer los problemas entre Sam y Rachel, pero cuando él no consiguió el ascenso que creía merecer y que necesitaba para cubrir los gastos de la reciente paternidad, recuperó su antigua afición a la bebida y empezó a practicarla con más asiduidad.

Rachel decidió intervenir activamente para salvar su estabilidad familiar, y aunque no quería estar alejada de su hijo y que la gente del pueblo pensara que estaba incumpliendo sus obligaciones como madre y ama de casa, decidió dejar a David al cuidado de su madre mientras ella trabajaba en una fábrica textil de otro pueblo. La contribución económica de Rachel les permitió a los Müller seguir adelante sin acumular deudas, pero Sam creía que el lugar de su esposa estaba en casa y tampoco quería ser visto como un hombre incapaz de mantener a su propia familia.

Cuando Sarah nació, su madre ya estaba preparada para empezar una nueva vida fuera de Dandelion Bay gracias a los ahorros secretos que había acumulado apartando partes de su sueldo y con ayuda de sus padres, pero no terminaba de decidirse a dar el paso y pedir el divorcio a Sam, consciente de que él se quedaría con sus hijos y le impediría volver a verles.

Rachel aguantó junto a su marido hasta que David cumplió dieciocho años y se atrevió a hablar con él sobre los problemas con su padre. El joven entendía las razones de su madre para querer alejarse de su marido, pero no quería arriesgarse a abandonar el pueblo sin tener un puesto de trabajo asegurado y una casa mejor allí donde Rachel decidiera mudarse.

Después de una discusión en la noche de Navidad de 1986, Rachel cogió un bolso con una muda de ropa, su documentación y ahorros, y se marchó de casa. Sam no intentó detenerla, pero David y Sarah recorrieron todo el pueblo en su busca, aunque Rachel ya estaba de camino a Portland junto a su novio.

Aunque el temperamento volátil y el alcoholismo de Sam eran algo conocido por sus vecinos, él no estaba dispuesto a reconocer su culpa en la ruptura y prefirió contar que su mujer lo había abandonado a él y sus hijos para irse con otro hombre. Rachel no tenía suficiente dinero para presentar una demanda de divorcio y pedir la custodia de Sarah, y sabiendo que tenía muchas probabilidades de perder, se resignó a que su hija siguiera con su

padre aunque la niña no quisiera.

Conmovidos por la complicada situación en la que habían quedado los Müller, los Jones ascendieron a Sam y contrataron a David, mientras que las vecinas del barrio se turnaban para acoger a Sarah durante la hora de la comida.

Ahora, Sarah acababa de volver de la despedida de los Jones celebrada en el ayuntamiento y estaba entrando a su casa tapándose la nariz y la boca para evitar tragarse el olor a quemado que venía de la cocina. Sam estaba con la cabeza metida en el armario de las sartenes, removiendo enfurecido los utensilios, mientras que David abría y cerraba frenéticamente la puerta hacia el jardín trasero para ventilar el humo.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Sarah, que sólo tuvo que avanzar hacia la encimera para obtener su respuesta. Dentro del fregador había una sartén quemada, en la encimera y en la pared frontal había manchas de huevo, y la televisión estaba encendida con el volumen alto, así que supuso que su padre había intentado hacer tortillas pero se había distraído viendo las noticias.

—¿Qué haces con eso? —preguntó David, señalando a la maceta que Sarah llevaba en la mano.

—¿Adónde vas ahora? —espetó Sam al ver que Sarah salía de la cocina.

—Voy a devolverla al porche.

—No, vas a mover la ventana para sacar el humo.

Sarah volvió a la cocina, dejó la maceta en el suelo e hizo lo que su padre le había ordenado. Cuando Sam se levantó, tropezó con la maceta al retroceder y le dio una patada que la rompió.

—Deja eso y barre el suelo, rápido. No quiero que sea la hora de la merienda y aún no hayamos comido.

—Iba a empezar a freír el pollo en cinco minutos ¿Por qué habéis vuelto tan pronto? —dijo Sarah, que fue a por la escoba y el recogedor y al volver se encontró de frente con su padre.

—¿De dónde vienes exactamente?

—Estaba en el parque con Carlyle y los otros —respondió rápidamente Sarah, que intentó avanzar para empezar a barrer.

—¿No has estado en la fiesta de los Jones? —preguntó Sam, cortándole el paso a Sarah, que negó con la cabeza—. ¿Estás segura de que no has ido a lamerles el culo por última vez?

—Nunca he hecho eso, sólo hacía las tonterías que creían que servían

para ayudar a la estúpida de su hija.

—Muestra más respeto por tu jefa —bromeó David—. Estamos aquí y no comiéndonos un buen jabalí asado en la hoguera porque Smith, Johnson y todos esos vendidos querían despedirse de los Jones.

—Así que más te vale no estar mintiendo, o me enteraré —advirtió Sam.

—¿Cuál es el problema si hubiera ido? —replicó Sarah.

—Esta cocina llena de mierda quemada es el problema. No habría tenido que hacer la comida si hubieras estado aquí.

—Pero la habría tenido lista cuando hubierais llegado a la hora normal.

—Nada de lo que tenía que pasar ha pasado porque los Jones se han largado, ya está. La culpa es de ellos —dijo David, que le quitó la escoba a Sarah y empezó a barrer.

—Tienes la maldita razón, esos ricos de mierda van a llevar este pueblo a la ruina —dijo Sam, que cogió una sartén al azar, la dejó sobre los fogones y chasqueó los dedos para indicar a Sarah que empezara a cocinar.

—Alguien que no ha hecho nada malo no es culpable de nada —dijo Sarah.

—Han cerrado la empresa que da de comer a todo el pueblo, la han abandonado —dijo David.

—No, mucho peor que eso, la han vendido a otros ricos de mierda que nadie conoce. Y encima ni siquiera tienen la decencia de decirnos cuándo será la reapertura —replicó Sam.

—Al menos ahora puedes tener unos días de descanso, siempre estás quejándote de que no tienes tiempo libre con tanto trabajo.

Sam se acercó a Sarah y puso su cara junto a la de ella, que siguió mirando el aceite que se estaba calentando.

—¿Estás de broma? ¿Crees que prefiero quedarme aquí haciéndoos la comida, limpiando vuestra mierda y viendo la televisión como si fuera una abuela? Cada día que pasa sin que trabaje es un montón de dólares menos en mi cuenta corriente. ¿O es que tienes una caja fuerte llena de billetes, como tu madre? Vamos, dámelos, con eso pagaré la luz, el agua y haré la compra hasta que aparezca el sucesor de los putos Jones.

Sam cogió la sartén quemada, la lanzó por la ventana hacia el patio y fue al salón, cerrando la puerta con una patada. Sarah bajó el fuego y salió a recoger la sartén, comprobó que no valía la pena intentar limpiarla para reutilizarla y la tiró al cubo de la basura. David, que todavía estaba moviendo la puerta, le revolvió el pelo.

—¿Has estado en el ayuntamiento, verdad? —preguntó David, que no obtuvo respuesta—. Puedes confesar, no te va a escuchar, y tampoco se lo diré.

—No me fio de ti.

—¿Vamos, pero qué dices? Soy el único con el que puedes contar los trescientos sesenta y cinco días del año mientras no esté trabajando o dando una vuelta —dijo David, que empezó a masajearle los hombros a Sarah.

—Eso es lo único que haces, por eso no puedo confiar en ti, no te conozco.

—¿Tienes la regla, verdad? —bromeó David, provocando que Sarah le diera un codazo y le amenazara con echarle aceite—. Perdón, perdón, ya sé que los chicos no tienen la regla —añadió, y dio un salto hacia atrás para esquivar un puñetazo.

David empezó a poner la mesa mientras Sam seguía viendo la televisión y Sarah preparaba la comida de la discordia. En cuanto comiera, fregara los platos y limpiara la cocina, iría directa a su habitación para cambiar de escondite sus ahorros. Sabía que su padre no había mencionado a su madre y el dinero por casualidad, y sospechaba que pronto rebuscaría en su habitación, aunque no creía que fuera a esforzarse tanto como para mover el armario, en cuya parte posterior estaba pegado el sobre con la mitad del dinero que Sarah había ganado trabajando para los Jones. Si lo encontrara, Sam no lo aprovecharía para cubrir los gastos de la casa, sino que lo usaría para llenar el depósito de su coche, hacer uno de sus ocasionales viajes por media costa oeste en busca de concursos de pesca, y para pagar por una noche de compañía femenina.

—Quiere patatas fritas, muchas —dijo David, que volvió a la cocina y cerró la puerta.

—Quedan pocas.

—¿Y qué? Puedes comprar más después —replicó David, que vació el cesto de las patatas en la encimera.

—Pídele tú el dinero.

—¿Es que los Jones no te han dado una limosna de despedida?

—Que te den —respondió Sarah, que movió la sartén para que el aceite salpicara a su hermano, pero él lo esquivó.

—No te pases —advirtió David, amenazándola con el pelapatatas—. Estás muy irritada últimamente ¿Seguro que no tienes la regla?

—Que te den.

—Oh sí, qué respuesta más adulta.

—Lárgate o te freiré a ti también.

—No me vas a echar de mi propia casa, me voy fuera porque no quiero seguir tragando humo a no ser que salga de un cigarro o un buen porro.

—Adiós, drogadicto —se despidió Sarah al ver que David se iba al patio, pero el chico apareció en la ventana de la cocina y se quedó apoyado en la repisa.

—¿Has llorado al despedirte de ellos? Lo digo en serio, sé que les tenías aprecio.

—Yo no lloro.

—Sí, lo que tú digas.

—Todo lo que tenemos es gracias a ellos, no sé por qué crees que son nuestros enemigos.

—Solamente le daba la razón para que se callara, y tú deberías hacer lo mismo.

—Yo no soy como tú —replicó Sarah, que encendió la radio para no escuchar más a su hermano, pero David entró y la apagó en cuanto ella volvió a los fogones.

—No te vendría mal aprender de mí, sobre todo ahora que estás en modo justiciera —dijo David, que entró, se apoyó en la encimera junto a Sarah y la giró para que lo mirara—. Deja eso, escúchame.

—Puedo seguir haciéndote la comida a la vez que escucho tus estupideces.

—No quiero hacerte rabiar, lo digo muy en serio. ¿Qué tienes con Connie Jones? —dijo David, que no obtuvo respuesta y golpeó en la encimera para llamar la atención de Sarah, pero ella seguía con la mirada fija en la sartén—. A mí me da igual, pero a Carter no ¿Me entiendes?

—¿Por qué tiene que importarme lo que él piense de mí?

—Porque él le dice qué pensar a todos los demás.

—¿Le tienes miedo? —preguntó confusa Sarah, que no podía creer que su hermano, que era dos años mayor, mucho más alto y corpulento que Carlyle Jr., le considerara una amenaza.

—Sólo te estoy avisando.

—¿De qué, qué problema tiene conmigo?

—Si sigues juntándote con Jones, ese chico raro negro y la hija del alcalde, te empezarán a tratar igual que a ellos.

—Yo no me junto con ellas. ¿Quién te ha dicho eso, Carlyle? Pues te ha

mentido. Dejé de dar clases a Connie porque no la soporto, y a las otras sólo les devuelvo el saludo.

—Vale, vale, me lo dijo hace tiempo y no me había acordado de contártelo. Pero piensa bien lo que haces —dijo David, que fue hacia el salón.

—¿Por qué le tienes miedo? —preguntó Sarah, pero David la ignoró y cerró la puerta, dejando a su hermana desconcertada.

Sarah intentó recordar las veces que se había encontrado con las demás chicas en público, y no sintió que su actitud hacia ellas hubiera sido suficientemente llamativa como para que Carlyle Jr. se fijara en ella. Pero ahora que la sombra de la duda estaba sobre ella, tenía que actuar, y si no quería tener a Carlyle Jr. y sus seguidores en su contra, tendría que unirse a ellos.

El lunes siguiente todo parecía estar preparado para facilitar que Sarah traspasara las líneas enemigas y se infiltrara. Estaba lloviendo, por lo que en la hora del recreo todos se quedaron dentro de los edificios, y Carlyle Jr. estaba con sus amigos en el gimnasio, mientras que Margaret presidía la reunión del club de teatro, por lo que no armaría revuelo al ver a otra chica hablando a solas con su novio, aunque fuera la misma que le parecía más interesada en patear una pelota junto a los chicos que flirtear con ellos.

Sarah subió a la última fila de asientos de las gradas y fue hacia el grupo de Carlyle Jr., que no se giró aunque sus amigos le avisaron de la presencia de una visitante.

—No me fio de la gente que viene por detrás y en silencio —dijo Carlyle Jr.

—Pero yo no soy «gente», me conoces —replicó Sarah.

—Ya se me ha olvidado quién eres, hace mucho tiempo que no te veía —dijo Carlyle Jr., que se giró, se puso de pie y sostuvo la mirada a Sarah.

—He estado ocupada.

—¿Haciendo qué? ¿Y con quién?

—Este mes he pasado más tiempo leyendo y haciendo deberes que durmiendo. Tengo que revivir mis notas como sea —respondió Sara, que resopló y se sentó. Los chicos seguían de pie frente a ella, esperando a que Carlyle Jr. reaccionara a la intromisión.

—Bienvenida de nuevo —dijo Carlyle Jr., que chocó el puño con Sarah y volvió a sentarse.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

—Empieza.

—No, en otro sitio más tranquilo.

—¿Le estás pidiendo una cita? —bromeó Reese.

—Después os contará lo que le diga, pero no quiero perder el tiempo hablando por encima de vuestros comentarios de retrasados —respondió Sarah.

—Chicos, tened cuidado, que se enfada —se burló Lewis.

—De acuerdo, cinco minutos —cedió Carlyle Jr., que se levantó y esperó a que Sarah le indicara el camino. Ella se dirigió hacia el pasillo, y cuando llegó, los alumnos de cursos inferiores que estaban allí se alejaron disimuladamente para evitar encontrarse con Carlyle Jr.

—Mi hermano me ha dicho que no te fías de mí ¿Por qué? —dijo sin rodeos Sarah.

—Espera, espera. ¿Müller ha dicho qué? —dijo sorprendido Carlyle Jr.

—¿Crees que soy una desviada porque pasaba mucho tiempo con Connie Jones?

—Eh, ¿De qué me estás acusando exactamente? —dijo Carlyle Jr., que no sabía cómo afrontar el atrevimiento repentino de Sarah. Si hubiera tenido a Reese o Lewis al lado, habría dejado que ellos ahuyentaran a la chica, pero ahora estaba solo por decisión propia y tenía que vérselas con alguien que parecía estar a su mismo nivel.

—Odio a esa chica tanto como tú, solamente iba con ella porque me pagaban, ya te lo dije.

—Ya lo sé, pero todo el mundo rumoreaba que ella quería tener algo contigo, yo simplemente he compartido una opinión general. ¿Por qué te ha contado tu hermano sobre lo que hablamos?

—No importa, fue un comentario, pero creía que yo te caía bien —dijo Sarah falsamente ofendida.

—Eh, Müller, no te pases, no es para tanto, era un simple rumor —dijo Carlyle Jr., levantando el puño para que Sarah se lo chocara, pero ella no le devolvió el gesto.

—No creo que seamos tan amigos de verdad.

—¿Pero qué dices? Eres una más de nosotros, y eso no puede decirlo cualquiera.

—Pues ya no lo creo...

—Eh, si has decidido que ya no quieres estar con nosotros, allá tú —dijo indiferente Carlyle Jr., que empezó a caminar de vuelta al gimnasio.

—¿Qué tengo que hacer para que confíes en mí? Haré cualquier cosa,

pero nada ilegal —dijo Sarah, preparada para cambiar de bando.

—¿Cualquier cosa? —preguntó sonriente Carlyle Jr., y Sarah le estrechó la mano convencida.

Capítulo 16

La prueba

Durante las semanas siguientes a la formación de su alianza con Carlyle Jr., Sarah se esforzó por mostrarse cómoda mientras estaba rodeada por los amigos de él, e incluso participó en las reuniones organizadas por Margaret, que se creyó totalmente la conversión de Sarah y empezó a comportarse como su maestra en el arte de la feminidad. A Sarah no le interesaba lo más mínimo ser como el resto de chicas, y aunque estar cerca de ellas supuso que renovara su vestuario y la invitaran a merendar habitualmente sin tener que darles nada a cambio, tenía muy claro que aquella forma de vida sólo era temporal, hasta que se graduara y pudiera despedirse de Dandelion Bay para siempre. Pero el plan de Sarah incluía una segunda parte que tampoco era de su agrado, y que consistía en recuperar su extraña amistad con Connie.

Cuando Sarah se presentó vestida con su disfraz de chica popular en casa de los Jones, la tía de Connie la recibió sorprendida por ver que alguien había ido a visitar a su sobrina y no para burlarse de ella. Connie intentó que Sarah se fuera, pero su tía insistió en hacerla pasar y escuchó su propuesta. Recordando el origen de su trato con los Jones, Sarah estaba dispuesta a volver a dar clases particulares de deportes a Connie a cambio de que ella la ayudara en sus estudios. Antes de que Connie pudiera oponerse, su tía llamó a Paul y Constance, que aceptaron el trato inmediatamente. Connie se negó a volver a relacionarse con ella, pero terminó aceptando al pensar en los beneficios de estar junto a la nueva Sarah, que le serviría de inmunidad ante Carlyle Jr. y los demás, y demostraría ante sus padres que había dejado atrás su periodo de rebeldía.

Un sábado al final del otoño, Sarah aprovechó que había dejado de llover por primera vez en una semana para ir a leer al bosque, pero Carlyle Jr. se cruzó en su camino y le anunció que había llegado el momento de su prueba final, por lo que ella cambió de rumbo y se dirigió a casa de Addison.

Como siempre, la señora Cooper hizo pasar a la visita de su hija hasta la habitación sin avisar, pero Addison no estaba allí.

—Espera, hace un rato me ha dicho que saldría a hacer fotos —dijo la

señora Cooper, provocando que el pulso de Sarah se acelerara al pensar que acababa de fracasar en su misión.

—¿Ha dicho adónde iba exactamente?

—Creo que ha mencionado el mirador de ballenas. Pero no es propio de ella marcharse sin despedirse —respondió la señora Cooper.

—¡Porque aún no me he ido!

Addison abrió la puerta del cuarto de baño al fondo del pasillo y se asomó fuera con media melena despeinada sobre la cara.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó sorprendida Addison al ver a Sarah.

—Venía a pedirte un favor —respondió Sarah sonriendo tímidamente y sin mostrar los dientes, tal como le había enseñado Margaret.

—Ahora mismo estoy ocupada, puedes esperar abajo en el salón —respondió Addison, que volvió dentro del cuarto de baño.

—Addison, no seas maleducada —dijo la señora Cooper, que llevó a Sarah hasta el cuarto de baño e hizo que pasara—. ¿Sarah, qué te parece si ayudas a Addison a conseguir un nuevo peinado? El tuyo está precioso, y esos pantalones te quedan mucho mejor que los chándales grises y desgastados que llevabas antes.

—Gracias, señora Cooper —dijo falsamente halagada Sarah, que se sentó en el borde de la bañera y esperó a que la madre de Addison se fuera para dejar de sonreír.

—¿De qué vas disfrazada? —preguntó Addison.

—¿Qué problema tienes con mi ropa? —replicó Sarah.

—Que no es tuya, sino de Cyndi. Y creo que esos pendientes son de Margaret —respondió Addison apenada.

—Tengo que ponérmelos de vez en cuando para que no sospechen que no me gustan.

—¿Y no puedes devolverlos y seguir siendo tú misma?

—No es tan fácil.

—Creía que eras diferente —dijo Addison, que se encogió de hombros y siguió peinándose.

—¿Vas a tardar mucho con tu sesión de fotos?

—Tengo hasta la hora de la comida ¿Por qué?

—Necesito tu ayuda, me gustaría que me prestaras tu cámara —respondió Sarah, que se levantó y le enseñó su monedero a Addison—. Puedo pagarte si quieres.

—Espera, espera. Yo ya he vivido esta escena antes, y sé cómo de mal

termina. No me interesa lo que tengas que decirme, así que vete, por favor.

—¿De qué estás hablando?

—Connie vino a visitarme como si estuviera en son de paz conmigo, pero en realidad solamente quería que le prestara mi grabadora, se la dejé y terminó rompiéndola. No pienso volver a ayudarlos en vuestros planes contra Pepper.

—Sólo quiero hacer unas cuantas fotos para mi madre —dijo Sarah.

—Oh, es eso... Entonces quizás... ¿Cómo piensas hacerte fotos de ti misma tú sola?

—No quiero salir en todas, y tampoco creo que sea tan difícil presionar el botón con la cámara girada.

—No, ni hablar, te ayudaré.

—No hace falta, no quiero robarte tu tiempo.

—Mi padre ya no se fía de mí después de lo que le pasó a la grabadora, y si le pasa algo a esta cámara me castigará y no volverá a comprarme otra. Tienes que elegir: la cámara y yo juntas, o nada. Lo siento.

Sarah asintió y le estrechó la mano a Addison, que terminó de arreglarse, y las dos salieron en dirección a casa de Connie, que estaba esperando a su maestra de deportes.

Al ver a Addison, Connie volvió dentro de su casa para evitar encontrarse con ella.

—Vamos, vuelve aquí, no huyas del sol —dijo Sarah, que llamó al timbre varias veces sin obtener respuesta.

—Haz que se vaya —ordenó Connie al otro lado de la puerta.

—¿Qué problema tienes conmigo? —preguntó Addison.

—Vete, ahora. Son clases particulares, no en grupo.

—No va a participar en el entrenamiento, le he pedido que me haga algunas fotos después —dijo Sarah.

—Entonces vete a hacer lo que quieras y vuelve sola, no voy a pasear con vosotras —replicó Connie.

—No, tú también vienes, caminar es hacer ejercicio. Tómatelo como un calentamiento —insistió Sarah.

—Cooper, no te dirijas a mí mientras estemos cerca —dijo Connie, que abrió la puerta y empezó a caminar hacia el parque sin esperar a las otras, pero tuvo que retroceder cuando se dio cuenta de que Sarah y Addison habían ido hacia el bosque.

—¿Cómo le va a tu madre en Newport? —preguntó Addison a Sarah sin

obtener respuesta.

Sarah no quería revelar nada sobre su madre para evitar que se generaran rumores sobre ella.

Durante su primer año fuera de Dandelion Bay, Rachel Müller había estado enviando cartas semanalmente a sus padres, que todavía vivían en el pueblo, y estos se las entregaban a Sarah cada vez que ella les visitaba a escondidas de Sam, pero Sarah dejó de corresponderla con más cartas conforme iba interiorizando la idea de que su madre la había abandonado para conseguir una vida mejor mientras ella seguía atrapada en el pueblo. Aun consciente del resentimiento de su hija, Rachel siguió contactando con Sarah, pero ella ya no leía sus cartas, por lo que no sabía que su madre tenía planeado volver al pueblo el día que Sarah cumpliera dieciocho años y se la llevaría de allí.

—Ahora vive en Portland —respondió Sarah después de un rato de silencio. Tenía que aparentar normalidad con Addison aunque sólo fuera por unos minutos, hasta que consiguiera robarle la cámara y deshacerse de la chica.

—Vaya, eso está más cerca. ¿Has ido a visitarla? —preguntó Addison, a lo que Sarah respondió negando con la cabeza—. ¿Quieres hacerlo?

—No puedo, mi padre no quiere.

—Pero es tu madre, tienes que verla.

—Ya la he visto... en fotos. Por eso quiero enviarle unas mías —mintió Sarah.

—No te va a reconocer —dijo Connie, que iba por detrás de ellas.

—Sólo han pasado dos años, no he cambiado tanto.

—Me refiero a la ropa. Pensará que te ha abducido una secta de rubias sin cerebro —dijo Connie.

—No empieces otra vez —le advirtió Sarah.

—Si te molesta que diga la verdad... Te aguantas —replicó Connie.

—¿Qué intentaste hacer con la grabadora de Addison? —preguntó Sarah, provocando que Connie se adelantara y cortara el paso a Addison.

—¿Por qué se lo has contado? —preguntó Connie, pero Addison cerró la cremallera imaginaria de su boca—. ¿Sabes lo que es una conversación privada, la revelación de secretos? Eres una mierda de periodista.

—Todo el mundo habría terminado enterándose si tu trampa hubiera salido bien —respondió Addison.

—¿Podéis discutir sobre eso en otro momento? —preguntó nerviosa

Sarah. Ya estaban cerca del punto acordado para la celebración de la parte final de su prueba, y los amigos de Carlyle Jr. podrían estar escuchándolas.

—Mi trampa salió mal, pero tú ni siquiera has intentado hacer nada —dijo Connie.

—Escuchad, sé cómo va a terminar esta conversación, así que será mejor que nos separemos. ¿Addison, puedes prestarme tu cámara, por favor? —dijo Sarah, que intentó agarrar la cinta de la funda que Addison llevaba al cuello.

—No, ya sabes mis condiciones —dijo Addison, que esquivó a Connie y avanzó hacia el claro del bosque, pero Reese y Lewis aparecieron entre los árboles—. Apartaos.

—Estoy muy cómodo aquí mismo, aunque las vistas no son las mejores —respondió Lewis.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Reese a Sarah, que no respondió.

—¿Qué está pasando? —preguntó Addison, pero Sarah se limitó a darse la vuelta y alejarse. Connie la siguió, pero Carlyle Jr. y Julian aparecieron entre los árboles y la agarraron. Ella intentó liberarse y golpearlos, pero Carlyle Jr. le dio un puñetazo en la boca que le hizo perder el equilibrio. Julian sujetó a Connie por los brazos, Addison fue a ayudarla, pero Reese la empujó.

—Idiota, ten cuidado, lleva la cámara —dijo Carlyle Jr.—. ¿Por qué no se la has quitado antes, Müller?

—No voy a hacer nada ilegal, te lo dije —respondió Sarah, que siguió su camino hacia la calle sin mirar atrás.

—Eh, ¿Por qué no te quedas un poco más y nos ayudas? —dijo Carlyle Jr.

Sarah ignoró al chico y siguió caminando, pero escuchó pisadas tras ella y se giró.

—Vamos, eres una más de nosotros, demuéstalo —dijo Carlyle Jr., esperando a que le chocara el puño.

Sarah vio a Addison y Connie en el suelo, rodeadas por los chicos, y pensó qué debía hacer. Si participaba en la broma de Carlyle Jr., de la que no sabía nada, las dos víctimas la señalarían, pero si no lo hacía, entonces quedaría como una traidora ante él.

Su propia seguridad era más importante que la de Addison y Connie, por lo que chocó el puño a Carlyle Jr. y fue junto a los chicos.

—Tienes una deuda pendiente con nosotros, ¿Lo recuerdas, Cooper? Hiciste que se nos escapara el negro mariquita. No tenía pensado nada para ti, pero ya que estás aquí no te vamos a excluir —dijo Carlyle Jr., que le arrancó

del cuello la cámara a Addison e indicó a sus amigos que la pusieran de pie.

—No me toquéis, no os acerquéis o todos sabrán quienes sois de verdad —amenazó Addison.

—¿Quiénes somos? —preguntó falsamente confuso Reese, que se agarró la cabeza y miró hacia todas partes. Lewis lo imitó, haciendo reír a Julian. Addison se levantó rápidamente y corrió para salir de bosque, Carlyle Jr. intentó ponerse en su camino, pero Sarah se adelantó, provocando que él tropezara y no pudiera parar a Addison.

—¡Müller, quítate de en medio! —espetó Carlyle Jr.

—¡Voy yo! —dijo Julian, que echó a correr tras Addison.

Sarah se giró para indicarle a Connie que huyera aprovechando la confusión, pero Reese y Lewis ya la habían puesto de cara contra el suelo.

—¿Sabes cómo funciona esto? —preguntó Carlyle Jr. a Sarah, mostrándole la cámara de Addison.

—Tienes que girar los anillos hasta que veas la imagen con claridad y después darle a... —respondió Sarah, que cogió la cámara e intentó descifrar su funcionamiento.

—¿Sabes usarla o no? No quiero tener que darle la razón a Jones cuando dice que somos unos estúpidos sin cerebro.

—¡Tenéis cerebro, pero en el culo! —dijo Connie, que se revolvió y golpeó a Reese y Lewis.

—Pegas como una chica —se burló Reese.

—Quizás sea porque es una chica... ¿Lo eres? —dijo Lewis.

—Estamos a punto de averiguarlo —respondió Carlyle Jr., que fue hacia Connie y le indicó a Sarah que le siguiera.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó temerosa Sarah.

—Algunos dicen que los amarillos no tienen pelo en el cuerpo. Tenemos curiosidad por comprobarlo —respondió Carlyle Jr.

—No-no... no podéis hacer eso —dijo Sarah, que intentó parar a Carlyle Jr., pero él le indicó con la mano que se quedara quieta.

—Müller, tú sólo haz la foto —ordenó Carlyle Jr.

—¡ALÉJAOS! —gritó Connie, que golpeó a ciegas a los chicos.

Carlyle Jr. se colocó delante de Connie y se preparó para bajarle el pantalón mientras ella seguía forcejeando.

—¡Enfócame! —dijo Carlyle Jr. a Sarah, pero ella estaba paralizada por el miedo—. ¿Me estás oyendo?

Carlyle Jr. tocó a Sarah en el brazo y ella reaccionó golpeándolo en la

cara inconscientemente. Los dos se quedaron quietos, sorprendidos por lo que acababa de pasar, hasta que Connie consiguió darse la vuelta y golpear con la cabeza la entrepierna de Reese.

—¿Pero qué coño has hecho? —preguntó con una risa nerviosa Carlyle Jr., que le quitó la cámara a Sarah y se la dio a Lewis—. Dejad que Jones se vaya.

—¡Pero nos va a delatar! —dijo Reese, que ya había empezado a correr lejos.

—No dirá nada si sabe lo que le conviene. Igual que tú, Müller. Huye —dijo Carlyle Jr.

Sarah siguió paralizada unos segundos hasta que vio alejarse a los chicos y echó a correr hacia el otro lado del bosque.

Menos de veinte minutos después, Sarah entró corriendo en su casa y fue directa a su habitación, ignorando las preguntas de su padre, que estaba disfrutando de las reposiciones de películas bélicas antiguas, una nueva afición que había adquirido durante sus vacaciones forzosas.

Sarah vació su mochila del instituto y movió la cómoda para coger el sobre con sus ahorros que debía estar pegado detrás, pero no estaba ahí. Se agachó para buscar entre el suelo y la pared por si se había caído, pero sólo había polvo y pelusas. Dudó si estaba buscando en el lugar correcto, pues había cambiado varias veces el escondite en el último mes.

—¿Se puede saber a qué viene tanto ruido? ¿Quién te ha dado permiso para cambiar los muebles de sitio? —espetó Sam, que entró en la habitación y se encontró a Sarah dando vueltas.

—¿Dónde está mi dinero?

—¿Tu dinero? —preguntó irónico Sam—. Tú duermes aquí, comes, bebes, meas y cagas en esta casa ¿Y de quién es esta casa? Mía, como todo lo que hay dentro.

—¿Dónde está mi dinero? —insistió Sarah.

—En la nevera, se ha convertido en huevos y beicon —respondió Sam, que volvió al salón.

Sarah se arrodilló y volvió a quedarse paralizada. Tenía que huir de Dandelion Bay en ese mismo momento, pero no podía hacerlo sin dinero. Si nadie quería recogerla como autoestopista, se haría de noche antes de que llegara caminando hasta el siguiente pueblo, y entonces necesitaría un lugar donde resguardarse del frío.

Llenó su mochila con ropa y se acostó boca arriba en el suelo, intentando

controlar la respiración para no marearse. En cuanto su pulso se desaceleró, fue a la habitación de su padre y empezó a rebuscar en los cajones de su mesita de noche. Sam entró al segundo, la agarró del brazo y la apartó.

—¿Qué crees que haces? ¿Estás robando en tu propia casa? —preguntó Sam, que retorció el brazo a Sarah y le quitó la mochila—. ¿Adónde vas con esto?

—Me voy —respondió Sarah, que forcejeó para recuperar su mochila, pero Sam terminó quitándosela y lanzándola al suelo.

—Te he preguntado que adónde vas.

—Lejos de este sitio de mierda, donde no haya curas violadores ni borrachos maltratadores.

Sarah saltó por encima de la cama y corrió hacia su habitación, Sam la agarró y la levantó en peso mientras ella pataleaba e intentaba soltarse. Sam la dejó caer de repente, pero ella ignoró el dolor de sus tobillos y gateó hacia la habitación, cerró la puerta y arrastró los muebles contra ella para que sirvieran de barricada. Corrió para salir por la ventana, pero su padre había preferido salir al jardín y entrar en la habitación por la ventana antes que derribar la puerta. Antes de que Sarah pudiera abrirse paso entre sus muebles, Sam la agarró del pelo y la tumbó.

—Dejé que se me escapara una, pero tú no vas a ser como ella —dijo Sam.

Sarah le dio una bofetada a su padre, que se la devolvió con más fuerza.

—¿Quieres jugar, quieres ver lo que puede hacer este borracho maltratador?

David entró por la ventana y agarró por detrás el cuello de su padre para separarlo de Sarah, que saltó por la ventana y huyó.

Capítulo 17

Al descubierto

Aunque Sarah corrió con todas sus fuerzas, los dos agentes que habían acudido a casa de los Müller para preguntarle a ella sobre el robo de la cámara de Addison fueron más rápidos y la detuvieron.

Cuando la policía entró en casa, Sam estaba sentado tranquilamente viendo la televisión, mientras que David estaba inconsciente en el suelo de la habitación de Sarah después de que su padre se hubiera lanzado sobre él mientras el chico intentaba retenerlo para que su hermana pudiera escapar.

Mientras un agente llevaba a David al centro médico, donde determinaron que su padre le había fracturado dos costillas, el otro interrogó a Sarah sobre lo que había ocurrido en el bosque esa mañana. Addison había conseguido llegar a la zona urbanizada del pueblo antes que Julian, pero cuando los adultos a los que pidió ayuda llegaron al claro, ya no había nadie allí.

Addison había huido antes de que Carlyle Jr. intentara abusar de Connie, y como la víctima decidió no contarlo, sabiendo que nadie la creería, la versión oficial terminó señalando a Sarah y los chicos sólo como culpables de un robo. El *sheriff* Carlyle impuso varias semanas de ostracismo a su hijo y le hizo pagar con sus ahorros la reparación de la cámara de Addison, los demás chicos fueron castigados por sus padres, y Sam se encargó de que Sarah no quisiera robar de nuevo aplicándole el arcaico castigo de machacarle la mano después de que la policía se marchara de casa.

La misma tarde del incidente, los abuelos maternos de Sarah volvieron a la casa de los Müller para reclamar que la niña se mudara con ellos. Sam se enfrentó a sus suegros para defender su propiedad sobre Sarah, pero ellos le convencieron de que sin ella tendría menos gastos y disgustos.

Aunque Sarah consiguió alejarse de su padre, aún le quedaba enfrentarse a su hermano, que la culpó de su detención y posterior condena por posesión de drogas.

El día del intento de huida de Sarah, David no había vuelto a casa por casualidad y justo a tiempo para ayudarla, sino para deshacerse de la planta de marihuana y las pastillas que tenía en su habitación, y de las que la policía

tenía constancia porque Carlyle Jr. le había delatado como venganza por la traición de Sarah.

Rachel Müller tardó en recibir noticias sobre lo que había pasado con sus hijos, y aunque se esperaba que la influencia de Sam terminara afectándoles, no pudo asimilar el cambio delictivo de Sarah y David y decidió anular su plan de recuperarlos para no poner en peligro la estabilidad de la nueva familia que estaba formando.

Así, con sólo el apoyo de sus abuelos, convertida en la delincuente oficial de Dandelion Bay, sin nadie que quisiera hablar con ella o ni siquiera acercarse por miedo a su reacción, Sarah tenía todo el tiempo del mundo para sí misma, así que lo empleó en estudiar para mejorar sus notas y conseguir el título que le permitiera inscribirse en la Academia de Policía algún día. De nuevo, gracias a sus abuelos, que le dieron su correspondiente parte de la herencia por adelantado, Sarah pudo mudarse a Salem y empezar una nueva vida en la que sólo ella tendría la última palabra.

Tenía que esperar tres años hasta cumplir la edad mínima para presentar su solicitud como cadete, así que aprovechó el tiempo para prepararse físicamente, no sólo entrenando hasta el agotamiento, sino aceptando cualquier puesto de trabajo que le requiriera permanecer atenta y en movimiento. Cuando no trabajaba como camarera en patines, paseaba los perros de las urbanizaciones más acomodadas de la ciudad y también hacía de niñera nocturna.

Después de pasar los primeros veintiún años de su existencia sin sentir interés por enamorarse, Sarah encontró a su primer novio, Aaron, mientras ambos estaban en la Academia de Policía, pero la relación no duró demasiado. Sarah pensaba que su estado de enamoramiento podría volverla mentalmente más débil y hacer que se descentrara de la carrera por su futuro trabajo, por lo que antepuso su formación a su vida personal y decidió romper la relación, prometiendo mantener la amistad e intentar darse una nueva oportunidad cuando ambos se hubieran graduado.

Así, seis años después de abandonar Dandelion Bay, Sarah por fin pudo sentirse feliz de nuevo junto a su prometido y con su trabajo soñado.

A final del primer año como agente, Sarah se quedó embarazada, y aunque no había planeado ser madre tan pronto, creyó que el nacimiento de su hijo sería el broche final para su dura lucha por la estabilidad, pero el estrés laboral terminó provocando que perdiera el bebé poco después del segundo trimestre de embarazo.

Acostumbrada a las desgracias, Sarah no permitió que este hecho la traumatizara, desconcertando a Aaron, que tardó más en asimilar la pérdida. La actitud de él se enrareció, y cuando Sarah decidió que debían recurrir a ayuda psicológica profesional para poder reponerse, Aaron terminó recriminándole que no hubiera dejado el trabajo para dedicarse a su maternidad. Sarah no respondió al reproche y se marchó de casa hasta el día siguiente, cuando, aprovechando que Aaron estaba en el trabajo, recogió todas sus cosas y se mudó.

Un año después, al volver de su forzada baja laboral, Sarah consiguió un traslado de comisaría y se mudó, volviendo a centrarse sólo en su carrera, uniéndose a la Unidad de Narcóticos de Portland, en la que con el tiempo consiguió ascender a inspectora y terminó encontrando de nuevo el amor a pesar de su reticencia. Sentía que no estaba preparada para compartir su simple vida con alguien a quien no pudiera corresponder con afectividad suficiente, pero tenía que aceptar la compañía de quien incomprensiblemente para ella quisiera estar a su lado.

Al terminar con su prolongado tratamiento psicológico, y estaba vez concienciada para estar inactiva mientras durara el embarazo y pasaran los primeros años de vida de su hijo, Sarah y su segundo novio Cory intentaron ser padres, pero no lo consiguieron aun intentando la reproducción asistida.

Cory propuso que adoptaran, pero Sarah pensaba que si no podía ser madre naturalmente, eso significaba que no estaba destinada a serlo de ninguna manera. Su razonamiento no convenció a Cory, que finalizó la relación después de intentar sin éxito que recapacitara.

Con la llegada del cambio de siglo, y a punto de cumplir treinta años, Sarah decidió que ahora viviría realmente por y para sí misma, dejando atrás el amor y buscando sólo la parte sexual en sus relaciones. Todo le fue bien así durante los siguientes diecisiete largos y tranquilos años, pero entonces su suerte cambió por culpa de su fuerte sentido de la justicia, lo único que había permanecido intacto durante su etapa de despreocupación.

Cuando Sarah dedujo que sólo podría ser su nuevo jefe, que había conseguido el puesto en detrimento de ella, quien había accedido al almacén de objetos incautados, del que habían desaparecido alijos de droga y cantidades indecentes de dinero, informó al mismo sobre esto, y él le quitó importancia alegando que era algo común.

Sarah debatió con su novio de aquel momento, otro compañero, si debía reportar la cuestionable tradición del sargento, y aunque al principio él la

apoyó, terminó transmitiéndole su falsa inseguridad para evitar que se descubriera que él también había participado en los discretos saqueos de las incautaciones. Pasaron semanas mientras Sarah esperaba a que su novio intercediera a su favor, pero al darse cuenta de que estaba sola en su cruzada personal contra los agentes corruptos, Sarah sólo supo recurrir a la bebida para armarse de valor y encarar la situación.

Una mañana temprano, sin haber dormido y después de la discusión y posterior ruptura con su novio, Sarah entró en el despacho de su jefe y le advirtió que no contaría lo que había estado haciendo si él devolvía todo lo robado. El sargento respondió a su propuesta ofreciéndole una parte de lo que obtuvieran en las siguientes redadas, y cuando Sarah se negó, amenazó con implicarla con la complicidad de otros compañeros subordinados.

El tono agresivo del hombre, los pasos amenazantes hacia ella y el intento de encerrarla en el despacho hasta que prometiera guardar silencio hicieron que Sarah recordara sus días en Dandelion Bay, pero esta vez no se quedó paralizada, aunque después desearía haberlo hecho.

Sarah desenfundó su arma y pidió al sargento que retrocediera, y cuando él le golpeó en la mano para desarmarla, ella disparó instintivamente y la bala le rozó a su jefe en el hombro.

Previendo que las consecuencias de aquel incidente iban a hundirla en todos los sentidos, Sarah vendió su casa para poder contratar un abogado que la defendiera ante los múltiples cargos a los que se enfrentaba.

Unos meses después de ser expulsada del cuerpo de policía, Sarah se mudó a las afueras, a un pequeño apartamento en el que pasaba todo el tiempo viendo la televisión, intentando dormir y comer saludablemente, aunque la comida no tardara mucho en hacer el camino inverso desde su estómago debido a la ansiedad.

Cuando Addison la llamó para reunirse con ella y hablar sobre una propuesta de negocios, Sarah prefirió que se encontraran en una cafetería para que su antigua amiga no viera su casa, que apenas había amueblado con la intención de no gastar ni un solo dólar del dinero que seguramente perdería durante su juicio.

Addison llegó a la terraza de la cafetería y avanzó entre las mesas que había detrás de Sarah para sorprenderla, pero ella se giró y sonrió condescendiente.

—Buen intento —dijo Sarah, que se levantó para abrazar a Addison. Nunca había sido propensa al contacto físico tan expresivo, pero habían

pasado meses desde la última vez que se vieron y ahora no le venía nada mal una muestra de cariño.

—¿Dónde te has dejado tu bronceado? —bromeó Addison.

—Ahora hago ejercicio en casa, como mucho arroz con limón, yogures...

—Oh, si tienes una receta propia, la quiero, la necesito. Mis amigas y yo hemos empezado un club de dieta *bio* y estamos pensando en crear un canal de tutoriales, así que cuantos más menús mostremos, mejor para nuestros bolsillos.

—Lo que para ti es una dieta de moda para mí es un suplicio. No comería nada de eso si tuviera opción, pero me aporta lo necesario para seguir en pie y además es barato —replicó Sarah.

—Aquí empieza a soplar el viento, mejor sentémonos dentro —propuso Addison, que cogió a Sarah de la cintura para llevarla a la cafetería.

—Prefiero quedarme aquí, está más tranquilo —dijo Sarah, que se sentó rápidamente.

—Como quieras, así el frío nos dejará la piel más tersa.

—¿Conozco a alguna de esas amigas de tu club?

—No, no son amigas de verdad, sino algunas vecinas del edificio y sus amigas. Algunas veces son un poco insufribles, pero tengo que llevarme bien con ellas si quiero estar tranquila.

—¿Prefieres fingir antes que ser honesta?

—No es un problema serio, ya sabes cómo es vivir en una comunidad, aunque estemos en un apartamento de lujo hay cosas que no cambian.

—¿«Estemos», tú y quién más?

—Rick y yo —respondió Addison sonriente.

—Creía que habíais roto.

—Y así fue, pero nos hemos dado otra oportunidad.

—¿Puedes recordarme qué fue lo que provocó la ruptura?

—Estuvo tres días desaparecido en Las Vegas y volvió con mascotas indeseadas —respondió Addison resentida.

—Usar juegos de palabras no lo hace menos asqueroso y vergonzoso. No deberías haberle perdonado.

—Todo el mundo merece una segunda oportunidad, y tú deberías saberlo mejor que nadie —dijo Addison, que pidió al camarero dos zumos de naranja y que aumentara la potencia de la estufa que había entre las mesas—. Yo no estaría aquí si mi editorial no hubiera vuelto a confiar en mí.

—No soy estúpida, he entendido tu indirecta —dijo irritada Sarah.

—Perdona, no te he reprochado nada, sólo aludo a los hechos.

—Creo que ya os pedí perdón por eso.

—Sarah, te digo que no estoy reprochándote nada. Sólo ha sido un comentario, tranquila —dijo conciliadora Addison, que se quedó en silencio hasta que recibió su pedido y le pasó un vaso a Sarah, pero ella lo rechazó—. ¿No vas a tomar nada?

—Ya he merendado en casa.

—¿Cómo te va a ti con tu corazoncito endurecido?

—Siguierte pregunta —respondió esquiva Sarah.

—Vamos, no seas así. ¿No hay ningún compañero que te guste? Podrías empezar a tantear a los bomberos, conductores de ambulancias...

—No me interesa eso ahora mismo.

—¿Estás inscrita en alguna aplicación de citas?

—No —respondió irritada Sarah.

—¿Cómo está Lea?

—Viva.

—Oye, antes no quería ofenderte.

—¿Cuál es el problema con mi respuesta? Es un animal, no sé cómo se siente ni qué le preocupa.

—Las mascotas detectan las emociones humanas, así que no creo que tu gata esté bien si su dueña está así de amargada.

—¿Ahora eres psicóloga de animales?

—Es un hecho científico.

—¿De qué querías que habláramos? Sé rápida, tengo que volver a casa para contagiarle pensamientos depresivos a mi gata.

Addison miró fijamente a Sarah, que desvió la mirada para evitar el juicio silencioso de su amiga.

—Voy a enseñarte algo que creo que puede ayudarte en tu situación actual, léelo bien, piénsatelo, y si decides que es una oportunidad interesante...

—Corta el rollo y dame ya esa carpeta —dijo impaciente Sarah, que esperó con la mano abierta a que Addison le entregara los documentos que estaba sacando lentamente del bolso.

Cuando Sarah leyó el encabezado del contrato de colaboración para el libro de Addison sintió el impulso de firmarlo inmediatamente, pero se detuvo y pensó bien lo que eso provocaría.

Aunque la cifra de compensación podría permitirle dormir con más tranquilidad sabiendo que podría pagar sus deudas y hacer frente a la

previsible indemnización para su antiguo jefe, la publicación del relato sobre su vida adolescente podría empeorar aún más su imagen pública y nunca conseguiría reintegrarse laboralmente ni encontrar a alguien que quisiera estar con ella.

—No puedo hacer esto —dijo Sarah, que le devolvió el contrato a Addison y siguió negando con la cabeza, intentando convencerse de que el dinero no apaciguaría la sensación de ridículo y arrepentimiento cuando todos supieran lo que hizo en Dandelion Bay.

—¿Qué te lo impide, es el dinero, te parece poco? Podemos intentar negociarlo —dijo Addison, que dejó el contrato sobre la mesa y lo deslizó lentamente hacia Sarah.

—No es por el dinero. No tengo nada interesante que contar, no voy a aceptar que me paguen por contar algunas anécdotas estúpidas, es inmoral. No quiero estafar a nadie.

—Tienes una historia que contar, sabes de lo que hablo. Necesitas hacerlo.

—Pero no quiero hacerlo.

—Eso es lo que quieres pensar, has enterrado esos recuerdos para que no te atormenten, pero no funciona así. Tienes que sacarlos y dejarlos ir, libértate de esa carga. Y si además así puedes llenar de nuevo tu cuenta bancaria...

—¿También eres psicóloga de personas?

—No, pero estoy repitiendo lo que una psicóloga experta en superación de experiencias traumáticas le dijo a Connie —respondió Addison, que cogió su móvil y empezó a buscar en la lista de contactos—. Voy a pasarte su número, ella vive en Los Ángeles, pero puede coger un avión en cualquier momento y...

—No voy a hablar con ninguna psicóloga.

—No te preocupes por el precio de la sesión, yo te lo pagaré.

—¿Has hablado con Connie sobre el libro?

—Sí, y ha aceptado participar —respondió Addison, provocando que Sarah la mirara sorprendida.

—¿Le parece bien contar detalles de su vida privada?

—Al principio estaba enfadada, tuvimos una discusión nada agradable, pero lo consultó con su psicóloga y entonces me dio permiso para contar su historia.

—¿Su permiso? A mí no me has pedido permiso, me has ofrecido un

contrato directamente.

—No quiero decir que tuviera que pedirle permiso, iba a incluirla en mi historia de todas formas. Este libro surgió como una autobiografía, y vosotras cuatro formáis parte de mi vida, así que no tiene sentido dejaros fuera.

—¿Trisha y Margaret también están en esto?

—Primero hablé con Trisha porque necesitaba su consejo, ella se unió al proyecto sin que se lo pidiera, después se lo conté a Margaret, y también aceptó.

—¿Y por qué he sido la última en enterarme? ¿No era imprescindible? ¿Creías que iba a aceptar sin pensarlo dos veces sólo porque necesito el dinero?

Addison resopló contrariada y movió su silla para sentarse junto a Sarah, que se apartó. Addison le cogió la mano y comprobó que estaba temblando, se levantó para entrar en la cafetería, pero Sarah seguía sentada.

—No puedes quedarte aquí, terminarás sufriendo hipotermia —dijo Addison, tirando de Sarah hacia arriba para que se levantara.

—Prefiero congelarme antes que montar un escándalo con toda la gente que hay ahí dentro de público.

—No voy a discutir contigo —dijo conciliadora Addison.

—Lo sé, pero no estoy cómoda rodeada de tanta gente.

—Entonces vayamos a tu casa.

—No —respondió rotunda Sarah, provocando que Addison volviera a sentarse.

—He esperado tanto para hablarte sobre esto porque no quería darte más problemas. Ya estás bastante afectada por lo de tu juicio, si te hubiera hecho recordar todo lo que pasaste en el pueblo... No sé si podrías haberlo soportado.

—He pensado en ello cada día desde los últimos treinta años. Aunque creyera que lo olvidaba... Una frase, un chiste, un olor, cualquier cosa me lo recordaba. ¿Crees que un trauma tapa a otro? No, sólo se acumulan.

—Yo estoy aquí para ayudarte. Sarah, soy tu amiga.

Sarah puso la cabeza entre las manos, Addison le tocó el hombro, pero eso no la reconfortó.

Aunque Addison y Connie la hubieran perdonado años antes por participar en los asaltos contra ellas, Sarah aún no se había perdonado a sí misma, y no encontraba la forma de hacerlo. Quizás no estaba arrepentida de traicionar a las otras chicas, sino a sus ideales. Las demás sólo eran

compañeras de clase y vecinas del mismo pueblo, pero cuando Sarah actuó contra ellas, lo hizo como cómplice de quien representaba todo lo que ella odiaba.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Addison.

—Creo que deberíamos haber dejado de hablar hace rato.

—¿Entonces por qué sigues aquí? —preguntó confusa Addison, que no obtuvo respuesta.

Después de un minuto de silencio incómodo, Sarah dejó sobre la mesa el dinero para pagar la cuenta de Addison y se levantó.

—¿De verdad quieres saber qué pienso? ¿Crees que estás preparada para escucharlo? —preguntó Sarah, que empezó a alejarse y entonces se giró—. Pienso que no somos amigas, en el fondo nunca lo hemos sido. Vivimos el mismo trauma, nos unió una experiencia, pero apenas nos conocemos de verdad. Nosotras cinco estábamos solas y nos unimos para sobrevivir, pero ya no tiene sentido fingir que nos importamos.

Sarah aceleró el paso para huir de allí y que Addison no la viera llorar, pero no pudo esquivarla cuando se le adelantó y la abrazó con fuerza.

—Voy a ayudarte de la forma que sea, vas a salir de esta —dijo Addison.

—Gane o pierda, lo haré por mí misma. Me metí yo sola en esto —dijo Sarah, que se liberó de Addison y siguió caminando.

—¿Puedo al menos mencionarte?

—Te agradecería que no lo hicieras. Busca la forma de contar lo que quieras sin involucrarme, estoy segura de que sabrás hacerlo. Si de verdad te has considerado mi amiga alguna vez, déjame vivir este presente de mierda y no me devuelvas a ese pasado que fue aún peor.

Capítulo 18

Seguridad

Un año después de huir de su encuentro con Addison, Sarah se llevó las manos al estómago y se lo presionó para intentar silenciar ante los inspectores el ruido que delataba su hambre. No había comido nada desde el día anterior, y aunque ese no era su record de ayuno, su viaje mental atrás en el tiempo había consumido sus escasas reservas de energía.

—Estoy confusa, y eso no me gusta. Su relato está lleno de incongruencias, contradice lo que nos ha contado al principio de este interrogatorio. ¿Era partidaria de Carter Carlyle antes del incidente con el padre Pepper o llevaba fingiendo ante él desde años antes? ¿Por qué no denunció los abusos que sufrió y presenció? ¿Era usted realmente amiga de Addison Cooper, le tenía aprecio al menos? —dijo Holden, que se levantó y se movió por la habitación para desentumecerse.

—¿Es que no les ha quedado claro por qué hice lo que hice? —preguntó frustrada Sarah.

—Personalmente, me cuesta creer que una chica de sólo diecisiete años tuviera el ingenio para «infiltrarse» en una especie de banda de abusones como la que ha descrito —dijo Billow.

—No quiero parecer soberbia, pero en ese momento no estaba pensando como si tuviera diecisiete años.

—Sí, pasó por muchas dificultades y eso le hizo madurar más rápido... Hemos escuchado esa historia muchas veces. Usted ha estado en una posición parecida a la nuestra, así que, por favor, responda con seriedad —dijo Billow.

—¿Seriedad? Mire donde estamos, esto no es una sala de interrogatorios en condiciones.

—Cualquier lugar es adecuado para interrogar sospechosos mientras tengamos esto —replicó Billow, mostrando su placa a Sarah.

—Según su versión, se alió con Carlyle por miedo. Pero eso no justifica lo que hizo, ni la hace menos culpable —dijo Holden.

—Lo sé, pero era lo único que podía hacer. Sólo habían dos opciones: ser atacante o ser una víctima.

—Pero usted parece ser una víctima, o al menos eso es lo que quiere transmitir —dijo Billow.

—No he inventado nada de lo que he contado, pueden comprobarlo, tienen los historiales delictivos de la gente del pueblo aquí mismo, pregunten a Connie y las demás, saben cómo eran las cosas en mi casa. Pregunten a mi hermano, no podrá negarlo —dijo Sarah.

—Comprobar la veracidad de su biografía no es relevante ahora mismo —replicó Billow.

—¿Puede facilitarnos un número de contacto con su hermano? —preguntó Holden, que volvió junto a la mesa y cogió el móvil de Sarah.

—Pueden ir a verle en persona, a esta hora debería de estar en el puerto —respondió Sarah.

—¿Todavía vive aquí, en Dandelion Bay?

—Heredó la casa familiar.

—¿Le ha visitado estos días anteriores? —preguntó Billow.

—No —respondió rotunda Sarah.

—¿Por qué no?

—No tengo ningún interés en verle.

—¿Cuándo fue la última vez que se encontraron o hablaron?

—En el entierro de mi abuela, eso fue... hace ocho años.

—¿Y en todo este tiempo no se ha interesado por saber de él?

—Él tampoco me ha llamado. Biológicamente es mi hermano, pero realmente nunca he sentido que lo fuera. Los Müller no éramos una familia, sólo habitábamos la misma casa —respondió Sarah.

—¿Entonces sentía más afecto por Addison que por su propio hermano? —preguntó incrédulo Billow.

—Ella y las demás insistieron en seguir a mi lado, en llamarme, visitarme, aunque yo no quisiera y ellas no tuvieran obligación moral. David debería haber sido el primero en hacer todo eso.

—¿Por qué aceptó la oferta del libro después de esa discusión? —preguntó Holden.

—Por dinero y fama. Sonará poético y despreciable, pero es la verdad, eso es lo que necesitaba. Cuanto más llena esté mi cuenta bancaria, más tiempo podré sobrevivir cuando pase el juicio. Si el libro se publicara, sería conocida por algo más que por disparar a mi jefe. No quiero convertirme en un personaje de tertulia matinal, pero si puedo sacar provecho de lo que me ha pasado...

—Nadie puede reprocharle eso, pero entienda que su historia no es fácil de asimilar —dijo Holden.

—¿Es consciente de que, en caso de que fuera cierto, lo que hizo junto a Carlyle es un delito? —preguntó Billow, a lo que Sarah respondió asintiendo lentamente—. ¿Y aún así quería contarlo para que todo el mundo lo supiera?

—La gente ya me juzga sin conocerme. Si saber lo que viví puede cambiar algo a mejor, adelante, acepto el riesgo. No creo que pueda estar peor que ahora, y ya tengo el perdón de quien necesitaba.

—¿Siempre es tan pesimista? —preguntó Holden.

—Soy realista.

—¿Ha pensado ya por qué podrían sus antiguos vecinos considerarla una amenaza a eliminar? —preguntó Billow.

—Creo que... Después de recordarlo todo ahora, tomando otra perspectiva, lo único que se me ocurre es que soy culpable de no hacer nada. El día en que Addison cogió la escalera del cobertizo de la iglesia, en ese momento, cuando le permití que se subiera y mirara dentro, me convertí en su cómplice.

—¿Sólo por eso? —preguntó incrédulo Billow—. De acuerdo, pero si ese detalle fue suficiente para hacer que la vieran como una enemiga... ¿Cómo se dio a conocer?

Sarah se encogió de hombros y se reclinó en la silla. Intuía que el nuevo objetivo de los investigadores era ponerla en contra de sus otras amigas, incluso de Addison, pero ella no se iba a dejar engañar. Sabía que sus antecedentes en Dandelion Bay y en Portland la convertían en la sospechosa perfecta, pero era incapaz de hacer todos los esfuerzos físicos que había hecho el asesino de Addison, y a juzgar por la visión borrosa y la sensación de mareo que tenía, estaba a punto de demostrarlo en contra de su voluntad.

—No importa quién lo contara, habría terminado sabiéndose —dijo Sarah, que apoyó la cabeza entre las manos y respiró profundamente.

—Volviendo al tema del libro ¿Le pareció suficiente la compensación que se le ofreció? —preguntó Billow, que no obtuvo respuesta.

—¿Ha notado algún comportamiento extraño en sus otras tres amigas? —preguntó Holden, que tampoco obtuvo respuesta—. La sospechosa se niega a responder, por lo que damos por terminado el interrogatorio —añadió la inspectora, que finalizó la grabación, recogió rápidamente sus documentos y se levantó para irse. Billow se quedó sentado, mirando a Sarah, que seguía encogida, con la cara tapada.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Billow.

—¿Nos escucha? Ya puede marcharse —añadió Holden.

Sarah asintió y se levantó para ser escoltada de vuelta a la celda, pero antes de dar el primer paso se tambaleó y cayó al suelo semiinconsciente. Holden llegó a ella antes que Billow, que aunque estaba más cerca, salió de la sala para avisar a los demás agentes y volvió para separar a Holden de Sarah.

—No te acerques demasiado, no es seguro —aconsejó Billow a Holden, pero ella le ignoró.

—Esto no habría pasado si me hubiera hecho caso esta mañana —le recriminó Holden a Sarah en cuanto ésta abrió los ojos de nuevo.

—Estoy bien, no necesito ayuda —dijo Sarah, que se apoyó en la silla para ponerse de pie lentamente.

—Recuéstese en la mesa, enseguida le traerán algo de comer.

—¿Al final has conseguido lo que querías, eh? —dijo Carlyle Jr. cuando entró en la habitación acompañado de Winfrey y George.

—¿Ha avisado a emergencias? —preguntó Holden.

—¿Para qué? Ya está recuperada, le pondremos un par de cojines en el calabozo y podrá descansar mejor.

—No, tiene que ir a un centro médico. De momento no tenemos ningún motivo para retenerla aquí —dijo Holden, provocando que Carlyle Jr. la mirara enfadado.

—Aún no ha respondido sobre la posesión ilegal del arma —dijo Carlyle Jr.

—Podrá interrogarla cuando los médicos determinen que está en condiciones para responder. Si uno de ustedes la acompaña pueden estar seguros de que no se escapará —replicó Holden—. Billow, ve al coche y trae las barritas de la guantera. ¿Puede alguien hacer que venga una ambulancia antes de que anochezca?

Winfrey levantó la mano reticente y volvió a la zona de despachos, George fue a por Sarah y la ayudó a levantarse, pero Holden le indicó que la dejara donde estaba.

—¿Qué tenéis? —preguntó Carlyle Jr., tendiendo la mano abierta para que Holden le pasara sus documentos, pero ella le ignoró—. ¿Qué pasa? Müller sabe lo que ella misma ha dicho.

—Lo discutiremos después —dijo Holden, que tocó la frente de Sarah y comprobó que estaba ardiendo—. ¿Tienen alguna manta térmica?

—¿Una qué? —preguntó George.

Holden resopló y cogió a Sarah por debajo del brazo para levantarla y llevarla fuera mientras Carlyle Jr. y su ayudante se quedaban en la habitación. El *sheriff* aprovechó los segundos a solas con los documentos de Billow para ojear lo que había anotado durante el interrogatorio, pero no pudo ver demasiado porque Holden volvió para llevárselos.

Media hora más tarde, Sarah ya estaba en una ambulancia camino al hospital del condado, siendo escoltada por Winfrey, que recibió de Carlyle Jr. la orden de no dejar que le quitaran las esposas a la detenida. El *sheriff* volvió a pedir a los inspectores que compartieran la información obtenida, pero Holden fingió recibir una llamada desde la sede en Portland para poder esquivarle.

Holden volvió al almacén acompañada de Billow y le indicó que la siguiera hasta la ventana para alejarse de la puerta y evitar que nadie pudiera oírles.

—¿Qué te ha pasado antes? ¿A qué venía esa actitud? —preguntó Holden.

—No sé a qué se refiere, inspectora.

—No me vengas con esas, Phil. La has presionado hasta arrinconarla y no ha servido de nada, pero aún así has seguido.

—Ella creía que podía estar a nuestro mismo nivel, pero le hemos demostrado que se equivoca. ¿No era esa tu intención inicial?

—Sí, pero después de lo que ha contado era innecesario seguir cuestionándola. Nos ha dado más información de la que parecía conocer, ahora ya sabemos algo que no estaba en los informes ni en el libro.

—Eso no es lo que he percibido. No quiero precipitarme, no puedo dar un informe firme con solamente lo que he visto en una hora, pero creo que cumple perfectamente con los síntomas de un victimismo crónico.

—Permíteme que difiera de tu opinión profesional, pero creo que todo lo que ha dicho, por inverosímil que parezca, es real.

—¿La estás defendiendo? —preguntó extrañado Billow, que no entendía el cambio repentino de actitud en Holden. Antes del interrogatorio había quedado clara su posición opuesta a la de Carlyle Jr., y quizás el relato de Sarah en contra del *sheriff* había provocado que la inspectora empatizara con ella.

—No dudes de mí ni de mi profesionalidad —respondió seriamente Holden.

—Yo también tengo derecho a preguntarme a qué viene este cambio repentino de opinión.

—No es una opinión, es una valoración tan profesional como la tuya.

Hablo de lo que es evidente. ¿Crees que es posible que le hiciera algo a la víctima? Ya has visto cómo de pésimo es su estado físico, y la diferencia de altura y de peso con ella. Le habría sido muy difícil empujar a Addison contra las rocas sin haberse torcido las muñecas, y llevar el cuerpo de vuelta a la carretera habría sido una odisea para ella.

—¿No te estás precipitando demasiado? Hemos visto casos de agresores físicamente menos hábiles que ella, si es que realmente tiene algún problema de salud.

—Las analíticas nos lo dirán.

—Sí, las pruebas son las pruebas, eso es lo que siempre dices.

—Gracias por citarme, no sabía que era un referente para ti.

—El jefe siempre tiene la razón —replicó Billow.

—Por eso mismo no vas a cuestionarme si te pido que revises todas estas cajas en busca de cualquier reporte sobre los Carlyle, especialmente sobre Carter —dijo Holden, que fue hacia la puerta, pero Billow le cortó el paso.

—¿Qué quieres conseguir con eso?

—Ayer lo leíste, y hoy lo has escuchado. Carlyle era peligroso, tuvo demasiados enfrentamientos con esas mujeres, hizo cosas demasiado serias como para ser consideradas locuras de adolescencia.

—Han pasado treinta años desde aquello —dijo con desdén Billow—. Nadie puede guardar rencor u odio después de tanto tiempo.

—¿Estás seguro? Porque creo que también hemos visto casos de ajustes de cuentas y venganzas motivadas por algo que pasó medio siglo antes.

—Hablas de casos aislados.

—Este es uno de ellos, e incluso más especial. Y en caso de que no encuentres nada, no te preocupes, también habrá valido la pena. Manos a la obra.

Billow resopló resignado e hizo una rápida reverencia antes de quitarse la chaqueta del traje y empezar a llevar cajas de documentos a la mesa. Holden no creía que Carlyle Jr. o su padre hubieran conservado informes en su propia contra, pero si estaba en lo cierto, entonces podría causarle problemas al *sheriff* por destrucción de documentos oficiales.

—¿Qué vas a hacer tú mientras tanto? —preguntó Billow.

—Visitaré a David Müller. No dejes que Carlyle ni el otro te ayuden.

—¿Cómo piensas salir sin que intercepte el informe?

—Podría salir por esa ventana y esquivarlo, pero creo que usaré la puerta principal. No me preocupa decirle «no» una vez más.

—Sabes que no vamos a poder evitarlo por mucho más tiempo.

—No me subestimes.

Horas después de su visita forzada al hospital, Sarah volvió al hotel Valentine escoltada por Billow y Carlyle Jr. para cumplir con el peculiar arresto domiciliario que se le había impuesto. Los informes médicos evidenciaron que sufría anemia, y aunque ella se negara a admitirlo, también le habían diagnosticado un principio de depresión. Sarah no quería que nadie dijera en voz alta cómo de mal estaba, pero quizás eso la ayudara a superar su difícil situación.

Tal como se había temido, cuando su abogado se enteró de lo que había pasado con su arma ilegal, abandonó su defensa y transfirió su puesto a un compañero que pidió un aumento de sueldo que Sarah tuvo que aceptar sin remedio. El nuevo gasto no le afectaría demasiado después de su conversión en coautora del libro de Addison, por lo que nada más bajar del coche policial corrió para escapar de la prensa y llegar a su habitación para empezar a escribir y ganarse su recompensa.

Sarah entró en la recepción del hotel y se encontró totalmente rodeada de fotógrafos que la cegaron con sus focos a la vez que los periodistas lanzaban preguntas. Norma había puesto en la entrada mesas y sillas para que los nuevos huéspedes del hotel pudieran hacer guardia cómodamente a la espera de las visitas de los inspectores, y aunque habría permitido que se grabara hasta en los pasillos y las puertas de las habitaciones de las amigas de Addison, Holden le había advertido que no se excediera con las concesiones a los periodistas en contra de la privacidad de los demás huéspedes.

—Apartaos u os empujaré —amenazó Connie desde lo alto de las escaleras.

—Así no vas a mejorar tu imagen —dijo Margaret.

—Nadie te está escuchando. Vamos —dijo Trisha, que bajó las escaleras y se introdujo en la multitud para rescatar a Sarah, que apenas había avanzado desde la puerta de entrada.

Los periodistas siguieron a las cuatro amigas hasta el descansillo de la primera planta y se detuvieron como si una barrera invisible los bloqueara, y en cuanto las vieron entrar en la habitación de Sarah, apagaron sus cámaras y micrófonos y se replegaron. Habrían intentado escuchar la conversación a través de las paredes, pero por suerte para las amigas de Addison, sus cuatro habitaciones estaban unidas y no comunicaban con ninguna vacía.

—Necesito mi ordenador ¿Quién lo tiene? —dijo Sarah, que salió al

balcón para llamar a su vecina.

—Ahora tienes que descansar —dijo Trisha, que intentó llevarla hacia la cama, pero Sarah entrecerró la puerta del balcón.

—Lo sabía... —dijo apenada Margaret, que leyó los informes médicos de Sarah y se los mostró a las demás.

Trisha salió al balcón y agarró a Sarah para llevársela dentro rápidamente. Su amiga no opuso resistencia y se sentó en la cama, que pronto quedó ocupada por las cuatro mujeres.

—No voy a tirarme —dijo Sarah.

—Cualquier precaución es poca, lo sé bien —dijo Margaret sombríamente.

—¿Con quién querías hablar? —preguntó Trisha.

—Con mi vecina, está cuidando a Lea, y esta mañana no me ha respondido.

—¿Has usado la llamada para hablar con tu vecina y no con tu abogado? —le recriminó Connie.

—Me preocupa cómo esté Lea, y ya sabía qué iba a decir mi ahora exabogado —replicó Sarah.

—Puedes usar los míos, siempre que no tengan que trasladarse muy lejos, tienen un sentido de la orientación de pena —dijo Connie.

—Ya tengo otro nuevo. Lo que ahora necesito es un ordenador portátil para empezar a escribir. Voy a darme una ducha, espero que me lo hayáis traído cuando salga —dijo Sarah.

—¿No vas a contarnos nada del interrogatorio? ¿Por qué te han dejado libre? —preguntó Margaret, provocando que Connie y Trisha le lanzaran una mirada reprobatoria.

—Me han dejado libre porque soy demasiado débil como para ser una asesina —respondió Sarah.

—No quería ofenderte —se disculpó Margaret, que fue hacia Sarah para abrazarla, pero ella entró en el cuarto de baño. Trisha corrió para evitar que Sarah cerrara con pestillo, pero ésta abrió la puerta y resopló cansada.

—Olvidad esos papeles, estoy bien.

—No, no lo estás y lo sabes —replicó Trisha, que volvió a cogerla del brazo para devolverla a la cama, pero Sarah se liberó.

—Dejadme en paz, por favor.

—¿Qué ibas a hacer con esa pistola? —preguntó Connie, que no obtuvo respuesta—. ¿Cómo pudiste ser tan estúpida? Ahora mismo no estoy

insultándote, que quede claro. Pudiste haberla escondido, tirarla al mar, deshacerte de ella y no dejar que la policía la encontrara.

—Me olvidé de ella —respondió Sarah.

—¿Tienes un arma que no puedes tener y lo olvidas?

—Yo la entiendo —dijo Margaret, que abrazó a Sarah por detrás.

—No debería daros instrucciones, pero cuando os interroguen, aunque Carlyle esté delante, contadlo todo —dijo Sarah, que cogió las manos de Margaret y la miró fijamente—. Todo, aunque no respondáis a lo que preguntan, contadles lo que queremos que sepan.

—No puedo decir...

—Lo harás, y eso les demostrará que eres inocente y que el único que merece estar en la cárcel es él.

—Por mí no te preocupes, confesaré hasta todas las veces que he robado en un centro comercial —dijo Trisha.

—No te darán oportunidad de hacerlo, son duros.

—Puedo certificar eso —dijo Connie.

—Y ahora ¿Podéis dejarme sola, por favor? —pidió Sarah.

—Volveré en diez minutos con tu ansiado ordenador —dijo Trisha, que salió de la habitación seguida por Connie. Margaret volvió a abrazar a Sarah, que intentó sin éxito separarse de ella.

—Puedes dormir con Trisha y yo si quieres —dijo Margaret.

—Sí, las tres juntas en una cama con espacio para una persona, estoy segura de que eso me hará sentir mucho mejor —replicó Sarah con ironía.

—¡Tú! —gritó Connie en mitad del pasillo.

—¡Ya voy! —contestó Margaret, aunque no era a ella a quien Connie se refería.

Cuando Margaret y Sarah salieron al pasillo alertadas por los siguientes gritos amenazantes de Connie, se encontraron rodeadas de cámaras apuntando hacia el fondo de la planta, donde Trisha intentaba retener a Connie para que no se acercara a Norma, que a su vez pedía a los periodistas que volvieran a sus habitaciones y les hacía retroceder golpeándolos con una bolsa para la colada.

—Espero que venga a disculparse de rodillas por todo lo que nos ha perjudicado y diga que no nos cobrará las habitaciones —dijo Margaret.

—Puedes esperar sentada, eso no va a pasar —respondió Norma—. ¡Marchaos o apagaré el WiFi! —amenazó a los periodistas.

—¿Entonces va a servirnos gratuitamente como una criada? —preguntó

Margaret, señalando la bolsa que llevaba Norma.

—Traed a esa energúmena, tengo que hablar con vosotras —dijo Norma a Trisha.

—No queremos saber nada de usted, sólo seguimos aquí porque aún no podemos irnos —dijo Sarah.

—Te aseguro que os interesa mucho lo que tengo que decir. Os voy a hacer una oferta que no podréis rechazar —dijo Norma, que abrazó su bolsa y entró en la habitación de Sarah.

Capítulo 19

Pequeños detalles

Sarah entró en su habitación y vio a Norma detrás de la mesa, levantando la bolsa de la colada como si fuera un objeto de exposición. Margaret entró y se quedó pegada a la puerta del baño para estar lejos de Connie cuando ésta llegara y se enfrentara a Norma, pero Trisha entró primero y se colocó delante de la mujer para protegerla.

—Trisha, apártate si no quieres salir herida —amenazó Connie.

—Ya basta, deja de comportarte como una pandillera —dijo Trisha.

—Déjala, puede pegarme si quiere, no rechazaré una buena indemnización por agresión —dijo Norma.

—Norma, así no está ayudando —dijo Sarah, que agarró a Connie por los hombros y la sentó en la cama—. Hable, de prisa.

Norma ignoró a Sarah y empezó a sacar lentamente las prendas que rellenaban la bolsa de la colada, disfrutando de la impaciencia de sus huéspedes. Hasta el momento se había conformado con su papel secundario en la historia del caso de Addison, pero había llegado el momento de pasar a la acción, y aunque estuviera cometiendo varios delitos, las consecuencias le importarían poco una vez que hubiera cerrado el mejor trato de su vida.

—¿No es ese el portátil de Addison? —preguntó Margaret al ver el ordenador portátil que Norma sacó de la bolsa.

Connie y Trisha se lanzaron hacia la mesa, pero Norma agarró el aparato, sacó de la bolsa un martillo y retrocedió con la herramienta en alto.

—Tranquilizaos, por favor. Vamos a hablar por turnos y llegaremos a un acuerdo enseguida —dijo Norma.

—¡Dame eso! —ordenó Connie, intentando sobrepasar a Sarah y Margaret, que intentaban alejarla de la mujer.

—Sentaos o lo destrozo —amenazó Norma, que apuntó al portátil con el martillo.

—Adelante, lo siguiente que se rompa será tu cara —respondió Trisha.

—¡Parad, por favor! —medió Sarah, que se puso entre sus amigas y

Norma—. ¿Cómo lo ha conseguido, se lo ha dado Carlyle?

—No, la policía no lo ha encontrado, y tampoco llegó a desaparecer, sólo cambió de sitio. Yo lo cambié de sitio, y deberíais estarme agradecidas por ello —respondió Norma.

—Lo robó usted. ¿Fingió el asalto, verdad? —dijo Sarah.

—No me oriento bien en la oscuridad, así que cuando la luz se fue, me perdí, y en vez de ir al cuarto de mantenimiento, acabé delante de la habitación de vuestra amiga. Allí me resbalé por la lluvia que había entrado por una ventana mal cerrada, me golpeé con la puerta, que se rompió, y... Ya sabéis, es un ordenador muy caro, y como ella ya no iba a usarlo más...

—¿Entonces también se autolesionó? Como May King... —dijo Margaret, provocando que Trisha la mirara enfadada.

—Soy diestra, no necesito el otro brazo teniendo los dos de mi hijo —dijo Norma, que se sentó en la mesa e indicó a las mujeres que tomaran asiento en la cama—. Comienza la subasta.

—Puede ir a la cárcel por esto ¿Lo sabe, verdad? —dijo Sarah.

—El único viaje inminente que tengo planeado es con destino a Miami. ¿Qué creéis que podéis hacer contra mí? Diré que lo he encontrado escondido en la sala común. ¿Pensáis contar que fingí el asalto? Adelante, pero nadie os creerá, sois sospechosas de asesinato, y yo puedo conseguir testigos de mi dura pelea con el ladrón.

—¿Cuánto quiere? —preguntó Connie.

—¿Para qué quieres comprarlo? Ya tenemos una copia del libro —dijo Margaret.

—Es el ordenador personal de Addison, ahí dentro tiene muchas más cosas que sus trabajos —dijo Trisha.

—¿Y cómo piensas acceder a él, sabes su contraseña? —preguntó Margaret.

—Quizás. Y si no, podemos buscar a alguien que lo desbloquee sin hacer preguntas.

—De acuerdo, compramos el ordenador, pero ¿Cómo sabemos que no nos delatará? —dijo Sarah.

—No os preocupéis, firmaremos un contrato de confidencialidad, esto es un trato serio —respondió Norma, que se levantó para estrechar la mano a sus víctimas—. Vuestra amiga estaría orgullosa viendo cómo mantenéis su legado.

Connie estrechó con fuerza la mano de Norma y le dio un tirón para acercarla.

—Si nos la juegas, ninguna de tus historias de mierda te salvará — advirtió Connie.

—Volveré en cinco minutos con el contrato, ve preparando el talonario — dijo Norma, que devolvió el ordenador portátil y la ropa dentro de la bolsa y se marchó.

—Lo pagaremos entre todas —dijo Trisha.

—Sigo sin entender para qué lo queréis. Ya sé que dentro habrá fotos y vídeos, pero podemos vivir sin ellos. ¿Por qué no avisamos a los inspectores? Así confiarán en nosotras —dijo Margaret.

—No. Si tuvieran el ordenador, Carlyle también podría acceder a él. Ya tienen suficiente con el borrador, es cuestión de tiempo que intenten prohibir la publicación —dijo Trisha.

—Si eso llegara a pasar, filtraré mi parte en internet —dijo Sarah.

—Yo te seguiré —dijo Connie.

—Ese ordenador es más importante de lo que parece. Sé que debería habérselo dicho antes, Addison debería habérselo... —empezó a decir Trisha, pero Connie le indicó que se callara.

—Prefiero no saber más detalles sorpresa del libro.

—Addison siguió investigando el caso Pepper más allá de lo que pasó aquí, contactó con las víctimas de fuera, sus familias. Muy pocos respondieron, algunos incluso habían cambiado de nombre. También la amenazaron para que no les mencionara.

—Si nos estamos arriesgando a terminar muertas por contar la verdad, contémosla toda —dijo Sarah.

—Para ti es fácil decirlo, no tienes a nadie que te eche de menos —dijo Margaret.

—No voy a ofenderme porque lo que dices es verdad —dijo Sarah—. Sé que tienes miedo, es lo más lógico. Mañana deberías hablar con los inspectores y pedirles que te dejen volver a casa.

—Ojalá pudiera, pero allí no estaré más segura que aquí —respondió Margaret.

Al día siguiente de ceder al chantaje de Norma, Margaret se levantó antes que Trisha para poder prepararse sin presión para su interrogatorio voluntario. Podría haber vuelto a dormir a su propia habitación, pero prefería seguir disfrutando de la compañía de su amiga, que también la estaba ayudando a redactar su parte del libro con más rapidez y precaución.

Addison la había convencido de participar en su libro por el dinero y la

notoriedad que le generaría, permitiéndole convertirse en un personaje habitual de los programas de televisión matinales que tanto le gustaban, incluso pudiendo verse representada en el cine si el libro conseguía una adaptación, pero era a la que más podía afectarle su testimonio.

Margaret se estaba separando de su marido, y aunque hasta el momento no habían tenido problemas con la custodia de sus dos hijos menores, ella se temía que durante el juicio de divorcio Michael se volviera en su contra y pidiera quedarse con los niños para evitar que se fueran a vivir con Margaret, cuya única fuente de ingresos iba a ser lo que recibiera por hablar de la implicación directa de su madre en el caso Pepper.

Aunque la sala común del hotel estaba llena de periodistas, Margaret desayunó junto a ellos, que intentaron sin éxito sonsacarle información sobre la investigación. Ella siempre había querido estar rodeada de cámaras y gente prestándole atención exclusiva, pero ahora estaba centrada en terminar de comerse una montaña de tortitas y entonces ir a la comisaría.

Cuando ya había conseguido que los periodistas se rindieran ante su silencio y la dejaran comer tranquila, Trisha entró en la sala y la agarró del brazo para llevársela de allí.

—¿Qué cojones haces aquí? —preguntó Trisha enfadada.

—Tranquilízate, no hagas que vuelvan a encender las cámaras, los focos me hacen sudar y no quiero que se me corra el maquillaje —respondió Margaret, que se liberó de Trisha y cogió las últimas tortitas que le quedaban para comérselas de camino a la habitación.

—¿No podías haber pedido que te llevaran el desayuno a la cama?

—¿Acaso hay servicio de habitaciones?

—Con lo que le pagamos a Norma anoche tenemos derecho a usarla incluso de felpudo.

—¿Qué haces despierta tan temprano?

—Cuanto más tiempo esté despierta, más tiempo tendré para escribir. La próxima vez que te vayas, avísame.

—Sí, mamá —replicó Margaret, que siguió caminando por el pasillo, ignorando a Trisha, que intentaba decirle en voz baja que se detuviera—. ¿Qué pasa, te has quedado afónica de repente?

—No puedes ir a la habitación ahora mismo —dijo Trisha cuando alcanzó a Margaret y la retuvo contra la pared.

—¿Por qué, a qué viene tanto misterio?

—Tienes visita, pero no creo que quieras recibirle —respondió Trisha,

provocando que Margaret la mirara asustada.

—¿Carlyle?

—No, pero tiene algo en común con él.

—¿Sus ayudantes? ¿El inspector del FBI? Dímelo ya, por favor, creo que voy a vomitar las tortitas.

—Michael, tu exmarido.

—No.

—Sí.

—¿Cómo ha...? ¿Por qué está...? —preguntó confusa Margaret, que se asomó desde la esquina del pasillo y vio a Michael delante de la puerta de su habitación, con una maleta y varias bolsas de la compra en el suelo—. ¿Cómo ha llegado hasta ahí? No es un huésped, no debería haber pasado hasta delante de mi puerta.

—A Norma ya le da igual saltarse una ley o dos más con tal de conseguir un poco de drama personal del que alimentarse.

—No puedo hablar con él ahora mismo. No, no quiero verle —dijo nerviosa Margaret, que empezó a abanicarse con las manos.

—Ya le he dicho que se fuera, pero no se moverá de ahí hasta verte. Esas han sido sus palabras literales. Es asquerosamente cursi.

—Lo sé, pero...

Trisha le dio una pequeña bofetada a Margaret y la amenazó con el dedo.

—Ni se te ocurra dudar ahora mismo. Sé valiente, si no quieres hablar con él, ve y díselo a la cara, pero si de verdad estás pensando en un reencuentro lleno de abrazos y con un intercambio de frases vomitivas, sólo puedo decirte que eres igual de estúpida que cuando te conocí.

Margaret miró fijamente a Trisha sin saber qué decir, conteniendo la respiración, hasta que le devolvió la bofetada a su amiga y le dio un rápido abrazo antes de dirigirse hacia su habitación.

—Margo, Margo, cariño —dijo emocionado Michael, que corrió hacia Margaret y la abrazó con fuerza.

—Ya está, tranquilo —dijo Margaret mientras intentaba separarse de Michael, que le cogió la cara para intentar besarla, pero ella se apartó rápidamente.

—¿Has desayunado bien? Quería comprar tus cereales favoritos, pero no tenían, así que he cogido un poco de todo lo que sé que te gusta —dijo Michael, que le ofreció una de las bolsas de la compra, pero Margaret le ignoró y abrió la puerta de la habitación.

—Sólo tengo unos minutos, pero pasa —dijo Margaret, que entró en su habitación y le ofreció una silla a Michael.

—Golpea en la pared si me necesitas —dijo Trisha, que guiñó el ojo a Margaret y cerró la puerta.

Michael dejó su maleta sobre la cama y empezó a vaciarla, pero Margaret lo detuvo e hizo que se sentara.

—¿Para qué has traído tanta ropa? —preguntó Margaret.

—Aquí hay mucha humedad y hace frío constantemente, necesito varias capas de ropa.

—No me refiero a eso ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—No lo sé, hasta que esto se solucione y podamos volver a casa. No te preocupes por los niños, he dejado a mi madre a cargo de ellos, les ha encantado la idea de tomarse unas vacaciones sin nosotros dos.

—Mickey tiene casi dieciocho años, puede quedarse solo en casa, y su hermana tampoco necesita a tu madre vigilándola.

—Se ofreció y no pude decirle que no...

—¿Cómo están llevando... esta situación?

—Bien, no se están enterando de nada, no les he dejado ver la televisión a solas, les he restringido el acceso a internet, y hablé con los profesores para que advirtieran a los demás chicos.

—¿Fuiste a su instituto? —preguntó incrédula Margaret, que nunca habría imaginado que Michael fuera a tomarse la molestia de pedir un día libre para ejercer de padre preocupado.

—Estoy intentando acostumbrarme a la vida de padre soltero, pero ni me gusta, ni creo que llegue a hacerlo —respondió Michael, que tomó las manos de Margaret.

—¿Tienes cobertura? —preguntó Margaret, que retiró rápidamente las manos y se sacó el móvil del bolsillo—. He llamado a Peter varias veces, pero no he conseguido hablar con él.

—Estará ocupado con sus trabajitos y los clubes, y ya sabes que no suele estar muy pendiente del móvil. Pero no te preocupes, le diré que has preguntado por él.

—¿Y Sheila?

Michael negó con la cabeza y se acercó a Margaret para reconfortarla, pero ella se separó y fue a mirar dentro de las bolsas de la compra.

—¿Por qué has comprado vino blanco? —preguntó Margaret.

—Para celebrar esta buena nueva. Es una tradición —respondió sonriente

Michael, que se adelantó a Margaret y sacó una caja de bombones de la bolsa —. Vino sin alcohol y chocolate sin azúcar, no quiero perjudicaros ni que engordes más de lo necesario.

—¿Una de mis mejores amigas acaba de morir y tú quieres montar una fiesta? —preguntó ofendida Margaret, que rechazó la caja de bombones bruscamente.

—Margo, siento lo de Addison, pero... ¿Qué te pasa? ¿Qué hay de malo en celebrar esta noticia? Es justo lo que necesitábamos —dijo Michael, que avanzó hacia Margaret e intentó tocarle el vientre.

—¿De qué estás hablando?

—De nuestro hijo. O hija, lo que Dios decida. Si resulta ser una niña podemos ponerle Addison de segundo nombre, si tú quieres.

—¿Cómo sabes que...? —empezó a preguntar Margaret, pero entonces se dio cuenta de lo que había pasado. Michael, que tenía tendencia a entablar conversaciones personales con desconocidos para terminar hablando de sí mismo, había estado en el supermercado del pueblo y allí se había encontrado con Sally, la cajera que la atendió a ella cuando compró una prueba de embarazo. En aquel momento decidió ser honesta y pagarlo en vez de llevárselo a escondidas, pero ahora deseaba haberlo robado.

Trisha había dicho que Sally era de confianza y les ayudaría, pero la chica acababa de complicarle aún más la vida a Margaret.

—¿Sabes de cuánto estás exactamente? —preguntó Michael, que se ladeó para ver mejor el tamaño del vientre de Margaret.

Antes de que pudiera responder, alguien llamó a la puerta y ella abrió rápidamente, encontrándose de frente con Billow. Margaret nunca pensó que se alegraría tanto de que el FBI fuera en su busca.

—¿Vienen a interrogarme? —preguntó ansiosa Margaret.

—¿Por qué, qué ha pasado? Margo, tú eres inocente —dijo Michael, que se corrió hacia la puerta para alejar a Margaret del inspector.

—Eso es algo que está por probar. Si está de acuerdo, queríamos hacerle algunas preguntas —dijo Billow.

—Por supuesto, ahora mismo —dijo Margaret, que cogió su bolso y salió de la habitación. Michael la siguió, pero ella lo detuvo y le dio la llave—. Espera aquí, no hace falta que vengas.

—Quiero acompañarte, seré tu escolta, ahí fuera hay mucha gente demasiado nerviosa.

—No quiero que vengas —dijo Margaret, que se adelantó a Billow y bajó

las escaleras rápidamente, atravesó el pasillo que los agentes de reserva del pueblo habían abierto entre la multitud de periodistas y fotógrafos, y esperó junto al coche del FBI.

Cuando pudo entrar en el vehículo respiró aliviada por haberse librado de la conversación con Michael, aunque era cuestión de horas que terminara diciéndole que no estaba embarazada, y si lo hubiera estado, él no sería el padre.

A Margaret le extrañó que las cámaras se concentraran en la entrada del hotel en vez de seguirla a ella. Pensó que ver a un ama de casa colaborar pacíficamente en la investigación no era tan llamativo como habían sido las detenciones de Connie y Sarah, pero no podía imaginar que el desinterés de la prensa se debía a que ahora el centro de atención estaba en la pelea entre su marido y su exnovio en la recepción del hotel.

Capítulo 20

Decencia

Mientras Margaret iba camino de su interrogatorio, Holden entró en el despacho de Carlyle Jr. y dejó caer en su escritorio un dossier sobre su historial delictivo de juventud. El *sheriff* cogió los documentos y comprobó con desagrado de qué trataban, los hizo a un lado y se levantó para estar a la misma altura que la inspectora.

—¿A qué viene esto? ¿De dónde los ha sacado? —preguntó Carlyle Jr. sin ocultar su malestar.

—No del archivo de su almacén, por supuesto. Se los pedí al *sheriff* del condado.

—¿Por qué?

—Los delitos que cometió el joven Carter Carlyle están relacionados con la investigación que me ocupa —respondió con satisfacción Holden.

—¿Puedo saber cuál es esa relación? —preguntó Carlyle Jr., que se sentó sobre su escritorio y cogió el dossier para repasarlo—. Esto fue sólo una broma, pero el testimonio exagerado de Addison Cooper me hizo quedar como un ladrón.

—Robar una cámara no fue lo único que hizo. ¿Usted cree que desnudar a la fuerza a una chica es una broma?

—Yo nunca he hecho eso, tenga cuidado con lo que dice —advirtió Carlyle Jr.

—¿Qué hay de esto? —preguntó Holden, que cogió otro informe y se lo enseñó al *sheriff*.

—Esa vez me acusaron sólo por estar cerca de la casa, fueron mis amigos quienes lanzaron...

Carlyle Jr. le quitó la hoja, guardó todos los documentos en la carpeta y la lanzó al escritorio de Holden.

—Para que le quede claro, legalmente soy inocente de todo lo que se me acusa en esos papeles, así que, inspectora, no siga intentando desprestigiarme o tendré que informar sobre este comportamiento tan poco respetuoso —dijo Carlyle Jr., que fue a recibir a Winfrey y George, pero Holden le cortó el paso.

—¿Me está amenazando?

—Al revés, simplemente me estoy defendiendo de sus amenazas. No he sido yo quien ha buscado sus trapos sucios, aunque realmente yo no tengo ninguno.

—No fue condenado por esos hechos porque ni siquiera fue juzgado. Todas las denuncias fueron retiradas, y ambos sabemos por qué.

—¿Ah, sí? Ilumíneme, por favor.

—Su padre se aseguró de que usted tuviera el culo limpio para que pudiera continuar con su legado mientras él estaba en prisión.

Carlyle Jr. rio irónico, negó con la cabeza y salió del despacho, pero volvió a asomarse dentro.

—Si tengo esta placa no es por mi apellido, me la gané con esfuerzo. Las pruebas son las pruebas, no dude de ellas —dijo Carlyle Jr. antes de ir a la entrada de la comisaría, adonde también acababan de llegar Margaret y Billow.

Holden se quedó parada un segundo y se dio cuenta de que el *sheriff* acababa de repetir sus propias palabras. Salió del despacho a toda prisa para recriminarle que hubiera estado escuchando sus conversaciones con Billow, pero Margaret estaba allí, así que Holden decidió reprimirse y actuar con profesionalidad delante de la sospechosa.

—Buenos días, Margaret —dijo amistosamente Carlyle Jr., que estrechó la mano a Margaret.

—Hola, sheriff.

—¿Preparada para responder? —preguntó Carlyle Jr., que señaló hacia el almacén para que Margaret pasara.

Holden paró a Billow antes de que entrara a la habitación y lo llevó fuera de la comisaría. Aunque hubiera periodistas en el aparcamiento, hablar allí era más seguro que hacerlo dentro.

—¿Y ahora qué te pasa? —preguntó desconcertado Billow.

—Nos ha estado espiando durante los interrogatorios ¿No encontraste ningún micrófono mientras movías las cajas? —dijo Holden.

—No, pero tampoco creo que sea necesario. Está en su propia comisaría, escuchar los interrogatorios es parte de su trabajo.

—¿Estás de acuerdo con lo que ha hecho? —preguntó irritada Holden—. Quizás haya sido un poco contraproducente que yo no quisiera compartir con él nuestros progresos, pero te estoy diciendo que nos ha escuchado sin nuestro consentimiento incluso cuando no estábamos hablando del caso.

—Holden, estás sacando esto del mismo contexto en el que tú misma quisiste que estuviera todo. Desde que entramos por esa puerta por la mañana hasta que salimos para volver a la casa del terror, todo lo que hablamos y hacemos es parte del trabajo, y con Carlyle es igual.

Holden miró perpleja a Billow y volvió dentro, pero él la siguió e intentó que siguieran hablando.

—¿Qué hora es? —preguntó Holden.

—Casi las ocho y diez.

—Entonces refiérate a mí como Inspectora Holden y ten cuidado con el tono en que lo haces —replicó Holden, que se dio la vuelta y se dirigió hacia el almacén.

—No voy a disculparme por algo que no he hecho. Ni siquiera sé por qué estás así conmigo.

—¿Y tú has pasado seis años entrenándote para ser analista del comportamiento? —preguntó con desdén Holden.

—Por respeto y aprecio no voy a analizarte, pero creo que tú misma sabes lo que te está pasando, aunque no quieras reconocerlo. Tu enfado no tiene nada que ver con que Carlyle sea un capullo integral.

—Eh, no insultes a un oficial de la ley —dijo irónicamente Holden—. Adelante, di qué está pasándome. Pero piensa bien lo que vas a decir, porque puedo pedir que te releven.

—Todavía estás en tu primer trimestre de gestación, los cambios de humor...

Holden dio un paso hacia Billow y los dos se sostuvieron la mirada. Holden podría responder con furia al comentario fuera de lugar de su compañero, pero prefirió retirarse antes que darle la razón.

Cuando entró en el almacén se encontró a Carlyle Jr. sentado sobre la mesa, cerca de Margaret, que jugueteaba con sus dedos incómoda. Al ver llegar a la inspectora, Carlyle Jr. fue a sentarse rápidamente en la silla central del lado de los interrogadores.

—¿Podemos empezar? —preguntó Carlyle Jr., que señaló a las sillas que estaban detrás para que los inspectores tomaran asiento.

—Cuando usted quiera —respondió Holden, que dejó su grabadora sobre la mesa, junto a la de Carlyle Jr.

—Perfecto, allá vamos —dijo Carlyle Jr., que movió bruscamente su grabadora para ponerla más cerca de Margaret, provocando que la de Holden se torciera y enfocara hacia la pared—. Lo siento, enseguida...

—No se preocupe —replicó Holden, que se levantó para recolocar el aparato.

—Bien, Margaret ¿Estuviste en la playa el domingo por la tarde? —preguntó Carlyle Jr.

—No, pero pasé cerca, me tocó buscar a Addison por el centro del pueblo.

—¿Quién decidió que fueras a esa zona?

—Fue por descarte.

—¿Alguna de tus amigas insistió en que fuera ella quien buscara por la costa?

—No, dejamos que Connie fuera allí para relajarse y que no tuviera que encontrarse con nadie del pueblo.

—¿Qué problema habría habido si se hubiera encontrado con más gente?

—Ya hablamos con Constance Jones sobre sí misma —dijo Holden—. Ahora es el momento de centrarnos en el testimonio de la señora Graham sobre su propia experiencia.

—Insisto, es conveniente escuchar todo lo que tenga que decir sobre las sospechosas.

—A muchos de los vecinos del pueblo no les gustaba Connie, y el primer día que estuvimos aquí lo demostraron poniéndole una trampa en la carretera —respondió Margaret.

—¿Entonces crees que Connie Jones podría haberse vengado violentamente? —preguntó Carlyle Jr., y Margaret negó rotunda.

—La interrogada ha respondido negativamente mediante gestos —dijo con satisfacción Holden a su grabadora—. Y ahora volvamos al tema principal.

—¿Qué estuviste haciendo antes de ir al centro del pueblo? —preguntó Carlyle Jr., adelantándose a Holden.

—Pasé la tarde releendo el borrador de Addison.

—¿Y qué te pareció?

—Espere. ¿Ya lo había leído anteriormente? —preguntó Holden.

—Más o menos. Yo ya había escrito mis propias memorias por recomendación de mi psicólogo, así que Addison solamente tuvo que adaptar mis textos a su estilo de narración y adecentarlos.

—Entonces supongo que no estaba molesta con los detalles delicados que contaba sobre usted —dijo Billow, que mostró a Margaret su parte del borrador y señaló las frases que él había marcado por la crudeza de lo que se

contaba.

Carlyle Jr. cogió el borrador y leyó algunas frases subrayadas, pero Billow recuperó las hojas y se las guardó.

—Lo poco que he leído es muy interesante. ¿Son tus propias palabras, o Cooper añadió morralla para vender más libros? —preguntó ofendido Carlyle Jr.

—Ahora mismo no sé a qué partes te refieres —respondió Margaret.

—Yo tampoco lo sé, estamos escasos de material y aún no tengo una copia completa del libro —se lamentó Carlyle Jr.

—Ojalá podamos solucionar ese problema pronto —replicó con ironía Holden, que no iba a permitir que Carlyle Jr. accediera a los testimonios explícitos de las sospechosas e interfiriera en la investigación según su interés personal en contra de ellas.

—¿Entonces estaba al corriente de los cambios que Addison hizo en su versión? —preguntó Billow, a lo que Margaret respondió asintiendo con la cabeza—. ¿Y estaba de acuerdo con que el libro se publicara tal y como está?

—No, pero los cambios que tenía que hacer no eran demasiado importantes.

—¿Cambios como...?

—Le pedí que no incluyera a mi madre dentro de mis capítulos, prefería que la mencionara en la última parte del libro.

—¿Reniegas de tu madre? —preguntó Carlyle Jr.

—No quería...

—No tiene que responder a esa pregunta, volvamos al caso de Addison Cooper —intercedió Holden.

—¿Qué pretendía conseguir separando su historia de la de Mary Graham? Al fin y al cabo usted fue partícipe de sus actos —dijo Billow.

—*Subinspector*, no estamos aquí para juzgar la relación de la señora Graham con su madre —dijo Holden.

—Lo sé, pero esa relación es un detonante de los hechos que estamos investigando. Si usted estaba ciertamente conforme con el libro, entonces hablemos de quienes estaban molestas —propuso Billow, a lo que Carlyle Jr. asintió conforme.

—Ninguna de mis amigas ha matado a Addison —dijo Margaret, negando con la cabeza con determinación—. No ha sido Connie en un ataque de ira ni Sarah en un ataque de nervios. Y Trisha mataría por Addison.

—¿Entonces quién crees que ha sido? —preguntó Carlyle Jr.

Margaret desvió la mirada y volvió a jugar con sus dedos.

—¿No se le ocurre nadie que tuviera algo en contra de Addison? Puede tomarse el tiempo que necesite para pensarlo —dijo Holden. Sabía que la antigua relación de Margaret y el *sheriff* estaba condicionando a la mujer en sus respuestas, pero ya que se había atrevido a contar por escrito lo que vivió por su culpa, quería que Margaret siguiera adelante y señalara con total libertad a los responsables de su situación. Carlyle Jr. estaba de servicio, por lo que no podría responder a lo que Margaret contara sobre las vidas pasadas de ambos, pero si intervenía para cuestionarla y silenciarla, Holden lo tendría grabado.

—¿Qué le parece si empezamos a descartar nombres? Usted estuvo en el centro del pueblo, se encontraría con algunos vecinos —dijo Billow, que dejó sobre la mesa una lista con las fotografías de todas las personas que estaban en Dandelion Bay el día en que Addison fue asesinada.

—No sabía que había tanta gente viviendo aquí —dijo sorprendida Margaret—. Lo siento, pero no recuerdo ninguna cara, y los pocos vecinos conocidos que me encontré apenas son capaces de levantarse solos de la cama, no pudieron pelearse con Addison.

—Pero no todos los vecinos son ancianos, algunos tienen su misma edad, coincidieron en el instituto junto a usted y Addison mientras el caso Pepper estaba en marcha ¿Alguno de esos vecinos tenía una mala relación con Addison? —dijo Holden.

—Permítame la interrupción, inspectora, pero nadie guarda rencor u odio después de tanto tiempo ¿O me equivoco, inspector Billow? —dijo Carlyle Jr.

—Pueden encontrarse casos —respondió Billow contrariado, dándose cuenta de que el *sheriff* estaba repitiendo sus palabras.

—Por aquel entonces no hubo tantos conflictos como parece según el libro —dijo Margaret.

—¿Está segura? —preguntó Holden.

—¿Quieres decir que Cooper escribió un sarta de mentiras y pretendía cobrar por ellas? —preguntó Carlyle Jr.

—No, su forma de relatar es... Era muy espectacular.

—Dejemos a un lado la forma y centrémonos en el contenido. ¿Tuvo Addison algún enemigo declarado? —dijo Holden.

—El único que tuvo... problemas con Addison...

—¿Sí? —preguntó expectante Holden, que cada vez veía más inminente su gran oportunidad de desenmascarar a Carlyle Jr.—. Tómese su tiempo, si no

recuerda el nombre puede mirar en la lista de identificados.

—No, no es necesario. Lo siento, pero... Carter, tú fuiste quien más problemas tuvo con Addison.

Holden no pudo evitar sonreír al escuchar el nombre de su poco apreciado colaborador.

—Esto es de locos... —se quejó Carlyle Jr. por lo bajo.

—Adelante Margaret, cuéntenos más —pidió Holden.

—Margaret, espero que no te sobrepases si vas a seguir por esa línea —advirtió Carlyle Jr.

—*Comisario* Carlyle, la interrogada se ha referido a hechos producidos hace treinta años, no tiene que preocuparse por lo que cuente. Reconozco que nunca me había encontrado en una situación así, pero entiendo que se sienta incómodo. Puede abandonar la habitación si lo desea —dijo Holden.

—No tengo problema en escuchar el testimonio de la señora Graham, me quedará —dijo Carlyle Jr. entre dientes.

—Recuerde que somos agentes neutrales en este proceso, nos limitamos a recabar información sin juzgarla —dijo Holden.

Carlyle Jr. asintió y se acomodó en la silla. El comportamiento de Margaret cuando se reencontraron días atrás y la conversación que habían tenido antes del interrogatorio le hacían pensar que Margaret seguía siendo igual de boba y manipulable, pero estaba a punto de descubrir cuánto se equivocaba.

Capítulo 21

El clan

Treinta años antes de señalar a Carlyle Jr. como posible asesino de Addison, Margaret y sus padres fueron a casa de los Carlyle para celebrar su tradicional gran cena de los domingos. Los Graham, especialmente Mary, habrían preferido cancelar la visita a sus consuegros, pero tenían que hablar de su particular negocio, la relación de sus hijos.

Después del robo de la cámara de Addison, el *sheriff* Carlyle respondió a las reprimendas de los Cooper y la tía de Connie castigando a su hijo con un aislamiento total durante dos semanas en las que no podría salir de casa ni para ir al instituto. Los otros padres pensaron que el castigo era desproporcionado y habría sido suficiente con una disculpa y el pago por la reparación del aparato, pero Carlyle tenía que demostrar públicamente que era un padre responsable. El castigo era una maniobra para rebajar la tensión entre las familias y demostrar que Carlyle Jr. no era intocable, y para asegurarse de que esta idea calara entre los vecinos, se necesitaba la colaboración de Margaret.

Si todos veían que la cándida hija de los Graham también reconocía los errores de su novio y los perdonaba, la mala imagen de Carlyle Jr. se suavizaría.

La unión entre dos de las familias más importantes del pueblo era un factor clave para mantener la convivencia pacífica en Dandelion Bay, pero ambas partes sabían que aunque el incidente provocado por Carlyle Jr. fuera perdonado públicamente, la reputación de Mary Graham y el *sheriff* Carlyle, las cabezas visibles del clan, ya estaba en peligro.

Mary, la tercera hija de los propietarios de una pequeña granja hortícola, había sentido la llamada de Dios muy joven y quería ser monja, pero en el verano siguiente a terminar el instituto, se enamoró de Peter, el nuevo ayudante de su padre. El chico, que también era su vecino, siempre le había llamado la atención, y al tenerlo tan cerca durante tanto tiempo, Mary no pudo reprimirse y terminó incumpliendo su celibato autoimpuesto. Ahora que ya no se sentía digna para el noviciado, Mary decidió convertirse en ama de casa y dedicarse

a formar una gran familia cristiana.

Cuando los padres de Mary fallecieron en un accidente de coche, ella y sus hermanas se reunieron para decidir el futuro del negocio familiar. Los maridos de las dos hermanas mayores se negaron a abandonar sus trabajos y mudarse a Dandelion Bay, por lo que prefirieron vender la casa familiar y los terrenos en contra de la voluntad de Mary, que quería continuar trabajando junto a Peter los campos que sus padres habían sacado adelante con tanto esfuerzo.

Con el dinero que obtuvieron tras la repartición de la herencia, Mary y Peter compraron una gran casa en el centro del pueblo y comenzaron a formar su propia familia. Después de que su primer embarazo se interrumpiera espontáneamente de forma natural, la señora Graham entró en un estado depresivo que los médicos del pueblo no llegaron a diagnosticar como la enfermedad que era, por lo que Peter y los vecinos cercanos trataban de consolarla como si estuviera sufriendo el duelo temporal por la pérdida del bebé.

La siguiente vez que Mary sufrió un aborto pensó que había recibido un castigo divino por sus pecados de juventud, y eso empeoró su estado mental. En vez de consultar a un psicólogo, los Graham recurrieron al cura del pueblo, que convenció a Mary de que sus problemas para ser madre no tenían nada que ver con Dios, pero ante la insistencia de ella por cumplir una penitencia, el cura le dio la idea de convertirse en profesora de religión para redimirse.

Así, Mary empezó a estudiar en la universidad mientras Peter se unía a la renovada compañía pesquera de los Jones, de forma que ambos pausaron sus planes familiares para realizarse personalmente. Pero cuando Mary estaba a punto de terminar el tercer curso, se quedó embarazada de Margaret y abandonó sus estudios para centrarse exclusivamente en el embarazo, recluyéndose en casa para no poner en riesgo a su esperada hija.

Margaret creció rodeada de todos los privilegios que sus padres no habían podido tener, aunque Mary la educó para que no presumiera de su clase acomodada y se comportara con humildad para evitar la envidia de los demás chicos por su figura de niña milagro. Cuando Margaret empezó a ir a la escuela, Mary confió en sus suegros para que cuidaran de ella mientras retomaba su último año de carrera, y así se convirtió en la primera mujer profesora del pueblo.

En el caso de los Carlyle, Carter era el mayor de los cinco hijos de Abraham, un Marine que participó en la Segunda Guerra Mundial, y su

desatendida esposa Ann. Abraham Carlyle volvió a Dandelion Bay convertido en un héroe de guerra admirado por todos, que lo usaban como referente para educar a sus hijos, pero él mismo estaba en contra de la profesión que había tenido que tomar por imposición de su padre, por lo que intentó que sus hijos se dedicaran a profesiones más seguras.

Aún así, su primogénito estaba empeñado en seguir su carrera e incluso superarla para conseguir que su apellido hiciera historia dos veces en el pueblo y todo el país. Desoyendo a su padre, Carter ingresó en la Academia Naval, pero pronto, Martha, su novia, le anunció que estaba embarazada y le pidió que no la dejara sola con el niño tal como había hecho Abraham con Carter y su madre. Carter aceptó su nueva situación familiar y cambió la Marina por la Academia de Policía, de donde salió con un puesto asegurado en Dandelion Bay.

El nacimiento de Barbara no fue bien recibido por Carter, que esperaba formar una familia de sólo niños, tal como habían hecho su padre y abuelo. Después nació Ann, y Carter pensó que estaba siendo castigado divinamente por no haber sido un hombre decidido y haber antepuesto los deseos de su mujer a su propio sueño. Finalmente, tras muchas plegarias, y pocas semanas después de que su padre se convirtiera en el *sheriff* más joven del pueblo, nació Carter Carlyle Jr.

La historia familiar de los Graham y los Carlyle se había desarrollado casi en paralelo, ambos matrimonios eran jóvenes trabajadores, sus hijos iban juntos a clase y se llevaban bien, por lo que Margaret y Carlyle Jr. parecían destinados a estar juntos.

Cuando los Graham llegaron a casa de los Carlyle, Martha les abrió la puerta y les indicó que pasaran a la cocina directamente, sin ir a saludar al *sheriff* Carlyle, que estaba molesto por el retraso de sus invitados.

—Ya creía que no ibais a venir, estaba esperando vuestra llamada para cancelar la cena. He tenido que echarle una pastillita en la cerveza para que se relajara —dijo Martha, que empezó a sacar del horno y el frigorífico todos los platos del abundante menú que había preparado.

—Oh, por supuesto que íbamos a venir, sólo es que a Peter se le ha caído la botella de vino antes de salir y ha tardado mucho en elegir otra —respondió Mary.

—*Mea culpa*, no podíamos venir con las manos vacías y aprovecharnos de este banquete —dijo Peter, que cogió algunos platos de ensalada para llevarlos al salón, pero Mary se los quitó.

—Margaret, ve tú —dijo Mary, que cargó a su hija con más platos y la guió hacia fuera de la cocina.

Margaret avanzó lentamente por el pasillo, pensando en cómo de amplia debería ser su sonrisa y el tono de voz que usaría para saludar cuando entrara en el salón. Al *sheriff* Carlyle siempre le había caído bien, pero cuando bebía le costaba diferenciar entre amigos o enemigos y le molestaba cualquier nimiedad. En el caso de su novio, si se mostraba afectiva con él, Carlyle podría recriminarle que no fuera más dura, pero si le saludaba con un poco de indiferencia, entonces su suegro la criticaría por no apoyar lo suficiente a su hijo predilecto.

—Hola, Margaret. Aunque con la hora que es, casi debería darte las buenas noches y desear que duermas bien —dijo Carlyle cuando Margaret entró al salón, donde sólo estaba él.

—Hola, señor Carlyle. Siento el retraso, mi padre...

—No importa, si vuestro retraso tiene algo que ver con que vayas así de guapa, puedo dejarlo pasar —dijo Carlyle, que le indicó que le acercara un plato, pero al ver que sólo llevaba ensaladas, le hizo retirarse—. ¿Cuánto falta para que venga la cena de verdad?

—Enseguida vuelvo con la respuesta.

—No, no, quédate aquí, no interrumpas a los mayores. Estarán hablando de mí, criticándome, pero no importa. ¿Y tampoco estoy tan mal, no? —dijo Carlyle, que se levantó del sillón de un salto y caminó siguiendo la marca de las baldosas en línea recta hacia Margaret—. He llegado sano y salvo, tú estás de testigo.

Margaret rio la broma del *sheriff* y fue a recolocar los cubiertos para evitar la incomodidad de estar a solas con el hombre.

—Puedes dejar eso, que lo hagan Barbara y Ann, ve a llamarlas —dijo Carlyle.

—¿Dónde están?

—En su habitación, viendo la dichosa televisión. No debería habérsela comprado... ¿Es que no has pasado a saludarlas al llegar?

Margaret negó con la cabeza y Carlyle resopló disgustado.

—Esta mujer mía... en vez de acomodar a los invitados les hace trabajar como si fueran el servicio —se quejó Carlyle—. Hablando de...

La señora Carlyle y los señores Graham entraron en el salón con el resto de entrantes para la cena, y Carlyle esperó con la mano tendida hacia Peter.

—Vamos, hombre, deja que ellas se ocupen de eso —dijo Carlyle, que

estrechó la mano de Peter con fuerza—. ¿Dónde está ese vino que me prometiste?

—Oh, en la cocina, ahora vuelvo.

—No, déjalo para después, ahora siéntate —dijo Carlyle, que volvió a su sillón e indicó a Peter que se sentara en el contiguo—. Martha ¿Dónde está ese par de holgazanas?

—Arriba, en su habitación.

—Ya lo sé, lo que me pregunto es por qué no han venido aquí todavía, mira qué hora es.

—Acabo de volver a meter el cochinillo al horno, le queda menos de media hora. Si tienes hambre, aquí tienes ensalada y empanadillas —dijo Martha.

—¿Lechuga? No soy una vaca —respondió Carlyle, que entonces señaló al plato de las empanadillas para que su mujer se lo acercara.

—¿Por qué no subes a ver a Carter, Margo? —sugirió Mary.

—No, aún no va a verla, que sufra un poco —dijo Carlyle, indicándole a Margaret que se sentara.

—No creo que mantenerles separados sea adecuado, al menos por parte de Margaret, ella no ha hecho nada malo —dijo Peter, que al segundo de hablar se arrepintió de haberlo hecho. Acababa de desafiar la autoridad de Carlyle en su propia casa, y aunque éste vistiera un chándal viejo y zapatillas, no llevara puesta su placa y babeara un poco, seguía siendo incontestable.

—Tienes razón, pero es lo que hay —respondió Carlyle sin inmutarse.

—¿Entonces... puedo verle? —preguntó Margaret.

—Mejor siéntate, ya tendréis tiempo para veros después —respondió rápidamente Mary.

—¿Cómo están haciéndolo, hay algún diamante sin pulir por ahí? —preguntó Peter sobre el partido de béisbol que estaba en la tele.

—Son malos como un dolor de estómago, uno ha lanzado una bola curva que no tenía potencia ni para matar una mosca. Podrías haberlo visto si hubieras llegado antes... —respondió Carlyle, que había elegido el retraso de los Graham como el tema principal de conversación de la noche—. ¿A qué hora has vuelto del puerto?

—Antes de las cinco ya estaba en casa —respondió Peter, que empezó a comer ensalada para esquivar una conversación que seguramente terminaría siendo un monólogo de Carlyle contra los Jones, que aunque ya no vivían en el pueblo desde más de un mes antes, seguían estando en boca de todos.

—Vaya, qué considerados ¿Has tenido que pedirselo de rodillas, les has limpiado con la lengua la suela de los zapatos? —dijo Carlyle.

—Carter, por favor, no empieces de nuevo —le pidió Martha, que señaló con la cabeza a Margaret.

—¿Qué pasa, qué he dicho? No estoy mintiendo, son unos explotadores, todos lo dicen. Pregúntale a Müller, con las horas de más que pasa esperando en el muelle podría haber construido su propio barco con mondadientes.

—Nuestros turnos no coinciden, así que... personalmente, por mi parte, no puedo quejarme —dijo Peter.

—¿Habéis hablado con los Jones? —preguntó Mary.

—No hemos tenido ese placer —respondió irónico Carlyle—. Vino a vernos su intermediaria.

—La niña le dijo que estaba en el parque con la hija de Müller cuando Cooper llegó presumiendo de su cámara y Carter fue a pedirselo. Ella se negó, Carter insistió... A veces este niño no entiende el significado de la palabra «no». Müller fue a ayudar a Carter y consiguieron la cámara, la chica les persiguió, Jones fue detrás... —relató Martha. Ella sabía que su hijo tenía una personalidad diferente cuando estaba fuera de casa y había intentado corregirle, no porque le pareciera mal lo que hacía a los demás chicos, sino porque no era discreto con sus actos—. Se ha equivocado, pero no merece que un error le marque y le complique la vida en el poco tiempo que le queda en el pueblo.

—Te entiendo completamente. Todos cometimos errores de jóvenes, y si él ha pedido perdón, ha sido perdonado, y se ha perdonado a sí mismo, entonces no hay motivo para que sea señalado —dijo Mary, provocando el aplauso de su marido y la señora Carlyle.

—Deberías escribir esas sabias palabras y difundirlas, tienes toda la razón —dijo Martha, que volvió a la cocina.

—¿Entonces has hablado con Sam sobre su hija? —preguntó Mary, que se sentó en el sillón contiguo al de Carlyle.

—No, ya lo haré otro día, no estoy de humor, ni creo que él lo esté. Ya tiene suficiente con tener bajo su techo a un drogadicto y una bollera ladrona.

—Margaret, ve arriba con las chicas —dijo Peter, que guió a Margaret fuera del salón.

—¿Por qué te la llevas? La protegéis demasiado, tiene que saber cómo son las cosas de verdad ahí fuera. Sam me cae bien, pero esos hijos suyos son un problema que importa de verdad, no como las gilipolleces que haga mi hijo

—dijo Carlyle, que fue a cerrar la puerta del salón. La fina puerta de cristal no insonorizaría sus insultos, era sólo una señal para que Martha se quedara en la cocina y no le interrumpiera.

Mientras los adultos hablaban en cónclave, Margaret avanzó sigilosamente por el pasillo de la primera planta hacia la habitación de Carlyle Jr.

Ann y Barbara estaban en su habitación con la puerta abierta, viendo la televisión con el volumen elevado, y cuando vieron el reflejo de Margaret en la pantalla, esperaron a que ella agarrara el pomo de la puerta de enfrente para gritar y asustarla.

—¿Dónde crees que vas... con esa horrible horquilla de mariposas en el pelo? —preguntó Ann, que cogió a Margaret de la mano y la metió en su habitación.

—Si crees que te has vestido con tus mejores galas, tienes un problema —dijo Barbara, que le desabrochó la chaqueta a Margaret y le echó el pelo hacia atrás—. Carter ha pasado un mal día, tienes que alegrarle.

—Por favor, no me... Me gusta como estoy...

—Dejadla en paz, no es una muñeca.

Margaret se giró y vio la cabeza de Carlyle Jr. asomando por la puerta de su habitación.

—Vuelve a tu celda —ordenó Ann.

—Tengo derecho a un vis a vis —replicó Carlyle Jr., indicándole a Margaret que se acercara, pero ella le ignoró.

—¿Es que no tienes ganas de estar con él? Habéis pasado un día entero separados —dijo Barbara, que empujó a Margaret hacia el pasillo.

—Pero vuestro padre...

—No te preocupes, no se va a enterar —dijo Ann, que cogió a Margaret del brazo y la llevó dentro de la habitación de Carlyle Jr.—. Ten cuidado con él, cuando empiezan a delinquir ya no paran.

—Quererla no es un crimen —dijo Carlyle Jr., que echó a su hermana de la habitación y dejó la puerta casi cerrada.

Carlyle Jr. cogió a Margaret por la cintura, la sentó en su escritorio y empezó a besarla. Ella le correspondió desganada, deseando que Ann y Barbara entraran para interrumpirles o que la señora Carlyle les llamara para que bajaran todos al salón.

—¿Qué te pasa, por qué estás tan rígida? —preguntó Carlyle Jr., que se puso los brazos de Margaret en los hombros y se giró para que le diera un masaje.

—No es nada, sólo estoy cansada, hemos pasado todo el día haciendo limpieza general.

—En el día del señor no se trabaja, deberías haberte negado —dijo Carlyle Jr. —. ¿Sobre qué iba el sermón de Pepper de hoy?

—Sobre la preparación de la Navidad, lo importante que es respetar las fechas y cada tradición...

—Pero si aún queda un mes... ¿Me estás mintiendo?

Carlyle Jr. se giró y miró fijamente a Margaret, que lo abrazó.

—Ha hablado sobre mí, sobre los ladrones ¿Verdad?

—Tú no eres un ladrón, eres buena persona.

—¿Qué sabes de ayer?

—No importa lo que hayan dicho esas mentirosas, yo te voy a defender.

—¿Qué te han dicho que pasó? —insistió Carlyle Jr.

—Mi madre dijo que tu madre le había dicho que tú le dijiste que estabas en el parque y le pediste la cámara a Addison, pero ella no te la quiso dejar. Después Sarah Müller te ayudó a quitársela para usarla un momento, y Addison se enfadó y fue a buscar a un adulto para que os regañara —respondió convencida Margaret, que se bajó del escritorio y empezó a caminar lentamente hacia la puerta.

—Eso es exactamente lo que pasó —dijo Carlyle Jr., que volvió a coger a Margaret por la cintura y la sentó en la cama—. Todo lo demás que cuenten es mentira, son unas niñas malcriadas y envidiosas. Voy a pedir una cámara de fotos para Navidad sólo para poder hacer carteles con sus caras y practicar tiro con ellas.

—No digas eso —le recriminó Margaret.

—No es en serio, pero sí me gustaría devolverle ésta de alguna forma.

—Si te vengas será peor. Por favor, no vuelvas a meterte con ellas.

—El castigo tampoco es tan malo, estas dos semanas no tendré que madrugar, estudiar, ni hacer deberes —dijo Carlyle, que se tumbó en la cama y agarró a Margaret del brazo para que se tumbara también, pero ella sólo se giró y cogió su mano entre las suyas.

—Esto no está bien, no puedes ser tan descuidado. Prométeme que no volverás a molestarlas.

—¿Por qué?

—¿Qué vas a ganar haciéndolo?

—¿Estás defendiéndolas? —preguntó Carlyle Jr., que se levantó de un salto y fue a comprobar si sus hermanas seguían pegadas a la televisión.

—No, no me caen bien, como a ti. Solamente intento protegerte.

—Eso es justo lo que quería oír, me preocupaba quién iba a tomar el mando ahora.

—¿A qué te refieres?

—Este pueblo no se dirige solo. Las calles de las afueras, el parque, el patio del instituto... tienen que estar vigilados. Nunca había previsto quedarme fuera de juego, así que no tengo un sustituto claro. Si le digo a Reese que es mi mano derecha, entonces Lewis se molestará, y si lo hago al revés, también. Y no creo que Julian esté preparado.

—Yo-yo... no... no puedo sustituirte.

—Ya sé que vas a sentirte rara con todos esos salvajes alrededor, pero tienes que hacerlo.

—¿Quién soy yo para decirles a los chicos lo que tienen que hacer? —preguntó abrumada Margaret.

—Eres mi novia. Tú eres como la primera dama de Dandelion Bay, tienes que encargarte de mantener mi gobierno mientras yo no pueda. Además, eres la única que tendrá permiso para venir a visitarme en cuanto empiece oficialmente mi castigo. Si no estás preparada, deja que los chicos hablen y propongan, después vendrás a consultarme y les dirás mi decisión ¿Entendido? —dijo Carlyle Jr.

Margaret asintió poco convencida y fue a salir de la habitación, pero Carlyle Jr. le cortó el paso.

—¿Cómo está mi padre?

—Le ha sentado mal que llegáramos un poco tarde, pero creo que ya se le habrá pasado.

—No seas ilusa, os lo estará recordando hasta en su entierro. ¿Y mi madre?

—Está disgustada, es lo normal.

—Perfecto, eso es lo que quería.

—¿Qué? —preguntó sorprendida Margaret, que vio a Carlyle Jr. empezar a reírse y se cruzó de brazos indignada—. ¿Te parece gracioso hacer enfadar a tus padres?

—No, lo gracioso es que os lo hayáis creído. A mi padre le da igual lo que yo haga mientras nadie se entere, soy su caballo ganador.

—Querrás decir su «ojito derecho».

—Eso mismo. La cuestión es que tiene que parecer que creen que soy lo peor, que me desterrarían de la familia, y así la gente se apiadará de mí —dijo

Carlyle Jr.

La señora Carlyle llamó a gritos a sus hijos, entonces Ann y Barbara entraron en la habitación y agarraron a Margaret para llevársela.

—No olvides quiénes somos —dijo Carlyle Jr. a Margaret antes de que las chicas la obligaran a bajar las escaleras.

Capítulo 22

La conversación

Los días siguientes a la reunión de los Carlyle y los Graham, Margaret tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no echar a correr cada vez que alguien le hablaba por sorpresa. Estaba empezando a sufrir ansiedad, y aunque creía que su estado de nervios se debía a la inminencia de los exámenes antes de las vacaciones, sabía que su nueva posición en lo alto de la pirámide alimenticia de Dandelion Bay era lo que estaba consumiéndola.

Su grupo de amigas había entendido que tuviera que pasar menos tiempo con ellas para poder atender la tarea que Carlyle Jr. le había encargado, pero en secreto la criticaban por dar prioridad a su novio y las exigencias de este. Margaret sabía lo extraño que resultaba verla a ella rodeada de tantos chicos a los que apenas conocía de verdad y con los que no tenía confianza, aunque hubiera pasado media vida con ellos.

En realidad, cuando estaba ejerciendo de líder para los chicos, se limitaba a sentarse detrás de ellos e intervenía cuando sus conversaciones se volvían demasiado obscenas o sus planes de bromas eran agresivos. No estaba a gusto rodeada de Reese, Lewis y los demás, y ellos lo sabían e intentaban librarse de ella invitándola a marcharse, pero Margaret no podía incumplir su promesa, y empezaba sospechar que eso era lo que los chicos querían.

Aunque su novia estuviera presente, los amigos de Carlyle Jr. no se cortaban a la hora de criticarle o hacer bromas sobre él, pero Margaret lo veía normal porque también lo hacían cuando su líder estaba con ellos, aunque también sospechaba que la leve sublevación podía deberse a algo más. Sólo ella, su familia y los Carlyle sabían a qué se debía en realidad el castigo de Carlyle Jr., por lo que quizás los amigos del chico estaban viendo su ausencia como una oportunidad para independizarse de él ahora que ya no era intocable.

Pero en sus constantes desvaríos nerviosos, a Margaret se le había ocurrido otra posible razón de la actitud de los chicos, y es que podrían estar poniendo a prueba su lealtad. Carlyle Jr. había notado el distanciamiento de Margaret, por lo que empezaba a sospechar que ella quería dejarle.

Al final de la primera semana de castigo de Carlyle Jr., Reese le entregó a Margaret una carta que sólo debía leer su novio. Ella ya había aceptado que se había convertido en la mensajera oficial de los chicos, pero no iba a dejar que la apartaran de sus planes, y más si estos tenían como objetivo sabotear la obra de teatro del instituto para Navidad. Aprovechando que Margaret era una de las directoras de la obra, los chicos querían que ella les incluyera como ayudantes en el escenario para poder destruir progresivamente los decorados, que eran responsabilidad del club de manualidades que presidía Addison. Los chicos parecieron entrar en razón y prometieron que cambiarían de plan, pero Margaret sabía que su palabra valía poco, así que al salir de clase se apresuró para llegar a casa y abrir el sobre en secreto.

Durante el trayecto desde el instituto notó que alguien la estaba siguiendo, pero no se atrevía a girarse. Al pararse en uno de los escasos semáforos que había en el pueblo usó su espejo de mano para ver quién estaba detrás, pero no conseguía ver nada.

Cuando llegó a su calle, por fin se dio la vuelta y vio que estaba sola, pero unos pasos más adelante Trisha saltó de entre los setos y le cortó el paso.

—Tengo que hablar contigo —dijo Trisha, que avanzó hacia Margaret a la vez que ella caminaba hacia atrás para alejarse.

—¿Me has estado siguiendo? Eso es acoso, es un delito.

—Oh, sí, un delito. Tú sabes mucho de eso, sobre todo cómo encubrirlos.

Margaret corrió hacia su casa, pero Trisha la adelantó y volvió a cortarle el paso.

—Yo no quiero hablar contigo, ni siquiera respirar el mismo aire que tú. Aléjate, voy a gritar si no me dejas en paz —dijo Margaret, que esquivó a Trisha e intentó acercarse a su casa.

—No puedes seguir huyendo hacia adelante —dijo Trisha, que agarró a Margaret del brazo y la retuvo.

—Suéltame, gritaré y todos los vecinos saldrán a por ti.

—Hazlo y te arrancaré una coleta.

—Eres un salvaje.

—Y tú una niñata tonta, pero tengo que hablar contigo y vas a escucharme —dijo Trisha, que señaló hacia los árboles enfrente de la casa de Margaret.

—No voy a seguirte ahí, déjame —dijo enfadada Margaret, que se soltó de Trisha y corrió hacia la puerta de su casa.

—Sé lo que tramás con Carlyle.

Margaret se quedó con la mano parada frente al timbre y se giró.

—No sé de qué estás hablando.

—¿Estás segura? —preguntó sonriente Trisha.

—¿También has estado espiando en casa de Carter? —preguntó indignada Margaret, pero cuando Trisha se sacó del bolsillo la carta de Reese, ella palideció.

—Ya sabes qué es esto. ¿Qué pasará si se la doy al director?

—No creerá nada de lo que le digas, puedes haberla falsificado, quizás has copiado la letra de Reese —dijo Margaret, que en vez de neutralizar a Trisha, hizo que sonriera.

—Gracias por tu confesión, no sabía de quién era porque aún no la había abierto, pero ya imagino que será una carta planeando el siguiente ataque de esos lerdos. ¿Te pagan bien por ser su recadera?

Margaret corrió enfurecida hacia Trisha, le arrancó el sobre de la mano y se alejó para comprobar que las solapas seguían pegadas.

—Podemos abrirla sin que se entere —dijo Trisha, que fue hacia Margaret con un mechero encendido.

—¿Tú fumas? —preguntó asqueada Margaret.

—No, me gusta estar preparada para cualquier emergencia. ¿Qué me dices, la abrimos?

Margaret se quedó mirando la llama del mechero, dudando si debía traicionar las órdenes que había recibido. Trisha debería tenerle miedo, o al menos un poco de respeto por ser la novia de Carlyle Jr., pero no parecía temer las consecuencias de su acercamiento con ella. Quizás su aparición en la reunión que organizó Addison en el bosque le había hecho cambiar su percepción de ella y pensar que era más débil cuando no estaba rodeada de un séquito de amigas populares, y en el fondo Margaret sabía que eso era cierto.

—Si no tienes cuidado terminarás quemando el papel —dijo Margaret.

—Idiota, ya lo sé, lo que tengo que calentar es esto —dijo Trisha, que se sacó una navaja del bolsillo, provocando que Margaret retrocediera asustada —. Tranquila, no te la clavaré si te portas bien.

—Sabes que puedo gritar muy fuerte.

—Vamos, sígueme, quiero llegar a casa pronto, tengo hambre —dijo Trisha, que fue hacia el bosque enfrente de las casas y desapareció. Margaret se quedó parada en mitad de la calle, comprobó que no había nadie mirándola desde las ventanas, y fue hacia los árboles. No le agradaba estar a solas con Trisha, pero podría serle útil mantener cerca a los enemigos de su novio.

—Creía que no vendrías. Gracias —dijo Trisha, que cogió el sobre y lo

abrió cuidadosamente con el filo de su navaja candente. Cuando la nota del interior fue accesible, Margaret recuperó el sobre y leyó lo que Reese había escrito.

—¿Y bien? —preguntó Trisha, que se puso detrás de Margaret para leer la nota, pero ella se apartó y volvió a cerrar el sobre.

—No te importa, confórmate con que no le diga a nadie que vas a clase con un arma encima —respondió Margaret, que fue hacia la calle.

—No irás a ninguna parte hasta que yo no quiera —dijo Trisha, que le cortó el paso a Margaret y le ofreció su navaja—. Quédatela por ahora, como una prueba de que no busco pelea.

—No, quiero irme.

—No hasta que escuches lo que tengo que decir. No nos caemos bien, no nos conocemos, y tampoco creo que debamos, pero me das pena, de verdad.

—Yo no te he insultado.

—No te estoy insultando. Y te recuerdo que fuiste tú quien quiso pedirme perdón cuando nos encontramos con Addison y las demás.

—Pues ya no quiero pedirte perdón.

—Te comportas como una niña pequeña, por eso me das pena. Pero tienes que saber con quién te juntas. Carlyle es peligroso, y tú eres débil.

Margaret resopló enfadada e intentó pasar por al lado de Trisha, pero ella la agarró y la empujó de vuelta hacia los árboles.

—Carlyle intentó violar a Connie Jones el otro día, cuando le robó la cámara a Addison. Sarah también estaba allí, tenía que hacerles fotos, pero se rajó y no pudo.

Margaret miró boquiabierta a Trisha, que le sostuvo la mirada y se puso la mano en el lado izquierdo del pecho.

—Lo juro por mi abuela. Si miento, morirá, y es a quien más quiero en el mundo —dijo Trisha solemnemente.

Margaret intentó responder, pero no pudo decir ninguna palabra completa y con sentido.

—Cuando Addison volvió al bosque ya habían huido todos, incluso Connie. Lo sé porque yo estaba allí, escondida. Había visto a Carlyle y sus amigos, sabía que tramaban algo y los seguí.

—¿Y no hiciste nada? —preguntó Margaret horrorizada.

—Me habrían matado.

—¿Estás segura de que...?

—Sé lo que vi, y sabes que es verdad porque no es la primera vez que lo

hace. Sandy Kincaid...

—¿Qué sabes tú de eso? —preguntó temerosa Margaret, que no podía creer que Trisha hubiera descubierto el sucio secreto de Carlyle Jr.

—Addison escuchó a sus padres hablando sobre la enemistad de los Kincaid y los Carlyle por algo que Carter le hizo a Sandy cuando eran novios.

—Carter nunca fue novio de Sandy, sólo estaban conociéndose.

—Vale, fueron amantes, como quieras llamarlo. Pero intentó tener sexo con ella, y lo consiguió. ¿Me equivoco?

—Addison Cooper es una mentirosa compulsiva —fue lo único que supo responder Margaret.

—¿Ah, sí? Dime un ejemplo de sus mentiras, vamos. Todo lo que me ha dicho hasta ahora parece real. Abre los ojos, defiendes a un violador. O mejor dicho, a dos.

—Sé lo que hizo el padre Pepper, pero Carter no... —dijo Margaret con un hilo de voz.

—¿Y si Sandy empezó a sentir asco por los chicos después de lo que le hizo Carlyle y por eso sus padres la llevaron a Pepper? —preguntó Trisha, provocando que Margaret se agarrara la cabeza con las manos y negara frenéticamente—. Para, te vas a marear.

—Eso no puede ser verdad, otra vez no —dijo entre lágrimas Margaret, que se arrodilló y se tapó la cara.

—No se lo diré a nadie más, lo prometo. Pero si quieres contarlo, no al sheriff, sino a la policía de verdad, te apoyaré.

Margaret se levantó de un salto y corrió hacia la calle, pero Trisha la agarró por detrás, ella gritó, y Trisha le tapó la boca.

—Nadie puede saberlo, nunca —dijo Margaret cuando pudo liberarse de Trisha, que le dio una bofetada.

—Entonces seguirán haciéndolo ¿Es eso lo que quieres?

—Yo no soy nadie contra ellos —respondió Margaret entre lágrimas.

Trisha se quedó mirando a Margaret mientras ésta se secaba los ojos y se movía de un lado a otro para tranquilizarse, pero vio que la chica no paraba de llorar y entonces decidió abrazarla. Margaret no opuso resistencia y se agarró a ella con fuerza.

—Habla con Sandy, haz que confiese y dile que la ayudaremos a denunciar. Sólo seremos seis adolescentes contra un cura, después todo el pueblo se nos echará encima, pero la policía de verdad no se quedará quieta —dijo Trisha.

—No puedo ir a casa de Sandy, tengo que ver a Carter.

—Ni se te ocurra visitar a Carlyle, puede oler tu miedo. Ve a por Sandy, y si decide ser valiente, entonces ve al bosque que hay detrás de mi casa, estaré por allí hasta las siete y media.

—¿Y qué haremos entonces?

—Alguien me debe un favor, lo canjearé por una llamada a la policía del condado. Y ahora arréglate el pelo, levanta la cabeza y vuelve a casa —dijo Trisha, que volvió a abrazar a Margaret y corrió hacia la calle.

—¡Espera!

Trisha se giró y Margaret le dio una bofetada, pero ella no se inmutó.

—Te la debía —dijo Margaret antes de alejarse por la calle.

Después de la hora de la comida, Margaret escondió la carta para Carlyle Jr. entre un puñado de partituras y el guion para la función de Navidad, cogió una bolsa de galletas, una botella de batido de fresas, lo metió todo en su mochila, y salió de casa en busca de Sandy.

El invierno estaba en pleno apogeo, y en Dandelion Bay eso significaba estar cerca de temperaturas negativas la mayor parte del día, por lo que era poco probable que hubiera alguien en el parque a esa hora. Cuando llegó a la entrada del lugar, Margaret comprobó que allí sólo había unos cuantos chicos mayores jugando al beisbol sin ningún cuidado, así que se alejó rápidamente y fue a casa de los Kincaid, rezando para que Sandy estuviera allí.

Nadie respondió cuando Margaret tocó el timbre, y eso provocó que se le hiciera un nudo en el estómago. Los Kincaid estarían en el supermercado del que eran propietarios, y Sandy en casa de alguna amiga, así que ahora Margaret tendría que recorrer el pueblo en busca de ella.

—¿Margaret ¿Qué haces aquí?

Margaret se giró asustada y miró hacia todos lados, pero no vio a nadie. Quizás la voz de su conciencia estaba intentando hacerla entrar en razón, convencerla de que fuera a casa de Carlyle Jr. y se olvidara del complicado plan en el que se había involucrado. Pero entonces miró hacia arriba y vio que quien le había hablado era Sandy desde la ventana de su habitación.

—Bajo en un momento —dijo Sandy, provocando que Margaret se relajara, pero en cuanto la chica abrió la puerta, su pulso se disparó.

—¿Puedo pasar? Tenemos mucho de qué hablar —dijo Margaret, que intentó entrar sin ser invitada.

—Ahora mismo estoy ocupada estudiando trigonometría ¿Podrías volver otro día?

—Vamos, tómate un descanso, he traído la merienda.

—Gracias, pero no tengo hambre. ¿De qué quieres hablar exactamente?

Margaret sacó las partituras de su mochila y las agitó ante Sandy, que frunció el ceño.

—He hecho algunos cambios en los diálogos para que no sean tan parecidos a los del año pasado. Pero no son cambios nada radicales, puedes estar tranquila —dijo Margaret, que ofreció las hojas a Sandy y esperó con una amplia sonrisa a que le abriera la puerta del todo.

Sandy resopló y dejó entrar a Margaret, que subió rápidamente a la habitación de la chica y distribuyó por el suelo las partituras y el guion, dejando a un lado las galletas y el batido.

—¿Puedes traer dos vasos? —preguntó Margaret.

—No quiero beber, gracias —respondió Sandy, que se sentó frente a Margaret y revisó las anotaciones—. No hacía falta que vinieras hoy, puedo aprenderme esto el mismo día de la función.

—Ya sé que tienes buena memoria, quería saber tu opinión.

—Gracias, pero normalmente los actores no tenemos poder de decisión en la obra.

—Pero si resulta que una actriz es la mejor amiga de la directora... —dijo Margaret, sonriendo con complicidad, aunque en realidad no sintiera lo que acababa de decir. Sandy había formado parte de su grupo de amigas desde siempre, pero poco después del comienzo del último curso, sus encuentros habían disminuido y nunca coincidían a solas, por eso ahora estaban esquivándose las miradas, esperando a que la otra se despidiera y terminara el momento de incomodidad.

—No quiero cambiar nada, gracias de todas formas —dijo Sandy.

—Sé que no soy quien debería decirlo, pero... Carter quiere pedirte perdón por lo que pasó. Ha tenido mucho tiempo para pensar durante su castigo, y se ha dado cuenta de que se portó muy mal contigo —dijo Margaret.

—No quiero hablar de eso ahora, ya está olvidado. Si me dejas las hojas copiaré los cambios y te las devolveré el lunes —dijo Sandy, que se levantó y volvió a sentarse en su escritorio.

—Sólo quiero que sepas que... estoy de tu parte.

—No sé de qué estás hablando. Gracias por ser una directora responsable, pero ahora tengo que seguir estudiando.

—Vamos, Sandy... —dijo Margaret, que intentó que Sandy se girara, pero ella seguía mirando su libro—. ¿Por qué estás así conmigo? Ya apenas

hablamos. ¿Cuándo fue la última vez que viniste a una fiesta del té en casa de Cyndi, o al club de lectura de la biblia?

Sandy miró fijamente a Margaret, que le sostuvo la mirada. Sandy recogió los papeles y la merienda de Margaret y la devolvió a su mochila, fue hacia la puerta y la abrió para invitar a salir a su antigua amiga.

—¿Tienes dudas? —preguntó con voz temblorosa Margaret, que se quedó paralizada al darse cuenta de lo que acababa de atreverse a decir.

—Vete, por favor —dijo Sandy.

—Yo-yo... también... Podemos ayudarnos.

—Margaret, vete —insistió Sandy, que fue a por Margaret y la empujó hacia el pasillo.

—Sé lo que Pepper te hizo y por qué se lo permitiste.

Sandy cerró la puerta de su habitación rápidamente y señaló hacia su cama para que Margaret se sentara.

—Dos días antes de que terminaran las vacaciones estaba esperando para hablar con él, llegaron otras chicas, fueron a la parte de atrás y se asomaron por la ventana de la sacristía...

—¿Qué viste? ¿Qué visteis, quiénes más estuvieron allí?

—Addison Cooper, Connie Jones, Sarah Müller, y ese chico raro, Troy —respondió Margaret, que intentó acercarse a Sandy, pero ella la detuvo—. Podemos ayudarte a contarle, sólo tienes que venir conmigo a...

—No voy a contar nada a nadie, es mi vida, hago lo que quiero. Júrame que no volverás a hablar de esto, nunca.

—No puedo hacer eso... Apreciaba mucho al padre Pepper, pero lo que te hizo es un pecado y un delito —dijo Margaret, cada vez más nerviosa.

—Jura por Dios que nunca hablarás de esto con nadie —dijo Sandy, que cogió a Margaret por los hombros y se los apretó con fuerza.

—No, no puedo.

—Yo le quiero, quiero estar con él. En tres meses cumpliré dieciocho años y podremos estar juntos, él va a dejar la iglesia y nos iremos a otro lugar —dijo Sandy.

—¡Pero eso está mal!

—Tú no eres nadie para juzgar lo que está bien o mal. Pepper es el hombre más maravilloso e inteligente que existe, él me quiere, yo le quiero, y Dios lo sabe.

Margaret empezó a gritar presa del pánico y salió corriendo de la habitación. No sabía adónde se dirigía, pero en ese momento sólo quería huir

de Dandelion Bay.

Capítulo 23

Costumbres

Después de perder la complicidad de Sandy, Margaret deambuló por las calles hasta que decidió ir a la casa de Carlyle Jr. para entregarle la carta de su amigo. Después se quedó a cenar, olvidando que Trisha la estaba esperando. Ya había sido más valiente de lo que imaginaba que sería capaz, y no le había servido de nada, por lo que ahora su única opción para no verse afectada por lo que había pasado era actuar como si nunca lo hubiera hecho.

Semanas después, y con el permiso explícito de Margaret, los amigos de Carlyle Jr. participaron en la función de Navidad del instituto y prepararon los decorados para que se rompieran durante la representación, provocando que Addison y sus compañeros del club de manualidades fueran castigados. Margaret empezaba a ser consciente de que se estaba comportando como una mala persona por culpa de su novio, pero no podía hacer otra cosa, y de alguna forma, las víctimas de las bromas de Carlyle Jr. eran las culpables del descubrimiento de la historia de Pepper y Sandy.

Cuando los actos abusivos del cura se hicieron públicos y todos sus colaboradores, entre los que estaba Mary Graham, fueron encarcelados, Peter y Margaret se mudaron a Portland e intentaron empezar una nueva vida desde cero, pero su implicación familiar en el caso Pepper no se lo puso nada fácil. Tras declarar en contra de su esposa, Peter intentó que le incluyeran junto a su hija en un programa de protección de testigos, pero ya eran demasiado conocidos como para poder pasar desapercibidos.

Convencidos de que Peter era tan ingenuo y flojo que no podría haber estado implicado en los actos de Pepper y compañía, los maridos de las hermanas de Mary aceptaron que su cuñado empezara a trabajar como albañil en su empresa, permitiéndole recuperar el dinero que había perdido tras vaciar la cuenta familiar para pagar las indemnizaciones a las víctimas de Pepper.

Margaret no creía que pudiera reinsertarse en su nueva ciudad sin terminar siendo reconocida y repudiada, por lo que no volvió a apuntarse a un nuevo instituto para terminar su último curso. Por mediación de sus tías

consiguió un trabajo como ayudante de cocina en un comedor social, donde conoció a un estudiante de Teología que colaboraba con la iglesia como voluntario, y a los pocos meses se prometieron, esperando a casarse en cuanto Margaret cumpliera la mayoría de edad, ya que Peter se negaba a autorizar la unión de su hija con un chico que seguía la mismas férreas creencias que su exesposa.

Pronto, Margaret vio que su padre tenía razón y que su prometido sólo quería una madre para sus hijos y alguien que se ocupara de su casa, así que terminó con la relación, perdiendo la posibilidad de seguir trabajando para la iglesia por recomendación de sus tías, que repudiaron a Margaret por haber rechazado a un chico tan formal y devoto.

La soltería le duró poco a Margaret, pues Michael, un estudiante de Matemáticas amigo de su exprometido, se interesó por ella como nunca antes habían hecho sus numerosos pretendientes. Michael le consiguió un trabajo como aprendiz de secretaria en la imprenta de su padre, y para demostrarle que sólo quería ayudarla sin aprovecharse de ella como mujer, pasó varios meses en los que sólo se permitía verla una vez a la semana, hasta que ambos asumieron que no querían pasar más tiempo separados y se comprometieron.

En cuanto Michael se graduó de la universidad, compró una casa con ayuda de sus padres y celebró su ansiada boda con Margaret, que sólo tuvo a su padre en representación de toda su familia. Esta ausencia no afectó a Margaret, que tenía más que suficiente con el apoyo constante de Peter, y además, ya había empezado a formar su propia familia, ya que se casó embarazada de su primer hijo.

Mientras Michael seguía formándose para ser profesor, Margaret, ahora convertida en la señora McAdams, dedicaba su tiempo completo a su hijo, hasta que el niño cumplió dos años y ella decidió retomar sus estudios para poder graduarse del instituto, contando con la ayuda de sus cuñadas para que cuidaran del pequeño Peter.

Margaret pudo conseguir su ansiado diploma, pero se quedó embarazada antes de empezar su carrera universitaria para ser profesora de guardería. Tras el nacimiento de Sheila, Margaret se planteó no concebir más y continuar con su carrera en cuanto pudiera, y Michael estuvo de acuerdo, pero al poco tiempo se volvió a quedar embarazada.

Margaret empezó a asumir que su destino se reducía a convertirse en madre y ama de casa, pero entonces surgieron las complicaciones en el embarazo, herencia genética de su madre, y perdió al bebé pronto. Este hecho

hizo que los McAdams decidieran no aumentar más la familia, permitiéndose desarrollarse en sus profesiones.

Así, Michael llegó a ser profesor universitario a la vez que Margaret abrió junto a dos excompañeras de clase su propia guardería, alcanzando una vida tranquila y acomodada, diferente pero mucho mejor que la que había soñado desde pequeña. La estabilidad familiar continuó durante varios años más, y aunque la salida de prisión de Mary Graham y su intento de reconciliarse con su hija supuso que Margaret necesitara ayuda psicológica, los McAdams siguieron unidos y felices, tanto como para volver a intentar ser padres.

Después del nacimiento de Michael Jr., Margaret sugirió a su marido que pidiera una excedencia para acompañarla durante los primeros meses de vida del pequeño, algo que no había hecho con sus dos hijos mayores, pero Michael prefirió seguir tal como estaba, dejando que ella sola se encargara de la familia numerosa. Esto hizo a Margaret ponerse en alerta sobre su capacidad de decisión en la pareja, y viendo cómo de desigual había sido la dedicación de Michael a su proyecto común de familia, se planteó pedirle el divorcio. Ahora que tenía su propio negocio y ahorros suficientes para pagar varios meses de alquiler de una casa con espacio suficiente para sus tres hijos, nada impedía a Margaret volverse independiente del hombre.

La idea de convertirse en madre divorciada se fue disipando conforme pasaba el tiempo e iba convenciéndose de que no podía ser egoísta y perjudicar a sus hijos revolucionando una vida tan perfecta como aquella, así que Margaret antepuso su faceta de madre a su necesidad personal de liberación.

El aparente cuento de hadas que vivían los McAdams alcanzó su clímax cuando Michael ascendió a vicerrector de su facultad en la universidad de Portland y Margaret se quedó embarazada de una niña que Michael se empeñó en llamar Mary en recuerdo a su madre fallecida y su suegra, con quien se había aliado para favorecer la reconciliación fallida con Margaret.

Tras su cuarto parto, Margaret se sintió incapacitada para continuar responsabilizándose de su familia, por lo que volvió a necesitar ayuda psicológica. Ella se negaba a asumir que estaba sufriendo una depresión postparto y no quería ver a sus hijos como culpables de su incómoda vida, así que Michael intercedió para que ingresara en un sanatorio con intención de curarse cuanto antes y poder volver a su aparente vida normal.

La enfermedad pareció desaparecer, pero un año después Margaret se dio

cuenta de que nada había cambiado respecto a cómo era antes de diagnosticarse su enfermedad y aceptó que tenía que rendirse y liberarse de todas sus cargas. Después de preparar a Peter y Sheila para que fueran a clase, llevar a Michael Jr. y Mary a la guardería de la que ya no era socia propietaria, y hacer limpieza general en casa, Margaret se encerró en el cuarto de baño de su dormitorio y se dispuso a acabar con todos sus problemas.

Había contemplado la posibilidad de marcharse y divorciarse a distancia, empezar una nueva vida en otra ciudad o estado, o incluso mudarse de país, pero entonces su familia sufriría sin saber lo que había sido de ella, así que desaparecer en todos los sentidos parecía ahora la mejor opción.

Pero antes de dar el paso final llamó a un teléfono de prevención de suicidios y consultó su decisión con un desconocido que no podría juzgarla por su nombre ni su pasado en Dandelion Bay.

El hombre que la atendió, Seth, la convenció para seguir adelante y aceptó la petición de Margaret para conocerse en persona, a pesar de que pudiera estar incumpliendo las reglas de su trabajo. Él le recomendó que siguiera tratándose su enfermedad y delegara en Michael el cuidado de sus hijos, pero Margaret se creyó curada de todo mal al tener a Seth cerca, y pidió el divorcio para estar con él.

De nuevo, el poder de convicción de Michael y el peligro de desestabilizar a sus hijos hicieron que los McAdams siguieran unidos de forma oficial, pero Margaret continuó consentida y secretamente su relación con Seth, que con el paso de los años reclamó pasar más tiempo con ella, por lo que Margaret acabó con la farsa de su matrimonio y reanudó el proceso de divorcio, pero una vez más se reprimió cuando el rendimiento académico de sus hijos se resintió.

Así, Margaret pasó los siguientes diez años viviendo en bucle las mismas situaciones que le impedían conciliar su papel de madre y la relación con Seth, hasta que, actuando sólo por su bienestar, pidió el divorcio a Michael, rompió con Seth, y aceptó la indiferencia de sus hijos mayores, que ya se habían distanciado de ella después de los continuos vaivenes del matrimonio. Cuando al final del otoño de 2017 Addison la llamó para pedirle formalmente su colaboración en el libro autobiográfico que iba a escribir, Margaret estaba pasando sus últimos días en la casa familiar, pues cuando los McAdams se reunieran antes de Navidad, les comunicaría su decisión irrevocable de mudarse a casa de su padre.

Para impresionar a su amiga, Margaret limpió toda la casa, puso la

decoración de Navidad, rescató del sótano los grandes retratos de familia, y se vistió y maquilló como si fuera a desfilarse por una alfombra roja. Addison le avisó de que iba a retrasarse más de media hora por la demora de su vuelo, así que preparó un almuerzo y se sentó a ver la televisión.

Una hora después de lo previsto, Addison llamó al timbre, despertando a Margaret, que se levantó instintivamente y fue tambaleándose hacia la puerta, encontrándose a su amiga cargada con bolsas de tiendas de ropa de marca.

—Espero que hayas guardado los tickets —dijo Margaret, que recobró el sentido con un golpe de viento helado en la cara e indicó a Addison que entrara rápidamente.

—Ven a mí, el calor humano es lo mejor para descongelarse —dijo Addison, que dejó en el suelo las bolsas y fue a abrazar a Margaret.

—¿Te han secuestrado por el camino?

—El tráfico estaba paralizado por una tormenta de granizo.

—¿Estás segura de que no has perdido la noción del tiempo mientras comprabas todo eso? —preguntó desconfiada Margaret, señalando las bolsas.

—Quizás... Pero no me digas que no te gustan —dijo Addison, que empezó a vaciar las bolsas sobre el sofá y le mostró a Margaret los vestidos y blusas que le había comprado—. Terciopelo rosa con satén, lentejuelas blancas, vaqueros elásticos, casi cien por cien algodón... Y todo es de tu talla, lo sé porque he estado siguiendo tu «operación dieta» *online*.

—¿Has compartido mis vídeos con tus amigas famosas?

—Bueno, digamos que sí... Pero no creo que vayan a seguir viéndolos. Con unas horas de cirugía pierden el mismo peso que tú en un mes, no son tu nicho de audiencia adecuado. ¿Esto son nueces caramelizadas?

Addison se sirvió sola los pasteles mientras Margaret miraba la ropa que acababa de recibir. Todas las prendas eran de su estilo y estaba deseando ponérselas aunque sólo fuera para hacerse fotos con cada estilismo, pero terminaría devolviéndolo todo porque el dinero le sería más útil.

—Gracias por todo esto, has acertado de pleno, pero... ¿Dónde está la guinda del pastel? —preguntó sonriente Margaret, extendiendo las manos para que Addison le diera su contrato.

—Me he manchado con la nata, sírvete tu misma —respondió Addison, que se giró para que Margaret pudiera abrir su bolso y coger la carpeta con el contrato.

Margaret leyó rápidamente los documentos y se dispuso a firmar, pero Addison la detuvo.

—No tan rápida, aún no he visto tu material. Y de todas formas, ese no es el contrato final, sólo la autorización para incluir tu nombre y datos básicos. Tendrás que reunirte con mis asesores en las oficinas de la editorial y firmar cuando todo esté bien acordado.

—De acuerdo, de acuerdo, ahora vuelvo —dijo Margaret, que soltó su bolígrafo y subió las escaleras para ir en busca de su diario personal.

Durante los últimos años, siguiendo el consejo de Seth, Margaret había escrito su autobiografía para aclarar los recuerdos que la atormentaban y librarse de ellos. Había pensado en autopublicarlos como una especie de libro motivacional, pero no creía que su historia personal fuera atractiva para un gran público.

Margaret volvió al salón, le entregó a Addison su diario y se sentó enfrente expectante, deseando saber la opinión de una profesional sobre su libro.

—Esto no es lo que me esperaba —dijo Addison antes de terminar de leer la primera página—. Tu biografía no puede empezar en mil novecientos ochenta y nueve.

—Pero ahí empezó mi vida de verdad, lo explico claramente después. Nadie necesita saber qué solía hacer cuando tenía cinco años, y ni siquiera lo recuerdo... —replicó Margaret, que se sentó junto a Addison y cogió el diario para mostrarle las partes siguientes.

—Margaret, esto no es una biografía, es una historia basada en tu biografía. No me malinterpretes, pero has convertido tu vida en un cuento.

—Eso es justo lo que es, aunque también hay escenas de drama, más de las que me hubiera gustado. He marcado algunos capítulos porque no sé si puedes publicarlos. Mis terapeutas de la clínica me pidieron que solamente hablara de mi experiencia, no del tratamiento.

Addison cerró el diario y lo dejó en la mesa, se giró hacia Margaret y le cogió las manos.

—No puedo incluir esos textos en el libro porque no son auténticos, lo que cuentas ahí no es ni una décima parte de lo que pasó en realidad.

—Sabes que no tengo buena memoria —se excusó en tono de broma Margaret.

—Tus anécdotas son inspiradoras, pero lo que me interesa no está escrito en esas páginas.

—¿Qué más quieres que cuente?

—Todo, desde el principio, desde aquella tarde cuando nos encontramos

en la entrada de la iglesia.

—Mi psicólogo me recomendó que dejara marchar esos recuerdos, si reviviera esos tiempos estaría malgastando el dinero de cada sesión que...

—¿Tu psicólogo es Seth? ¿Sigues viéndole? —preguntó Addison, que se fijó en que Margaret ya no llevaba su alianza.

—Sólo hablamos por teléfono de vez en cuando.

—Sé que Seth, tu psicólogo actual, o los profesionales a los que hayas acudido antes son expertos de la mente humana, pero por muchas veces que les hayas contado lo que viviste, no entienden lo que supuso para ti y qué debes hacer para superar las secuelas.

—Él estaba al lado cuando despertaba de mis pesadillas, me preguntaba sobre lo que me había hecho gritar y llorar. Michael nunca lo hizo.

—¿Vas a dejar pasar esta oportunidad simplemente porque Seth te dice que no lo hagas?... ¿Alguna vez has tomado una decisión pensando solamente en ti?

—No vayas por ahí, este no es el mejor momento para tocar ese tema —dijo Margaret, que cogió la bandeja de pasteles y se sentó al lado de la chimenea.

—¿Te encuentras bien? ¿Estás... bien con tu vida?

—Supongo que sí.

—¿Entonces no has vuelto a pensar en...? ¿Has vuelto a pensar con negatividad últimamente?

Margaret no respondió y fue a la cocina para huir de la conversación que se avecinaba, pero Addison la siguió.

—No quería ofenderte, lo siento, de verdad, lo siento mucho —dijo Addison, que intentó abrazar a Margaret, pero ella la apartó y fue al lado contrario de la isla de cocina.

—Me preguntas como si tuviera por costumbre intentar morir cada cierto tiempo —dijo Margaret apenada—. Si pudiera controlar lo que hay dentro de mi cabeza, te aseguro que nunca volvería a estar triste, pero esto es la vida.

—Mírate, tienes motivos de sobra para ser feliz, tienes todo lo que necesitas y más.

—Oh, sí, cuatro hijos, un marido rico, un novio joven y guapo, una casa muy grande y bonita. Me faltan un gato persa y un *Golden Retriever* en el jardín trasero —dijo irónicamente Margaret.

—¿Puedes decirme qué te pasa? —preguntó desconcertada Addison.

Margaret miró fijamente a Addison, sin parpadear, y salió corriendo de la

cocina.

—¿Por qué huyes de mí, adónde vas? Esta es tu casa, me iré si es lo que quieres —dijo Addison, que siguió a Margaret escaleras arriba y la encontró parada frente a su armario abierto. Dentro estaban sus maletas preparadas para la primera fase de la mudanza, y cuando Addison dedujo lo que significaban, agarró a Margaret por la cintura y la sentó en la cama—. ¿Cuándo pensabas contárnoslo?

—Aún no. Me conozco bien, y aunque ya tenga escrita la versión definitiva de mi discurso de despedida, no estoy segura de que pueda llegar a abrir la puerta después de...

Addison abrazó a Margaret con fuerza y las dos lloraron en silencio hasta que el reloj de la mesita de noche alertó a Margaret de que quedaba una hora para que sus hijos volvieran, y aún tenía que hacer la comida.

—Pediré un adelanto por tu parte y así podrás pagarte un buen abogado para el divorcio —dijo Addison.

—No te preocupes por eso, todo va bien.

—No tienes por qué hacer esto sola, puedo volver cuando estés preparada para hablar con ellos, estaré en una esquina para que puedas tranquilizarte al verme, haré de mediadora si...

—Van a escucharme, quieran o no, esta vez es la última... Estoy cansada de intentar hacer lo correcto para todos y que siempre salga mal para mí. Pero se acabó, intentarlo no es suficiente, ahora sólo pensaré en mí, sé que estoy siendo egoísta, pero...

—Te va a sonar extraño, pero estoy orgullosa de ti. Quizás debería haberte dicho esto hace unos cuantos años, pero admiro de verdad todo lo que has hecho, y cómo a pesar de eso, aún conservas toda tu melena intacta y brillante —dijo Addison, que volvió a abrazar a Margaret.

—Es la magia de los tratamientos naturales. ¿Crees que a tus amigas famosas les interesarían mis velas aromáticas?

Addison negó con la cabeza y se levantó, tiró de Margaret para que la siguiera, pero ella no se movió.

—¿Quieres que pida *pizza* a domicilio? —sugirió Addison, pero Margaret negó con la cabeza y fue hasta su cómoda, de donde sacó una caja con cartas antiguas que entregó a su amiga.

—Si quieres toda la verdad, vas a necesitar eso. No las abras aún, no hasta que haya firmado el contrato. Sé lo que la gente pensará cuando lea nuestro libro, lo que mis hijos pensarán de mí. No me podrán mirar a la cara

en mucho tiempo, pero ya estoy acostumbrada a eso.

—¿Qué es esto exactamente, Margaret? —preguntó Addison al ver que el remitente de las cartas era Mary Graham.

—Transcríbelas directamente, no te molestes en censurar nada. Creo que estaré mucho más tranquila si esa parte de mi vida se cuenta a través de sus palabras y no las mías. Después de todo, ella es la mayor responsable de lo que me pasó. Pero por favor, haz que quede claro que yo nunca he estado con nadie que no fuera un hombre.

—¿De qué estás hablando?

—Aquel día, cuando me encontraste sentada en la escalinata de la iglesia, no estaba esperando al padre Pepper para hablarle de la función de Navidad. Mi madre me dijo que fuera allí para que él aclarara mis ideas. Yo pude ser una de esas chicas, yo pude ser Sandy Kincaid.

Capítulo 24

Creer

Un año después de confesar a Addison su implicación real en el caso Pepper, Margaret se disculpó con los inspectores y se giró en su silla para secarse las lágrimas y limpiarse el maquillaje corrido.

Holden sintió un poco de pena por la mujer y pensó en interrumpir el interrogatorio para darle unos minutos de descanso y dejar que se recuperara de la regresión que acababa de sufrir, pero ahora Carlyle Jr. estaba humedeciéndose los labios compulsivamente, preparándose para responder al atrevimiento de Margaret, por lo que Holden no podía dejar pasar la oportunidad de captar con la grabadora cómo su rival explotaba contra una sospechosa.

Billow se dio cuenta de que Holden estaba mirando de reojo a Carlyle Jr. a la vez que se frotaba las manos nerviosa, expectante ante la reacción del *sheriff*, y decidió ser el primero en hablar después del intenso monólogo de Margaret.

—¿Por qué no contó la verdad sobre su relación con el padre Pepper a los agentes que la interrogaron después de la detención de su madre? —preguntó Billow, que no obtuvo respuesta—. ¿No cree que habría sido de utilidad para la investigación?

—Quizás, pero para mí... solamente fue un momento de duda, estaba confusa, y mi madre quiso ayudarme de la mejor forma que sabía —respondió Margaret, que se irguió y volvió a sentarse de cara a los inspectores.

—Mary Graham conocía perfectamente los métodos del padre Pepper y aún así la incitó a visitarle, no estaba ayudándola precisamente —dijo Holden.

—Lo sé, no estoy defendiéndola, pero...

—Por supuesto que está defendiéndola, ya lo hizo en su momento al ocultar esto a los primeros investigadores —dijo Billow.

—Sí, la protegí, lo hice, pero no fue solamente por ella —reconoció Margaret desesperada—. Todo el mundo habría sabido lo que me estaba pasando, me habrían señalado con más razones.

—Entonces eligió ocultarse por vergüenza —dijo Billow, a lo que

Margaret asintió compungida—. Pero sin embargo, hace unos días estaba dispuesta a que todo se supiera.

—Han pasado treinta años, todo es más fácil ahora.

—Y también lo fue entonces, tuvo la oportunidad de contar su verdad, al igual que el resto de víctimas.

—¿Y para qué me habría servido, cómo me habría ayudado eso? Habría aumentado la condena de mi propia madre. Sí, la misma mujer que me lanzó a los brazos de un violador, pero piensen qué imagen habría dado yo, denunciarla no me habría hecho quedar como mejor persona, aunque eso fuera lo correcto. No la estaba perdonando, sólo quería que todo pasara y se olvidaran de nosotros, quería recuperar mi vida. Y sí, esas otras chicas hablaron alto y claro, pero... ¿Qué pasó después? Entraron en un programa de protección de testigos, desaparecieron, perdieron sus nombres, sus amigos, incluso sus familias.

—Familias y amigos que defendieron a quienes se aprovecharon de ellas —dijo Holden, provocando que Carlyle Jr. resoplara. El *sheriff* se había autocontrolado mientras los inspectores cuestionaban a Margaret, pero ahora estaba a punto de entrar en erupción—. Puede que le parezca que ya no tiene sentido seguir hablando de lo que no hizo, pero aún queda aclarar un asunto bastante importante y relevante para este caso. No espere otros treinta años para contar lo que sabe.

Holden sacó de debajo de sus hojas de notas el dossier con el historial delictivo de Carlyle Jr. y se lo mostró a Margaret, que titubeó y miró confusa a la inspectora.

—¿Qué es eso? Yo no tengo antecedentes.

—Lo sabemos, estas denuncias no son tuyas, sino de Carter Carlyle. ¿Por qué no habló sobre la relación de Sandy Kincaid y su exnovio? Esa información no le habría afectado a usted, incluso podría haber testificado sin identificarse.

Margaret desvió la mirada incómoda y pensó una respuesta que no pusiera a Carlyle Jr. aún más en su contra, pero ya no tenía por qué seguir mintiendo ni protegiéndole.

—No habría hecho falta decir mi nombre para que se supiera quién estaba hablando. Nadie más sabía aquello, sólo Sandy, Carter, y yo.

—¿Cómo supo de aquel episodio?

—Ninguno de los dos me lo dijo expresamente, pero... lo intuía. Trisha me dijo que Addison también lo sabía porque su padre había comentado algo

sobre la mala relación...

—Entonces está hablando de algo que no fue declarado por la supuesta víctima, y de lo que tampoco hay pruebas más allá de lo que dijera alguien que no estaba presente cuando supuestamente pasó lo que se cuenta —dijo Billow, intentando poner fin al debate sobre antiguos rumores y reconducir el interrogatorio.

—Aunque no tenga ninguna prueba más allá de su propia experiencia y algunas habladurías ¿A día de hoy, puede mantener la afirmación de que Sandy Kincaid fue abusada sexualmente por su exnovio? —dijo Holden.

Margaret asintió, provocando que Carlyle Jr. se inclinara sobre la mesa y negara con rotundidad.

—¿Puede responder con palabras? —pidió Holden expectante.

—Creo que... Sé que Carter Carlyle abusó de Sandy Kincaid —dijo Margaret, acercándose a la grabadora.

—Yo nunca te hice daño, nunca te traté mal, te respeté... —dijo Carlyle Jr., que ya no pudo contenerse más, pero recordó que estaba siendo grabado y decidió morderse la lengua para no comenzar una discusión sobre temas personales.

—Sí, Carter, tú no me trataste mal, pero...

—Carter, si quiere hacer alguna aportación personal a la investigación, estaremos encantados de escucharle, pero tendrá que ser después de quitarse el uniforme y dejar su placa fuera —dijo Holden, que miró fijamente a Carlyle Jr. a la espera de que respondiera a su invitación.

—Lo siento, no creo que sea ético abandonar mi puesto de trabajo en mitad de un interrogatorio, y ya he usado todos los días de asuntos personales que podía tener este año —respondió Carlyle Jr. con determinación, provocando que Holden frunciera el ceño. La inspectora por fin había conseguido una aliada en su contra, pero él no iba a dejar que le derrocaran tan fácilmente.

Carlyle Jr. y Holden se quedaron mirando a la nada, pensando en cómo lanzar sutilmente su siguiente ataque, mientras Margaret se movía incómoda en su silla, intentando mantenerse serena ante la mirada reprobatoria de Billow, que era incapaz de detener el conflicto patente y pretendía hacerla callar para que no siguiera dando más motivos a Holden para ir contra el *sheriff* en pleno interrogatorio. Provocar que una sospechosa no colaborara iba en contra del objetivo primordial de su trabajo, pero la situación se estaba volviendo insostenible y todo estaba siendo grabado, y además, la presión podría

provocar que Margaret dijera cosas que realmente no pensaba y la comprometieran.

—Margaret, me consta que Carter Carlyle se portó bien contigo ¿Es eso cierto? —dijo Carlyle Jr., esforzándose por mantener un tono cordial.

Holden contuvo con esfuerzo la risa irónica que le provocó el atrevimiento del *sheriff* y miró a Margaret, que estaba desconcertada.

—No tiene que responder a eso, no está relacionado con el caso —dijo Holden.

—Insisto, ¿Es cierto que usted y Carter Carlyle tuvieron una relación estable y sin discusiones? —preguntó Carlyle Jr., que se reclinó en su silla y extendió las manos hacia Margaret a la espera de la repuesta.

—Todo estaba bien —respondió casi sin voz Margaret.

—De acuerdo. ¿Tuvo Carter algún problema con Sandy Kincaid?

—Ya he hecho esa pregunta antes y he obtenido una respuesta afirmativa —interrumpió Holden.

—Creo que sí —respondió Margaret.

—Antes ha dicho que podía *confirmarlo*, ahora dice que *cree* que sí. *Creer* no es lo mismo que saber y tener constancia de algo. Está empezando a dudar, cambia de versión. Su testimonio no es fiable —dijo Carlyle Jr.

—Hasta el momento, su testimonio coincide con los que hemos obtenido de las otras interrogadas, y no encuentro ninguna contradicción alarmante —dijo Holden, mostrando a Carlyle Jr. sus notas sin dejar que las leyera.

—Inspectora, *sheriff*, creo que ya tenemos suficiente material para analizar —dijo Billow, que se levantó para apagar las grabadoras, pero al tocar la de Holden, ella agarró el aparato y le indicó con la cabeza que retrocediera.

—Me gustaría hacer una última pregunta —dijo Holden.

—¿Margaret, tuvo Carter Carlyle algún problema grave con Addison Cooper? —se apresuró a preguntar Carlyle Jr., dejando a Holden descolocada.

—No directamente...

—¿Alguna vez les vio discutir?

—Esto es de locos. ¿Cuánto tiempo más va a seguir hablando de usted mismo en tercera persona?—dijo Holden.

—Señora Graham, esto es todo por ahora —dijo Billow, que finalizó las grabaciones y fue junto a Margaret para escoltarla fuera.

—Margaret, ¿Crees que yo maté a Cooper? —preguntó Carlyle Jr., que siguió a Billow y Margaret hacia fuera del almacén.

—Señora, no responda —dijo Holden.

—¿Cómo que no responda? Estamos en un interrogatorio —se quejó Carlyle Jr.

—Está coaccionándola para que modifique sus respuestas, no puede hacer eso —dijo Holden, que le cortó el paso a Carlyle Jr. para facilitar la marcha de Margaret.

—No soy yo quien está presionándola para que me acuse de haber matado a Cooper.

—Nadie le ha acusado de nada, pero quizás sea el momento de hacerlo.

Billow vio a Holden y Carlyle Jr. peligrosamente cerca uno del otro y corrió para separarles.

Mientras, en la entrada, Margaret intentaba captar la atención de Winfrey, que tenía los auriculares puestos mientras jugaba en un moderno ordenador portátil oculto en el mostrador, por lo que no se había dado cuenta de que había fotógrafos apostados delante de la puerta de la comisaría y estaban forzando sus objetivos de larga distancia para captar la discusión del *sheriff* y la inspectora.

—¿Se puede saber qué quiere, señora? —preguntó gritando Winfrey sin quitarse los auriculares, pero en cuanto levantó la vista y vio la puerta asediada, se levantó de un salto y corrió hacia la calle para ahuyentar a los visitantes indeseados.

—¿Qué hace toda esa gente ahí fuera? ¡No pueden grabar en dependencias policiales! —dijo Holden, que fue hacia la entrada con sus esposas preparadas. Billow la siguió y le pidió que se quedara atrás mientras él se ocupaba de la situación, pero en cuanto el inspector se dio la vuelta, ella le adelantó y corrió hacia el aparcamiento para evitar que los periodistas huyeran, tal como Winfrey les había dicho.

Carlyle Jr. vio su oportunidad de ajustar cuentas con Margaret y fue hacia ella, que tenía la cabeza apoyada contra la pared del pasillo y no lo vio venir.

—¿De verdad crees que yo maté a tu amiga? —preguntó Carlyle Jr.

—Ya no sé qué pensar —respondió Margaret, que intentó acercarse a la salida, pero Carlyle Jr. le cortó el paso—. Déjame, por favor.

—Solamente intento hacer mi trabajo, y ahora eso consiste en averiguar quién mató a Cooper, pero si me señalas, el verdadero asesino va a seguir dando vueltas por ahí mientras esa mujer se ensaña conmigo.

Margaret se atrevió a mirar fijamente a Carlyle Jr. y vio que el hombre estaba realmente frustrado. Creía que se había enfadado con ella por sus confesiones, pero ahora parecía que le importaba más lo que Margaret pensara de él que el hecho de haberle inculgado.

—No puedes ablandarme, ya no. Pretendes hacerme creer que has cambiado, pero sigo viendo a aquel mismo chico. Me miras como si fuera menos que tú, me cuestionas aunque sabes que no miento. Después de todo lo que hiciste, lo que viste...

—Yo no la maté —aseveró Carlyle Jr., que vio a los inspectores y Winfrey volver a la comisaría y se alejó de Margaret—. ¿Dónde está George, qué estabais haciendo para no ver a esos comemierdas metiendo el morro aquí?

—Me he... Me he distraído mirando unos boletines. Y George está atendiendo una llamada —respondió Winfrey contrariado.

—¿Qué tipo de llamada? —preguntó Holden.

—Hace un rato se han peleado dos tíos en la entrada del hotel Valentine y querían denunciarse mutuamente —respondió Winfrey.

—Se comportan como animales... —se lamentó Billow.

—No, no son periodistas, son sus... —dijo Winfrey señalando a Margaret, que se acercó preocupada.

—¿Qué ha pasado en el hotel? ¿Quién se ha peleado? —preguntó Margaret.

—Los dos dicen que son su pareja —respondió Winfrey, provocando que Margaret se llevara las manos a la cabeza y negara horrorizada.

—Tengo que ir allí ahora mismo, cuanto antes —suplicó Margaret a los inspectores.

—Espéreme junto al coche —le indicó Holden antes de volver al almacén para recoger sus documentos y los de Billow.

Cuando Margaret volvió al hotel Valentine, los periodistas no se abalanzaron sobre el coche porque reconocieron en la distancia a Holden y prefirieron no tener más problemas con ella. La inspectora sabía que su comportamiento agresivo en la comisaría le aseguraría una imagen negativa en los medios,

pero al menos ahora podría aprovecharse de su habilidad para espantar a los curiosos, abrirle paso a Margaret hacia el edificio, y asegurarse de que nadie atosigara a la mujer después de la mañana tan difícil que había tenido.

Bajo el porche de la entrada estaban los dos agentes de reserva que Carlyle Jr. había apostado para custodiar a las amigas de Addison, pero no había rastro de George ni del coche patrulla.

Cuando llegó a la recepción allí sólo estaban Norma y su hijo, que acababa de colocar una videocámara en uno de los huecos de la estantería de las llaves, pero el piloto rojo parpadeante le delató y sólo bastó una mirada de Holden para que la apagara y la quitara.

—¿Sabe cuántas leyes de protección de intimidad y privacidad está violando al dejar que esta gente ronde por las zonas comunes con sus aparatos encendidos? Usted es la propietaria, actúe como debe —dijo Holden a Norma.

—No, señora inspectora, como ya bien sabe, aquí no les está permitido grabar, solamente llevan las cámaras como equipaje de mano —respondió Norma.

—Esto no es un avión.

Sean vio a los periodistas acercarse al hueco de las escaleras y les indicó con la cabeza que retrocedieran, pero Holden les descubrió antes de que pudieran ocultarse.

—Quédense donde están —advirtió Holden a los periodistas, y después señaló a las amigas de Margaret, que intentaban atravesar la multitud—. Déjenlas pasar.

—Barbie, ¿Está todo bien? —preguntó Trisha, que fue a abrazar a Margaret y se separó rápidamente al ver a Holden mirándola extrañada.

—¿Qué ha pasado exactamente, dónde están? —preguntó Margaret.

—Michael se ha atrincherado en tu habitación, y a Seth le he dejado descansar en la mía —respondió Trisha.

—Tengo que verles.

—No deberías subir todavía, será mejor que te relajes —le aconsejó Sarah.

—He tenido todo el viaje hasta aquí para pensar en lo que tengo que decirles, no voy a esperar más —replicó Margaret.

—¿Y qué pretendes decir? Estás temblando como un chihuahua con taquicardia —dijo Trisha.

—Sólo quiero terminar con ellos, que desaparezcan —dijo Margaret, que miró nerviosa a Holden y negó con la cabeza—. Quiero decir que voy a

terminar con nuestra relación, dejarles claro que hemos roto —añadió para evitar malentendidos.

—Iré yo, los sacaré de aquí en un minuto —dijo Connie, que empezó a subir las escaleras, pero Trisha la agarró el brazo—. Tengo experiencia despidiendo a gente, sé lo que hago.

—Señoras... —dijo Holden para hacerse notar y poder despedirse—. Deberían ir a hablar a otro lugar más apartado. Señora Williams, ¿Tiene pensado qué hará mañana?

—Supongo que mi mejor plan será hablar con ustedes —respondió Trisha, provocando que Holden asintiera conforme y se marchara.

Las cuatro amigas subieron a sus habitaciones y se detuvieron frente a la puerta de la de Margaret mientras los periodistas esperaban junto a la escalera.

—¿Es cierto que se han denunciado? —preguntó Margaret.

—Han firmado algunos papeles, pero conociendo el *modus operandi* de los agentes del pueblo, no creo que tengan efectos legales —respondió Connie.

—Se han zurrado de lo lindo, pero al menos Michael ya no tiene esa cara de gilipollas porque ahora parece un tomate mutante —dijo Trisha, que se colocó en medio de la puerta para que Margaret no pudiera llamar.

—Margaret, no tienes por qué hacerlo tú —dijo Sarah, que la agarró por los hombros para contener sus temblores.

—Debo hacerlo. Aquí, ahora —respondió Margaret, que llamó a la puerta de la habitación de Trisha para hacer salir a Seth.

Cuando la vio, el hombre intentó abrazarla, pero ella se apartó y señaló hacia la puerta contigua.

—¿Qué estáis haciendo todas aquí? —preguntó Seth.

—Protegerla. ¿Quieres que te enseñemos cómo se hace? En tu caso, la primera lección es: lárgate —dijo Connie.

—Margaret, tenemos que hablar —aseveró Seth.

—Sí, estoy de acuerdo en eso —dijo Margaret, que llamó a la puerta de su habitación. Michael abrió y se abrazó a Margaret, que no se apartó a tiempo por la conmoción al ver las heridas en la cara de su exmarido, que apenas era reconocible por los hematomas e hinchazones.

—¡TÚ! —bramó Michael al ver a Seth detrás de Margaret.

Connie y Sarah impidieron que los dos hombres se volvieran a golpear mientras Trisha llevaba a Margaret dentro de la habitación, pero ella se

resistió.

—¡Parad, los dos, parad! —ordenó Margaret, que apartó a Connie y Sarah y extendió las manos para separar a Michael y Seth. En otra vida habría disfrutado de tener a dos hombres peleando por ella, pero ahora la escena no le parecía tan disfrutable como en las películas—. Michael, Seth, entrad en mi habitación. Ni se os ocurra mover un dedo.

Los dos hombres se sostuvieron la mirada sin moverse, Margaret empujó a Michael de vuelta a la habitación y después agarró a Seth del brazo para hacerle entrar.

—Estaremos aquí mismo por si nos necesitas —dijo Trisha antes de cerrar la puerta.

Margaret se apoyó contra la pared y respiró profundamente varias veces, Michael se acercó y le tocó el vientre, ella le apartó la mano bruscamente y se dio la vuelta.

—Puedes dejar de preocuparte. Dentro de mi barriga no hay nada, sólo el desayuno, y quiero terminar esta conversación cuanto antes para poder dejarlo ir —dijo Margaret.

Michael la miró perplejo e intentó volver a tocarle el vientre, pero ella retrocedió.

—No, no estoy embarazada. Y en el milagroso y a la vez desafortunado caso de que lo hubiera estado, Seth habría sido el padre, no tú, a pesar de tus esfuerzos —dijo Margaret.

—Pero... ¿Lo has perdido?

—Sólo compré la prueba de embarazo para darme a mí misma un golpe de realidad. Tengo cuarenta y siete años, estoy empezando a sufrir la menopausia, algunos síntomas son similares a los del embarazo y pueden confundirse los primeros meses. ¿Lo has entendido ya?

Michael se llevó las manos a la cabeza y se las quitó enseguida por el dolor al tocarse las heridas, se tambaleó y se sentó en el borde de la cama sin importarle que Seth estuviera a unos centímetros de él.

—No te acomodes —dijo secamente Margaret, que cogió las maletas y bolsas de la compra de su exmarido y las dejó junto a la puerta.

—¿Qué habría pasado si te hubieras quedado embarazada? —preguntó Seth.

—No lo sé, ni quiero imaginarlo. Pero me alegro de que no pasara —dijo Margaret.

—¿Te alegras? —preguntó Seth, que se levantó y dio vueltas frente a

Margaret—. ¿Puedes explicarme qué ha pasado entre nosotros? ¿Cuál es el problema ahora? Creía que ambos estábamos de acuerdo en volver a intentarlo.

—¿Querías quedarte embarazada de él? —preguntó indignado Michael.

—¡No quería nada de ninguno de vosotros dos! —sentenció Margaret—. Lo que sea que pensarais que os unía a mí, olvidadlo, ya no somos nada, podéis iros, no me importa lo que hagáis a partir de ahora...

—Eso ya me ha quedado bastante claro, ni siquiera te has preocupado por cómo estoy después de la paliza que me ha dado este energúmeno —dijo Michael.

—Yo sólo me he defendido.

—No me importa quién empezara, los dos os habéis golpeado. Y la verdad es que tenéis lo que os merecéis, nada más —dijo Margaret con desdén.

—Él no debería haber estado aquí. Podríamos haber discutido esto a solas, no tenías por qué humillarme de esta forma —se quejó Michael.

—No hables de humillaciones, tú eres un experto en ese tema, excelentísimo doctor McAdams. Yo no he hecho venir a Seth, los dos habéis aparecido aquí por sorpresa.

—Estaba preocupado por ti —dijo Seth decepcionado. Él creía tener bajo control las decisiones de Margaret, pues su trabajo psicológico con ella le había permitido predecir su comportamiento y guiarla en la mejor dirección para mantenerla estable junto a él, haciéndole creer que sólo estando juntos estaría segura. La última vez que hablaron por teléfono, minutos antes de que Connie recogiera a Margaret en su casa para viajar a Dandelion Bay, ella se había despedido cariñosamente y le había prometido un *souvenir* de su estancia en el pueblo, pero ahora Seth no percibía ni siquiera un poco de empatía en Margaret.

—¿Estás con otro? —preguntó Michael, provocando que Margaret le mirara desconcertada—. Otro más aparte de este. Tiene que ser eso, si no, creo que deberías volver a visitar al doctor Oliver.

—No estoy loca, imbécil.

—¿Entonces qué quieres exactamente? Habíamos parado el divorcio para intentarlo de nuevo, y por lo visto también querías reconciliarte con él, pero ahora resulta que no vas a terminar con ninguno de los dos.

—No soy el trofeo de nadie.

—¿Qué te ha pasado? Necesito saberlo —dijo Seth.

—Estoy de acuerdo —añadió Michael.

Margaret miró perpleja a los dos y se agarró a una silla para tener algo que amortiguara su caída si se desvanecía durante su último discurso contra quienes hasta el momento habían sido los hombres de su vida.

—Seth, volví a mensajearte y quedar contigo porque quería tener la seguridad de que estar a tu lado no era lo correcto. Fue como... como cuando sales de casa y no recuerdas si has cerrado bien la puerta y tienes que volver para comprobarlo, entonces la abres de nuevo, la cierras con fuerza y te vas más tranquila.

Margaret vio la cara desencajada de Seth y se esforzó por contener las lágrimas, pero cuando él empezó a llorar sin ocultarse, ella sacudió la cabeza y miró a Michael.

—Y tú Michael, si aún no me he llevado todas mis cosas de casa es porque el sótano de mi padre está lleno de humedades y no tengo dinero suficiente para mandarlas arreglar ni para alquilar un trastero. Te convencí para interrumpir el divorcio de nuevo porque había empezado a quedarme sin dinero otra vez. Y si volvimos a acostarnos fue porque era lo lógico en una reconciliación, y además, no tenía muchas más opciones para desahogarme. Es inmoral, es indecente, pero no está tan mal como aprovecharte de alguien mentalmente inestable para conseguir una gran familia numerosa de la que presumir, con la que rellenar tu maravillosa casa de estilo alemán, y por supuesto, para demostrar lo bien que funciona tu herramienta.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó indignado Michael, que se puso de pie y confrontó a Margaret—. No hables de nuestros hijos como si fueran objetos.

—Ellos no lo son, pero tú me has hecho sentir como si yo lo fuera. He sido la asistente de tu casa, la niñera de tus hijos, la acompañante de tus fiestas. ¿Y qué he conseguido con eso? Voy tocando puertas de desconocidos para venderles jabones y velas caseras. Pero eso se acabó.

Margaret abrió la puerta y extendió la mano hacia el pasillo para invitar a salir a sus dos exparejas. Seth fue el primero en salir, recuperó su maleta de manos de Trisha y fue hacia las escaleras, amenazando a los periodistas para que no le siguieran.

—Vete, por favor —insistió Margaret, que dio una patada a la maleta de Michael para moverla hacia el pasillo y conseguir que su dueño reaccionara y dejara de mirarla suplicante.

Capítulo 25

Nocturnidad y alevosía

En cuanto Michael desapareció por el hueco de la escalera, Margaret corrió hacia el cuarto de baño y vomitó el copioso desayuno que había estado reteniendo en su estómago durante horas. Trisha fue a sujetarle el pelo para evitar que se lo manchara, mientras Connie y Sarah flanqueaban la puerta para evitar que los cámaras consiguieran una imagen de lo que estaba pasando dentro de la habitación. Una discusión de pareja a tres bandas sería el complemento perfecto para los reportajes del día, y más si dos de los vértices del triángulo amoroso ahora roto eran una sospechosa de asesinato y una importante figura de la universidad de Portland.

Cuando Margaret vació su estómago al completo, se levantó sin ayuda de Trisha y fue hacia el dormitorio, se tumbó boca arriba en la cama y empezó a reír nerviosa. Trisha salió del baño y empezó a aplaudir complacida, Sarah se le unió, y después de cerrar la puerta, Connie también felicitó a su amiga.

—Gracias, gracias, pero por favor, parad, siento como si alguien estuviera tocando tambores junto a mis tímpanos —dijo Margaret.

—¿Qué les has dicho? —preguntó expectante Trisha.

—No tengo ni idea... Casi no recuerdo nada. Ha sido como si estuviera en trance. Sólo he dejado salir las ideas que había amontonadas en mi cabeza.

—¿Y te ha funcionado como esperabas? —preguntó Sarah.

—Los dos se han ido sin despedirse, así que supongo que sí.

—Eso solamente quiere decir que son unos maleducados —dijo Trisha, que extendió una mano hacia Margaret—. Dame tu teléfono, voy a asegurarme de que no recaigas.

—No puedo perder todo el contacto con Michael, ¿Y si tiene una emergencia con los niños? Mary y Mickey usan su móvil para llamarme.

—¿¿Qué?! Los dos son casi mayores de edad ¿Es que no tienen un móvil propio, sólo pueden hablar contigo cuando su padre quiere? —dijo indignada Connie.

—Sí tienen sus propios móviles, pero él sabe convencerles para que me respondan o no —respondió Margaret.

—¿Cuántas veces has hablado con ellos en estos días?

—La cobertura falla, ya lo sabes —respondió huidiza Margaret.

—No, ya no, ahora puedes aprovecharte de las antenas parabólicas de las furgonetas que esos desgraciados tienen aparcadas ahí fuera. Así que eso quiere decir que ninguno de tus cuatro hijos se ha preocupado por ti mientras tú estabas acusada de asesinato.

—No eres la más indicada para juzgar relaciones entre padres e hijos —le recriminó Margaret, que se sentó apoyada en el cabecero de la cama—. ¿Cuántas veces has hablado tú con Candace recientemente?

—Le he revisado sus deberes cada noche por videoconferencia —respondió orgullosa Connie.

—Tiene dieciséis años, ¿De verdad sigues controlando cada cosa que hace? Creía que la habías metido en un internado para no tener que estar pendiente de ella.

—Eh, eh, bajad las armas, no sigáis por ahí. Ya hemos tenido suficientes discusiones por hoy —dijo Trisha, que se bajó de la cama y fue hacia la puerta—. Te traeré un poco de agua y algunas pastillas de vitaminas. Agente Müller, vigílalas.

Trisha cogió la silla junto a la puerta y salió al pasillo dispuesta a usarla como ariete para abrirse paso hacia la sala común, pero allí no había nadie más. Michael y Seth estaban despidiéndose a golpes en el aparcamiento, rodeados de toda la prensa, lo que permitió a Trisha asaltar la máquina de tortitas y saquear la nevera que Norma había instalado para sus nuevos huéspedes. Sólo necesitó unos cuantos movimientos de horquilla del pelo para abrir la cerradura y acceder a una cerveza fría por primera vez en una semana.

Mientras, Margaret había vuelto a acostarse e intentaba ignorar las preguntas de Connie sobre su interrogatorio, pero la insistencia de su amiga le impedía dormir.

—Ya te he dicho que no recuerdo nada. Na-da. Lo último que sé es que estaba desayunando y Trisha fue a buscarme, después apareció Michael... Y aquí estoy ahora.

—Estás sufriendo amnesia postraumática, no te preocupes, lo superarás —dijo Sarah.

—Y cuanto antes lo hagas mejor, así podrás decirnos por qué la inspectora estaba tan enfadada —dijo Connie.

—Oh, a eso sí puedo responder. Carter no ha parado de cuestionarla, la interrumpía sin cortarse, como si el interrogatorio fuera hacia ella —dijo

Margaret.

—Creía que lo habían dejado fuera de la investigación —dijo Sarah—. ¿Entonces has hablado de Carlyle en su propia cara? —preguntó impresionada.

—Tenía que hacerlo. Pero... no ha reaccionado como esperaba, casi parecía arrepentido...

—¿Hablas en serio? Es el mayor manipulador que existe, estaba intentando darte pena para que cerraras la boca y no le delataras delante de los federales —dijo Connie.

—Quizás, pero no he caído en su trampa —replicó Margaret—. Por momentos he tenido la sensación de que intentaba demostrar que él no es culpable de lo que le pasó a Addison.

—Era obvio que iba a intentar defenderse, pero ¿Acaso hay más opciones? Si no fue él, mandaría a cualquiera de sus ayudantes —aseveró Sarah—. Ha estado poniendo la zancadilla a los inspectores para que no pudieran avanzar. Sólo quiere distraerles, retrasarles y conseguir que pierdan el norte hasta que se rindan y cierren el caso por falta de pruebas.

—No, eso no va a pasar, Holden ya sabe a quién se enfrenta —dijo esperanzada Margaret.

—¿A qué te refieres?

—Le ha pedido que testifique, que se someta a un interrogatorio, como nosotras. Carter se ha negado, pero la duda ya está sembrada, es un sospechoso más —respondió Margaret, dejando sin palabras a Connie y Sarah, que se miraron emocionadas. Habían conseguido que su enemigo saliera herido en la lucha contra ellas y su verdad. Ahora sólo les quedaba una oportunidad para desenmascararle totalmente, pero la última combatiente de su bando era la más difícil de superar.

Trisha llamó a la puerta y Sarah fue a abrirle rápidamente, la agarró del brazo para llevarla hacia la cama, provocando que se le cayeran las latas y paquetes de bollería que llevaba.

—¿Qué pasa? Connie... ¿Estás sonriendo? —preguntó confusa Trisha—. ¿Qué os habéis fumado mientras no estaba?

—Escúchame bien, tienes que leer cada una de nuestras partes del libro, las notas de Addison también, debes memorizarlas. Cuando mañana hables con el FBI reafirmarás nuestras versiones y añadirás todo lo que sabes. Todo —ordenó Connie.

—No tienes que decirme lo que debo responder, lo sé perfectamente, me

muerdo por hacerlo —replicó Trisha.

—De acuerdo, pues ahora tienes una motivación más: Carlyle está en el punto de mira. Solamente le falta el golpe de gracia —dijo emocionada Sarah, que por primera vez en días veía la luz al final del túnel.

Trisha se quedó parada frente a sus amigas, asimilando la increíblemente buena noticia que acababan de darle.

—¡Voy ser la puta jefa que haga explotar a esa bomba de mierda con cara de cerdo! —exclamó Trisha, que empezó a dar saltos fuera de sí. Recogió las latas que se le habían caído y se las repartió a sus amigas para brindar por ellas mismas y su golpe de suerte, pero no podía ignorar el motivo por el que estaban en esa situación y pasó de la risa descontrolada a las lágrimas—. Por Addison —dijo mientras levantaba su lata de cerveza ya vacía, contagiando su nostalgia a las demás, que asintieron y se unieron al homenaje.

—Por que no haya ni un grito más entre nosotras, ni una mala mirada —añadió Sarah para no dejar que la tristeza empañara el único momento de esperanza que habían tenido desde que su semana de retiro se complicara al extremo.

Las cuatro chocaron sus latas, y mientras las demás bebían, Trisha abrió su segunda cerveza y se la bebió casi sin parar a respirar.

—¿No te estás pasando un poco? —preguntó Margaret.

—Mira quién fue a hablar, hace diez minutos has echado hasta la primera papilla y ahora estás empujando el codo como un irlandés.

—No seas racista —le recriminó Sarah.

—Soy negra, no puedo ser racista —replicó Trisha.

—La cerveza es cebada, un cereal, es digestiva —dijo Margaret.

—Hablando de bombas... ¿Cuándo pensabas decirnos que creías que estabas embarazada? —preguntó Trisha falsamente ofendida.

—Me habríais echado una bronca sobre lo irresponsable que fui y lo estúpida que sigo siendo —respondió Margaret—. Esto me ha enseñado que a partir de ahora debo usar doble protección, contra gilipollas y para prevenir sorpresas.

—¿Cómo se enteró Michael?

—Supongo que se lo diría la chica del supermercado, ella me cobró el Predictor.

—Sally... —dijo decepcionada Trisha.

—Sí, la misma chica que nos dijiste que iba a ser nuestro topo en el pueblo. Mira lo que ha provocado por irse de la lengua. ¿Acaso has vuelto a

hablar con ella desde que te juró lealtad? —se quejó Sarah.

—Vale, vale, iré a hablar con ella esta noche. Pero tampoco puede llevarse toda la culpa, sabéis cuánto duran los secretos por aquí —dijo Trisha, que recogió del suelo su botín y fue hacia la puerta—. No me esperéis a la hora de comer, estaré haciendo mis deberes para mañana. Y creo que también me saltaré la cena.

—Me dan escalofríos con solamente pensar en ello, pero te recuerdo que ahora todas dependemos de ti —dijo Connie.

Tal como le habían encomendado sus amigas, Trisha pasó el resto del día repasando el borrador completo del libro de Addison, grabándose a fuego en el cerebro las palabras de las demás, corrigiendo sus propias frases para hacerlas más concisas y demoledoras de lo que ya eran antes de saber que los inspectores habían empezado a creer en la inocencia de las amigas de la escritora y ahora desconfiaban de Carlyle Jr., el único con medios y motivos suficientes para querer librarse de Addison.

Después de devorar el paquete de perritos calientes precocinados y los sándwiches que había robado de la sala común, empezó a escribir una lista con todas las posibles preguntas que le harían el día siguiente y las ingeniosas respuestas que daría. Pronto dudó si debía afrontar el interrogatorio con un discurso preparado o responder espontáneamente, pero el dilema le duró poco, pues en cualquier caso iba a contar la verdad y lo único que cambiaría sería su forma de hablar. Conocía perfectamente a Carlyle Jr. y sabía cómo reaccionaría cuando ella empezara a relatar lo que había vivido por su culpa, y si finalmente el *sheriff* era llevado a juicio, los inspectores podrían usar la grabación del interrogatorio de Trisha como prueba de la verdadera cara del odioso hombre. Ella debía dar la mejor imagen de sí misma mientras hablaba de lo peor de lo que era capaz Carlyle Jr.

Una vez que tuvo preparadas las directrices para la mañana siguiente, y libre de la carga de conciencia después de haberse puesto al día con la redacción de la nueva versión de sus capítulos, Trisha se permitió acostarse un rato para reposar sus ideas. El cansancio acumulado y la tranquilidad por lo que estaba a punto de pasar se combinaron para hacerla dormir durante horas, y cuando despertó, ya era de noche. No le quedaba más comida ni bebida en la habitación, así que se aventuró a bajar a la recepción y pedirle a Sean que fuera a hacerle la compra al supermercado. Pensó en pedirle también que avisara a Sally para que se reuniera con ella en su habitación cuando terminara su turno, pero sabiendo cómo Norma protegía la privacidad de sus huéspedes,

no creía que su hijo se portara mejor, así que tendría que ser ella misma la que esperara a la chica y fuera a visitarla para reprobar su metedura de pata.

Cuando Sean volvió al hotel cargado de bolsas, Trisha quiso ayudarlo, pero los dos agentes apostados en la entrada no la dejaron ni atravesar el marco de la puerta. Ella se los quitó de encima y les advirtió que no volvieran a tocarla ni intentaran retenerla en contra de su voluntad, pero se retiró rápidamente de la recepción para evitar que el desencuentro llegara a más y atrajera a la prensa.

De vuelta en su habitación volvió a llenarse el estómago hasta sentirse incapaz de levantarse de la silla, saltándose por enésima vez la dieta que había empezado unas semanas antes previendo cuánto aumentaría de peso durante la Navidad. Le gustaba hacer las cosas a destiempo, inventar sus propias tradiciones y desafiar la lógica aunque sólo fuera para hacer reír a los demás por sus desvaríos. Había conservado intacto su sentido del humor a pesar de todo lo que le había pasado en menos de una semana, no había perdido las ganas de seguir sonriendo aunque sólo fuera para transmitir positividad a sus amigas.

Trisha se recostó sobre la mesa y esperó a acumular energía suficiente para hacer el esfuerzo de ponerse de pie y volver a la cama para continuar escribiendo. Escuchó cerrarse de golpe la puerta de la habitación del piso inferior y después el ruido de unos tacones, lo que significaba que ya eran las nueve y media y su vecina temporal había terminado su jornada. Conocía los horarios de los molestos huéspedes del hotel gracias al escaso grosor de las paredes y el tiempo que había pasado encerrada en aquella habitación, lo que le permitía pasearse por los pasillos sin que nadie la molestara. Se había aprendido de memoria el camino de vuelta hacia su habitación con los ojos cerrados sólo para darle algo de emoción a sus incursiones por el edificio, pero eso ya empezaba a cansarla, necesitaba más espacio, más soledad, y sobre todo, sentir el aire libre. Los escasos metros cuadrados del balcón no le eran suficientes para sentirse en el mundo exterior, aunque las vistas al mar la distraían hasta hipnotizarla y hacerle olvidar dónde estaba y por qué.

Legalmente, nada le impedía salir del hotel, aunque eso implicara pisar el pueblo que tanto odiaba. Hasta esa mañana, cuando la inspectora Holden la había citado informalmente para hablar al día siguiente, nadie le había notificado su condición de sospechosa o testigo, por lo que el aislamiento al que estaba sometida había sido autoimpuesto inconscientemente.

Los dos agentes que vigilaban el hotel terminaban su turno a las diez y

media de la noche, pero Norma se había visto obligada a cambiar las normas de entrada y salida y ahora las puertas se cerraban en cuanto los compañeros de Carlyle Jr. se marchaban, y volvían a abrirse a las siete y media de la mañana. Pero ella no necesitaba las puertas para poder salir de allí.

Trisha salió al balcón y comprobó que las luces del piso inferior estaban encendidas pero no brillaban con demasiada intensidad, por lo que las cortinas estarían cerradas, así que nadie podría verla bajando por la fachada.

Hacía años que no trepaba ni escalaba, y quizás la descarga de adrenalina del momento le jugara una mala pasada y le hiciera resbalarse, pero había encontrado la forma de escapar y tenía que intentarlo. No sabía bien adónde iría si llegaba ilesa al suelo, pero hacía demasiado frío como para desvestirse y cambiarse, así que se puso su abrigo de plumas sobre el chándal gris, cambió sus pantuflas por unas zapatillas de deporte y salió al balcón de nuevo. La barandilla de madera crujió cuando se agarró a ella, pero ignoró el sonido de mal augurio y siguió descolgándose hacia el balcón de la planta baja. Por alta que fuera, su pie no llegaba a tocar el borde de la barandilla de abajo, así que se quedó colgando hasta que decidió cerrar los ojos y saltar.

Trisha cayó sobre la tierra húmeda y rodó descontroladamente cuesta abajo hasta detenerse en mitad de la carretera. Por suerte, el pueblo estaba tan poco transitado como siempre y no había señales de que un coche se aproximara por ninguna parte. Se levantó aturdida y vio que nadie se había asomado al balcón alertado por el golpe de su caída, se sacudió el abrigo y comprobó que su móvil seguía funcionando. Ya había superado la primera parte de su plan improvisado, y ahora tenía que pensar qué haría durante sus horas de libertad furtiva.

Podría visitar su antigua casa y comprobar si seguía en pie, si los chicos del pueblo la habían destruido a su marcha, o si ella misma tendría oportunidad de derribar las paredes a patadas y así desahogarse, pero estaba demasiado lejos y no iba a malgastar su tiempo caminando.

Trisha pensó que la mejor forma de liberar el estrés era incomodar a otros, y sabía dónde podría encontrar a las personas adecuadas. Aunque era muy arriesgado, esa noche era sólo para ella, y la iba a aprovechar al máximo. Ya había bebido bastantes cervezas a lo largo del día, pero le apetecía tomarse la última en el entorno apropiado, y sólo había un bar abierto en todo el pueblo.

Cuando Trisha se asomó al ventanal lateral del bar de Tom, el hombre creyó que era la inspectora Holden, de la que tanto había oído hablar pero a la

que no conocía, y se apresuró a esconder la escopeta que tenía colgada tras la barra.

—¿Qué coño haces tú aquí? —espetó Carlyle Jr. cuando se dio la vuelta y vio a Trisha acercándose al taburete que tenía al lado.

Tom, que aún tenía la escopeta en la mano, la ocultó detrás de su espalda y miró perplejo a Carlyle Jr., sorprendido por la forma en que se había dirigido a quien él pensaba que era una agente del FBI. Los demás clientes, todos hombres vecinos del pueblo, miraron de reojo a Trisha y se fijaron en su llamativo abrigo, que les hizo sospechar. Uno de ellos fue a la barra con la excusa de pedir otra cerveza y vio que la intrusa no era Holden, y cuando la miró de cerca, pudo reconocerla.

—¿Por qué no me ha avisado nadie de que el circo había venido al pueblo? —se burló el hombre, provocando las risas de los demás.

Trisha le ignoró y golpeó en la barra para llamar la atención de Tom, pero el hombre seguía parado frente a Carlyle Jr., que se puso de pie para poder sacarse el móvil del bolsillo con más facilidad, tomándose su tiempo en hacerlo para que Trisha se acobardara y saliera del bar.

—Guarda eso. ¿Vas a llamar a la policía, la de verdad? No estoy haciendo nada ilegal, no puedes echarme —dijo desafiante Trisha, que se sentó en el taburete y golpeó en la barra otra vez.

—Tú no puedes estar aquí —dijo Carlyle Jr., que marcó el número de Billow y mostró su móvil a Trisha.

—Adelante, moléstale, le hará mucha gracia saber que he pasado por delante de los dos ogros que trabajan para ti sin que me detuvieran. Les despedirán por tu culpa.

—Sal de aquí.

—No iré a ninguna parte hasta...

—Váyase —dijo Tom sin mirarla.

—Sírname una cerveza bien fría, la pagaré, me la beberé, y después me iré. De lo contrario, tendrá que explicarles a los agentes del FBI por qué se niega a atenderme. ¿Es porque soy negra, porque soy una mujer? —dijo Trisha, provocando que Carlyle Jr. y los demás clientes se rieran descaradamente—. No tienes derecho a negarme el servicio, no veo ese cartel por ninguna parte.

Tom levantó su escopeta y sostuvo la mirada a Trisha, que no se inmutó ante la amenaza. No era la primera vez que intentaban intimidarla con un arma, y mucho menos en ese pueblo, así que se cruzó de brazos sobre la barra,

dispuesta a esperar cuanto hiciera falta hasta que la atendieran.

—¿Con o sin escupitajo? —preguntó Tom.

—Mejor ponme un whiskey doble con hielo —respondió Trisha.

—No —ordenó Carlyle Jr. a Tom, que le ignoró y sirvió su bebida a Trisha. Dos de los hombres que estaban en las mesas se sentaron en la barra junto al primero que se había levantado. Todos se estaban acercando para disfrutar del espectáculo en primera fila, y Trisha no iba a defraudarles.

—¿A qué esperas? ¿Podrás marcar para llamar con esos dedos de salchicha? —preguntó Trisha al ver que Carlyle Jr. seguía con el móvil en la mano.

—¿De verdad quieres que hablemos de salchichas?

—Seguro que sabes mucho del tema —replicó Trisha, dejando sin respuesta a Carlyle Jr., que guardó su móvil y bebió de un trago lo que quedaba en su jarra.

—Bebe más rápido, te espera el calabozo.

—Lo siento, aquí estoy más cómoda.

—No me obligues a tocarte.

—Adelante, inténtalo y verás lo que pasa. Pero ten en cuenta que estás borracho y llevas un cordón desatado —dijo Trisha, engañando a Carlyle Jr. para que mirara hacia el suelo y comprobara sus botas.

El *sheriff* resopló enfadado, chasqueó los dedos y señaló hacia la calle.

—Fuera de aquí, último aviso.

Trisha ignoró a Carlyle Jr. y empezó a beber a sorbos de su vaso de *whiskey*, provocando que su enemigo se impacientara aún más.

—Camarero, la cuenta —dijo Trisha.

—Soy el propietario. Y son veinte con setenta —respondió Tom.

—¿Veinte dólares por una copa de whiskey?

—Es viejo, muy viejo, y de importación.

Trisha se bebió de golpe todo lo que quedaba en el vaso y también lamió los cubitos de hielo. Sabía que Tom había inflado el precio para aprovecharse de ella, pero no iba a dejar que el timo fuera satisfactorio.

—Es muy barato —dijo Trisha falsamente asombrada, y entonces fue a echar mano de su bolso, pero no lo encontró. Su primer impulso fue girarse hacia todos lados para comprobar si alguien se había ido después de robárselo, pero entonces recordó que lo había dejado colgado en el perchero de su habitación del hotel. Guiada por la adrenalina y el efecto de las cervezas, había cometido la gran estupidez de salir a la calle sin bolso ni

monedero, por lo que ahora tenía un gran problema y nada de dinero.

—Vaya, me he olvidado las esposas en el coche. Volveré enseguida — dijo Carlyle Jr. con satisfacción.

—No las vas a necesitar —dijo Trisha, que se abrió el abrigo y metió la mano en el bolsillo interno, de donde sacó un billete de cincuenta dólares que agitó delante de la cara del *sheriff* y dejó sobre la barra. Aquel abrigo era su complemento más recurrente para las noches de fiesta desenfundada, por lo que siempre llevaba guardado en él dinero suficiente para pagar un taxi de vuelta a casa.

—No acepto billetes de más de veinte dólares —dijo Tom.

—Ese no es mi problema. Ponga un cartel avisando.

Tom miró a Trisha a la cara por primera vez, hizo una mueca de asco y recogió el billete con la punta de los dedos, abrió la caja registradora y la contempló unos segundos.

—No tengo cambio suficiente.

—¿Está seguro? —preguntó desafiante Trisha, que se asomó por encima de la barra, pero Tom cerró la caja registradora.

—Puedo jurarlo.

—Entonces... ponga otra ronda a todos estos chicos, se la han ganado después de un duro día de trabajo —dijo Trisha, que se bajó del taburete de un salto y salió del bar contoneándose. Acababa de tirar cincuenta dólares a la basura, pero había valido la pena por hacer que Carlyle Jr. fracasara en su intento de menospreciarla.

Un viento congelado le golpeó la cara en cuanto pisó la calle, así que aceleró el paso para volver al hotel cuanto antes. No creía que trepar por los balcones fuera tan fácil como descenderlos, y menos dado el estado de las barandillas, así que tendría que entrar por la puerta principal a no ser que despertara a cualquiera de sus amigas con una llamada de teléfono y le pidiera una cuerda hecha con sábanas para subir por ella.

De repente recordó que tampoco había cogido la llave de su habitación, así que dar la cara ante los centinelas del hotel era la única opción ahora.

Pensando que Carlyle Jr. podría enviar a cualquiera de sus aliados a por ella, decidió alejarse de la carretera principal e ir por las calles del centro del pueblo. Probablemente se perdería, pero sería mejor dar vueltas desorientada y en soledad que siendo perseguida.

Trisha llegó al final de una avenida y vio que el supermercado estaba al otro lado de la carretera. La puerta del local estaba cerrada y la persiana

metálica anclada, pero las luces aún seguían encendidas. Según su móvil, el único objeto útil que había llevado consigo en su improvisada fuga, aún faltaban veinte minutos para que Norma cerrara las puertas, por lo que todavía tenía tiempo de ajustar cuentas con Sally y volver corriendo al hotel.

No quería ser demasiado dura con la chica, pero ella le había prometido ayuda, y lejos de dársela, se había comportado como todos los demás vecinos de Dandelion Bay, hablando de los demás sin atender al daño que podría provocar.

Trisha se acercó al escaparate y se pegó al cristal para mirar dentro. Esperó allí parada hasta que vio aparecer entre unos estantes a Nicole, que estaba fregando el suelo. Golpeó el cristal para llamar su atención, pero la chica tenía puestos unos auriculares, así que Trisha fue hacia la puerta y golpeó la persiana metálica. La cajera no escuchó el ruido, pero seguramente los vecinos cercanos ya se habrían dado cuenta de que alguien intentaba entrar en el supermercado.

Unos segundos después, Sally abrió la puerta automática y apuntó con la linterna de su móvil a la cara de Trisha.

—¿Trisha, qué haces tú aquí, cómo has podido...?

—¿Puedes abrir la puerta? Tengo que hablar contigo —pidió Trisha.

—No, no puedo abrir, el supermercado ya está cerrado.

—No voy a comprar nada, sólo quiero hablar contigo. Déjame entrar un momento, aquí fuera hace frío.

—Tengo que limpiar la cinta transportadora...

—¿Sally, qué está pasando? —preguntó Nicole desde la distancia.

—Trisha, tienes que volver al hotel, no pueden verte en la calle ¿Cómo te has escapado? —dijo preocupada Sally.

—¿Por qué le dijiste al exmarido de Margaret que estaba embarazada?

—Yo no...

—No me mientas, solamente lo sabías tú. Creía que ibas a ayudarnos. Me has decepcionado más que cualquiera de los bastardos carroñeros que vive en este agujero de mierda...

—Oh, Dios mío, ¿Estás borracha? —preguntó Sally, que indicó a Nicole que se quedara atrás, pero su compañera la ignoró—. No puedes estar en la calle a estas horas, no es seguro, y menos en este estado.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Vas a robarnos, no tienes suficiente con haber matado a tu amiga? —espetó Nicole, que marcó el número de la policía en su móvil, pero Sally se lo quitó—. ¿Qué cojones estás haciendo? Devuélvemelo.

—No llames, por favor, no hay ningún problema —pidió Sally.

—No me importa, deja que llame, acabo de estar en el bar con Carlyle y hemos hecho las paces —dijo Trisha.

—Me alegro mucho, pero ahora tienes que marcharte, de verdad. Siéntate en el bordillo y espérame, saldré enseguida, sólo dame cinco minutos y te acompañaré de vuelta al hotel ¿Vale? —dijo Sally.

—No me iré hasta que cumplas con tu palabra y me digas algo útil. Admirabas a Addison ¿No? Pues haz como ella y atrévete a decir lo que sabes. Vamos, habla, sé diferente.

Nicole recuperó su móvil de manos de Sally y llamó a Carlyle Jr., que respondió al instante, y puso el altavoz.

—¿Necesitas compañía esta noche? —preguntó Carlyle Jr.

—Oh, sí, ven al supermercado, tengo un regalo para ti. Y date prisa, aún puede escaparse —respondió Nicole.

—¿Eres una de sus pequeñas zorras, no? —preguntó Trisha.

—¿Quién está ahí? —preguntó Carlyle Jr.

—Ven aquí y lo verás, haz caso a tu zorrita —respondió Trisha.

Nicole empujó a Sally, le quitó el manojito de llaves del supermercado y buscó la llave de la puerta de seguridad. Trisha golpeó la persiana metálica para evitar que la cajera abriera el candado, pero no pudo conseguirlo, y Nicole pasó por debajo y se lanzó a por ella. Sally se metió en medio de la pelea para agarrar a su compañera y alejarla de Trisha, pero se llevó un puñetazo en la nariz y se quedó aturdida.

Pelearse con una cajera de supermercado no era la mejor forma de terminar esa noche tan especial, pero Nicole había sido la primera en golpear y Trisha sólo se estaba defendiendo, y de paso, liberando todo el estrés acumulado.

De repente, Trisha escuchó un disparo y se quedó quieta, lo que permitió a Nicole pegarle un puñetazo en el ojo.

—Vaya, vaya... vaya —dijo Carlyle Jr. muy animado cuando se acercó a Trisha y la vio en el suelo.

Sally se puso frente a Carlyle Jr. e intentó que retrocediera, pero él señaló con su pistola a un lado para que se apartara.

—Por favor, sólo quería hablar conmigo y se ha puesto nerviosa.

—Intento de hurto, agresión, desorden público... va a quedar muy bien en tu historial —dijo Carlyle Jr., que hizo girar las esposas en su dedo y apuntó a Trisha con la pistola—. Levántate, pedazo de mierda.

Cuando Sally ayudó a Trisha a ponerse en pie, ella intentó golpear a Carlyle Jr. en la entrepierna, pero él se apartó a tiempo y se echó a reír.

—¿Ahora también quieres atentar contra la autoridad?

—Sólo eres un hijo de perra con una placa —respondió Trisha.

Carlyle Jr. enfundó su pistola y agarró a Trisha del brazo, se lo retorció y la esposó sin que ella opusiera resistencia.

—Sally, tú lo has visto todo, más te vale contarlo —dijo Trisha antes de entrar en la parte trasera del coche patrulla.

—Ni una palabra a nadie —advirtió Carlyle Jr. a Sally.

—Pero Nicole ha golpeado primero...

—No me enfades —la amenazó Carlyle Jr., que fue a darle una palmada en el culo a Nicole, se subió al coche y pisó el acelerador.

—¿De dónde sacas el dinero para mantenerla? Parece inteligente, tiene personalidad y le sobra carácter. Debe de salirte muy caro convencerla para que siga acostándose contigo —dijo Trisha. La comisaría no estaba muy lejos, y Carlyle Jr. conducía a máxima velocidad, por lo que ella tenía poco tiempo para intentar escapar. Si seguía provocándole y conseguía que se distrajera de la carretera, el coche terminaría saliéndose del carril, pero también se arriesgaba a que Carlyle Jr. le disparara en un arrebato de furia—. ¿Te das cuenta de que estás conduciendo borracho? No vas a poder ocultar esto, el alcohol no desaparecerá de tu sangre hasta dentro de diez horas al menos. Aunque no sé si el metabolismo de los cerdos de tu raza funciona igual que el de las personas.

—Cierra la boca.

—Págame. Págame y no le diré nada a tu mujer.

—Ya lo sabe.

—Pobre de ella. No sé cuánto tiempo habrá estado soportándote, pero no tendrá que hacerlo por mucho más tiempo, te lo aseguro.

—No me va a dejar, nadie me va a dejar. Es una cuestión de honor ¿Sabes lo que es eso?

—¿Honor? ¿Una cornuda y una amante, con honor? —se burló Trisha.

—¡CÁLLATE!

—Oblígame.

El coche patrulla dio un salto y Carlyle Jr. frenó en seco. Había pasado por encima del bordillo que delimitaba la zona del aparcamiento de la comisaría y tenía las dos ruedas delanteras en el barro, así que dio marcha atrás, provocando que el bastidor rozara con los ladrillos.

—¡Sigue, sigue, ya queda poco para que lo rompas! —le animó Trisha.

—Si abres la boca una sola vez más te dispararé —amenazó Carlyle Jr.

—¿No prefieres romperme la cabeza contra una roca y después ahogarme?

Carlyle Jr. se bajó del coche y sacó a Trisha con un tirón que hizo perder el equilibrio a ambos. Trisha trastabilló y cayó de cara contra el suelo, raspándose la cara contra el asfalto.

—Una agresión policial, machista, racista, transfóbica... Veamos quién comete más delitos esta noche —dijo Trisha mientras intentaba ponerse de pie sin poder usar las manos. Carlyle Jr. la agarró del pelo para obligarla a levantarse, y ella respondió dándole una patada que lo derribó—. Vamos, revuélcate en el barro, cerdo asqueroso. ¿Lo estás disfrutando?

Carlyle Jr. clavó el cañón de su pistola en el cuello de Trisha y la levantó a la fuerza, la arrastró hasta la puerta de la comisaría y la lanzó de nuevo contra el suelo.

—¿Has estado deseando que llegara este momento treinta putos años, verdad? —preguntó Trisha.

—Ni te lo imaginas.

Carlyle Jr. rebuscó en su manojito de llaves la de la comisaría, pero cuando fue a introducirla en la cerradura, se le cayó. Trisha cogió las llaves, pero Carlyle Jr. le pisó las manos para que las soltara.

—Gritas como una mujer —dijo Carlyle Jr., que recuperó sus llaves y abrió la puerta.

Ignorando el dolor, Trisha comprobó que podía seguir moviendo todos los dedos y se encogió para hacer creer a Carlyle Jr. que ya estaba noqueada, y cuando él se acercó, levantó los puños y le golpeó directo en la entrepierna.

—Así que quieres jugar... De acuerdo —dijo Carlyle Jr. intentando mantener el tipo y no perder la consciencia por el dolor.

Carlyle Jr. agarró a Trisha por los pies y la arrastró hacia dentro de la comisaría. Ella intentó agarrarse a las esquinas de las paredes, las puertas y las sillas, pero él estaba usando la fuerza bruta y la llevó hasta la zona de despachos rápidamente. El *sheriff* levantó a Trisha y la tiró sobre su escritorio, y cuando ella se dio la vuelta para volver a golpearle, él le agarró la cara y la besó.

Trisha golpeó de nuevo en la entrepierna a Carlyle Jr., y cuando éste se agachó dolorido, ella volvió a golpearle en la cara y lo tiró al suelo. Trisha se puso sobre él y le agarró el cuello, pero cuando empezó a apretar, él no se

resistió ni peleó, sino que la miró fijamente y pareció sonreír.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Trisha desconcertada, y entonces se dio cuenta de que el hombre estaba disfrutando de la situación.

Carlyle Jr. agarró a Trisha y la hizo caer a su lado, se puso sobre ella y volvió a besarla. Ella intentó quitárselo de encima, pero pesaba demasiado. Empezó a agitarse para evitar que le bajara el pantalón, pero no funcionó, entonces le pidió que esperara.

—Deja que me dé la vuelta —dijo Trisha, consiguiendo que Carlyle Jr. se estuviera quieto y se separara un poco de ella.

—Buena idea.

Trisha agarró el ordenador portátil de Carlyle Jr. sobre su escritorio y lo lanzó contra la cabeza de su propietario, que perdió el conocimiento y cayó redondo al suelo.

Capítulo 26

El día de mañana

A la mañana siguiente de su paseo furtivo por el pueblo, Trisha despertó en el borde de la cama de su habitación de hotel. Alguien llamó a la puerta y ella se levantó, pero sólo para cerrar las cortinas y volver a tumbarse en una zona más segura y cómoda del colchón.

Norma abrió la puerta, Trisha hundió la cabeza en la almohada y le gritó que se fuera.

—¿Trisha Williams? —preguntó una voz masculina junto a ella.

—Todavía no ha revivido —respondió Trisha.

—Levántese y acompáñenos —dijo otro visitante desconocido.

Trisha se puso boca arriba y vio que a ambos lados de la cama había dos hombres vestidos de negro total. No tenían cara de buenos amigos y parecían estar compungidos a la vez que enfadados.

—No nos obligue a repetírselo —advirtió el hombre que estaba más cerca de ella, que le mostró su placa de agente del FBI.

—¿A qué viene este despliegue de medios? Ya le dije a Holden que hablaría con ella hoy, no necesita presionarme.

—¡Trisha, no contestes! —gritó Sarah desde el pasillo.

—Señora, guarde silencio —ordenó alguien desde la puerta de la habitación.

—¿Qué está pasando? ¡¿Sarah, qué...?!

Los agentes impidieron que Trisha saltara de la cama y la esposaron rápidamente.

Si aquellos hombres estaban allí para detenerla por su pelea con Carlyle Jr., eso significaba que su duro esfuerzo por generar pruebas de su inocencia respecto a lo que le había pasado al *sheriff* había sido en vano.

Después de dejarle inconsciente, Trisha había arrastrado a Carlyle Jr. hasta detrás de su escritorio para ahorrarse a sus compañeros y los inspectores del FBI que se encontraran directamente con la escena que iba a montar.

Desnudó al *sheriff* y esparció su ropa por todo el despacho, se quitó la ropa interior y la dejó bajo Carlyle Jr., después se arrancó unos cuantos

mechones de pelo con la mano del hombre. Carlyle Jr. había querido traspasar los límites con ella, y Trisha iba a hacerle creer a él y a todos que lo había conseguido.

Aprovechando que tenía la comisaría entera para ella sola y todas las llaves del lugar, Trisha registró los cajones del escritorio del *sheriff* y encontró una copia sin censurar de los archivos del caso Pepper. Aquellos documentos iban a ser la guinda en el pastel para el libro de Addison, pero no era el único tesoro escondido que Carlyle Jr. tenía allí.

En el cajón también había una hoja casi desintegrada con una lista de nombres, direcciones y números de contacto de todas las personas que habían testificado contra Pepper y sus cómplices. Al darle la vuelta no reconoció a quienes aparecían en la lista, pero sí la letra de Addison. Su amiga había conseguido encontrar a los testigos ocultos de Dandelion Bay.

Trisha estaba demasiado emocionada y ebria como para pensar lo importante que era su hallazgo, así que cogió el dossier sobre Pepper y la lista para llevárselos, comprobó que Carlyle Jr. seguía teniendo pulso, rompió el móvil de él contra el suelo, arrancó los cables de los teléfonos fijos, salió de la comisaría y cerró la puerta con llave, dejó el manajo de llaves en el suelo y se marchó. Todas las ventanas del edificio tenían barrotes, así que en el improbable caso de que el *sheriff* se despertara por sí mismo, no podría salir de allí si nadie le liberaba.

De vuelta en el hotel, la barandilla del primer balcón que escaló no se rompió, pero ella perdió el equilibrio y cayó hacia dentro, despertando a los periodistas, que a su vez despertaron a Norma.

Ahora la propietaria del hotel no podía esconder su satisfacción ante el inesperado giro que había dado la investigación. Había aparecido otro cadáver en Dandelion Bay, y eso significaba que el pueblo iba a estar más vivo y bullicioso que nunca.

Los agentes leyeron sus derechos a Trisha y la sacaron de la habitación, pero apenas pudieron dar un paso por el pasillo. Connie y Sarah habían ignorado la orden de permanecer en sus habitaciones con la puerta cerrada y ahora estaban peleando con los agentes de la policía del condado para llegar hasta Trisha. Margaret también se había sumado al motín, pero usando sus gritos de indignación para aturdir a los agentes.

Las zonas comunes del hotel estaban inusualmente desiertas de periodistas y cámaras, ya que ahora los medios inundaban el aparcamiento a la espera de ver salir esposada a la sospechosa de los asesinatos de Addison Cooper y el

inspector Phil Billow.

Poco antes de las ocho de la mañana, cuando Holden y Billow debían ir a la comisaría para preparar el interrogatorio de Trisha, la inspectora fue en busca de su compañero, que aún no había vuelto después de salir a correr por el pueblo. Holden condujo a lo largo de la carretera principal y preguntó a algunos vecinos si habían visto a Billow, pero ninguno pudo ayudarla, así que decidió ir a la comisaría y aprovechar la cobertura de la zona para llamarle.

Cuando llegó allí se encontró las llaves del *sheriff* tiradas en la escalinata de entrada y a Carlyle Jr. golpeando la puerta desesperado. Holden supuso que el hombre había usado su lugar de trabajo como picadero en una noche de borrachera, así que dejó que se marchara para sufrir la resaca en casa, permitiéndole a ella interrogar tranquilamente a Trisha. Pero la tranquilidad de Holden duró muy poco.

A la vez que Carlyle Jr. salía del aparcamiento dando bandazos con su coche, George llegaba con el suyo a toda velocidad para decirle a Holden que Billow había sido encontrado muerto en la playa.

Al llegar al lugar la inspectora comprobó que se trataba de la misma playa donde Addison Cooper había sido asesinada. Billow solía ir allí para correr por las largas escaleras de madera que llevaban desde la carretera hasta la arena, y esas mismas escaleras parecían la causa de su muerte, dado los numerosos peldaños que ahora estaban partidos. Pero cuando Holden se acercó y vio que su compañero tenía dos heridas de bala en la cabeza, supo que aquello no había sido un accidente.

Holden no supo cómo reaccionar y se quedó junto al cadáver de su compañero y amigo, amenazando con su arma a quien se acercara. Tenía que impedir que la escena del crimen fuera contaminada aún más y se llenara de cámaras, que aún así rodearon la cala desde lo alto del acantilado. Cuando Winfrey llegó para respaldar a Holden, George volvió a comisaría para avisar a la oficina del FBI en Portland de lo que acababa de pasar.

Dos horas y media después, cuatro coches y un furgón repletos de agentes federales llegaron a Dandelion Bay preparados para imponer el estado de excepción. Los agentes de refuerzo intentaron que Holden se marchara del pueblo, pero ella se resistió y volvió a la comisaría para unirse al operativo, y allí se encontró con Norma.

La mujer contó que la noche anterior había tenido que ayudar a Trisha a volver a su habitación después de que cayera borracha desde su balcón al de la planta inferior, y horas después, por la mañana, minutos antes de que

llegaran los agentes vigilantes, Trisha había aparecido en la puerta principal y Norma había tenido que dejarla entrar bajo amenazas.

Holden se creyó la historia que Norma había inventado con la complicidad de Carlyle Jr., por eso ahora Trisha estaba en el calabozo. La inspectora ya habría empezado a interrogarla, pero no había podido negarse a pasar una prueba psicológica y someterse a un sinfín de pruebas médicas para asegurarse de que el estrés no hubiera afectado a su embarazo.

El ginecólogo estuvo a punto de decirle a Holden el sexo de su bebé, pero ella le cortó antes de que pudiera darle la noticia que tanto había esperado. Los días que había pasado en Dandelion Bay le habían hecho cambiar su forma de pensar, y ahora temía que estuviera cometiendo el mayor error de su vida.

Después de pasar casi veinte años intentando conciliar su trabajo con su vida privada, Holden se había dado cuenta de que no estaba preparada para vivir en el mundo real que se presentaba ante ella tras desprenderse de su uniforme y su placa, y creía que sus esfuerzos para mejorar ese mundo habían sido inútiles. Toda su carrera había estado enfocada a conseguir un cambio, primero en su barrio, en su ciudad, después en el condado, y así progresivamente, siempre creyendo que por mínimo que fuera el efecto de su aportación, valía la pena seguir luchando.

Ella, la mayor de cuatro hermanos de una familia de clase baja de Portland, se había desmarcado demasiado pronto del camino usual hacia el matrimonio y la maternidad, lo que provocó que se convirtiera en la oveja negra de la familia sólo por querer convertirse en agente de policía. Los Holden no creían que una mujer negra pudiera ni debiera cambiar de bando, pues los agentes de la ley eran considerados enemigos en su comunidad. Pero Jaye siguió su propio instinto y cumplió su sueño, el mismo que ahora parecía no tener sentido.

Después de lo que había visto y escuchado en aquel pueblo, Holden no estaba segura de querer traer al mundo a un ser inocente que algún día tuviera que soportar lo mismo que ella o Addison Cooper y sus amigas. El pueblo de Dandelion Bay y la ciudad de Portland eran dos lugares muy diferentes, pero en el fondo seguían teniendo los mismos problemas. Si su bebé era una niña, se esforzaría por defenderla y ayudarla hasta que pudiera sostenerse por sí misma, y si era un niño, haría todo lo posible para que no se convirtiera en nada parecido a Carlyle Jr., pero tenía claro que independientemente de su sexo, iba a criar a una buena persona, justo como la que acababa de morir.

Quizás su oscuro pensamiento era algo pasajero provocado por sus hormonas alteradas, como le habría dicho Billow, pero no podía evitar pensar que su difunto compañero también tenía parte de responsabilidad en su situación. No iba a culparle de su propia muerte, pero podría haber notado la presencia de su asesino si no hubiera llevado puestos sus auriculares, escuchando su ruidosa música *rock* a todo volumen. Billow se había empeñado en seguir con su vida normal, y eso había facilitado su muerte. Era un error pensar que todo seguía igual para él una vez que terminara su jornada laboral.

El inspector dejaba atrás a su esposa e hija, pero también a Holden sola con Carlyle Jr. Los superiores del FBI querían que Holden se retirara del caso por su implicación personal, pero ella, respaldada por sus informes médicos positivos, les había convencido para seguir codirigiendo la investigación, ya que su experiencia en el pueblo era la mejor baza con la que podían contar ahora.

Al día siguiente de la muerte de Billow, Holden y su renovado y ampliado equipo volvieron a la comisaría dispuestos a arrinconar a Trisha y desenmascararla como una asesina en serie en potencia, pero primero tenían que resolver una cuenta pendiente con Carlyle Jr.

El *sheriff* entró en la zona de despachos, ahora sitiada por el FBI, y fue directo hacia Holden para darle el pésame. Carlyle Jr. se presentó a cada uno de los agentes y les estrechó la mano, pero cuando se abrió paso para sentarse en su escritorio y presidir la reunión, vio que encima había varias bolsas de pruebas.

—¿Les importa si despejo esto un poco? —preguntó Carlyle Jr.

—¿No va a examinar las pruebas? —replicó Holden.

Carlyle Jr. se fijó en el contenido de las bolsas y vio que eran objetos pertenecientes a él y que deberían estar guardados bajo llave. Los antiguos archivos del caso Pepper, la nota que Norma robó de la habitación de Addison, sus botes de anabolizantes, e incluso algunas piezas de ropa interior de sus conquistas pasadas estaban ahora a la vista de todos, y sólo por su culpa.

La mañana anterior, cuando despertó encerrado en la comisaría, incapaz de recordar cómo había llegado hasta allí y qué había pasado con Trisha, y sin saber que ella había registrado sus cajones, se apresuró a vestirse para volver a casa e impedir que su esposa abandonara el pueblo, tal como había amenazado con hacer si él volvía a pasar una noche fuera, ya fuera por estar en

el bar hasta el amanecer o con sus amantes. Carlyle Jr. podría vivir sin ella, pero sabía que ninguna otra mujer, por mucho que le pagara, podría soportarle en la vida diaria, y la soledad era algo para lo que él no estaba preparado.

—¿Cómo han conseguido todas estas cosas, de dónde las han sacado? —preguntó Carlyle Jr.

—Sabe perfectamente dónde estaban —respondió Holden.

—No queríamos tener que llegar a este punto, pero... —dijo el inspector Hayne, que avanzó hacia el escritorio.

—No sé qué está pasando y eso es algo que no me gusta nada —dijo Carlyle Jr. —. Todos estos objetos estaban almacenados y protegidos por una cerradura que se abre con una llave que solamente tengo yo, por lo que la única forma de que ustedes hayan...

Holden puso una orden de registro frente a la cara de Carlyle Jr., que cogió el papel con brusquedad y no necesitó leerlo para saber de qué se trataba.

—Acaba de reconocer la propiedad de esos objetos, lo que significa que también reconoce haber extraído y ocultado pruebas relacionadas con el asesinato de Addison Cooper —dijo Hayne, que cogió la bolsa que contenía el móvil de Addison y la agitó ante Carlyle Jr.—. Esto es un delito.

—Yo no robé ese teléfono.

—Sabe que lo hizo. Lo encontraron junto al resto de cosas que Trisha Williams robó de sus cajones hace dos noches.

—¿De qué está hablando? —preguntó atónito Carlyle Jr.

—Recuerdo que usted dijo que ya no podía tomarse más días de descanso, pero aun así lo ha hecho, y lo entiendo, pero se ha perdido demasiadas cosas en estas últimas veinticuatro horas, y ahora mismo no tenemos tiempo para ponerle al día —dijo Holden, que entregó a Carlyle Jr. una carpeta de documentos y fue a abrir la puerta para invitarle a salir.

—No puedes apartarme del caso. No puedes cesarme —dijo Carlyle Jr. intentando contener su rabia. Holden había conseguido que le apartaran indefinidamente de su cargo, y al parecer, todo gracias a Trisha—. Esta es mi comisaría, no puedes echarme.

—Si quiere discutir los términos de su situación actual, puede llamar al número que aparece en la última página. Pero no se preocupe, no vamos a echarle de aquí —dijo Holden.

El inspector Hayne avanzó hacia Carlyle Jr. dispuesto a ponerle las esposas, pero el ahora depuesto *sheriff* se puso tras su escritorio y leyó los

documentos que Holden le había dado.

—¡Yo no violé a ese monstruo! Estaba borracho, no loco.

—Te conozco, Carter, todos te conocen. Tú eres el único monstruo aquí —dijo Holden. Por fin había podido hablar desde las entrañas y decirle a Carlyle Jr. a la cara lo que pensaba de él. Los seis agentes que estaban alrededor de ella le habían dado la seguridad para enfrentarse sin barreras a su enemigo, pero no era lo único que la respaldaba en su toma de poder sobre la ley de Dandelion Bay.

Mientras Carlyle Jr. había estado aislado en su casa, reponiéndose de su última fiesta, la comisaría que acababa de perder había sido escenario de algunas conversaciones que habían terminado con la detención de Norma Valentine y los agentes George y Winfrey.

Después de que Trisha fuera detenida, Sally salió en su defensa y relató a Hayne lo que había pasado durante la noche anterior. Según ella, a las siete de la mañana, antes de que saliera hacia el supermercado, visitó a Trisha en su habitación y le pidió disculpas por no haber podido ayudarla durante la pelea con Nicole. Trisha estaba aturdida y apenas podía articular palabra, así que en su estado era imposible que hubiera podido volver a huir por el balcón sin haberse lesionado, recorrer en menos de media hora la amplia distancia hacia la playa, asesinar a Billow y volver antes de que aparecieran los centinelas del hotel.

El testimonio de la chica parecía creíble, pero tenía en su contra la versión de Norma y los dos agentes de policía, aunque no por mucho tiempo.

Debbie Carlyle, la pronto exesposa del *sheriff*, decidió interceder a favor de la verdad y contar lo que había hecho su marido. Cuando Carlyle Jr. llegó a su casa después de ser liberado de la comisaría, Debbie le informó de la muerte de Billow, y él, en vez de volver al trabajo, decidió aprovechar la situación para librarse de Trisha. Debbie exigió una explicación a la desaparición nocturna de Carlyle Jr., pero él estaba ocupado llamando a Norma, así que ella fingió salir de casa y escuchó a escondidas la conversación del *sheriff* con su amante. Los dos inventaron una línea temporal que convirtiera a Trisha en la sospechosa perfecta de asesinato, y respaldados por los dos agentes de reserva, la transmitieron al FBI.

Cuando Holden supo de la trama planeada por Carlyle Jr. y sus aliados, pensó que el *sheriff* se había encerrado por voluntad propia en la comisaría para asegurarse una coartada ante la muerte de Billow, y aunque Trisha reconoció ser la responsable del encierro de Carlyle Jr., ahora todo le parecía

posible teniendo en cuenta la perversa mente del hombre. Carlyle Jr. podría haber escapado de la comisaría de alguna forma y volver allí después de asesinar a Billow, siempre con la ayuda de George y Winfrey, que también podrían ser los asesinos por encargo del *sheriff*.

Los testimonios de Sally y Debbie Carlyle, la confesión de los agentes de reserva y todas las evidencias del asalto a Trisha eran suficientes para detener a Carlyle Jr., pero los trámites para obtener la orden de detención y conseguir el despido del *sheriff* se retrasaron, algo que Holden terminó agradeciendo, ya que la llegada de los ansiados documentos coincidió con el regreso de Carlyle Jr., de forma que el derrocamiento iba a ser mucho más placentero que una simple detención en la puerta de su casa.

Con George y Winfrey detenidos después de que se encontraran varios tipos de droga en los cajones cerrados de sus escritorios, ahora Carlyle Jr. estaba solo ante Holden y su grupo de inspectores.

—No haga esto más difícil, no nos obligue a reducirle —dijo Hayne, que extendió los brazos para calmar a Carlyle Jr. y retener a los demás agentes.

—Yo no soy un depravado ni un ladrón —dijo Carlyle Jr., apuntando con el dedo a Holden, que le dio un manotazo.

—Por supuesto que no, eres un cabrón abusador y un ladrón.

Carlyle Jr. fue a pegarle un puñetazo a Holden, pero Hayne lo detuvo y le retorció el brazo para esposarlo y llevarlo a la celda de la que Trisha acababa de salir.

—¡No podéis tratarme como a basura! ¡Os voy a denunciar, os vais a cagar! —amenazó Carlyle Jr. mientras le reducían entre todos los agentes.

Holden salió de la zona de despachos y fue hacia el almacén para llevar a Trisha dentro, pero ella se resistía a pasar a su interrogatorio hasta ver con sus propios ojos a Carlyle Jr. detenido.

—No mire. Por su propio bien, no lo haga —le recomendó Holden.

—Quiero verlo, quiero escucharle chillar como un cerdo de camino al matadero.

—Eso no es su destino, pero sí recibirá lo que merece. Va a llevar más tiempo del que espera, pero pasará. Esta vez nadie va a cubrirle, se lo aseguro —dijo Holden, que hizo una seña a sus compañeros para que escoltaran a Trisha al almacén.

Aun esposado, en el suelo y rodeado de hombres más jóvenes y en mejor forma que él, Carlyle Jr. siguió golpeando sin control para evitar que le sacaran de su puesto de mando, pero viendo que el procedimiento común era

inservible, Hayne ordenó a sus compañeros que cogieran por las piernas al *sheriff* y le arrastraran hacia el calabozo.

Cuando Holden vio la cabeza de Carlyle Jr. desaparecer por el marco de la puerta no pudo contener la emoción y dejó que sus lágrimas cayeran sin importarle quién la viera.

Hayne fue hacia Holden y le tendió un pañuelo de papel, pero ella lo rechazó, se secó los ojos con la mano e intentó coger el dossier que el inspector llevaba bajo el brazo.

—No deberías haber salido de casa. Vuelve allí, te llamaré en unas horas —dijo Hayne.

—Mi casa está a cientos de kilómetros de aquí, y no volveré hasta asegurarme de que esto termine como debe.

—¿Ese final incluye un colapso nervioso para ti? Porque creo que es lo que estás a punto de sufrir, y no puedo permitirlo. No te reprocho que muestres tus sentimientos, me parece increíble que tú, Jaye Holden, puedas llorar, pero...

—Estoy bien.

—No, no lo estás, tienes que descansar. Me pediste apoyo para que no te retiraran, te lo he dado, y seguiré respaldándote mientras pueda, pero ha llegado el momento de que aceptes que...

—Que esté pasando por un momento de debilidad no significa que sea débil.

—Por supuesto que no, tú eres fuerte, a veces incluso más que todos nosotros juntos, pero esto ya no es solamente la investigación de un asesinato.

—Dos asesinatos, Billow y Addison Cooper, y pronto serán tres, cuatro... Cualquiera que se atreva a alzar la voz y...

—Holden, por favor, para —pidió Hayne, que abrió la puerta del almacén para entrar, pero Holden le cortó el paso.

—Quiero hacerlo sola.

—No voy a discutir sobre esto. Quédate en el despacho, siéntate en primera fila ante el monitor si quieres, pero no puedo dejarte entrar.

—Yo tampoco voy a discutir contigo. Esa mujer ha sufrido un asalto sexual por parte de su acosador de la infancia, quien le dejó secuelas psicológicas y físicas. Está pasando el duelo por la pérdida de su mejor amiga, ha sido acusada de...

—Sé perfectamente por qué está aquí ¿Adónde quieres llegar con eso?

—Necesita alguien en quien confiar, o alguien que al menos no le inspire

desconfianza.

—No vamos a jugar a poli bueno y poli malo.

—Lo sé, no me refiero a eso.

—¿Entonces a qué? —preguntó confuso Hayne, que no obtuvo respuesta.

Holden no sabía qué decir para conseguir ocupar una silla en el interrogatorio definitivo del caso, y se estaba quedando sin tiempo para encontrar una razón indiscutible. Conocía a sus compañeros y confiaba en ellos, pero no podían entender el verdadero significado de todas las pruebas y testimonios que ella y Billow habían recopilado. Hayne y los demás preguntarían a Trisha siguiendo el protocolo, pero eso no era suficiente, necesitaban implicarse en la historia de Addison y sus amigas de manera diferente, de una forma que ni el borrador del libro ni las grabaciones y transcripciones de los interrogatorios les permitían.

—Necesitamos un cebo, y esa seré yo. Es una mujer orgullosa, la han herido y maltratado, la policía no es su amiga, y vosotros sois un montón de hombres uniformados con intención de acusarla de dos asesinatos. Ella me conoce, aunque solamente sea por haberme visto unos minutos o por lo que sus amigas le hayan contado después de sus interrogatorios. Sabe que la muerte de Billow me ha afectado y...

—No vamos a convertir un interrogatorio en una sesión de duelo compartido.

—¿Puedes dejar de interrumpirme? Yo también soy una víctima de lo que ha pasado en este lugar, podemos convertir mi debilidad en una ventaja. No estoy diciendo que quiera ponerme a llorar delante de ella para que se ablande, pero debemos transmitirle confianza.

Hayne miró a Holden contrariado y sacudió la cabeza.

—Casi no puedo reconocerte... Adelante, hagámoslo. Pero si noto que te excedes, te pediré que salgas a buscar algunos documentos y no volverás, ni después ni ningún otro día. ¿Entendido?

—Ahora tú eres el jefe aquí —dijo Holden, que estrechó la mano a Hayne y abrió la puerta para dejarle pasar primero.

Al entrar, la inspectora se quedó sorprendida por los cambios que habían hecho sus compañeros en la habitación, que ahora sólo estaba amueblada con una mesa, tres sillas y dos cámaras sobre sus trípodes. La colección de archivos antiguos había sido trasladada a un motel resucitado que ahora ocupaban los agentes del FBI, que revisarían cada fichero para asegurarse de que la cuestionable profesionalidad de Carlyle Jr. y sus compañeros no

hubiera afectado a otros casos.

Trisha, que estaba paseándose por un lado de la habitación mientras los dos agentes que la escoltaban preparaban las cámaras, vio que Holden la saludaba con la cabeza y le devolvió el gesto extrañada. La inspectora no le había parecido demasiado amigable en sus anteriores encuentros, y si ahora pretendía fingir benevolencia hacia ella para suavizar la situación, Trisha no se lo iba a poner fácil. Estaba ansiosa por desenterrar cada detalle de lo que había vivido en el pueblo por culpa de Carlyle Jr., pero también quería dejar constancia de las muestras de incompetencia, los errores y la responsabilidad de los diferentes cuerpos de la ley en lo que había pasado.

—¿Quiere tomar agua, té, un refresco? —preguntó Holden a Trisha.

—No beberé nada. Sé que quieren que me llene la vejiga, me ponga nerviosa, y así empiece a responder más rápido y sin pensar para poder ir al baño —respondió cortante Trisha, que se sentó en la silla de interrogada con las piernas cruzadas.

—Sólo le estaba ofreciendo algo de beber. No vamos a presionarla para que diga algo que no piensa —se excusó Holden.

—Sé cómo funciona esto. Si quiere serme de ayuda, empiece por arrancar el panel que tapa la ventana. Hace dos días que no veo el sol, voy a empezar a perder mi bronceado.

—Es por su seguridad.

—¿Por eso he estado dos días encerrada en ese rincón con olor a meado rancio, aun sin una sola prueba de lo que me acusaban?

—Teníamos pruebas, y aún las tenemos —respondió Hayne, que terminó de hablar con los dos agentes escolta y les indicó que salieran. El inspector fue hacia la mesa e invitó a Holden a sentarse a un lado, dejó un dossier con fotografías frente Trisha y se sentó—. Esos objetos fueron encontrados en la habitación de hotel donde se hospedada. Perteneían a Addison Cooper, ella los llevaba...

—Carlyle los robó y yo los recuperé ¿Eso es un delito? Quizás, pero no tanto como la ocultación de pruebas por parte de un agente de la ley —replicó Trisha. Aunque había conseguido el ordenador portátil de Addison mediante Norma, y el teléfono móvil directamente del bolsillo del cuerpo de su amiga, los inspectores los habían considerado como parte del botín que Trisha había robado de la comisaría, y ella no iba a contradecirles si eso aumentaba la culpabilidad de Carlyle Jr. y su compinche y amante.

Después de ser detenida, Norma se había apresurado a usar su derecho a

hacer una llamada para ordenarle a Sean que destruyera el contrato de confidencialidad que había firmado con las amigas de Addison y escondiera los talones de Connie antes de que registraran su habitación. La mujer podría haber incriminado a las cuatro amigas revelando que habían comprado el portátil robado, pero entonces estaría reconociendo su propio delito, y ya tenía suficiente con los cargos que se le habían imputado por su alianza con el *sheriff*.

—Quién lo hiciera primero no es la cuestión, ambos lo hicieron.

—¿Me está poniendo al mismo nivel que él? —preguntó ofendida Trisha, que miró directamente a la cámara que tenía a la izquierda y señaló a Hayne—. Ese hombre me está comparando con un abusador.

—Por favor, no estamos hablando de...

—Sí está hablando de...

—Estamos aquí para hablar de todo —sentenció Holden—. Vayamos en orden cronológico. Primero, debe saber que la hemos mantenido en el calabozo por su propia seguridad y porque sigue siendo sospechosa de asesinato.

—¿Qué pruebas tiene de eso? ¿Son pruebas reales, comprobadas, verificadas? ¿Las ha encontrado en el cajón de la ropa interior de Carlyle? —preguntó interesada Trisha.

—Tiene un peculiar historial de violencia y tendencia a arrebatos de agresividad seguidos de pérdida de memoria transitoria —respondió Hayne, que se levantó para pasar las hojas del dossier frente a Trisha.

—Lo sé, pero todo eso fue hace mucho tiempo. No estaría trabajando en la planta de urgencias de un hospital si no hubiera aprendido a controlar mis impulsos —dijo Trisha—. Nunca me pelearía con una de mis amigas, y mucho menos con Addison.

—De acuerdo, sigamos con esa teoría —propuso Hayne.

—No es una teoría, es la realidad.

—¿Dónde estaba la tarde en que Addison desapareció?

—En el hotel, durmiendo. Pueden preguntarle a Margaret, ella me despertó para que fuéramos a buscar a Addy.

—¿Adónde fue cuando salieron del hotel?

—Hacia el noreste, bordeé el pueblo por las montañas.

—¿Por qué?

—Porque era la única zona sin cubrir.

—¿Elegió por sí misma ir a las montañas o se lo dijo alguna de sus

amigas? —preguntó Holden.

—Addison dijo que quería imágenes de partes representativas del pueblo, y aunque un montón de árboles no sea nada especial, los bosques de allí fueron los escenarios de algunas discusiones, peleas, reuniones secretas. Ella era muy detallista.

—¿Se encontró con alguien durante su paseo?

—Por suerte, no. Hacía frío, viento y estaba nublado, a punto de diluviar. Todos estarían refugiados en casa, todos menos quien mató a Addison.

—¿Cómo se sentía mientras la buscaba? ¿Estaba preocupada, nerviosa por no encontrarla, ansiosa por verla, deseando poder confrontarla? —preguntó Hayne.

—No estaba enfadada con ella. Ya sé que quieren escuchar todo lo contrario, pero honestamente, sinceramente, estaba cien por cien de acuerdo con lo que había escrito en su libro.

—Eso no es lo que nos consta —dijo Hayne, que echó un vistazo a las transcripciones de los interrogatorios anteriores.

—Si lo que quiere es ponerme en contra de mis amigas, no siga intentándolo, no funcionará —aseveró Trisha—. Sí estaba un poco molesta con Addison aquella tarde, pero fue por la decepción al saber lo que había hecho con las otras partes, cómo se había traicionado a sí misma para cumplir con lo que le pedía la editorial.

—¿Está segura de que comparte todo lo que Addison escribió sobre usted? —insistió Hayne.

—Yo escribí todo eso. Ella solamente tuvo que unirlo a las demás partes —dijo Trisha.

—¿No hizo correcciones, no cambió palabras ni añadió nuevos detalles? —preguntó incrédulo Hayne, a lo que Trisha respondió negando con la cabeza—. Eso no es lo usual.

—Yo no tengo la culpa de ser una buena escritora —replicó Trisha.

Hayne fingió tomar notas para dejar pasar el tiempo antes de empezar la segunda parte del interrogatorio, pero Holden se levantó para poner su silla junto a la mitad de la mesa y así estar más cerca de Trisha.

—¿Dónde estuvo la noche del pasado miércoles? —preguntó Holden.

—Creo que ya he contado todo lo que pasó —respondió con solemnidad Trisha.

—Sólo queremos asegurarnos de que tenemos una transcripción correcta de su declaración. Usted no se encontraba en el mejor estado posible cuando

declaró por primera vez.

Trisha rio irónica, se reclinó en la silla y volvió a mirar a la cámara que la enfocaba directamente.

—Id a por palomitas y refrescos.

—Trisha, entendemos que pueda ser duro revivir lo que le pasó, pero...

—No se preocupen, ya estoy acostumbrada —dijo Trisha, que cogió el dossier y pasó las páginas hasta llegar a las imágenes de la comisaría—. Después de cenar y emborracharme quise tomar un poco el aire, pero me caí por el balcón y terminé rodando por la carretera hasta el único bar abierto del pueblo. Allí estaba el sheriff Carter Carlyle pasando un buen rato con sus amigos, pero entonces entré y les agüé la fiesta.

—¿Fue allí deliberadamente sabiendo con quién se encontraría? —preguntó Hayne.

—No tenía ni idea de a quién me iba a encontrar, pero tampoco me importaba.

—¿Qué hizo en el bar, con quién habló?

—¿Qué se puede hacer en un bar? Bebí, pagué la cuenta y me fui antes de que me apalearan. Pueden preguntar al propietario, ahora que su amo está encerrado no tendría por qué mentirles. Estoy segura de que no puede olvidar el billete de cincuenta dólares con el que le pagué, no creo que nadie haya gastado tanto en ese tugurio en muchos años.

—Se saltó una orden policial solamente para ir a beber —dijo Hayne.

—No incumplí ninguna ley. Y aún no he visto una orden ni ningún tipo de documento oficial en el que diga que tenemos que seguir encerradas en el hotel —replicó Trisha—. Antes de volver a mi habitación vi que el supermercado estaba de camino y me pasé para saludar.

—¿A Nicole Brown?

—Supongo que así se llama. Intentaba hablar con Sally, Sally Sugar, pero la otra me pegó, me defendí, y entonces llegó su novio para ayudarla. Carter Carlyle salvando el mundo de nuevo.

—¿Fue entonces cuando la detuvo y la trajo hasta la comisaría?

—Creía que iba a tirarme esposada al mar, pero llegó aquí y prefirió intentar hacer lo que ya saben —respondió Trisha, y entonces se hizo el silencio. Mientras había estado detenida, y aunque dijo que Carlyle Jr. no había conseguido completar su propósito con ella, un equipo médico y psicológico la había atendido para asegurarse de que el asalto había sido real y no estaba mintiendo por miedo y para ocultar la vergüenza por lo que había

pasado.

—¿A qué hora volvió al hotel? —preguntó Hayne.

—No me fijé en ningún reloj, pero sé que era de noche.

—¿Y cómo consiguió entrar en su habitación?

—Recuerdo que estaba agarrada al saliente del suelo de mi balcón y se me resbaló la mano. Caí de cara contra el suelo, me levantaron las dos chicas que dormían dentro y al rato llegó Norma Valentine gritando. Creo que también le grité, pero no recuerdo qué dije. Lo siguiente...

—¿Dónde llevaba el teléfono de Addison, el ordenador portátil, el informe policial y la nota? —preguntó Hayne desconfiado.

—Dejé los papeles en el césped y empecé a subir con el ordenador bajo el brazo, pude dejarlo en el suelo de mi balcón, pero entonces fue cuando me resbalé y caí. Y el teléfono estaba en uno de mis bolsillos —respondió contundente Trisha.

—Es extraño que ni su teléfono ni el de Addison se rompieran al caer. No tienen ningún rasguño.

—Tuve suerte. Y también tengo experiencia cayéndome.

—Estando todavía en la comisaría ¿Robó todos los objetos antes o después de... el problema?

—Cuando pude ponerme en pie fui a buscar mi teléfono en su escritorio, había visto cómo lo guardaba en un cajón. Al cogerlo encendí la linterna para salir de allí, y entonces vi las demás cosas —respondió Trisha, dando paso a un momento de silencio en el que Hayne tachó varias de sus hipótesis en contra de ella.

—¿De qué habló con Sally Sugar? —preguntó Holden.

—Es un asunto privado, tiene que ver con Margaret Graham y su exmarido. Sally cometió un error y yo quería que pidiera perdón, pero entonces se metió esa tal Nicole y...

—¿Nicole Brown también estuvo en su habitación?

—No que yo sepa —respondió extrañada Trisha.

—¿Entonces puede recordar de qué habló con Sally?

—Ya se lo he dicho.

—No hablamos de cuando se encontraron en el supermercado, nos referimos a la mañana del jueves ¿De qué hablaron? —insistió Holden.

Trisha se quedó en blanco y miró hacia todos lados. No sabía de qué estaban hablando los inspectores, pero por sus caras intuía que estaban empezando a desconfiar de ella.

Intentando recuperar la confianza de Trisha, Sally se había inventado una conversación con ella para proporcionarle una coartada, pero la principal beneficiada no lo sabía.

—La verdad es que... no recuerdo mucho de aquella conversación —dijo Trisha, que reposó la cabeza entre las manos y resopló—. Si Sally estuvo en mi habitación, sólo pudo a hablar con mi yo resacosa.

—No se preocupe, empezará a recordar conforme pasen los días.

—¿Es que no van a soltarme?

—No está detenida —respondió Hayne.

—¿Entonces puedo marcharme? —preguntó Trisha, que no esperó la respuesta y se levantó, pero Holden le indicó que volviera a su silla.

—Aún no nos ha contado sus impresiones sobre el caso de su amiga —dijo Holden.

—¿Cuántas veces necesitan que se lo repita? Carlyle, Carter Carlyle Junior, él es quien lo hizo. Ya lo tienen esposado, tráiganlo aquí y oblígúenle a hablar.

—¿Qué razones tiene para pensar que Carlyle habría querido asesinar a Addison? —preguntó Hayne.

—Es un psicópata en suspensión. Supongo que durante todos estos años se habrá conformado con matar animales en el bosque o poniendo trampas para viajeros, esperando agazapado para ver cómo se estrellaban con el coche. Pero eso ya no era suficiente para él, así que tenía que ir un nivel más arriba, y qué mejor objetivo que una mujer treinta kilos más delgada que él, sola en una playa aislada, armada con solamente un bolso. Por si fuera poco, esa mujer le ganó una vez, y eso es lo peor que puede pasarle a un hombre como él, quedar como un perdedor.

Capítulo 27

La fuga

Treinta años antes de señalar a Carlyle Jr. como el único sospechoso del asesinato de Addison, Trisha volvió a casa del instituto y se quedó bajo la ventana de la cocina para intentar averiguar qué estaba haciendo su madre de comer. Su estómago había estado rugiendo desde la hora del almuerzo, pues no había podido llevarse nada para comer porque Yvette aún no había hecho la compra. Ahora el frigorífico estaba lleno, pero Trisha tampoco podría coger nada porque entonces deformaría la ilusoria imagen de abundancia que su madre quería transmitir al inspector de la seguridad social y su compañero psicólogo, que les visitarían por la tarde.

Las Williams no estaban pasando por su mejor momento económico, aunque en realidad nunca habían vivido con tranquilidad por culpa del dinero y lo que habían tenido que hacer para conseguirlo.

Yvette creyó que su vida estaba a punto de cambiar a mejor cuando a los dieciséis años se casó con su novio de la infancia a las pocas semanas de que él consiguiera trabajo en las obras de construcción de una urbanización en las afueras de Portland, y el anuncio de su embarazo parecía ser un adelanto de la inmensa felicidad que estaba por venir, pero los Williams descubrieron pronto que no lo iban a tener nada fácil.

Una bala perdida disparada durante una pelea entre los hermanos de Troy Williams y sus vecinos fue a parar al hombro del padre de Trisha, y aunque la herida sólo le mantuvo convaleciente durante unas semanas, fue su método de curación lo que más le afectó. Troy siguió los consejos de sus hermanos y empezó a tomar metadona para paliar el dolor y así poder seguir ejercitándose para mantenerse en forma hasta que pudiera volver al trabajo, y cuando se reincorporó a la obra, recurrió a la heroína para tener energía suficiente.

A Yvette no le importaba el mal hábito de su marido porque era algo normal en el barrio, pero cuando Troy empezó a aumentar sin control su presupuesto personal, la pareja se separó temporalmente. Regina, la madre de Troy, acogió a Yvette en su casa y confrontó a su hijo para que cambiara su estilo de vida y no rompiera la familia que estaba formando e iba a aumentar

en pocos meses.

Troy pareció entrar en razón y redujo sus dosis para poder costear los gastos que acompañaron al nacimiento de Trisha, y todo pareció volver a la normalidad, hasta una mañana en la que un grupo de hombres con poca intención de dialogar derribó la puerta de la casa familiar de los Williams y reclamó a Yvette que saldara la deuda de su marido o entregara a Trisha a cambio. Ella les entregó todos los ahorros que tenía bajo el colchón y las pocas joyas que había heredado, pero eso no fue suficiente. Yvette suplicó más tiempo, pero los prestamistas no estaban dispuestos a esperar. Los vecinos acudieron alarmados por los gritos de Yvette y los hombres se marcharon, pero en vez de retirarse, fueron a la obra donde trabajaba Troy y ajustaron cuentas directamente con él.

Aunque había vigilantes y capataces presentes durante la pelea, Troy tuvo que hacer frente él solo al grupo de hombres, que lo golpeó hasta la muerte y después tiró su cuerpo a una zanja.

La versión oficial acordada por el equipo de construcción diría que la muerte de Troy había sido a causa de un accidente, y aunque la empresa recibiera una sanción por el fallo en los sistemas de seguridad, eso era mejor que tener a una banda callejera como enemiga.

Sin haber acabado sus estudios secundarios, con un recién nacido a su cargo y una reducida pensión de viudedad, Yvette se vio obligada a trabajar para los asesinos de su marido hasta haber cubierto la deuda. Durante los años siguientes, la abuela de Trisha siguió dando cobijo a la viuda de su hijo incluso cuando ella empezó una relación con otro hombre, y todo para asegurarse de que su nieta sufriera lo menos posible, aunque su protección parecía estar dando resultados inesperados e indeseados para Yvette.

Trisha le desobedecía cuando se refería a ella como un niño, e Yvette creía que su suegra estaba malcriando a su hijo, demasiado delicado y afeminado para poder sobrevivir en un barrio como aquel. Por eso, en cuanto Yvette estuvo libre de deudas, se mudó con Trisha a la casa de su novio, pero aun lejos de la influencia de su abuela, Trisha seguía rechazando la imagen que tenía por naturaleza. El novio de Yvette no estaba dispuesto a convivir con un homosexual, y aunque ella le convencía de seguir tolerando las peculiaridades de Trisha gracias a la ayuda estatal que recibían por su aparente discapacidad mental, el hombre terminó hartándose de las Williams y las echó de casa, pero ellas no tardaron en volver, aunque no por una reconciliación.

Aprovechando los contactos que había conseguido mientras trabajaba en

la calle, Yvette se aseguró de que su exnovio abandonara rápidamente su propia casa y siguiera pagando los recibos a favor de ella a cambio de seguir con vida. El hombre mantuvo el trato durante un año, pero entonces desapareció de la ciudad y las Williams tuvieron que empezar a vivir de la caridad.

Regina volvió a ofrecerles su casa, e Yvette le entregó a Trisha para poder volver a hacer las calles con libertad, pero seguía cobrando las ayudas sociales por cuidar de Trisha.

La vida marginal parecía ser la única opción de supervivencia para las Williams, pero ni siquiera de esa forma pudieron seguir adelante, ya que Yvette empezó a sufrir un desajuste hormonal que le provocó un aumento de peso incontrolable, volviéndola poco atractiva para su clientela habitual.

La abuela Williams intentó conseguir la custodia de Trisha a espaldas de Yvette, y cuando ésta se enteró, se enfrentó violentamente a su suegra, que tuvo que ser hospitalizada por las heridas tras la pelea. La guerra estaba servida e Yvette tenía de su lado a un ejército más numeroso y peligroso que el formado por los vecinos que defendían a Regina, pero ante la posibilidad de enfrentarse a una larga pena de cárcel por sus continuos delitos, entre los que estaban la pertenencia a una banda criminal, la prostitución, el tráfico de drogas, o la estafa de las ayudas de Trisha, Yvette prefirió retirarse y recurrió a su última alternativa, la fe.

El cura de su parroquia habló con un antiguo amigo y éste le sugirió que las Williams se trasladaran hasta el pueblo donde él trabajaba, y una vez que estuvieran allí trataría el problema de Trisha a la vez que ayudaba a las dos a empezar una nueva y tranquila vida. Así, totalmente convencida de que Dios estaba llamándola hacia la tierra prometida, Yvette puso rumbo a Dandelion Bay. Pero ahora, cinco meses después de mudarse, Yvette sabía que todo había sido una ilusión, y el estofado de sobras congeladas que estaba cocinando era la prueba de ello.

Yvette consultó el reloj en la pared del salón y empezó a refunfuñar por el retraso de Trisha, apagó los fogones y salió al camino de entrada, desde donde vio pasar corriendo a algunos chicos de las casas cercanas. Trisha se escondió en la parte trasera del jardín, y cuando su madre volvió a la cocina, ella dio un salto y apareció frente a la ventana, provocando que Yvette gritara asustada y le lanzara una cuchara.

—¿Eres tonto? ¿Qué quieres, matarme de un infarto? Allá tú, ya veremos cómo te las arreglas tú solo.

—¿Qué se supone que es eso? —preguntó Trisha al ver el revuelto de ingredientes que había en la olla.

—No mires la comida con asco, desagradecido.

—No sentiría asco si pareciera un poco comestible. No pienso comerme eso.

—Si no te gusta, cierra los ojos y tápate la nariz, pero te lo vas a comer, y también hay para la cena. He hecho de sobra para tres días —dijo Yvette, que vació el armario de las fiambreras y empezó a repartir su estofado improvisado en los recipientes—. ¿A qué esperas para pasar? Ve a asearte y pon la mesa.

Trisha entró en casa y fue directa a su habitación, que apenas pudo reconocer después de la redecoración que su madre había hecho para impresionar a los asistentes sociales. Las paredes estaban desnudas, sin los pósteres de las cantantes favoritas de Trisha. La ropa de su armario estaba planchada y colgada en perchas nuevas, ordenada formando un arcoíris descolorido, un guiño erróneo a su verdadera identidad. Su ropa de chica ya no estaba escondida bajo la cama o en lo alto de su estantería, así que supuso que todas sus pertenencias reales estarían guardadas bajo llave en la habitación de su madre.

—¿Cuándo piensas hacer lo que te digo? Pon la mesa, ahora —dijo Yvette desde la cocina, y al girarse y ver que Trisha estaba tumbada en la cama, corrió hacia ella y la levantó bruscamente—. No vuelvas a acercarte a las sábanas limpias con esa ropa sudada.

—No voy a ponerme nada de eso —dijo Trisha señalando hacia el armario.

—¿Por qué no? Es ropa normal de chico. ¿Y qué eres tú?

—Yo soy yo —respondió con desdén Trisha, que volvió a tumbarse en la cama.

—La última vez llevabas una pulsera rosa y...

—Era fucsia.

—Una pulsera fucsia y restos de purpurina seca en las uñas, así que esta vez te toca parecer normal. Levanta el culo y ve al baño a limpiarte, te cambiarás después de comer.

Trisha ignoró a su madre y se giró para acostarse boca abajo, pero Yvette la cogió de los pies y tiró de ella. Trisha sacudió las piernas, dándole una patada involuntaria pero merecida a Yvette, que respondió con un tirón que dejó a Trisha en el suelo.

—¿Qué gano yo esta vez? —preguntó Trisha.

—Podrás seguir comiendo cosas sin caducar y cagarás a la luz de las bombillas en vez de con velas ¿Te parece un buen trato? Conseguirías algo mejor si no hubieras estado pavoneándote por medio pueblo disfrazada...

—No necesito escuchar tu charla otra vez.

—Pues la repetiré las veces que sean necesarias hasta que empieces a comportarte como debes —dijo Yvette, tocándole la frente con el dedo. Trisha intentó mordérselo, y cuando Yvette la amenazó con el puño, ella le gruñó.

—¿No quieres amaestrarme como a un perro?

Trisha se levantó y fue a la cocina para servirse el poco apetecible plato que había inventado Yvette, que fue a su habitación y dejó la puerta abierta para poder vigilar a su hija mientras se cambiaba de ropa.

Trisha podría aprovechar que su madre no mirara para vaciar su plato lanzando cucharadas por la ventana cada pocos segundos, pero estaba realmente hambrienta y no podía coger ninguna otra cosa para comer.

—¿Dónde está el postre, en el cubo de la basura? —preguntó Trisha.

Yvette se asomó desde detrás de la puerta de su armario y miró a Trisha enfadada.

—Más te vale cambiar de actitud para esta tarde —advirtió Yvette, que contuvo la respiración para poder ponerse el cinturón por encima de la cadera, y fue al salón.

—Nadie se va a creer que esa sea tu ropa de estar por casa. Sabrán que te has disfrazado para parecer decente —dijo Trisha al ver que su madre llevaba puesto el traje de chaqueta de los domingos y se había maquillado discretamente.

—Yo soy decente todo el tiempo. Y no voy a discutir contigo sobre formas de vestir —dijo Yvette, que cogió su bolso y fue hacia la entrada—. Termina de comer, friega los platos y haz tus deberes.

—¿Adónde vas?

—No te importa. Más te vale estar aquí cuando vuelva —respondió Yvette, que salió de casa y cerró la puerta con llave.

Trisha no necesitaba usar la puerta principal para salir de allí, e Yvette lo sabía, aunque aquel día no tenía planeado escaparse a los bosques. Tenía que obedecer y esperar a que llegara la hora de volver a representar sus papeles de madre e hijo medio normales ante los hombres que controlaban su único sustento económico.

Trisha despertó sobresaltada por el ruido de alguien llamando a la puerta con

fuerza. Sólo quería pasar un rato sobre la cama aprovechando que entraba el sol por la ventana, pero al final se había dormido. Esperó a que su madre fuera a abrir, pero seguía estando sola en la casa. Se asomó por la ventana del salón y no vio a nadie, y cuando se giró, Addison estaba intentando entrar por la ventana de la cocina.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó confusa Trisha, que fue a ayudar a su amiga a pasar por encima del fregador.

—¿Qué estabas haciendo tú?

—¿No es evidente? —replicó Trisha, señalando su cara adormecida—. ¿Me ayudas a hacer los deberes?

—No, ahora mismo no puedo recordar ni a qué día estamos, tengo que...

Addison empezó a agitar las manos nerviosa, respiraba con dificultad y le temblaban los labios. Acababa de recorrer medio pueblo a la carrera para llegar hasta Trisha y avisarla de lo que estaba pasando, pero ahora no sabía cómo contarle la situación en la que se encontraban.

—¿Te has drogado —preguntó Trisha, que agarró a Addison por los hombros para que se estuviera quieta.

—No, yo no... Está pasando algo en mi casa, mis padres... Mi padre me ha obligado a irme porque iba a tener una reunión con algunos vecinos. Me he quedado en la calle, escondida, y he visto entrar en mi casa al sheriff Carlyle, la madre de Margaret, el padre de Sarah y...

—¿Y...?

—Tú madre también estaba allí.

Trisha soltó a Addison y se quedó parada mirando a la nada unos segundos, entonces fue al pasillo y dio una patada al pomo de la puerta de la habitación de su madre, que estaba cerrada con un candado.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó alarmada Addison, que fue a detenerla.

—Mis cosas están dentro, tengo que cogerlas y largarme de aquí —respondió Trisha, que apartó a Addison y siguió pateando la puerta hasta abrir un agujero.

—¿Dónde vas a ir, cómo piensas arreglártelas cuando llegues allí?

—No lo sé, pero sí sé que éste es el último día que paso en este pueblo del infierno.

Trisha empezó a arrancar trozos de madera de la puerta hasta que pudo pasar a través del agujero hacia la habitación. Movi6 la cama a un lado y abrió las cajas en las que Yvette había guardado su ropa, accesorios y

revistas, y salió para ir a por su mochila.

—Trisha, para, piensa en lo que estás haciendo, no puedes escaparte — dijo Addison, que se puso delante de la puerta rota y extendió los brazos para que su amiga se alejara.

—Eres tú la que no está pensando con claridad. Quítate de en medio.

—No sabemos de qué pueden estar hablando... Quizás quieran hablar con nosotras.

—¡Y una mierda! Carlyle es como un dios para su hijo, de él ha aprendido todo lo que hace. Mary Graham es la presidenta del Consejo de Padres Católicos, podría cortarse el pelo y ponerse una túnica y nadie notaría la diferencia con Pepper, hablan de lo mismo y de la misma manera. Sam Müller es un borracho maltratador...

—¿Y qué pasa con mi padre? Él es neutral —dijo Addison.

—¿Estás segura? Me dijiste que era amigo de Pepper —dijo Trisha.

—Hace tiempo que no...

Addison no supo continuar su frase, pues Trisha acababa de inutilizar su talento para inventar excusas. Sabía que su padre y Pepper eran amigos cercanos, pero en ese momento no quería pensar que su relación personal podría afectar a su deber como alcalde. Richard Cooper y Jonathan Pepper eran pareja permanente en las partidas de póker que se celebraban cada semana en el bar de Tom, también unían fuerzas en los partidos de golf y tenis, y el cura incluso había acudido a más comidas familiares de los Cooper que sus propios familiares de sangre.

Addison admiraba a su padre y tenía una relación modélica con él, pero cuando media hora antes le había pedido que se marchara y no volviera hasta la hora de la cena, ella había percibido que algo iba mal entre ellos. Addison tenía demasiada información, y aunque en otros tiempos eso habría enorgullecido a Richard, ahora suponía su mayor problema.

—¿Confías en tu padre o no? —preguntó Trisha.

—Él no es mala persona —respondió dubitativa Addison.

—Pero se acaba de rodear de lo peor de lo peor.

—Tu madre...

—Es tan mala como un Carlyle. Si fuera blanca, sería amiga de ellos. Durante cuatro años me ha estado obligando a fingir que soy autista para cobrar del Estado. Dentro de media hora tendré que volver a hacerlo, a no ser que me ayudes a meter mis cosas en esos bolsos y hagas una llamada por mí. Me lo debes, recuérdalo —dijo Trisha, que siguió haciendo su equipaje a toda

prisa mientras Addison la miraba inmóvil.

—¿Por qué te debo un favor? —preguntó Addison de repente.

—Me espiaste. Y por eso estamos así ahora.

—Si no nos hubiéramos encontrado te habría pasado lo mismo que a Sandy, tú misma lo dijiste.

—No me hables de historias de mundos paralelos, agarra las asas de ese bolso y mantenlo abierto —replicó Trisha, que estaba formando bolas con su ropa para agilizar su fuga.

—Deja que lleve la mochila, así irás menos cargada —dijo Addison de repente.

—Puedo correr más rápido que tú incluso con una roca atada al tobillo.

—No seas tozuda. Si te ven así pensarán mal, pero si las dos llevamos equipaje entonces parecerá que vamos de excursión.

Trisha pasó su mochila a Addison y se quedó pensativa, dejó los bolsos en el suelo, corrió hacia el armario de su madre y miró dentro indecisa.

—¿Qué vas a hacer ahora? No tenemos tiempo que perder.

En vez de responder con palabras, Trisha enseñó a Addison una camiseta de su madre y la rompió.

—¿Quieres unirte? —preguntó Trisha, que cogió una falda y se la lanzó a Addison—. Ojo por ojo.

Addison intentó rasgar la falda, pero no tenía fuerza, así que Trisha agarró la cintura y las dos tiraron en direcciones opuestas. A los pocos minutos, toda la ropa de Yvette estaba rota o manchada con el estofado de sobras.

—¿Te apetece tirar abajo una pared? —sugirió Trisha, que sacó todos los cajones de la cómoda, los vació en el suelo y empezó a lanzarlos contra las paredes.

—Para, te vas a hacer daño.

—No puedo parar, estos cajones me piden que los deje volar libres —dijo Trisha, que lanzó un cajón contra la lámpara, provocando que se rompiera y los cristales cayeran por todas partes.

—Vámonos ya —dijo Addison, que dio a Trisha sus bolsos y la empujó para que saliera. Las dos pasaron por el agujero de la puerta y corrieron para saltar por la ventana del salón, pero cuando pisaron la calle, Trisha volvió a pararse.

—¡Vamos! —la urgió Addison.

—Espera, una cosa más.

Trisha rebuscó en su bolso y sacó una barra de labios, se lo puso, besó la

puerta y entonces corrió hacia el bosque.

Capítulo 28

La reunión

Una hora antes de la fuga de Trisha, Yvette llegó frente a la casa de los Cooper y se detuvo para analizar el terreno. Miró hacia todas las ventanas delanteras de las casas de alrededor para asegurarse de que no había nadie mirando. Aún era la hora de la comida, por lo que las mujeres deberían estar fregando los platos, sus maridos descansando en su sillón preferido antes de volver al trabajo, y los hijos perdiendo el tiempo antes de hacer sus deberes. Pero el coche del *sheriff* estaba aparcado torcido delante del garaje del alcalde, y eso era algo que llamaba la atención de cualquiera y podría alterar el resto de lo que parecía ser una tarde normal de invierno.

Mientras hacía la comida, Yvette había recibido la visita de un ayudante del *sheriff* que la urgió a reunirse con el alcalde en su casa. El agente se marchó tan rápido como llegó, sin decirle el motivo por el que debería presentarse allí en vez de volver a su peluquería a esperar que alguien se atreviera a convertirse en su clienta. Ahora estaba pensando que el *sheriff* y el alcalde se habían aliado para echarla del pueblo después de descubrir que había seguido ejerciendo la prostitución allí, y si eso pasaba, les tiraría encima la bandeja de caros pasteles variados que acababa de comprar.

La puerta de la casa se entreabrió y Eleanor Cooper se asomó para indicarle con la mano que entrara. Apenas habían coincidido en el medio año que Yvette llevaba en el pueblo, pero no necesitaba conocer a la primera dama de Dandelion Bay para saber que estaba pasando un mal momento.

—No creo que nadie tenga apetito, pero gracias de todas formas —dijo la señora Cooper, que cogió la bandeja de pasteles de manos de Yvette y fue hacia la cocina.

Yvette cerró la puerta con cuidado de no hacer ruido y avanzó sigilosamente hacia el salón, se detuvo junto a la puerta entreabierta y se asomó dentro. Había música clásica sonando de fondo, pero el volumen era tan bajo que se podía oír a Carlyle exhalando impaciente el humo de su cigarro. Yvette se santiguó y entró en el salón, vio que el *sheriff* estaba hundido en un sillón orientado hacia la ventana y Mary Graham estaba sentada

en la mesa, abriéndose paso entre los álbumes familiares de los Cooper.

—Buenas tardes —dijo Yvette.

Nadie le contestó ni la miró, así que ella se sentó en la silla junto a la puerta y esperó inmóvil. Cada vez estaba más nerviosa y sudorosa, pero no podía dejar que los otros percibieran su incomodidad, así que empezó a limarse las uñas.

—¿No cree que eso es una falta de educación? Y de higiene. Ahora Eleanor tendrá que barrer el suelo —dijo Mary sin apartar la vista del álbum.

Yvette ignoró a la mujer y siguió haciéndose la manicura. Tenía a dos líderes del pueblo a cada lado, y ambos la despreciaban públicamente, pero ella los combatiría con su indiferencia. Yvette no había elegido el color de su piel ni el tamaño de su cuerpo, tampoco era responsable de la actitud de su hijo, y aunque cambiaría todo eso, ahora tenía que defenderlo orgullosa.

Richard Cooper entró en el salón a toda prisa y fue hacia Carlyle, le puso la mano en el hombro y resopló frustrado.

—Que le jodan, que os jodan, no puedo hacer nada si...

—Ya lo tengo solucionado, aparecerá en los extractos mañana, sonará el despertador y ahí lo tendrán todo —dijo Richard triunfal.

—Gracias a Dios. Gracias por la rapidez, Richard —dijo Mary.

—Has hecho que me cague los calzones del susto, gilipollas. Perdón por la expresión, Mary —dijo Carlyle, que extendió el brazo para que Richard le ayudara a levantarse—. No juegues conmigo, no vuelvas a hacerlo, te lo advierto.

Cuando Carlyle se giró y vio a Yvette junto a la puerta no pudo ocultar su desagrado y se lo hizo saber con una especie de bufido. Ella no se amedrentó y se levantó para ir a sentarse en la mesa, en el lado contrario a donde estaba Mary, que fue a colocar los álbumes en su sitio.

—¿Cuánto ha sido? —preguntó Mary.

—La mitad, no podía mover más. Este año tendremos que cambiar la distribución de las luces de Navidad para que parezcan nuevas. También he puesto un poco de mi propia cuenta —respondió Richard.

—No deberías haberlo hecho.

—Quiero decir de *una* de mis cuentas.

—Oh, muy inteligente —dijo Mary.

—La idea ha sido mía, pero como sabes, no tengo los medios. Y aunque los tuviera tampoco les pagaría —dijo Carlyle.

—¿Entonces por qué me has dicho que lo hiciera? —preguntó confuso

Richard.

—¿Querías mi consejo, no? Querías saber lo que haría si estuviera en tu lugar, pues ya lo sabes. Pero si esto hubiera sido responsabilidad mía desde el principio, lo habría manejado de otra forma, sin errores. A todo el mundo le gusta el dinero, así que fin de la historia.

—De acuerdo, creo que ya puedo empezar a respirar más tranquilo —dijo Richard, que ocupó el sillón que Carlyle acababa de dejar vacío—. Mary, ¿A quién tenemos?

—Sólo he podido hablar con Geri, John aún no había llegado, pero tenemos a los Hudson. Marlon y Delia también están muy concienciados, igual que los Turner.

—Los Kincaid —dijo Carlyle.

—No, ellos serían los más afectados. Si hubieran cerrado el supermercado se habrían hecho notar, y eso es algo que ni ellos ni nosotros podemos permitirnos. Me han pedido que vaya allí en cuanto terminemos y les ponga al día.

—Han sido los de fuera. ¿Cómo se te ocurrió abrirles las puertas de par en par? —le reprochó Carlyle a Richard.

—Te he dicho que no son ellos, yo les creo.

—No les conoces.

—Pero conozco su secreto, y además sé que firmaron un contrato de confidencialidad, y aunque se atrevieran a hablar, no hay ningún delito que pueda ser probado. He hablado con mi abogado y dice...

—¿Por qué, por qué has hecho eso sin consultarnos? ¿No te parece que ya hay demasiada gente estúpida involucrada? —preguntó Mary enfadada.

—Por Dios, Mary, déjame hablar, sé lo que hago, sólo le he preguntado sin darle un contexto. Existe la posibilidad de que un acuerdo de confidencialidad quede anulado si la información que protege está relacionada con un delito, pero nadie puede conseguir pruebas si no existen. Los testimonios pueden considerarse pruebas, pero los únicos que pueden hablar son Pepper y los chicos, pero nadie puede interrogarles sin la autorización de sus padres.

—¿Ninguno de ellos es mayor de edad? —preguntó Carlyle.

—Os estoy diciendo que ahora mismo ya lo tenemos todo bajo control, creedme. Tú Mary, has confirmado a nuestra gente, yo he confirmado a los demás, Pepper está volviendo de Florence...

—Ah, sí, el señor Pepper está de viaje. En vez de mandar a cualquiera

para que le haga el recado ha preferido largarse y dejarnos aquí para que limpiemos su rastro de mierda —dijo Carlyle.

—Él también está encargándose de esto. Tenía que hacer limpieza en su despacho —dijo Richard.

—¿Entonces quién cojones lo ha contado? —preguntó frustrado Carlyle, que se paró delante de Richard y le indicó que se levantara del sillón para sentarse él—. Si me entero de que ha sido ese engendro demente, lo colgaré del poste de electricidad más alto del pueblo —dijo en tono amenazante, señalando a Yvette.

—¿Estás hablando de mi hija? —preguntó ofendida Yvette.

—Por favor, por respeto a lo que de verdad significa, no uses esa palabra —dijo Mary.

—No sé de qué estáis hablando, pero sé que Trisha no tiene nada que ver con ello.

—Eso es, ninguno de nosotros ni nuestros hijos tiene responsabilidad en lo que está pasando —dijo Richard poco convencido.

—Es el puto *souvenir* chino de los Jones, esa... cosa intentó grabar a mi hijo para dejarle en evidencia. Pepper dijo que le había visitado un rato antes, apostarí a mi huevo izquierdo a que intentó hacer lo mismo con él —dijo Carlyle.

—En ese caso tendremos que pensar una forma de llegar a ella sin tener que pasar por la hermana de Constance. Esa mujer no querrá colaborar, lo sé —dijo Mary.

—Aún es demasiado pronto, lo mejor es que esperemos hasta que aparezcan y empiecen a preguntar —dijo Richard.

La señora Cooper entró en el salón y dejó en la mesa la bandeja de pasteles de Yvette y otra con tazas de café. Sirvió una taza a su marido y otra a Carlyle, entonces Mary cogió dos para evitar que Yvette bebiera, pero Eleanor se quedó mirándola y ella devolvió una.

—Richard, friega las tazas en cuanto acabéis, los posos manchan la porcelana si se dejan demasiado tiempo. Voy a descansar un rato, no hagáis mucho ruido —dijo Eleanor, que salió del salón como un fantasma.

—¿Qué hora es? —preguntó nerviosa Mary.

—Casi las cinco menos veinte. Todavía tenemos tiempo —respondió Richard.

—Les he dicho que llaman aquí en cuanto aparecieran en sus puertas —dijo Mary.

—¿Para qué? —preguntó con desdén Carlyle.

—Para recordarles algunas instrucciones y darles fuerzas antes de recibir esa visita. Y además, para que dejen el teléfono descolgado y así podamos estar completamente seguros de que lo están haciendo bien —respondió Mary, provocando que Carlyle le aplaudiera orgulloso.

—Mary, si no fueras mi consuegra, te tendría como amiga.

Alguien llamó a la puerta y Richard corrió hacia la entrada. Yvette no sabía lo que estaba pasando, pero cuando vio a Sam Müller entrar detrás del alcalde, empezó a sospechar que la habían hecho ir allí por una cuestión de trabajo.

—Hola a todos, perdón por el retraso —dijo Sam.

—Que te perdone Dios —replicó Carlyle.

—No importa, llegas a tiempo, ponte cómodo —le indicó Richard, que le ayudó a quitarse la chaqueta y le ofreció un pastel. Aunque su mujer le había pedido silencio, él subió el volumen del tocadiscos y empezó a remover el café siguiendo el ritmo de la música—. Voy al baño, sentíos como en casa —dijo antes de irse y cerrar la puerta del salón.

—¿No crees que te has pasado con ese traje? —preguntó en voz baja Sam a Yvette.

—No sabía qué iba a hacer aquí, pero no te preocupes, me lo puedo quitar rápido —respondió Yvette, que se puso de pie frente a Sam y se quitó la chaqueta—. Si quieres ayudarme...

—Debes de estar muy contenta ahora mismo. Por fin vas a poder vivir en una casa normal y vestir ropa decente —dijo Mary.

—¿Ella solamente viene a mirar, verdad? Quiero un plus si va a participar —dijo Yvette a Sam, que la miró desconcertado—. ¿Vamos a hacerlo en el suelo?

—¿De qué estás hablando, qué haces? Estate quieta —dijo Sam, que se levantó de un salto para evitar que Yvette se desabrochara la falda.

—No quiero mancharme, es mi mejor traje.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó Mary conmovida—. Por amor de Dios... Tú... y él. ¡¿Qué?! Vete de aquí, vete antes de que pierda los nervios.

—¿Qué cojones está pasando? —preguntó Carlyle, que no podía ver nada desde el sillón.

—¡Iban a ponerse a copular delante de nosotros! Sam, estás fuera de tus cabales ¿Cómo has podido...?

—Mary, no sé qué estás pensando, pero te confundes —dijo Sam.

—No mientas, ya no sirve de nada —dijo Yvette, que avanzó hacia Mary, provocando que ella levantara una silla para defenderse—. Ojalá no tuviera que hacerlo, pero es la única forma de poder seguir ganando dinero para pagar mis facturas.

—Es un pecado.

—María Magdalena era prostituta y fue perdonada. Yo también merezco un perdón.

—Esperad... ¿Qué estáis diciendo? —dijo Carlyle, que se levantó del sillón y miró con desprecio a Yvette—. ¿Qué intentabas hacer?

—Dejaos de rollos, no sé de qué va todo este teatrillo, aceptad que sois unos pervertidos y vamos a hacer lo que hemos venido a hacer —dijo Yvette, que empezó a quitarse la falda de nuevo, pero Sam la detuvo y la agarró por los hombros.

—¿Por qué crees que estamos aquí reunidos? —preguntó Sam.

—Estaban hablando de dinero, secretos, problemas, niños que les han descubierto... No sé mucho del tema, pero supongo que sois miembros de una de esas sectas que organizan bacanales, y queréis hacer una última de despedida antes de que la policía venga a por vosotros.

—Oh Dios... ¡Oh Dios! ¡Eres una enferma! —dijo Mary, que empezó a dar vueltas por la habitación.

—¿A qué vienen tantos gritos? —preguntó Richard al volver al salón.

Carlyle se llevó la mano a la frente y entonces dio un puñetazo en la mesa.

—¿No sabe nada?... ¡No sabe nada! ¿Quién la ha hecho venir? ¡¿Por qué?! Sacad a esta puta de aquí antes de que se me dispare el revólver por accidente —dijo Carlyle.

—Carter, cálmate. Está aquí por el mismo motivo que todos. No hemos sabido educar a nuestros hijos para que fueran respetuosos... —dijo Richard.

—Oh, no, no. Richard, no te atrevas, ni por un segundo, a comparar a mi hija con ese ser abominable que tiene en su pocilga. Margaret es una niña inocente que se dejó arrastrar por las demás —dijo Mary.

—Sé que mi hijo nunca se juntaría con los vuestros, y si lo hiciera, haría lo posible para separarles. Y ahora, ¿Puede alguien, por una vez, hablar con claridad y decirme qué está pasando? —dijo Yvette.

—Sabemos que has estado llevando a tu hijo a las terapias de Pepper —dijo Richard—. Pero ahora también lo sabe más gente, incluidas nuestras hijas, Connie Jones y los agentes del FBI que están de camino hacia aquí.

—¿Y cuál es el problema? Lo que el padre Pepper hace es una labor de generosidad que nunca podré agradecerle lo suficiente.

—¿Generosidad? ¿Ahora resulta que eres rica? —preguntó irónicamente Mary.

—Yo no he pagado a Pepper para que ayude a Troy.

—¿Cómo que...?

—¿Pero firmaste un contrato, verdad? —preguntó Richard.

—Sí.

—¿Lo leíste?

—Por supuesto que sí, no soy tan estúpida —mintió Yvette, que al fin estaba comprendiendo lo que pasaba. Ella había firmado un contrato de confidencialidad como todos los demás padres que habían confiado sus hijos a Pepper, pero no había leído el contenido porque confiaba en el cura. Yvette había acudido a él pensando que la terapia era un acto caritativo, pero Pepper le había dicho que aunque su trabajo se desarrollara en la iglesia, eran sus conocimientos de psicología lo que estaba poniendo a su servicio gratuitamente, por lo que debía darle su consentimiento formal para que él ejerciera su profesión alternativa con Trisha. Lo que Pepper no había mencionado eran sus métodos y la razón por la que Yvette no tendría que pagarle.

Para Pepper, Trisha era una paciente especial, el caso más complicado de todos, pero el que resultaría más placentero de resolver. A pesar de la urgencia que había sentido por tener a las Williams en el pueblo, sus terapias de verano habían ocupado su agenda y aún no había podido encontrarse a solas con Trisha, de la que pretendía disfrutar durante el otoño como un capricho exótico.

—¿Te acuestas con Pepper? —preguntó ofendido Sam—. ¿Es así como le pagas?

—No, yo le respeto. Y no me hables en ese tono, no tengo que darte explicaciones sobre con quién trabajo o no —respondió Yvette.

—¿Quieres decir que si te acuestas conmigo es porque no me respetas?

—Sam, estás loco. Loco y ciego —dijo Carlyle asqueado.

—Tú harías lo mismo en mi situación.

—No, yo tengo mejor gusto.

—¿Cuánto tiempo más debo quedarme aquí recibiendo insultos? —preguntó Yvette a Richard.

—No puedes marcharte aún, debemos ponernos de acuerdo en una versión de lo que ha pasado en caso de que alguien decida desmarcarse.

—Esa no seré yo, y mi hijo tampoco. ¿El dinero del que antes hablabais es para sellar las bocas de todos, no es eso? Entonces podéis estar tranquilos, yo no he estado aquí ni he escuchado nada —dijo Yvette.

—Ojalá fuera verdad —dijo Mary.

—Yo no puedo hacer nada para callar a Sarah. Soy su tutor legal, pero hace tiempo que dejé de tener autoridad sobre ella —dijo Sam.

—Yo hablaré con ella. No os preocupéis por Margaret, nunca diría nada que fuera en contra de Pepper, ella le idolatra —dijo Mary.

—Addison se habrá estado haciendo preguntas cada día desde que lo vio, y si aún no me ha transmitido sus dudas es porque de alguna manera lo entiende —dijo Richard.

—Sigo diciendo que ha sido cosa de los Jones —dijo Carlyle.

—¿Cómo sabes que puedes fiarte de tu hijo? —preguntó Sam a Yvette, que lo miró enfadada—. Hemos hablado de él, tengo razones para pensar que es el más peligroso de todos.

—Lo conozco. Yo lo parí y lo he mantenido con vida. Así que tengo razones de sobra para decir que no va a ser un problema. Si intentara hablar con alguien, nadie querría escucharle. Si alguien se molestara en escucharle, no le creería, y si lo hiciera, yo estaría ahí para recordarle que mi hijo tiene una discapacidad mental, sufre delirios y...

—¿Por qué no está en un sanatorio en vez de andar suelto por un pueblo lleno de críos inconscientes? —preguntó Carlyle indignado.

—Porque todo es mentira. Lo único que está mal en su cabeza es esa estúpida idea de que es una niña —respondió Yvette.

—Bien, entonces podemos descartarle. Ahora solamente nos queda esperar a que lleguen y empiecen a investigar. Si al final resultara que la hija de los Jones habla, no debemos preocuparnos, es simplemente una niña queriendo llamar la atención, la conocen por ser engreída y prepotente, nadie la respaldará. Pero Sarah... Sam, ¿No puedes intentar hablar con ella?

—No, sé cómo va a terminar esa conversación, conmigo siendo detenido. No me acercaré a ella a menos que te ofrezcas a pagar mi fianza o que Carlyle haga la vista gorda —respondió contrariado Sam.

—Aprende a ser más discreto, que los problemas de tu casa no atraviesen las paredes o se escapen por la ventana. Y no, no puedo ayudarte si los federales están rondando cerca —dijo Carlyle.

—Yo no me preocuparía por Sarah. Todos sabemos que tiene problemas de comunicación, es emocionalmente débil e inestable, como su madre. Y no va a aliarse con Connie Jones, tengo comprobado que se odian mutuamente —dijo Mary, que cogió todos los pasteles de la bandeja, los envolvió con servilletas y los metió en su bolso—. Richard, quédate junto al teléfono hasta

que vayas a dormir. Carter, ¿Podemos dar una vuelta por el pueblo?

—Sí, señora —dijo Carlyle, que desenfundó su pistola rápidamente, la recargó y apuntó a Yvette con ella.

Sam agarró a Yvette del brazo para apartarla, pero ella se mantuvo en su sitio, sin inmutarse. No era la primera vez que la amenazaban a punta de pistola, y si Carlyle se atrevía a apretar el gatillo, tampoco sería la primera vez que le dispararan.

—Carter, no hagas tonterías, guarda eso. La sangre es casi imposible de limpiar en el parquet, no des más molestias a Eleanor —dijo Mary, que se puso su bolso y salió de la casa.

—Ten bien atado a tu mono mariquita, te lo advierto —dijo Carlyle antes de ir tras Mary.

—Discúlpale, está nervioso... Todos lo estamos. Pero contamos contigo —dijo falsamente conciliador Richard a Yvette.

Yvette fue a la entrada de la casa y esperó a que Carlyle y Mary se hubieran ido para salir a la calle. La ventana del salón de la casa de enfrente estaba abierta, así que Yvette aceleró el paso para alejarse del vecindario, pero Sam la alcanzó y la cogió del brazo.

—No me hables aquí —dijo Yvette, que intentó soltarse.

—Debería ser yo quien estuviera avergonzado.

—Entonces suéltame y corre a tu casa para desinfectarte —replicó Yvette, que dio un empujón a Sam y siguió caminando.

—Tenemos que hablar de lo que ha pasado ahí dentro. ¿Has pensado lo mismo que yo? —dijo Sam, que empezó a caminar marcha atrás, cortando el paso a Yvette, que lo golpeaba con su bolso.

—Tengo prisa. ¿De qué quieres hablar?

—Cooper parece muy seguro de lo que dice, pero no creo que lo tenga todo bajo control. Si el FBI está en el pueblo es porque tienen algo a lo que agarrarse. Van a empezar a sacar mierda de todas partes, esto va a salpicar a todos. Tenemos que irnos.

—Sam, no puedo ir a ninguna parte, no tengo dinero. Vine aquí para empezar de cero por el buen camino, y ya has visto cómo me va.

—Cooper ha ingresado quince mil dólares en tu cuenta —dijo Sam, provocando que Yvette se parara en seco y lo mirara incrédula—. Te ha pagado para que sigáis con la boca cerrada, ese es su único plan.

—¿Quince mil dólares? —preguntó Yvette conmocionada.

—Yo tengo unos casi tres mil ahorrados, si los juntamos tendríamos para

pagar al menos un año de alquiler de una buena...

—Tienes un historial policial demasiado largo, ya te habrían echado de la compañía si no fuera porque los Jones exigieron que todos sus trabajadores fueran también transferidos con la empresa —dijo Yvette, provocando que Sam agachara la cabeza—. ¿Quién te va a contratar ahora? ¿Quién me va a contratar o pagará por mí en estas condiciones? —preguntó, agarrándose el abultado vientre.

—Encontraremos la manera de hacerlo —dijo Sam, que se lanzó a besar a Yvette, pero ella se apartó, y acto seguido, le agarró la cara, lo besó y empezó a caminar—. ¿Tienes algo que hacer esta noche?

—A partir de la una y media estaré libre. Aparca detrás de la cabaña de los aseos. Y dúchate dos veces antes —respondió Yvette sin darse la vuelta.

—Encontraremos una forma de tener suerte —dijo Sam antes de que Yvette desapareciera cuesta abajo por la acera.

Ella admiraba la capacidad de autoengaño del hombre, que seguía pensando que su vida podría cambiar a mejor al emparejarse con una esteticista sin clientela y prostituta encubierta. Sam tenía parte de razón, pero no iba a ser su vida la que mejorara gracias a Yvette, sino la de ella misma.

Aunque durante el último mes habían estado viéndose sin dinero de por medio, Yvette tenía claro que la relación con Sam era un divertimento temporal para ambos.

Él había recurrido a ella como una forma fácil y rápida de conseguir compañía femenina, ya que después de la pelea con sus hijos ninguna mujer soltera del pueblo quería estar cerca de él, y ya no era bien recibido en casi ninguno de los burdeles del condado.

Para Yvette, Sam era un cliente fijo y su proveedor de pescado fresco gratis, pero ya no le necesitaba después de lo que había descubierto durante la reunión.

Yvette había firmado un contrato de confidencialidad, pero tal como había dicho el alcalde, ella podría incumplirlo en nombre de la justicia, denunciando los delitos que Pepper había estado cometiendo con la complicidad de los demás padres. Su testimonio sería suficiente para hacerles caer a todos, y aunque tuviera que gastar el dinero que acababa de ganar en pagar a un buen abogado que demostrara que ella no había entregado conscientemente a su hijo a un violador, pronto se convertiría en una figura mediática y vería multiplicarse sus ingresos.

Ella había estado delinquiendo toda su vida para sobrevivir y se había

convertido en una marginada despreciada por todos, y ahora había llegado el momento de cobrarse su venganza cósmica desenmascarando a la élite de Dandelion Bay.

Capítulo 29

Ecós

Mientras Yvette volvía a casa a toda prisa para hablar con Trisha y convencerla de revelar los abusos de Pepper a los inspectores de la seguridad social, Addison ya había llegado ante el teléfono público junto a la estación de servicio y estaba intentando introducir las monedas en la máquina. Nunca antes había estado tan nerviosa, y le preocupaba que el dolor punzante que sentía en el pecho fuera señal de que estaba a punto de sufrir un ataque al corazón. El ayuntamiento estaba a la izquierda de la estación, y la simple visión del edificio era suficiente para hacerla temblar.

Addison estaba ayudando a una menor de edad a fugarse de su casa y desaparecer, y aunque sentía que era lo correcto, en el fondo de su conciencia algo le decía que estaba equivocándose. La advertencia de peligro resonaba en su cabeza con la voz de su padre, el mismo que le había enseñado a actuar siempre siguiendo las normas aunque eso fuera en contra de su interés personal. En las ocasiones en las que Addison se sobrepasaba para satisfacer su espíritu periodístico, Richard la justificaba por ser una niña que actuaba por curiosidad, sin maldad, y aún no conocía la diferencia entre asuntos de mayores y absurdos chismes de adolescentes. Pero Addison ya no era una niña, y todas las lecciones éticas que el buen alcalde Cooper le había enseñado ahora tenían poco valor, así que marcó el número que aparecía en la nota que Trisha le había dado y pulsó para llamar.

Sonaron los primeros tonos, pero nadie respondió. Volvió a introducir más monedas y marcó el número, esperó, y de nuevo, no hubo respuesta. Se giró hacia los árboles entre los que estaba escondida Trisha y sacudió la cabeza frenéticamente. Trisha echó a correr hacia ella, y aunque Addison le indicó que retrocediera, la ignoró.

—¿Qué pasa? —preguntó Trisha temerosa.

—Nadie responde.

—¿Has marcado bien el número?

—Sí, pero nadie responde.

—¡Ya lo sé, lo acabas de decir! —dijo Trisha alterada.

—Solamente puedo pagar una llamada más —dijo Addison, mostrándole las monedas que le quedaban.

—Voy a por un billete —dijo Trisha, que corrió de vuelta a los árboles en busca de sus bolsos.

—¡No puedo pagar con eso!

—Entra en la gasolinera y cámbialo por monedas.

—No, me harán preguntas, y ahora mismo no puedo inventar respuestas, apenas puedo respirar.

—Vienes aquí todos los días ¿Qué tiene de raro que lo hagas hoy? —preguntó Trisha, pero Addison no supo cómo justificarse, así que ella le quitó las últimas monedas y las introdujo en la máquina—. Gracias por ser tan inútil cuando más te necesito. Tiene casi setenta años y necesita un andador, no puede responder si no esperas a que llegue hasta el teléfono.

—He esperado —dijo Addison, que se apartó de Trisha y se apoyó de espaldas a la pared de la estación de servicio. Entendía que su amiga estuviera frustrada y alterada, pero acababa de despreciarla fríamente a pesar de que ella estuviera arriesgándose para ayudarla. Sentía que Trisha la estaba utilizando como escudo durante su huida, aprovechándose de su inmunidad ante la gente del pueblo. De no ser por ella, estaría en su casa, durmiendo mientras esperaba el momento para secundar las mentiras de su madre, fingir que era discapacitada mental y que nadie en Dandelion Bay deseaba su muerte. Addison no tenía ninguna razón de peso para seguir corriendo, saltando y escondiéndose junto a Trisha, no tenía la certeza de que su fuga terminara mejorando la situación por la que pasaban en el pueblo. Pero en cuanto la abuela de Trisha respondió a la llamada y ella la saludó entre lágrimas, Addison no pudo evitar sonreír aliviada y también empezó a llorar.

La breve conversación con su padre al principio de la tarde la había dejado conmocionada y todos sus principios morales se estaban tambaleando, así que lo mejor que podía hacer era dejar de pensar y empezar a actuar para ayudar a su amiga. Corrió hacia los árboles y rebuscó en los bolsos de Trisha hasta encontrar el puñado de billetes que había robado de la cómoda de su madre, corrió de vuelta a la calle y entró en la estación de servicio.

La velocidad con la que irrumpió en la estación hizo dar un salto al dependiente, que estaba dormitando tras el mostrador y echó mano de su bate para los casos de emergencia. Addison cogió el paquete de chicles más barato y el hombre quiso regalárselo, pero ella insistió en que aceptara el billete. Una vez que tuvo su cambio, volvió junto al teléfono y metió las monedas para

darle más tiempo a Trisha para explicar a su abuela lo que debía hacer para sacarla de allí.

—... que traiga su abrigo de cuero, aquí hace más frío que en el culo del Yeti —dijo Trisha a su abuela.

—Cuida ese lenguaje. Y no hagas chistes de blancos —respondió Regina Williams al otro lado de la línea.

—El Yeti no es... Oh sí, si vive en la nieve tiene que estar pálido —dijo Trisha, que guiñó el ojo a Addison.

—Entonces habla del culo de Bigfoot —replicó la abuela de Trisha.

—Pero ese monstruo vive en los bosques normales, el chiste pierde la gracia.

—Creo que viene un coche —dijo alarmada Addison, que avanzó hacia la carretera y volvió corriendo hacia Trisha—. ¡Tenemos que irnos!

Addison le quitó el teléfono a Trisha y la agarró del brazo para que corriera de vuelta al bosque, pero ella se resistió y se tiró al suelo para recoger el teléfono, que estaba balanceándose descolgado.

—¡Te veo esta noche! —gritó Trisha al teléfono.

A la vez que las dos volvían a su escondite entre los árboles, un coche aparcó frente al ayuntamiento y permaneció allí parado un rato.

—No conozco ese coche, no es de aquí, me sé todas las matrículas de memoria —dijo Trisha, que intentó salir a la calle, pero Addison la agarró.

—No podemos arriesgarnos.

—Sólo voy a acercarme un poco. Iré por los arbustos, seré invisible, lo sabes —dijo Trisha, que empezó a gatear entre los arbustos que delimitaban la estación de servicio. En pocos segundos ya estaba de vuelta, y su cara reflejaba más emoción que tensión—. ¡Es el FBI! —gritó en voz baja.

—¿Pero que hacen aquí ahora? Mi padre está en el descanso de la comida, no puede...

—¿Y no crees que ellos lo saben? No podemos ver el interior desde aquí, tenemos que ir a...

—No, no vamos a volver a salir —dijo Addison.

—Tú puedes quedarte aquí, pero yo... —insistió Trisha, pero Addison le indicó que guardara silencio y señaló hacia los hombres, que habían salido del coche y estaban parados mirando a su alrededor, buscando el origen de las voces que estaban escuchando. Unos segundos después, los tres agentes entraron en el ayuntamiento y Trisha saltó hacia la calle.

—¿Estás loca?! Si te ven te devolverán a casa de tu madre —dijo

Addison—. ¿Es eso lo que quieres después de todo?

—Estarán ocupados, tienen mucho que ver ahí dentro. Vamos, hay tiempo de sobra para averiguar lo que pasa. No todos los días puedes ver una película de detectives en vivo y en directo.

Addison resopló y se sentó en el suelo, Trisha siguió avanzando hacia el ayuntamiento, pero vio que su amiga se había quedado atrás y fue con ella. Addison se levantó de un salto y tendió los bolsos a Trisha, que los cogió y los balanceó.

—¿Por qué no quieres saber lo que pasa? Este podría ser el tema de tu próximo artículo.

—¿Podemos irnos ya? ¿Qué te ha dicho tu abuela? —preguntó Addison, que se colocó la mochila y empezó a caminar hacia el interior del bosque para obligar a Trisha a seguirla lejos de allí.

—Parece que tienes más ganas de huir de aquí que yo —dijo Trisha, que se quedó parada mientras Addison seguía caminando—. ¿Qué te pasa?

Trisha alcanzó a Addison y la agarró del hombro, pero ella no se dio la vuelta e intentó seguir hacia delante. Trisha tenía razón, aunque en otra ocasión habría querido estar en primera línea de los acontecimientos, ahora sólo quería alejarse del pueblo todo lo posible, pues quedarse y descubrir el interés del FBI en su padre supondría confirmar que había estado viviendo en una mentira.

—Está bien, nos largamos, pero relájate, no tenemos prisa —dijo Trisha, que cogió la mano temblorosa de Addison y empezó a caminar junto a ella.

—¿Adónde vamos exactamente?

—Junto al cartel de bienvenida. Ahí es desde donde voy a echarle una maldición al pueblo entero... Bueno, tú estarás protegida, te perdono la vida.

—No bromees con eso.

—Lo digo en serio, sé un poco de magia negra ancestral y vudú, la prima de mi abuela es curandera. Nunca me ha salido bien, pero estoy segura de que ahora tengo la energía cósmica suficiente para...

—Allí hay buenas personas.

—¿Cuántas? Dime, ¿se te viene algún nombre a la cabeza? —preguntó Trisha.

—¿Cuánto tendremos que esperar allí? —preguntó Addison, esquivando la impertinencia de su amiga.

—No lo sé, se tarda casi tres horas en llegar aquí desde Portland, pero a mi tío Zach le gusta pisar el acelerador, así que quizás esté de vuelta en casa

para la hora de la cena —respondió ilusionada Trisha.

—¿Me enviarás cartas cuando estés allí?

—Si tú quieres... Pero no creo que sea buena idea.

—¿Por qué?

—Registran todo el correo que llega al pueblo, no querrás que te conozcan como la amiga de la fugitiva loca.

—No me importará.

—Además, ¿Qué quieres que te cuente? No voy a ir a la universidad, no creo que encuentre trabajo, y tampoco haré amigos —dijo Trisha extrañamente animada—. Aunque puedo informarte sobre la gente de mi barrio que muere por disparo, apuñalamiento, sobredosis, o las veces que mi vecina, la señora Holden, persigue a sus hijos amenazándoles con su peluca vieja.

—Creo que eso es más terrorífico que todos los tipos de muertes que has nombrado —bromeó Addison.

—Deberías verla, parece una pelusa alienígena. ¿Por qué no me visitas en las vacaciones de primavera?

—No sé dónde estaré o qué estaré haciendo en ese momento, o si alguien va a poder llevarme —se lamentó Addison.

—Eh, no te vengas abajo, no me puedo permitir tener un lastre depresivo ahora mismo. A lo mejor han venido por el teniente de alcalde, esa morsa no sabe conducir, seguro que tiene cientos de multas sin pagar. No me extrañaría que también hubiera atropellado a algu...

Addison no dejó a Trisha terminar su frase y tiró de ella hacia delante. Aunque su amiga intentara animarla, ella ya estaba demasiado angustiada y sólo quería llorar, pero si lo hacía tendría que perder tiempo en pararse a secarse las lágrimas, Trisha se molestaría por su sensibilidad, y después ella también empezaría a llorar. Ambas sabían que iba a ser la última vez que se vieran en mucho tiempo, y quizás nunca volvieran a encontrarse aunque mantuvieran el contacto, pero si dejaban paso a un momento emotivo estarían aceptando que había llegado el momento de despedirse.

Se conocían desde tan sólo seis meses antes, pero su unión se había vuelto más fuerte de lo que podían esperar. Habían quedado casi diariamente a escondidas para pasar largas horas intercambiando historias sobre su corta vida o simplemente recostadas entre los árboles mirando al cielo. Addison contaba a Trisha todo lo que había pasado en el colegio y el instituto antes de que ella llegara al pueblo, también teorizaba sobre los problemas familiares de los vecinos, de los que su madre hablaba durante la hora de la cena sin

llegar a dar detalles concretos para que Addison no quisiera saber más. A cambio Trisha le hablaba de cómo era el mundo más allá de Dandelion Bay, la vida en la ciudad, y especialmente, en un barrio marginal como King. Las historias que se originaban allí eran surrealistas y emocionantes para Addison, que había aprendido lo peligroso que era acercarse a ese tipo de zonas, a sus gentes, o siquiera nombrarlos. Poco imaginaban que pronto decir que venían de Dandelion Bay tendría un efecto ahuyentador similar.

Cuando Addison y Trisha llegaron junto al cartel de bienvenida al pueblo dejaron los bolsos y mochilas en la cuneta y subieron hasta el arcén para dar por finalizado su viaje de fuga conquistando la carretera.

—Y ahora solamente queda esperar... —dijo Trisha, que cogió a Addison por la muñeca para mirar su reloj—. Una hora, cincuenta y ocho minutos, trece segundos, doce, once...

—Llévatelo de recuerdo —dijo Addison, que se quitó el reloj para ponérselo a Trisha.

—Gracias, nunca había tenido uno porque no lo necesitaba, pero supongo que ahora que voy a recuperar mi vida y mi libertad, tendré que saber cuánto tiempo malgasto haciendo lo que no quiero hacer.

—Es de plata, y el eje de las agujas tiene un diamante de verdad. Podrías venderlo si lo necesitas.

—Ya sabía de qué estaba hecho, quería robártelo la primera vez que te vi —replicó Trisha, que señaló hacia su equipaje—. Puedes coger lo que quieras, menos el dinero.

—No, tú necesitas todo eso más que yo.

—¿Estás diciendo que soy pobre? —preguntó falsamente ofendida Trisha, que empezó a brincar de vuelta hacia los árboles.

—Viene alguien —advirtió Addison, que señaló hacia el pueblo y se puso la mano sobre los ojos para evitar los rayos de sol que se colaban entre las nubes.

—Entonces mueve el culo y escóndete.

—No es un coche, es una bicicleta.

—¿Vas a quedarte ahí para saludar? ¡Vamos! —la urgió Trisha.

Addison corrió junto a su amiga, cogió la mochila más pesada y se escondió entre la primera fila de árboles para comprobar quién estaba pedaleando a toda velocidad hacia ellas.

A los pocos segundos, Carlyle Jr. se detuvo frente al cartel de bienvenida, se bajó de su bicicleta rápidamente y corrió hacia el bosque, sin darle tiempo

a Addison para esconderse mejor.

—Os he visto, perras, salid a recibirme. ¿Qué estabais haciendo, queríais hacer autostop como putas baratas? —dijo Carlyle Jr., que avanzó hacia la profundidad del bosque sin darse cuenta de que Addison estaba escondida en los árboles a su espalda—. No me obliguéis a buscaros, estoy a punto de desmayarme. Me habéis hecho recorrer el pueblo entero en veinte minutos, no seáis maleducadas y responded... ¡Responded! ¿Qué creéis que hacéis aquí?

—Solamente quería hacer un picnic —respondió Addison, que salió de detrás de un árbol y le enseñó a Carlyle Jr. la mochila que llevaba—. Estoy sola ¿Quieres... merendar conmigo?

—¿Qué tienes? —preguntó Carlyle Jr.

—Pasteles de crema, galletas de canela, zumo de manzana... Pero está todo debajo del mantel, y también he metido el impermeable por si acaso ¿Me ayudas a sacarlo? —dijo Addison, que dejó la mochila en el suelo y esperó a que Carlyle Jr. se acercara. Tenía que distraerlo y darle tiempo a Trisha para que se alejara de allí, aunque conocía a su amiga y sabía que era probable que estuviera cerca, esperando para atacar al chico.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó en voz baja Carlyle Jr. —. No queremos tener problemas, ¿Verdad, Cooper? Sólo dime en qué dirección ha ido.

—No sé de quién estás hablando.

—No, no lo sabes... —dijo irónico Carlyle Jr., que empujó a Addison y la apuntó con una pistola—. No grites, no te muevas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó asustada Addison, que levantó la mochila para usarla como escudo—. No tienes licencia para usar un arma de fuego, no eres mayor de edad, suelta eso.

—Sabes mucho de leyes, como tu querido alcalde Cooper, pero ¿Has olvidado que la caza es legal?

—Si me disparas...

—No me obligues, no quiero hacerlo... Del todo. Es él o tú, piénsalo. Está loco, diré que me ha quitado la pistola y te ha disparado él. Tú eres toda una pacificadora, una diplomática, te has puesto en medio para convencerle de que se rindiera. Dime dónde está, no podemos perder tiempo.

—No lo sé...

—Entonces será peor para él. Si no vuelve al pueblo conmigo, la policía irá a buscarlo y lo detendrá, y entonces lo llevarán a un manicomio. ¿Es eso lo que quieres? Vamos, te estoy dando la oportunidad de ayudarle, estúpida.

—No vas a encontrarla —dijo Addison, que lanzó la mochila contra Carlyle Jr. y se levantó para echar a correr, pero él disparó al suelo e hizo que se detuviera. No quería herir a Addison, pero si la ponía en peligro Trisha acudiría en su ayuda.

—Tiene que volver, yo tengo que hacer que vuelva —insistió Carlyle Jr.

—¿Por qué, qué vas a ganar con esto? Tú estás más loco de lo que dicen que Trisha está. Guarda la pistola, coge tu bicicleta y vuelve al pueblo, sigue con tu vida.

—Todos necesitamos que vuelva. Todos, incluida tú —dijo Carlyle Jr., que avanzó hacia Addison y la apuntó con la pistola—. Dile que vuelva, pídele ayuda.

Addison negó con la cabeza y levantó las manos para intentar alejar la pistola de su cara, pero Carlyle Jr. no se inmutó.

—Llámalo —ordenó Carlyle Jr., que pateó a Addison en el estómago—. ¡Haz que vuelva!

—¡Trisha, huye!

Addison se levantó y fue directa a golpear con la cabeza a Carlyle en el estómago, pero falló y le dio en la entrepierna. El chico se llevó las manos a la parte dolorida, lo que Addison aprovechó para quitarle la pistola y lanzarla lejos, pero viendo que Carlyle Jr. la seguía, corrió a recuperar el arma y disparó al suelo hasta vaciar el cargador.

—¡Trisha, corre, no te preocupes por mí!

—¿Sabes lo que estás haciendo? ¡No tienes ni idea de lo que está pasando, la estás cagando! —dijo Carlyle Jr. afligido. Tenía los ojos llorosos por el dolor del cabezazo de Addison en sus partes nobles, pero su emoción venía de la sensación de fracaso. Su padre le había encargado capturar a Trisha en solitario, y él estaba fallando en la misión.

Al volver a casa, encontrarse todo revuelto y ver que Trisha y sus cosas estaban desaparecidas, Yvette había corrido hasta la comisaría con el corazón en la garganta para avisar al *sheriff* Carlyle de la fuga, pero salir a buscarla con el FBI en el pueblo era demasiado arriesgado, así que habían confiado en que Carlyle Jr. pudiera hacerles el trabajo sucio con más discreción. El plan que el alcalde Cooper y los otros padres habían diseñado para proteger a Pepper parecía infalible, pero habían perdido una pieza del mismo y eso ponía a todos en peligro.

—¿Por qué nos estabas buscando, cómo nos has encontrado? —preguntó Addison.

—Has pasado corriendo por medio pueblo, todo el mundo se ha fijado en ti. La gasolinera tiene cámaras de seguridad, ¿Lo sabías? Claro que sí, te encantaría salir en la tele, aunque fuera en un monitor de vigilancia.

—¿Te ha enviado mi padre?

—Yo solamente respondo ante el sheriff. Pero sí, tu papi también quería que viniera a por ti.

—¿Qué está pasando en el pueblo, por qué se han reunido tu padre, el mío y el de Sarah Müller con la señora Graham y la señora Williams?

—Para nada, lo que hayan hecho ya no sirve para nada —respondió derrotado Carlyle Jr.—. Te vas a arrepentir de no haberme ayudado, te arrepentirás toda tu maldita vida, Cooper.

—Yo no he hecho nada malo, Trisha es inocente... ¿Por qué estás llorando? —dijo Addison al ver que Carlyle Jr. había hundido la cabeza entre las manos y estaba temblando.

Una campana empezó a repicar con fuerza y Carlyle Jr. se giró rápidamente. Addison fue a mirar su reloj, pero ya no lo tenía. Estaban bastante lejos de la iglesia del pueblo, pero el eco de la campana aún les alcanzaba.

—Si alguna vez dices mi nombre, te mataré —advirtió Carlyle Jr.

El chico salió de entre los árboles para ir a por su bicicleta, pero en cuanto pisó campo abierto se detuvo horrorizado y levantó las manos. Addison salió detrás y vio que la carretera estaba cortada por coches de la policía del condado. Los agentes creían que ahora nadie escaparía de Dandelion Bay, pero a quien querían atrapar ya había huido de otra forma.

Capítulo 30

Unión

Horas antes de que Dandelion Bay quedara cercado, el padre Pepper condujo hasta Florence para dejar a buen recaudo en manos de un viejo amigo todos los materiales que había recabado durante sus sesiones de terapia en el pueblo. Los había guardado en el sótano de su casa después de que Addison y las otras chicas le descubrieran con Sandy Kincaid, pero ahora ese lugar ya no era seguro, como ninguno en el pueblo. Tendría que volver allí para que no saltaran las alarmas, aparentar normalidad y colaborar con los investigadores que iban a llegar por la tarde, o eso creía él.

A media mañana, el *sheriff* Carlyle había recibido una llamada de dentro de la policía del condado avisándole de que un desfile de coches del FBI acababa de salir de Portland en dirección a su jurisdicción para comenzar una investigación sobre el trabajo alternativo del padre Pepper. Carlyle supo entonces que el negocio secreto que lideraba el cura había sido destapado, y envió a Mary Graham a interrogar a los padres del pueblo que habían sido clientes. Todos respondieron mostrando su apoyo a Pepper y prometiendo silencio, pero los Turner, sobre todo su hija Lena, ya habían hablado lo suficiente el día anterior.

Lena había decidido contar a sus padres el plan de futuro que Pepper quería compartir con Sandy Kincaid, la antigua mejor amiga de Lena. A la vez, los Turner supieron lo que realmente hacía Pepper con sus pacientes y los recuerdos que se quedaba de ellos, entraron en razón, y decidieron que era el momento de denunciarlo.

Durante uno de sus encuentros, Lena había aprovechado que Pepper dormía para intentar recuperar la ropa interior que él le había confiscado por considerarla infantil para ella, y en sus cajones encontró una colección de fotografías demasiado explícitas. Cuando los inspectores del FBI visitaron de incógnito a los Turner, Lena les dio la lista de nombres de compañeros de instituto que pudo reconocer en el álbum de Pepper, y les habló de las chicas que habían presenciado en directo cómo el cura mantenía relaciones con Sandy.

Los refuerzos policiales deberían llegar a primera hora de la mañana siguiente, pero se retrasaron por culpa de los deslizamientos de tierra y las trampas para coches que aparecieron a lo largo de cientos de kilómetros de carretera por encargo del *sheriff* Carlyle en asociación con sus homólogos de otras poblaciones de la comarca.

Después del mediodía, a la vez que los agentes federales llegaban a Dandelion Bay y se dispersaban por las calles, el padre Pepper volvía a su iglesia con la tranquilidad que le daba haber limpiado su rastro de culpabilidad. Se reuniría con el alcalde y Mary Graham después de tomarse una fuerte taza de café que le ayudara a reponerse del largo viaje sin paradas que había hecho, pero no necesitaba hablar con ellos para saber que todo saldría bien. Creían tener el control sobre los tiempos y acciones, pero de nuevo, se les habían adelantado.

Cuando Pepper abrió la puerta trasera de la iglesia para recibir con su sonrisa más amplia a los inspectores, estos se interesaron por cómo estaba tras su viaje a Florence, y entonces el cura supo que estaba acorralado.

La noche anterior, después de escuchar a los Turner, la pareja de inspectores había ido hasta la iglesia para colocar un localizador en el coche de Pepper, de forma que si el hombre huía, se iniciaría una operación de busca y captura mejor manejada que las anteriores, ya que Jonathan Pepper era la tercera identidad que el hombre usaba para evitar la cárcel.

Pepper cerró la puerta rápidamente y la bloqueó con los bancos más cercanos, corrió hacia la torre campanario y empezó a tocar la campana para avisar a sus socios. Él ya no tenía escapatoria, pero aún podía devolver la ayuda a quienes le habían acogido y protegido en el pueblo. Quizás un último gesto de buena voluntad resarciera el pecado que estaba a punto de cometer.

Los inspectores no necesitaron romper la puerta de la iglesia para llegar hasta Pepper, pues él mismo se entregó saltando desde la torre. Los vecinos que estaban acudiendo a la llamada de socorro se mezclaron con los agentes del FBI recién llegados y entonces se desató el caos.

El padre Pepper estaba muerto, pero nadie creía que hubiera podido suicidarse, así que sus parroquianos cargaron contra los agentes sin atender a razón.

Mientras, Mary Graham estaba siendo detenida por haber colaborado en la red de pornografía de Dandelion Bay aconsejando a los padres locales que llevaran a sus hijos con Pepper para curar su homosexualidad.

El alcalde Cooper intentó escapar por la carretera norte, pero estaba

bloqueada. Se le permitió despedirse de Addison y después entró sin oponer resistencia en la parte posterior de un coche de policía. Le dijo a su hija que no creyera nada de lo que escuchara, pero su asociación con Pepper ya estaba probada desde horas antes, cuando su mano derecha en el ayuntamiento había entregado los números de contacto y direcciones de todas las familias que, con Cooper como mediador, habían contratado las terapias intensivas de verano de Pepper.

El turno del *sheriff* Carlyle llegó unas horas después, cuando Yvette Williams denunció que él había entregado un arma reglamentaria a su hijo para que cazara a Trisha. Yvette también terminaría recibiendo su merecido, pero pasaron meses en producirse su ingreso en prisión.

* * *

Trisha estaba cerca de Addison y Carlyle Jr. mientras ellos se enfrentaban en el bosque, y aunque los gritos y disparos la llamaban a saltar del árbol donde se escondía y golpear a Carlyle Jr. hasta que dejara de moverse, obedeció a su amiga y se quedó escondida durante horas hasta que dejó de ver las luces de los coches de policía, que alargaron su estancia en el pueblo para buscarla a petición de los inspectores de servicios sociales.

Cargada con su mochila y sus bolsos, sin agua ni comida, y atravesando los bosques a oscuras, Trisha llegó hasta Lincoln City de madrugada y esperó despierta en un parque hasta que fuera de día y pudiera coger el primer autobús en dirección a Portland. Quería pensar que su tío la estaría buscando en Dandelion Bay, pero en realidad nunca había llegado al pueblo, ya que la carretera estaba aún cortada cuando llegó, y dio media vuelta antes de que tuviera que identificarse y también fuera arrestado por lo que llevaba en los bolsillos y en el maletero para consumo propio.

Podría llamar a su abuela desde una cabina de teléfono cercana, pero no tenía monedas para llamar, y si daba un solo paso dentro de una estación de servicio para pedir cambio, el dependiente de turno avisaría a la policía de que un vagabundo negro intentaba robarle. Estaba de vuelta en el mundo real, y eso implicaba no confiar en nadie.

Aunque fuera contradictorio con todo lo que había dicho y hecho durante los últimos meses, ahora echaba un poco de menos Dandelion Bay y la forma de ser tan predecible de sus gentes. Allí la despreciaban para ocultar su miedo

a lo desconocido, lo nuevo y diferente que representaba Trisha, pero no se atrevían a atacarla directamente porque querían conservar su imagen de buenas personas y mantener sus conciencias limpias.

Había dejado atrás a Addison, que le había salvado la vida por segunda vez, y ahora ella estaría viviendo sus primeras horas como hija de un alcalde corrupto y cómplice de abusos. Sus mitos habían caído, y si sus amigas de la infancia ya habían empezado a distanciarse de ella por acercarse a Trisha, ahora Addison estaría completamente sola. Tenía que contactar con ella en cuanto pudiera, pero para eso necesitaba llegar a su lugar seguro.

El conductor del autobús no permitió que Trisha subiera a bordo todo su equipaje, y ningún otro pasajero aceptó llevarlo como suyo, así que tuvo que despedirse de la mayor parte de sus cosas a toda prisa para no quedarse en tierra.

Por fin, después del mediodía, Trisha llegó casi arrastrándose a los escalones de su antigua casa y se abrazó a su abuela en cuanto ella abrió la puerta. Los gritos de alegría de las dos atrajeron a los vecinos, que salieron a recibir a Trisha y felicitarla como si hubiera vuelto de la guerra, y en cierto modo así era.

Los días siguientes todo el vecindario se reunía en torno al mismo televisor en medio de un patio para ver en directo la abundante cobertura mediática de la investigación en Dandelion Bay, mientras Trisha comentaba las imágenes y hablaba de todo lo que sabía sobre la gente que salía en pantalla. No vio a Addison ni a ninguna otra de las testigos en televisión, pero no las echaba tanto de menos ahora que estaba con su familia y rodeada de un público muy entregado a sus historias.

Pronto la gente dejaría de interesarse por Trisha, la chica valiente que se había enfrentado al hijo de un todopoderoso *sheriff*, que había descubierto a un cura abusador, y había escapado de la policía y el FBI, y recordarán que seguía siendo un chico que actuaba afeminadamente.

Quien tampoco apareció en televisión como había deseado era Yvette, que tuvo que afrontar la fuga de su hijo ante los servicios sociales, se quedó sin su fuente de ingresos directa, y perdió la oportunidad de hacerse famosa por ser la madre de una víctima del padre Pepper. Pero sabía dónde encontrar a Trisha, y no iba a parar hasta ponerla de su lado aunque sólo fuera para ganar dinero juntas.

Yvette volvió a King pensando que su antigua banda la acogería de vuelta, pero medio año después de su marcha, apenas quedaban miembros con vida o

en libertad, y nadie iba a arriesgarse a traspasar los límites del barrio de los Williams. Yvette se aventuró sola hasta la puerta de la casa de su suegra, y aunque utilizó todo su talento para la interpretación y pidió perdón de rodillas y besando los pies de Trisha, ella le pidió que se fuera y nunca volviera a buscarla.

Sin familia ni amigos de los que aprovecharse, Yvette retomó su antigua profesión y la implementó con robos y atracos a sus clientes, hasta que fue detenida y condenada por el historial que había acumulado desde su juventud.

Con la desaparición de su madre, Trisha creyó que podría vivir más tranquila, pero sus tíos le recordaron que estaba a punto de cumplir la mayoría de edad y debería convertirse en alguien de provecho. A los Williams no les importaba acoger en casa a Trisha y costear sus gastos, pero seguían pensando en ella como un chico, y por tanto, debía dejar de dedicarse a las tareas domésticas y empezar a trabajar como ellos.

Así, Trisha tuvo que volver a reprimir su verdadero yo y convertirse en ayudante de obra, siguiendo la tradición familiar de trabajar la mayor parte del día por un poco de dinero, y en la oscuridad de la noche, dedicarse a robar aprovechando su complexión delgada y su habilidad para escapar. El sistema de ingresos complacía a la familia, pero Trisha no quería seguir el mismo camino que todos y estaba decidida a conseguir su diploma y tener un trabajo cualificado, así que habló con su abuela y juntas llegaron a la conclusión de que sólo había una forma de costear sus estudios.

Aunque le desagradaba la idea, Regina sugirió a Trisha que visitara un club de adultos, se presentara como una mujer del barrio de King, y pidiera trabajo como bailarina. El plan era arriesgado, pero ella se tragó su miedo a recorrer la ciudad vestida como quería y consiguió que le dieran una oportunidad. En su noche de prueba desfiló, cantó y bailó tal como había ensayado tantas veces a escondidas, y gracias a la explosión de talento para el espectáculo que demostró, consiguió que la contratan temporalmente como sustituta.

Aunque siempre había querido tener una larga melena, vestir ropa ajustada y colorida, y llevar maquillaje, cada vez que Trisha se preparaba para actuar en el club sentía que estaba disfrazándose e interpretando un papel, pero pronto entendió que debía seguir fingiendo como un hombre vestido de mujer hasta poder permitirse la operación y los trámites legales que la convirtieran en una mujer de pleno derecho.

Después del verano de 1989, Trisha volvió a su antiguo instituto decidida

a interpretar el papel de Troy sólo un año más hasta graduarse y viajar a Los Ángeles. Durante los cursos anteriores había tenido que faltar a clase repetidas veces y fallar en los exámenes conscientemente para dar la sensación de que realmente tenía un intelecto inferior, pero ahora que su madre no estaba allí para dominarla, podía dar rienda suelta a su inteligencia.

Tras nueve meses de autocontrol extremo y dedicación completa a sus estudios, Trisha se convirtió en la primera Williams en graduarse del instituto, pero no pudo empezar a disfrutar de su diploma tan pronto como deseaba. Regina tuvo una caída en casa y su maltrecha cadera terminó por romperse, obligándola a permanecer postrada en cama durante meses para recuperarse de una operación que supuso un gasto de la mayor parte de los ahorros reunidos por sus tres hijos y Trisha, que se convirtió en la cuidadora de su abuela y la responsable de su casa, esta vez a petición de sus tíos.

Después de más de un año de convalecencia, Regina murió, dejando a la familia sin su punto de unión, y con una repartición de herencia que aun siendo predecible, no gustó a sus hijos. Con diecinueve años, Trisha se convirtió en la única propietaria de la casa de su abuela, pero ante la falta de ingresos para pagar sus facturas, y queriendo evitar la confrontación familiar por haber sido más beneficiada que sus primos y tíos, decidió renunciar a su parte legítima a cambio de dinero en efectivo.

Así, sin la única persona que de verdad la quería, y con su monedero más lleno que nunca, Trisha viajó hasta Los Ángeles y se matriculó en una escuela preparatoria de enfermería. Era un cambio significativo en su plan de vida, pero mientras cuidaba de su abuela había descubierto que ayudar a quienes lo necesitaban era una vocación más fuerte que generar entretenimiento despreocupado.

Aunque al terminar su año de formación había conseguido las mejores notas de su vida, su origen se convirtió en un impedimento para conseguir un trabajo regular, así que tuvo que conformarse con ser limpiadora en un orfanato gestionado por la iglesia. Ella se habría mantenido alejada de cualquier tipo de organización religiosa, pero estaba decidida a prosperar y para ello debía olvidar su pasado y volver a confiar en la gente de fe. Sólo trabajó en el centro por unos meses, pero su experiencia allí la marcó y decidió seguir yendo voluntariamente y aportar de su bolsillo para mantener a los niños que, como ella, tenían pocas posibilidades de vivir sin preocupaciones y estar junto a alguien que les apreciara. Las obras de caridad le hacían difícil seguir pagando su apartamento, así que se mudó al centro con

aprobación de las monjas responsables y retomó su trabajo como bailarina exótica.

De nuevo, combinando trabajos muy diferentes entre el día y la noche, Trisha pudo permitirse mudarse más cerca del centro de la ciudad, y con una carta de recomendación de la Archidiócesis de Los Ángeles, por fin pudo conseguir un puesto de auxiliar de enfermería en el servicio de urgencias del Good Samaritan Hospital.

Su amplio horario la obligaba a pasar la mayor parte del día de guardia, pero no le importaba porque estaba cumpliendo su sueño, y además, su estancia continua en el hospital le permitía estrechar lazos con todo el personal, y en especial, con las encargadas de administrar el material.

Trisha no quería poner en peligro el puesto que tanto le había costado conseguir, pero en los almacenes había un trasiego constante de visitantes y algunos se servían sin control, así que ella también aprovechó la oportunidad para empezar a hacer acopio de hormonas feminizantes que le permitieran iniciar su reasignación de sexo. Su autotratamiento terminó siendo descubierto, pero sus compañeras lo mantuvieron en secreto e incluso le facilitaron el proceso, llegando a vender algunos medicamentos del hospital para ayudar a Trisha a someterse a la operación que le daría definitivamente su identidad legítima.

Las clínicas del país eran demasiado caras para ella, así que viajar a Tailandia era la única opción, por peligroso que fuera. Por primera vez en muchos años, Trisha rezó para que la operación saliera bien y pudiera volver a Los Ángeles luciendo con orgullo el vestido más corto y escotado del mundo.

Finalmente, en la navidad de 1994, Trisha pudo mirarse en el espejo y vio que su reflejo se correspondía con lo que siempre había sido: una mujer.

Su recuperación se había prolongado más de lo planeado, así que su puesto ya estaba ocupado cuando volvió al hospital, pero los meses de quietud e incertidumbre le permitieron encontrar algo que nunca había buscado.

Intentando reconducir de nuevo su carrera hacia el mundo del espectáculo, Trisha empezó a acudir a todas las audiciones de figurantes para películas y series que se rodaban en la ciudad, y en una cola de espera conoció a Justin, el primer hombre que le habló mirándola primero a la cara y después a su exuberante pecho. La relación no tardó en hacerse oficial, y aunque Trisha temía el momento en que su primer novio descubriera que no siempre había tenido ese aspecto, Justin reaccionó con normalidad y no pudo más que

aplaudir su valentía durante tantos años de represión.

El siguiente golpe de suerte llegó en mitad de una noche de invierno, cuando al volver de un rodaje, Trisha decidió llenar el estómago por primera vez en todo el día y se sentó frente a la televisión. En pantalla aparecía la repetición de un reportaje presentado por una joven pelirroja que seguía leyendo sus líneas sobre un mitin político a pesar de tener una multitud indignada detrás y algunos inoportunos delante intentando saludar de cerca a la cámara. Su estoicismo desafiante y su leve sonrisa de superioridad seguían iguales, así que no era difícil reconocer a Addison después de tantos años.

Trisha llamó a la redacción del canal que estaba viendo y preguntó por Addison, pero el redactor de guardia le colgó por haberle despertarlo para nada importante. Justin se levantó y encontró a Trisha en el suelo, llorando y riendo a la vez porque acababa de encontrar a su única amiga de verdad casi por accidente. Nunca le había escrito ni había llamado a su casa porque no sabía si seguiría en Dandelion Bay después de la detención de su padre, y tampoco estaba segura de que hubiera conservado su nombre real fuera del pueblo.

A la mañana siguiente, Trisha volvió a llamar, y con mejor humor, el redactor tomó el mensaje para Addison. Horas después, Addison llamó a casa de Trisha, pero ella estaba trabajando, así que fue Justin quien contestó e ideó el reencuentro sorpresa que se produjo una semana más tarde.

De nuevo, Trisha acabó llorando de felicidad en el suelo, esta vez con Addison abrazada a ella. Las dos se pusieron al día, y entonces Trisha supo que a su amiga no le había ido tan mal a pesar de ser la hija de un socio del padre Pepper.

Mientras duró el trabajo de campo de la investigación, Addison tuvo que salir de casa cada día por la puerta de atrás y moverse a través de los bosques para evitar las cámaras de televisión. La salida del instituto siempre estaba abarrotada de periodistas buscando una imagen de los pocos chicos que aún seguían yendo a clase y de sus huidizos padres, que abandonaron el pueblo al terminar el año escolar. El curso de 1989 fue el último que se impartió en Dandelion Bay, que al final del verano quedó casi desierto.

Addison se mudó sola a Nueva York para estudiar Periodismo, mientras que su madre se quedó aislada en el pueblo y empezó a sufrir una depresión severa que la dejaría imposibilitada en los años siguientes. La señora Cooper siempre había sospechado que la relación de su marido con Pepper escondía algo, pero no se atrevía a preguntar porque creía que saber la verdad sería

peor que seguir pensando que Richard estaba llevando una doble vida con el cura.

El emotivo reencuentro terminó con la promesa de repetir pronto la reunión, esta vez con el resto de testigos de Dandelion Bay. A pesar del enfado de Connie por tener que reorganizar su agenda, la frustración de Sarah por alterar su presupuesto mensual para comer fuera de casa, y el descontento de Margaret por no permitírsele acudir con su marido e hijo, las cinco volvieron a verse y convirtieron sus cenas de amigas en una tradición anual.

Para mantener la sensación de buena suerte repentina de Trisha, Justin le pidió matrimonio, y en vez de regalarle un anillo, pagó la matrícula de su carrera en Enfermería. El curioso regalo de compromiso impresionó a Trisha, pero no estaba realmente segura de que aceptarlo fuera lo correcto.

Ella quería a Justin y también quería recuperar su profesión, pero si sus dos deseos se solapaban entre sí, sería difícil separarlos si llegaba el momento en que tuviera que priorizar. Trisha no quería que ningún hombre pudiera presumir de que ella hubiera llegado a conseguir algo gracias a él, y si la relación terminaba de forma no pacífica, Justin podría reclamarle la devolución del dinero.

El temor de Trisha no llegó a cumplirse del todo, pero durante el último año de carrera, el intenso horario de prácticas la obligaba a pasar días completos en el hospital, y cuando podía estar en casa, no se mostraba receptiva ni animada.

Justin tenía constancia desde el principio del ajetreado ritmo de vida de Trisha, pero dejó de tolerarlo y cada vez demandaba más atención, hasta que decidió acabar con la relación, reprochándole que hubiera respondido con indiferencia a su apoyo durante tanto tiempo.

Trisha sabía que podría haberse esforzado un poco más para mantener a Justin a su lado, pero su currículum como enfermera titulada era lo más importante desde aquel momento en adelante, y si tenía que prescindir de su vida sentimental, era una pérdida para la que estaba preparada.

* * *

Al final del verano de 2017 Trisha viajó a Nueva York para celebrar el cumpleaños de Addison, pero su amiga no respondió al interfono. Le había dicho que pasaría el fin de semana en casa, así que habría avisado si hubiera

decidido salir repentinamente justo a la hora en que sabía que Trisha llegaría ante su puerta.

Después de llamarla por teléfono y enviarle mensajes que no recibieron respuesta, Trisha decidió probar la amabilidad de los vecinos del bloque de apartamentos de lujo y llamó a cada piso pidiendo que la dejaran entrar. A los pocos minutos Addison apareció en la puerta principal e hizo pasar rápidamente a Trisha, la cogió del brazo y entraron en el ascensor.

—Vas a conseguir que me echen de aquí. ¿A cuánta gente has llamado? —preguntó Addison enfadada.

—¿Has comprado algo o vamos a ir directamente a un restaurante? —preguntó Trisha distraída mientras rebuscaba en su bolso—. Aquí tienes, mi pequeño regalo. Viene con una gran factura, no te diré cuánto, pero vale más que...

Trisha levantó la vista hacia Addison para darle los pendientes que le había comprado y se sorprendió al ver que su amiga no llevaba maquillaje y estaba despeinada. Se acercó un poco más y comprobó que tenía los ojos húmedos.

—¿Es una ilusión óptica provocada por estas bombillas de bajo consumo, o tienes ojeras y los ojos rojos porque has estado llorando desde hace horas? —preguntó Trisha.

—Estoy bien. Ahora mismo estoy bien —respondió calmadamente Addison.

—Espera... —Trisha volvió a acercarse a Addison y la olfateó—. Por supuesto que estás bien. ¿Cuántos tragos de whiskey has tomado?

—La botella completa.

La puerta del ascensor se abrió y Addison corrió hacia su apartamento para llegar al cuarto de baño cuanto antes, pero se le cayeron las llaves, y cuando se agachó a recogerlas perdió el equilibrio y se cayó. Trisha corrió en su ayuda, dejando su maleta dentro del ascensor, cuyas puertas se cerraron.

—No me he tomado dos días libres para seguir atendiendo a alcohólicos desorientados —se quejó Trisha, que extendió los brazos hacia Addison para ayudarla a levantarse, pero ella prefirió seguir sentada en el suelo.

—Ha sido por el ascensor, el microsegundo de gravedad cero me ha dado la vuelta al estómago —dijo Addison.

—¿Puedo saber por qué querías dejar que me derritiera en la calle? Hay cuarenta grados ahí fuera —dijo Trisha, que fue a llamar al ascensor para recuperar su equipaje.

—¿Vienes de California y te quejas del calor?

—Estoy en mi tiempo libre, mi umbral de tolerancia está a la misma altura que tu culo ahora mismo. No me irrites más y dime qué te ha pasado.

Trisha recuperó su maleta y volvió junto a Addison, que le dio sus llaves para que abriera la puerta.

—Mírate, pareces una fregona humana. ¿Cuántos años tienes?

—Desde las cinco y veinte de la mañana, cuarenta y siete —respondió Addison, que se apoyó en la pared para levantarse.

—Era una pregunta retórica —replicó Trisha, que abrazó a Addison por la espalda—. Aún no te había felicitado en persona.

—Si sigues apretando tus brazos contra mi cintura voy a pintar la pared de amarillo verdoso, y no puedo hacer cambios en las zonas comunes sin consensuarlo —avisó Addison, que entró en casa y fue directa a acostarse en el sofá.

Trisha fue a dejar sus cosas en el despacho de Addison y aprovechó para mirar en el dormitorio principal. La cama estaba sin hacer y el colchón aún húmedo y caliente, el móvil de Addison estaba en el suelo, con la pantalla rota pero aún funcionando. Faltaban algunos trajes y maletas en el armario de Rick, así que Trisha supuso que su amiga había celebrado su cumpleaños con una discusión con su prometido.

—¿Tenemos el fin de semana entero para nosotras solas? —preguntó emocionada Trisha al volver al salón.

—Volverá el domingo. O eso ha dicho.

—«No creas todo lo que digan», eso me dijiste una vez.

—Me refería a la televisión.

—Será mucho mejor para ti si no vuelve, es un capullo. ¿Te ha comprado al menos un anillo, un colgante, pendientes, tangas con diamantes? ¿Una tarta? Tengo hambre, el menú del avión es incluso peor que el del hospital.

—Sírvete lo que quieras, sobre todo de las dos estanterías superiores, esa es su comida —respondió Addison—. ¿Cuenta como regalo que me haya hecho una transferencia para pagar el alquiler de este mes?

—Es un capullo, definitivamente. Por favor, te debe todo lo que tiene, antes estaba haciendo fotocopias...

—Yo no habría terminado mi saga si él no hubiera mediado con la editorial.

—No le defiendas.

—Es la verdad, las ventas empezaron a caer sin frenos después del

segundo libro.

—¿Y qué? Hace dos semanas estuviste en la mesa de debate de The View ¿Te escribió Rick un guion para que lo leyeras allí? No, lo hiciste tú sola, usaste tu talento. Repetiste varias frases y elevaste la voz cuando la presentadora intentaba callarte, pero lo hiciste a tu manera y te llamaron para que volvieras al día siguiente. No necesitas que ningún hombre te consiga trabajo, las ofertas te llegan porque lo mereces. Él debería pagarte para que le dejaras dormir en la misma cama que tú.

—Creo que ya soy mayor para entrar en ese negocio —bromeó Addison.

—Es tu agente, gana dinero por ti y tu trabajo, no tienes por qué agradecerle lo que hace... ¿Por qué no le despides y te conviertes en tu propia representante?

—No tendría mucho trabajo... Mi próxima aparición será en el especial de Navidad —respondió Addison.

—Entonces necesitas un plan urgente para mantener tus números lejos del rojo. Puedes empezar por vender todas sus cosas —dijo Trisha, que se sentó junto a Addison y le ofreció un paquete de salchichas ahumadas.

—No estoy en bancarrota, solamente es que... —replicó Addison, que se reclinó en el sofá y se quedó mirando al techo fijamente.

—¿Vas a terminar la frase a la vuelta de publicidad?

El cuerpo de Addison se convulsionó y Trisha se lanzó a sujetarla, pero ella la esquivó y se tiró al suelo para vomitar.

—¡La alfombra... Apártala! —pidió Addison mientras Trisha le sujetaba el pelo hacia atrás.

—Que le jodan a la alfombra, preocúpate de ti misma. Avísame cuando hayas echado todo, no creo que quieras un camino de baldosas amarillas por toda la casa —replicó Trisha, que apartó todos los muebles bruscamente para hacer espacio y dejar que Addison se acostara en el suelo—. No dejes de hablar, mantente despierta.

—Me estás salvando la vida —dijo falsamente conmovida Addison cuando Trisha volvió corriendo de la cocina con una botella de zumo para ella.

—Perfecto, ahora vamos dos a uno.

—Olvidas contar la vez que te di un Tylenol cuando salimos de expedición culinaria por Chinatown.

—¿Eso me salvó la vida? Me quitó el dolor de cabeza, pero me dejó colocada.

—Antes de eso ya te habías subido a una farola para bailar striptease. Te habrían detenido de no ser porque di la cara por ti ante la policía.

—Insististe en que probara cada tipo de licor, tú me obligaste a emborracharme y después me diste un medicamento cuando no estaba en pleno uso de mis facultades, me coloqué por tu culpa. Eres tan narcisista que nunca te das cuenta del daño que haces incluso cuando crees que estás ayudando —dijo Trisha.

—Gracias, supongo —respondió Addison, que forzó una sonrisa y se levantó sola para volver a sentarse en el sofá.

—Estoy bromeando, sabes que eres mi ángel de la guarda. Aunque tú no tienes nada de asexual como los ángeles, con esas tetas tan bien colocadas y esa cintura de avispa. Esta mala racha te va a servir para adelgazar, no puedes quejarte.

—¿No has pensado en convertirte en entrenadora emocional?

—Esa gente son unos vendehúmos, y aunque me guste el dinero, no lo quiero si no lo gano honestamente. Además, mis terapias serían demasiado cortas, si alguien está desmotivado, le pego una patada en el culo para que se levante y empiece a moverse. ¿Quieres una sesión de prueba? —dijo Trisha, que fue a la zona de la cocina y empezó a abrir todos los armarios—. ¿Vosotros los ricos tenéis fregonas?

—Está en la habitación de la lavandería —respondió Addison, que se levantó para ir junto a Trisha—. Deja que lo limpie yo, tengo que volver a acostumbrarme.

—¿Eso significa que vas a despedir a tu criada?

—No la llames así, es demasiado clasista. Y sí, me temo que tendré que empezar a controlar mis gastos si esta vez Rick va en serio.

—¿No puedes simplemente bajarle el sueldo? —preguntó Trisha, pero Addison le quitó la fregona y volvió al salón—. ¿Vas a decirme ya lo que te pasa?

Trisha siguió a Addison y se plantó frente a ella con los brazos cruzados, pero su amiga la esquivó y empezó a limpiar el suelo.

—Has dicho que no tenías problemas de dinero, pero no te creo. ¿Por eso se ha ido Rick, porque ya no eres rentable? He visto tu armario, faltan algunas cosas, vestidos de marca, joyas, tu ordenador nuevo.

—Si los quieres, están en eBay. Puedo hacerte un descuento, pero no de más de un quince por ciento —respondió indiferente Addison.

—Para —ordenó Trisha, que agarró a Addison por los hombros y la

obligó a sentarse—. Estarías noche y día hablando de campañas electorales, encuestas, diseños de pines promocionales, pancartas... ¿Y no eres capaz de decirme qué está pasando en tu vida? Ya que has purificado tu estómago, ahora empieza a soltar lo que hay en tu cabeza. No busques palabras amables para describir lo que está mal, suéltalo, y se acabó.

Addison miró a Trisha y negó desconcertada, forzando una sonrisa para camuflar las lágrimas. Había estado conteniendo su pesimismo durante meses, actuando como si su crisis creativa fuera algo temporal, pero cada vez era más evidente que su carrera se estaba hundiendo y no tenía demasiadas opciones para refluirla. Tenía un nuevo trabajo como redactora de informativos, algo que no pensó que fuera posible después de su descalabro público al convertirse en escritora, pero eso no la satisfacía. Sabía que Rick volvería con ella pasados unos días, pero sentía que su inspiración se había ido para siempre.

—No pienso moverme de aquí hasta que lo digas. Y tampoco dejaré que te vayas —advirtió Trisha.

—¿Qué pasa si... si no puedo hacer nada para solucionar esto? Solamente depende de mí, pero ya no sirvo para nada.

—No digas eso.

—Es la verdad.

—De acuerdo, supongamos que eres una inútil. Dame pruebas, justifica tu respuesta. Sé una buena periodista y demuestra por qué Addison Cooper es una fracasada —dijo Trisha.

—No puedo... No soy capaz de hacer nada original, todo lo que hago es seguir instrucciones. Sé que conseguir un trabajo estable a punto de cumplir cincuenta años es casi un milagro, pero no me siento bien... Necesito el dinero, pero eso no es lo único que necesito. Quiero ser alguien, quiero ser...

Addison se levantó y fue hacia un ventanal del salón, apoyó la cabeza contra el cristal y resopló.

—Necesitas atención, quieres volver a ser famosa ¿Es eso? Dilo, no te cortes.

—No quiero ser el centro de atención, pero que la gente me reconozca, que me salude por la calle, es algo que me hacía sentir bien.

—Todo el mundo quiere sus cinco minutos de fama, y si tú quieres otros cinco más, es legítimo, te los mereces.

—Pero ya no tengo nada que me haga...

—¿Especial? ¿Diferente, relevante, interesante?

—Ya no soy importante —dijo Addison con la voz quebrada.

—No digas eso —dijo Trisha indignada, entonces fue hacia su amiga y la amenazó con el dedo—. Tú eres Addison Cooper, eres importante y tienes talento. Nadie es mejor que tú en ser tú misma.

—¿Y para qué me sirve esa habilidad?

—Para hacer cosas —respondió rápidamente Trisha, que se quedó pensativa y entonces se echó a reír.

—¿Las habilidades sirven para hacer cosas? Vaya, no lo sabía, qué gran descubrimiento —replicó irónicamente Addison, que se contagió de la risa de Trisha.

—¿Ves? Ese aire de superioridad tuyo es lo que te hace importante. Eres una líder natural, la puta jefa.

—Ahora sí que hablas como una entrenadora emocional de verdad. Una un poco vulgar, pero...

—¿Tu jefe es un hombre o una mujer? En realidad no importa, conquista a quien sea necesario para volver a ser reportera de calle. ¿No tienes algún argumento descartado que puedas usar en tu siguiente libro? Si no, yo tengo una idea.

—No voy a liarme con mi jefe para que me ascienda —respondió rotunda Addison—. Quizás lo haría, pero si tuviera diez años menos y no fuera calvo y obeso.

—Entonces escribe tu biografía —replicó Trisha.

—No creo que eso interese a mucha gente —dijo Addison, que fue a acostarse en el sofá.

—Toda tu biografía. Sin censura, sin pseudónimos ni saltos en el tiempo —insistió Trisha—. Todo el mundo sabe lo que pasó en Dandelion Bay, pero no lo que pasó a cada una de las personas que estuvieron allí.

—Sería demasiado doloroso para mucha gente. Esa historia ya está olvidada, enterrada.

—¿Y qué hay de nosotras, de ti? ¿Has podido enterrar tu propia historia, la has olvidado, la has borrado de tu memoria? —preguntó Trisha, que se agachó frente a Addison y le giró la cabeza para obligarla a mirarla—. Yo no puedo, y he intentado hasta la hipnosis regresiva. Malgasté mi tiempo y dinero, pero tú puedes darle la vuelta y beneficiarte de esto. No solamente vendiendo libros y recuperando tu sitio en la lista de *bestsellers*, necesitas redescubrirte, por eso estás así.

—Aunque escribiera sobre nosotras dos, apenas llegaría a las doscientas

páginas. Prefiero no hacerlo a que parezca un relato corto de drama barato — dijo Addison desanimada.

—Entonces levanta el culo y ve a buscar todos los recursos que tengas, empezando por la lista de contactos de tu móvil. Margaret, Sarah, Connie, yo misma. Sabemos cosas que no aparecieron en ningún sumario, estuvimos en lugares que nadie conocía, nos relacionamos con esos desalmados hijos de perra y hablamos con ellos ¿Qué más necesitas? Si te cansas de teclear puedes narrarme lo que quieras y yo lo iré anotando, envíame notas de audio y las transcribiré en cuanto pueda —dijo Trisha impacientada.

Addison se levantó y fue a su habitación en busca de su ordenador portátil, se sentó en la encimera de la isla de cocina, y creó un documento en blanco al que llamó *Hidden Witnesses*.

—Si al acabar esta página no me convence, lo dejo —advirtió Addison.

—Tú nunca te rindes, y si por un momento pensaras en hacerlo, aquí estaré yo para darte una motivadora patada en el culo y hacer que sigas adelante —replicó Trisha.

Capítulo 31

El regreso

Un año y medio después de darle a Addison la inspiración necesaria para empezar a escribir una biografía colectiva junto a sus amigas, Trisha se echó el pelo hacia delante para poder secarse las lágrimas con disimulo y que las cámaras no captaran su momento de sensibilidad. Mientras hablaba había olvidado su plan original de dar el testimonio perfecto e incuestionable y había terminado recordando sus buenos momentos junto a Addison, pero los inspectores no la habían interrumpido tal como sus amigas le habían advertido que harían. Ya fuera un gesto de delicadeza al ver que Trisha se estaba desahogando después de lo que había pasado los últimos días, o por interés en conocer mejor su relación con Addison, Holden y Hayne la habían escuchado atentamente y aún estaban tomando notas mientras Trisha tamborileaba con los dedos en la mesa.

—Creo que no hemos entendido algo que ha dicho sobre Carlyle y Addison, la conversación que dice que tuvieron en el bosque —dijo Holden, y entonces mostró su dossier a Hayne, que asintió conforme—. ¿A qué se refería Carlyle cuando dijo que la mataría si alguna vez decía su nombre?

Trisha miró fijamente a Holden, después a Hayne, y entonces empezó a reír confusa.

—No pretendo ofenderles, pero creo que está bastante claro. ¿Qué no entienden exactamente?

—Por favor, ilumínenos —dijo Hayne.

—Esto es lo único de lo que no tengo pruebas y tampoco puedo jurar que sea verdad... Pero si me lo preguntan, creo que Carlyle también fue víctima de Pepper.

Holden se reclinó en su silla y empezó a rebuscar en su dossier. Había tomado notas de todo lo que recordaba de sus conversaciones y discusiones con Carlyle, pero él nunca había hecho referencia a Pepper ni su relación con las víctimas del cura.

El *sheriff* se había mantenido ajeno a la revisión del caso y su involucramiento había pasado desapercibido, y ahora Holden se arrepentía de

no haberle dejado interferir en los anteriores interrogatorios.

Holden sabía que Carlyle Jr. habría terminado rebatiendo a sus antiguas vecinas cuando hablaran de lo que Pepper hizo, y puesto que ellas estaban respaldadas por todos los veredictos en contra de los socios del cura, el alegato del *sheriff* habría servido para apartarle del caso y convertirlo en un testigo y después en sospechoso.

—¿No le dirán que yo les he dicho esto, verdad? —preguntó Trisha.

—Ahora estamos hablando con usted, lo que pase después está por ver —respondió Hayne.

—¿Cómo? ¿Es que no tienen ya información suficiente para imputarle? ¿Qué más quieren? —preguntó indignada Trisha, que golpeó la mesa con los puños y retiró su silla.

—Relájese —advirtió Hayne.

—La muerte de Addison no habría impedido que su secreto se supiera. El libro habría terminado publicándose por decisión de... —dijo Holden, casi pensando en voz alta, provocando que Hayne la mirara contrariado.

—¿Tiene alguna teoría? —preguntó Trisha interesada, pero Hayne le indicó que esperara y se girara para que no le viera hablar con Holden.

—Creo que ya podemos dar por terminada esta entrevista —dijo Hayne apresuradamente—. Pueden llevársela —indicó mirando a las cámaras.

—¿Qué va a pasar ahora, soy libre? —preguntó Trisha.

—Primero tiene que firmar algunos documentos, pero sí, puede marcharse.

—¿Cuándo podremos irnos del pueblo?

—Quizás muy pronto —respondió Holden.

—En cualquier caso, mientras esté en el hotel evite comunicarse con el resto de huéspedes —dijo Hayne.

—¿Ni siquiera puedo hablar con mis amigas? Querrán saber por qué he estado presa —dijo Trisha.

—Ya puede irse —dijo Hayne, que abrió la puerta e indicó a Trisha que saliera.

Holden esparció sobre la mesa los documentos de su dossier y llamó a Hayne para que se acercara, pero el inspector la ignoró y siguió pendiente de su teléfono.

—¿Puedes mirar esto un segundo? —preguntó irritada Holden.

—Espero que valga la pena —respondió impaciente Hayne, que observó las páginas marcadas del borrador de Addison y las notas de Holden

sobre ellas—. ¿Qué quieres que vea? No hay ninguna mención a Carlyle como víctima, ni alusiones a la supuesta conversación del bosque.

—Eso es, ni Addison ni las demás escribieron sobre él, pero él no lo sabía. Creyó que iba a sacar su secreto a la luz, y cuando la encontró sola, la confrontó, perdió el control como suele hacer, y la mató.

—Eso no habría impedido que el libro se publicara, tú misma lo has dicho. El borrador que tenemos es solamente una copia, la editorial tiene otras, y podrá publicarlas después de que se celebre el juicio.

—En su mente desquiciada no cabía esa posibilidad, no creo que estuviera pensando en el proceso editorial mientras le reventaba la cabeza y la ahogaba. Después sus neuronas despertaron y se le ocurrió robar el ordenador portátil para borrar...

—No sabemos con certeza si fue él o la mujer quién robó en la habitación —la interrumpió Hayne.

—Déjame terminar —dijo Holden enfadada—. Ya sé que no tiene sentido, pero él no es ningún genio. Norma Valentine vio a Addison y sus amigas discutir incluso antes de que empezaran a leer sus borradores, ya estaban enfrentadas. Con todo lo que han contado, es evidente que en realidad nunca han estado unidas, no son las mejores amigas como podía parecer, y Carlyle lo sabía. Connie Jones habría sido la primera en apartarse y pedir la retirada del libro, incluso demandaría a las demás, ya pensó en hacerlo una vez. Y si no se retiraran por su propia iniciativa, entonces podría extorsionarlas amenazando con publicar el contenido del teléfono móvil y el ordenador e incriminarlas.

—Tengo la ligera impresión de que estás tomando conclusiones precipitadas y condicionadas por tu opinión —replicó Hayne, que recogió los documentos y se los devolvió a Holden—. Descansa, lo necesitas.

—Estoy viendo todo claramente, eres tú, vosotros, los que acabáis de llegar, quienes no estáis viendo lo que...

—Si no me interrumpieras podría decirte que vayas a tomarte un café y te sientes cinco minutos tranquilamente frente al calefactor. Mientras yo me fumaré un cigarro o dos y después volveremos aquí para interrogar a tu poco estimado amigo —dijo Hayne, que puso su mano en la espalda de Holden para acompañarla fuera, pero ella se apartó bruscamente—. Vamos, no seas así, te estoy dando la razón.

—¿Pretendes que te dé las gracias por hacer bien tu trabajo?

—Si hubiera seguido las directrices ya no estarías aquí —replicó molesto Hayne.

—Adelante, demuestra quién manda aquí, echa a perder todo el trabajo que he hecho, que Billow y yo hemos hecho —le retó Holden, que le dio su dossier y salió corriendo del almacén. Hayne la siguió hasta la zona de despachos, pero ella cogió su bolso y fue hacia la entrada.

—Creo que te estás equivocando mucho conmigo. No voy a quedarme callado cada vez que quieras imponer tus ideas, no soy tu compañero ni tu amigo.

Holden se sentó en una silla de la entrada y empezó a comerse tranquilamente una barrita energética. Hayne se quedó parado frente a ella, resopló y empezó a caminar en círculos.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó desconcertado Hayne.

—No soy yo quien debería responder a esa pregunta —replicó Holden, que no pudo evitar sonreír con satisfacción al ver que Hayne estaba cada vez más confuso—. Prueba superada.

—¿De qué hablas?

—Creías que yo estaba inestable y no podía comportarme, pero te he sacado de tus casillas y ni siquiera he necesitado gritarte —respondió Holden complacida.

—¿No estás enfadada? —preguntó Hayne, a lo que Holden respondió asintiendo con la cabeza y ofreciéndole una barrita—. Esto no ha tenido gracia.

—Lo sé, pero tenía que hacerlo para que vieras que tengo razón. Este lugar saca lo peor de nosotros. Y por cierto, ya sé que no eres mi compañero ni mi amigo, pero tampoco eres mi jefe. Y lo que he dicho sobre Carlyle y el libro iba en serio.

—Sabes que eso no tiene ningún sentido.

—Aún no. Pero tranquilo, antes de que termine el día vamos a cerrar este caso, y pienso hacerlo sonriendo —aseveró Holden.

Mientras Holden y Hayne se preparaban para interrogar a Carlyle Jr., Trisha fue devuelta por el FBI al hotel. Se sorprendió al ver el aparcamiento y la recepción casi vacíos, pero desde la salida de comisaría ya había notado la extraña ausencia de la prensa.

Al llegar a su habitación se lanzó sobre la cama boca abajo y extendió los brazos y las piernas, escuchando con desdén el recordatorio de los agentes sobre no comunicarse con nadie, avisar para ser escoltada por las zonas comunes, y por supuesto, no intentar huir por el balcón.

Sólo había pasado dos días en el calabozo, pero le habían parecido una

eternidad. Descansar sobre el colchón en el que estaba le hacía sentir como si flotara sobre una nube en comparación con el cojín de espuma sobre el banco de piedra de la celda, pero no podía conciliar el sueño, así que empezó a contar las manchas de humedad del techo para distraerse. Su teléfono móvil estaba aún apagado, tal como lo habían dejado los analistas del FBI tras rastrearlo por completo y no encontrar nada más que pruebas de que sus llamadas, mensajes, fotos, vídeos y búsquedas en internet eran monótonamente normales y no los que una asesina en serie generaría. Podría sumergirse en internet y ver todo lo que se había publicado sobre ella desde la detención, pero no necesitaba leer los artículos para saber que todos estarían centrados en destripar su antigua vida.

Después de tantos años de esfuerzo para dejar atrás su identidad errónea, ahora todo volvería en su contra por haber estado en el lugar y momento equivocados. Aunque su propia temeridad la había llevado a esa situación, al menos le quedaba el consuelo de que el verdadero asesino de su mejor amiga estaba acorralado.

La imagen de Carlyle Jr. siendo arrastrado hacia la celda que minutos antes había estado bajo su poder ya estaba entre los recuerdos más felices de Trisha, pero no podía seguir dándole vueltas a su pelea con el *sheriff*.

Aunque estuviera ebrio y sobreexcitado, el hombre parecía saber perfectamente lo que hacía cuando intentó tener sexo con ella. Empezó a preguntarse si todo el odio que había recibido por parte de Carlyle Jr. tantos años atrás se debía a que el chico sentía envidia hacia ella por ser valiente y atreverse a mostrarse tal como era aunque ello pusiera su vida en peligro.

Trisha escuchó un golpe seco en la pared de enfrente y se levantó rápidamente. Volvió a sonar otro golpe, esta vez más a la derecha. Trisha fue siguiendo el sonido y salió al balcón, donde se encontró una mano que la saludaba desde el otro lado de la pared.

—¡Trisha! ¿Estás ahí, estás bien? —preguntó Margaret en voz baja para no alertar al agente que rondaba por el terreno circundante del hotel.

—Sí, he vuelto del infierno —respondió Trisha, que asomó la cabeza fuera de la barandilla y sonrió a Margaret.

—Oh, Dios mío, estás descolorida ¿No te han dado de comer ni beber?

—Lo suficiente para mantenerme viva. Pero al menos he podido librarme de todo lo que había engordado durante esta semana.

—Te he preparado esto para ambientar la habitación, ha estado cerrada desde que los forenses la revolvieron. Son de canela y naranja, jengibre y

lavanda, pomelo y pimienta rosa... No te las cobraré por esta vez —dijo Margaret intentando sonar animada, y entonces alargó el brazo y pasó a Trisha una bolsa con velas aromáticas.

Trisha la cogió y le dio las gracias, sin soltarle la mano.

—¿Estás temblando? —preguntó Trisha.

—Aquí fuera hace frío, pero no importa, así se me alisará la piel. Es un *lifting* gratuito.

—¿Cómo podéis ver beneficios en algo así? —dijo Sarah, que se asomó de repente desde su balcón, que estaba a la derecha de Trisha—. ¿Por qué estáis tan obsesionadas con vuestra imagen? No tenéis sobrepeso, vuestra piel está...

—Me has asustado, creía que nos habían descubierto —le recriminó Margaret—. ¿Si no te interesan los beneficios del aire frío, qué haces aquí fuera?

—He escuchado cómo llegaba Trisha. ¿Estás bien? —dijo Sarah, que se asomó temerariamente por la barandilla.

—Estoy viva y eso es suficiente.

—Voy a avisar a Connie —dijo Margaret, que volvió dentro de su habitación.

—Se molestará si la interrumpes mientras escribe —advirtió Sarah.

—¿Barbie, has vuelto a hablar con alguno de tus ex? —preguntó Trisha.

—Michael me llamó y no respondí. A los pocos minutos me llamó Peter para decirme lo que su padre no había podido. No sé cómo pude hacerlo, pero no le respondí cuando terminó de hablar. Simplemente le dije que si no era para interesarse por mí, que no me llamara más —respondió Margaret.

—¿Y entonces...?

—Me llamó por la noche para pedir perdón. Ha tardado muchos años en darse cuenta de que su padre es un capullo absorbente, pero mejor tarde que nunca. Ah, y... voy a ser a abuela.

—¿Qué?! —gritó sorprendida Trisha, que se tapó la boca y corrió dentro de la habitación para no ser vista por el agente en la calle—. Pero eso es... una putada. Hace dos días creías que ibas a volver a ser madre y ahora...

—Gracias por las felicitaciones —replicó irónicamente Margaret.

—¿Puede saberse por qué no podemos hablar sin una pared de por medio? No somos presas ¿Quién es esta gente para coartar nuestra libertad de expresión, qué ley les ampara? —preguntó indignada Connie, llamando la atención del agente que rondaba el hotel, que les indicó que volvieran dentro

—. ¡Ven y obligame! —le retó, sacándole el dedo.

—¿Cómo ha ido todo, funcionó el plan? —preguntó Sarah a Trisha.

—Por supuesto —respondió ella forzando una sonrisa, y entonces todas lo celebraron maldiciendo a Carlyle Jr. a gritos.

—¿Estaba delante mientras te interrogaban, pudiste ver cómo se le inyectaban los ojos en sangre y empezaba a echar espuma por la boca? —preguntó Connie, y Trisha respondió asintiendo.

—¿Cómo se te ocurrió escapar por el balcón? Son dos plantas de caída, podrías haber salido por una ventana de la planta baja —dijo Margaret.

—No, no debería haber salido. Fue la estupidez más estúpida que has hecho nunca —dijo Sarah.

—Podrías haberme avisado. Yo habría distraído a Norma y después te habría acompañado fuera —dijo Connie.

—No importa, ahora estoy aquí, y con un poco de suerte, estaré de vuelta en Los Ángeles pronto.

—Llévame contigo —pidió Margaret.

—¿Habéis terminado con vuestros capítulos? —preguntó Trisha.

—Estaba haciendo la tercera revisión mientras parloteabais —respondió Connie.

—Quizás termine mañana —respondió Sarah.

—Con tu apreciada e inestimable ayuda llegaré al final antes de la semana que viene —dijo Margaret.

—Eso quiere decir que estoy casi al mismo nivel que Connie Jones... lo celebraré con un par de cervezas —dijo Trisha, provocando que todas la reprendieran al unísono—. Volved al trabajo, procrastinadoras.

—¿Qué significa eso? —preguntó Margaret.

—Según Addison, es la forma culta de llamaros vagas —respondió Trisha, y entonces todas volvieron a sus habitaciones—. Abuela Margaret, espera. ¿Cómo pretendes que encienda estas velas sin un mechero?

—Oh... Podrías pedirle fuego al agente que vigila tu puerta.

—No es mi tipo —replicó Trisha.

De repente resonó un estruendo en la distancia y las cuatro corrieron hacia sus balcones para ver cómo una columna de humo empezaba a ascender desde el centro del pueblo.

—Alguien se ha pasado un poco echando combustible a la barbacoa —bromeó Margaret.

—Aquí no tienen de eso, todavía cocinan en hogueras —añadió Trisha.

—No, ese humo es demasiado negro, todavía debe de estar alimentándose de algo grande —dijo Sarah.

—Ojalá que haya sido la comisaría —dijo Connie, provocando que todas la miraran con desaprobación.

Se produjo otra explosión, y esta vez la onda expansiva empujó hacia atrás a las cuatro amigas.

Capítulo 32

Armagedón

Poco antes del regreso de Trisha junto a sus amigas, Sally vio desde su caja registradora a las hermanas Carlyle llegar frente al supermercado. Las dos iban cogidas del brazo y caminaban sincronizadas, con una desagradable mueca en sus caras parecida a una sonrisa que producía escalofríos a Sally. En vez de atravesar las puertas automáticas y empezar su paseo diario por las secciones del local, las dos mujeres se desviaron de su camino habitual y desaparecieron por un lateral del edificio, lo que hizo a Sally sospechar. En ese momento no había ningún cliente, pero el gerente podría ver por las cámaras de seguridad si Sally abandonaba su puesto para seguir a las Carlyle, así que ella se quedó sentada, pensando en qué estarían tramando las señoras.

A los pocos minutos, Barbara y Ann entraron al supermercado y fueron directas hacia Sally, que las recibió con sus bolsas de panecillos ya en la cinta transportadora.

—Oh, qué amable por tu parte. Si quieres también puedes pagarlas tú — bromeó Barbara, y Sally tuvo que reír.

—¿Te has aburrido mucho mientras no estábamos? Hoy nos hemos permitido un poco más de tiempo de sueño para estar completamente cargadas de vitalidad mientras vemos todo lo que Dios va a hacer que ocurra a nuestro favor —dijo Ann.

—Qué bien que empecéis el día con tanta positividad —dijo Sally.

—Oye, Sara, ¿Por casualidad, no tendréis alguna caja de verduras un poco maduras que tengáis que tirar? —preguntó Ann.

—Todo lo que está en mal estado se tira al contenedor por la noche o se lo llevan las Hermanas de la Buena Esperanza si aún le queda al menos un día para caducar...

—¿Ni siquiera en el fondo del almacén? Nos harías un gran favor si fueras a mirar —insistió Ann.

—Lo siento, no puedo dejar mi puesto, y sé que no encontraría nada. Aquí solamente tenemos artículos de primera calidad —respondió Sally—. ¿Por qué queríais comprar algo podrido?

—No pensábamos pagarlo, os estaríamos ayudando a reciclar. Eso es de buenas personas, ¿No? —dijo Barbara.

—No es nada, sólo para divertirnos un rato después —respondió Ann con malicia—. Bueno, si no puedes ayudarnos tendremos que buscar otro tipo de munición.

—¿Qué estáis planeando? —preguntó intrigada Sally, pero las hermanas se rieron con complicidad y se marcharon en dirección a la sección de conservas para buscar algo que lanzar a Trisha cuando la escoltaran fuera de la comisaría.

Las Carlyle no tenían ni idea de que el plan de su hermano para inculpar a Trisha no sólo había fallado, sino que había rebotado hacia él y sus cómplices.

El teléfono de Barbara empezó a sonar y la mujer respondió con falsa amabilidad.

—¿Quééé?! No, no puede... ¡¿Cómo se atreve?! —dijo fuera de sí Barbara, que dio una patada a una estantería, provocando que las latas cayeran y rodaran sin control por el suelo. Sally escuchó los gritos y ruidos y fue a ver qué ocurría, pero Ann le indicó que se quedara lejos.

—Barb, cálmate, te va a dar un ataque al corazón y entonces harás que me dé otro a mí —dijo Ann, que intentó contener a su hermana, pero ésta la apartó bruscamente.

—Vamos para allá ahora mismo. Avisa a todos, que no pueda dar ni un paso más. Ese Porter ya está muerto —dijo Barbara, que colgó y corrió hacia fuera del supermercado.

—¿Qué está pasando? —preguntó preocupada Ann, que intentaba alcanzar a su hermana, pero sus cortas piernas no daban más de sí.

—Aún no has pagado eso —dijo Sally al ver que Barbara se marchaba cargada con unas cuantas latas—. ¡Vuelve aquí!

—¡Esa puta mentirosa de Sandy Kincaid está aquí y quiere entrar en la casa de sus santos padres! —exclamó indignada Barbara.

Sally dejó caer las latas que estaba recogiendo y corrió hacia Barbara, que estaba esperando a su hermana para correr juntas hasta la casa de los Kincaid para echar del pueblo a la recién llegada Sandy.

—¿Has dicho Sandy Kincaid? —preguntó nerviosa Sally.

—Sally ¿Por qué no estás en tu puesto? —preguntó Nicole, que ya había vuelto de fumar en el cuarto de baño.

—¿Qué ha venido a hacer aquí, quién le ha dado permiso? —preguntó Ann a su hermana.

—Va a montar un circo en casa de los Kincaid, un escenario para hacerse fotografías, como si aquello fuera la atracción de la casa de los horrores. Había dos chicos quitando los tablones y Marissa les ha llamado la atención, pero resulta que les ha enviado el alcalde.

—¿Habláis de la misma Sandy Kincaid que fue víctima del padre Pepper? —preguntó incrédula Sally.

—Ann, corre más rápido —ordenó Barbara a su hermana—. Sí, Sara, está en el ayuntamiento para dar una rueda de prensa, esa zorra mentirosa...

Las Carlyle se reunieron frente a la puerta automática, volvieron a cogerse del brazo y corrieron hacia el centro del pueblo.

—¿Vas a ordenar lo que han tirado o no? —preguntó Nicole en tono inquisitivo a Sally, que estaba parada frente al escaparate.

La mujer de la que tanto había oído hablar estaba a unos kilómetros de allí, y ahora podía acceder a ella en persona después de años de búsqueda. Para abrirse paso hasta Sandy primero tendría que despejar el terreno, y tenía todo lo necesario para ello.

Nicole se colocó junto a Sally y miró hacia el aparcamiento vacío, chasqueó los dedos en la cara de su compañera y le dio un codazo.

—¿Estás viendo duendes y hadas liándose encima de su carruaje mágico? —se burló Nicole.

Sally pensó en responder a su compañera con un puñetazo en plena cara, pero entonces perdería unos minutos discutiendo con ella, así que se limitó a ir hasta su caja registradora, recogió su bolso del suelo y salió del supermercado.

—¡Eh! ¿Adónde vas ahora, qué le digo a Marvin? —preguntó Nicole, que siguió a Sally hasta su coche.

—Creo que me he dejado el gas abierto esta mañana —dijo Sally.

—Perfecto, ahora tendré doble sueldo —dijo Nicole.

En cuanto Sally vio a su compañera desaparecer de su campo de visión, se bajó de la camioneta y fue hasta la parte trasera del supermercado, donde estaba aparcado el coche de su jefe, y se agachó para comprobar si la bomba casera que había pegado al chasis unos meses antes seguía allí. La revisaba cada semana después de que el señor Marvin le descontara del sueldo los desajustes del balance semanal, pero el hombre conducía despreocupado y a tanta velocidad que el pequeño regalo de su empleada menos apreciada podría haberse soltado.

Tras encender el teléfono móvil que servía de detonante, Sally volvió a su

camioneta y condujo hasta fuera del aparcamiento, desde donde vio salir al gerente, que intentaba llamar su atención gritándole y dedicándole algunos insultos. Delante del supermercado había tres surtidores de gasolina, así que, con suerte, la onda expansiva los alcanzaría y todo el terreno del supermercado se convertiría en un gran agujero llameante en pocos segundos, aunque por desgracia, ella ya no estaría allí para verlo.

Sally condujo hasta la parte trasera del ayuntamiento y aparcó en el arcén, dejando la camioneta camuflada bajo los árboles. Avanzó con prudencia hasta la calle principal y entonces vio la concentración de periodistas y cámaras que esperaban la reaparición de Sandy Kincaid.

La víctima más conocida del infame padre Pepper había decidido salir del anonimato en que se refugió treinta años atrás y ahora estaba dispuesta a relatar en primera persona lo que había vivido. La rueda de prensa serviría para anunciar su plan de publicar los antiguos diarios de su adolescencia y escribir su autobiografía, pero Sally no podía permitir que Sandy volviera a hablar en contra de Pepper, así que colocó otra bomba en la tapadera del cuadro eléctrico del ayuntamiento y volvió a su camioneta. Sacó de la caja un par de guantes ignífugos y una máscara de soldar y se los puso, cogió un rollo de cuerda, la pistola que perteneció al inspector Billow, y se asomó al camino. Llamó al teléfono que estaba bajo el coche de su jefe y entonces se produjo la primera explosión.

El efecto de su bomba casera no había sido tan inmenso como deseaba, pero el estado de alerta ya estaba instaurado.

La gente reunida en el aparcamiento del ayuntamiento desvió su atención hacia el norte del pueblo y en cuestión de segundos todos estaban montados en sus coches para ir a cubrir la explosión. El alcalde Clark y su ayudante intentaron retener a la multitud restándole importancia a la explosión, pero se quedaron solos enseguida, con la única compañía de los agentes del condado que protegían el edificio, y Sandy Kincaid, que se refugió dentro.

Se produjo otra explosión mucho más fuerte que sacudió los árboles e hizo perder el equilibrio a Sally, que no pudo contenerse y empezó a celebrar el éxito de sus explosivos dando saltos y gritando extasiada. Escuchó el chirrido de las ruedas de los últimos coches de los periodistas alejándose a toda velocidad y entonces supo que había llegado el momento de avanzar en su plan.

El trayecto hacia el ahora desaparecido supermercado duraba menos de cinco minutos, así que tenía que esperar al menos dos minutos para activar la

segunda bomba y que los curiosos no dieran la vuelta.

La instalación eléctrica del ayuntamiento había sido renovada diez años antes, pero los materiales de construcción seguían siendo las mismas maderas y aislantes que el alcalde Cooper había usado en su remodelación más de treinta años atrás.

Sally llamó al teléfono móvil de la bomba pegada en la pared y entonces la fachada lateral del edificio desapareció entre los macabros fuegos artificiales que prendieron el tejado y los árboles de alrededor.

Sally fue hacia la puerta del ayuntamiento y se encontró en las escaleras a un aturdido agente del condado que le ordenó que se alejara de allí, ella le disparó en la cabeza y subió las escaleras para entrar. Todo estaba lleno de humo denso que dificultaba la visión, pero Sally supo enseguida hacia dónde tenía que ir cuando escuchó los gritos de socorro del alcalde.

El pasillo hacia el despacho principal se estaba empezando a inundar por la rotura de las tuberías, y el cableado del techo ahora se balanceaba echando chispas muy cerca del suelo, pero los zapatos de Sally eran de goma y con suela elevada para aumentar su altura, así que avanzó despreocupada.

El alcalde Clark salió de debajo de su escritorio y vio a alguien con una máscara de soldar yendo hacia Sandy, se acercó por detrás, y cuando la desconocida se dio la vuelta, vio que llevaba una placa con su nombre en la solapa del uniforme.

—¡Sally, gracias a Dios que estás aquí! Deprisa, ayúdame a levantar a esta mujer —dijo Clark, que fue a levantar a Sandy, que estaba semiinconsciente en el suelo.

—¿Tiene algo de valor en la caja fuerte? —preguntó Sally indiferente.

—Algunas escrituras y otros papeles, un poco de dinero en efectivo, pero eso no importa ahora —respondió Clark, que intentaba poner en pie a Sandy —. Vamos, coge su otro brazo

—Abra primero la caja fuerte —ordenó Sally.

—¡No, este sitio va a derrumbarse o explotar por completo de un momento a otro!

—Última oportunidad —amenazó Sally, que apuntó al hombre con su pistola y señaló hacia la estantería a sus espaldas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó asustado Clark.

—Lo que debo hacer, no como tú —respondió ella, que disparó a la cerradura de la caja fuerte y después al cuello del alcalde.

El sonido de los disparos reanimó a Sandy, que empezó a arrastrarse

hacia el pasillo.

—Si yo fuera tú no seguiría por ese camino —advirtió Sally, que terminó de llenarse los bolsillos con el dinero de la caja fuerte y fue hacia Sandy para cogerla del pelo—. No voy a dejar que te frías como un pescado, esa muerte sería demasiado rápida y poco agónica para lo que te mereces.

—¿Quién eres, qué quieres de mí?

—¿No lo sabes? ¡Por supuesto que no lo sabes! ¿Cómo podrías reconocerme si nunca has querido encontrarte conmigo?

Sandy se liberó de Sally, corrió como pudo hacia la entrada y pidió ayuda a gritos, pero no apareció nadie excepto Sally, que volvió a agarrarla del pelo y le pisoteó el tobillo para torcérselo.

—Ya soy mayor para jugar al pilla-pilla contigo —dijo Sally, que se guardó la pistola en el bolsillo trasero y cogió a Sandy por debajo de los brazos para arrastrarla fuera.

—¿Por qué quieres matarme, qué te he hecho yo para merecer esto? —preguntó impotente Sandy.

—Nada, no has hecho nada, madre —respondió Sally, provocando un aterrador escalofrío a Sandy, que hasta el momento no había querido aceptar que conocía a su captora. Su voz le sonaba familiar porque había hablado por teléfono con ella esa misma semana sin saber quién era, pero cuando la amordazó y le ató las manos para encerrarla en la parte trasera de la camioneta, pudo verle la cara y entonces no le quedó ninguna duda de que la personificación de su pasado estaba allí para acabar con ella.

Sally se puso al volante y condujo hacia el hotel Valentine, aparcó alejado de la entrada y llamó a Sean. El chico tardó en responder, y cuando lo hizo, la saludó empalagosamente para calmar su previsible enfado.

—¿Estabas tocándote en el baño? Tienes que estar disponible todo el tiempo, «abierto veinticuatro horas» ¿Recuerdas, idiota?

—Ahora eres tú quien pierde el tiempo haciéndome reproches ¿Qué quieres? —replicó Sean al otro lado de la línea.

—Coge tu pistola y ve a la primera planta, deshazte de los tíos que haya en el pasillo, mientras yo me encargo de los de la entrada y alrededores —ordenó Sally.

—No puedo hacer eso ahora mismo... Tengo *clientes* aquí delante.

—Cárgatelo a él primero.

—Pero entonces atraeré a más *clientes*.

—Usa el silenciador —replicó Sally.

—Aquí no damos ese servicio.

—Te dije que consiguieras uno —dijo enfadada Sally.

—Señorita ¿Pretende que lo compre en Amazon?

—No me hables en ese tono. Envuelve la pistola en una toalla, amortiguará el ruido.

—Eso solamente funciona en las películas.

—Está bien, Sean. Voy a salir, mataré al agente que ronda frente a los balcones como un *voyeur*, después mataré a los dos que vigilan la puerta, y si cuando entre en recepción no tienes un arma cargada y preparada, te mataré a ti también. ¿Te parece bien? —dijo Sally, que sacó su pistola de la guantera y se bajó del coche.

—La estaremos esperando, que tenga un buen viaje —respondió contrariado Sean.

—Gracias por tu servicio de mierda —se despidió Sally, que hizo tal como había dicho y fue hacia la fachada trasera del hotel para disparar al primer agente, que estaba caminando de espaldas a ella y no pudo ver llegar a su asesina. Sally cogió el arma reglamentaria del hombre, la guardó en su mochila y volvió hacia la entrada del edificio. Escuchó un disparo y supuso que Sean se había atrevido a disparar contra el agente que vigilaba la recepción. El agente que estaba fuera de las puertas entró y Sally corrió tras él.

Sean se había atrincherado en la habitación contigua a la recepción, y mientras el agente atendía a su compañero herido, Sally entró y disparó a ambos por la espalda.

—¡No se muevan! —ordenó un agente desde lo alto de las escaleras.

—¡Les han disparado y han huido! —dijo Sally, que se había guardado las pistolas en los bolsillos traseros, y retrocedió con las manos en alto hasta chocar con la pared.

El agente vio que la chica no estaba armada, así que bajó los escalones corriendo y fue a comprobar si sus compañeros seguían vivos.

—¡Llama una ambulancia! —dijo el agente, que tenía ambas manos ocupadas tapando las heridas de sus compañeros.

Sean abrió la puerta de la habitación y se asomó rápidamente, Sally le indicó con la cabeza que saliera, pero el chico se negó.

—Dios mío, Sean, no puedo confiar en ti —se quejó Sally, que volvió a sacar sus pistolas, disparó al agente aún vivo y después vació un cargador rematando a los tres—. La próxima vez apunta a la frente.

—No tenías por qué matarlos, habría bastado con dejarlos inconscientes —dijo Sean, que cogió las copias de las llaves de las habitaciones de las amigas de Addison y se las entregó a Sally.

—No, hazlo tú, demuéstreme lo que vales —dijo Sally, que le devolvió las llaves, cambió la pistola descargada por una de los agentes y salió del hotel sin darle a Sean tiempo de responder.

El chico recogió las armas de los agentes caídos y subió las escaleras hacia la primera planta. Alguien tocó en la puerta desde el interior de una habitación y entonces Connie se asomó al pasillo, provocando que Sean corriera a esconderse en el descansillo. Había sido testigo demasiadas veces de la irascibilidad de la mujer, y aunque ahora estuviera triplemente armado, no estaba seguro de ser capaz de disparar a matar si Connie le atacaba.

—Chico, te he visto —dijo Connie, que apareció junto a Sean y se asomó hacia la planta baja—. ¿Qué está pasan...?

Sean agarró a Connie por los hombros y forcejó con ella todavía con las dos pistolas en la mano, disparó por accidente al techo, y se quedó parado sin saber reaccionar, así que Connie aprovechó para darle un rodillazo en la entrepierna y golpearle la garganta con el puño.

—¿Connie, qué estás haciendo? —preguntó Margaret.

—Este gilipollas ha intentado tirarme —respondió Connie.

Sally entró en la recepción y disparó a las paredes a ambos lados de Connie, que gritó asustada y corrió de vuelta a su habitación, derribando a Margaret por el camino. Sally subió a la primera planta y encañonó a Margaret, que empezó a suplicar entre lágrimas.

—Por favor, no me dispares, estoy embarazada —dijo Margaret.

—No, no lo estás. Pero no te preocupes, no voy a dispararte todavía —replicó Sally, que se puso una mano delante de la boca para modificar su voz—. Atención, las señoras Constance Jones, Sarah Müller y Trisha Williams, preséntense en el pasillo central de la primera planta para recoger a su amiga perdida. Gracias.

Trisha abrió lentamente la puerta de su habitación empuñando la lámpara de noche para atacar a Sally, pero la chica se giró y la apuntó con una pistola.

—Si vas a atacarme, hazlo con algo de más clase, no una vulgar lámpara de mercadillo —dijo Sally, que movió hacia atrás el percutor cuando Trisha levantó la lámpara para lanzársela—. Esa no es forma de agradecerme que te haya salvado de ir a la cárcel.

—¿Cómo has podido...? Confiamos en ti, confié en ti —le reprochó

furiosa Trisha.

—Ahora no tengo tiempo para explicároslo todo, empezad a desfilar delante de mí —replicó Sally—. Por cierto, ¿Dónde está la intrépida agente Müller? Debería haber sido la primera en aparecer para combatir el crimen.

—Voy a acabar contigo, no lo dudes —dijo Sarah, que apareció en el pasillo y ayudó a Margaret a levantarse.

—No me digas lo que tengo que hacer. Señora Jones, la estamos esperando, es poco profesional llegar tarde a una reunión, no me obligue a ir a buscarla —dijo Sally, provocando que Connie saliera al pasillo y se escondiera tras Sarah y Margaret—. Qué valiente... Ven aquí, serás mi pareja en esta excursión.

Connie no se movió hasta que Sally la apuntó directamente con la pistola y le ofreció su mano libre. Connie avanzó hasta la chica y le agarró la mano, entonces Sally le golpeó en la cabeza con la pistola.

—Así aprenderás a obedecer rápido. Y no vuelvas a insultar a Sean —dijo Sally, que señaló a Sarah y Margaret y les indicó que avanzaran hacia las escaleras—. Sean, acompáñalas hasta la camioneta y súbete con ellas en la parte trasera.

Sarah y Margaret empezaron a bajar las escaleras siendo encañonadas por Sean, Trisha iba detrás, por delante de Connie y Sally, que disparó al techo para asustar a sus rehenes.

Cuando pasaron entre los cuerpos de los agentes muertos, Trisha fingió tropezarse para caer sobre un agente y poder coger su *walkie-talkie*, pero Sally la apartó con una patada.

—No hagáis ninguna estupidez —advirtió Sally.

—De eso ya te encargas tú sola —replicó Trisha.

—Oh, no, las únicas estúpidas aquí sois vosotras. Nada de esto habría pasado si os hubierais quedado en vuestras casas haciendo vuestras propias vidas y no metiéndoos en las de los demás. ¡Marchando! —dijo Sally, que lanzó las llaves de la camioneta a Sean para que abriera la caja—. Poneos cómodas, va a ser un viaje movidito.

Cuando Sean abrió la camioneta, Sandy le dio una patada a la altura del estómago que le hizo caer al suelo. Las amigas de Addison se lanzaron a por el chico, pero Sally disparó al aire e hizo que se detuvieran.

—Os he avisado —dijo Sally antes de disparar a Sandy en el pie—. Una sola cagada más por vuestra parte y os dejaré junto a esos de ahí dentro.

—¿Quién es esta, por qué la tienes aquí, demente? —preguntó Trisha al

ver a Sandy retorcerse de dolor.

—Si tanto te preocupas por ella, entra y hazle compañía, deprisa —respondió Sally, que empujó a Trisha para que subiera a la camioneta—. Es una lástima que esté amordazada, tenéis mucho que contaros para ponerlos al día.

Las cuatro amigas se subieron a la caja de la camioneta y se acostaron en el suelo. Sean se sentó de espaldas a la ventana trasera y Sally se puso al volante para llevar a las mujeres hasta el lugar de su ejecución.

—Sean, eres más patético de lo que pensaba... Eres el típico niño que hace cualquier locura con tal de perder la virginidad —dijo Sarah, ganándose una patada del chico.

—Tú no sabes nada de mí. Aunque sí eres la más indicada para hablar de gente a la que no quiere nadie.

—Nosotras la queremos —dijo Trisha—. ¿Tú crees que Sally te quiere, por eso la estás ayudando? Solamente te usa como esbirro, se deshará de ti en cuanto pueda.

—Ella me necesita. Y si me deja, entonces negociaremos la reconciliación pacíficamente —replicó el chico levantando sus armas.

—Oh, sí. Para cuando sepas quitarle el seguro ya te habrá dejado como un colador —se burló Trisha.

—Callaos.

—No puede morir, los vírgenes son inmortales —dijo Margaret, sumándose al intento de sus amigas de poner de los nervios a Sean para distraerle y poder atacarle.

—Cerrad la boca —ordenó Sean.

—¿Oh qué? —le retó Trisha.

Sean apuntó a Trisha con sus dos pistolas y ella se levantó lentamente para confrontarlo.

—Trisha, estate quieta —pidió Connie.

—Sí, hazle caso —dijo Sean.

—No vas a disparar —dijo Trisha desafiante.

Sarah aprovechó que Sean estaba centrado en Trisha y empezó a arrastrarse hacia el chico. La camioneta dio un bandazo y Sean se agarró a un borde lateral para no perder el equilibrio. Sarah se lanzó sobre el chico para quitarle las pistolas, Trisha se unió a ella y consiguieron quitarle una, pero se resbaló de entre las manos de Trisha y cayó a la carretera.

—¡Aguanta, Sean, ya queda poco! —dijo Sally desde la parte delantera.

La chica empezó a conducir en zigzag para hacer caer a sus prisioneras, pero Sarah y Trisha ya estaban de vuelta en el suelo de la camioneta intentando quitarle la pistola restante a Sean, que estaba encogido boca abajo, protegiendo el arma con su cuerpo.

La camioneta se detuvo de repente y Sally corrió hacia la parte trasera, abrió la puerta y disparó al suelo.

—Esta sí que es vuestra última oportunidad, no habrá más clemencia —avisó Sally.

—Si quisieras matarnos ya lo habrías hecho en vez de seguir malgastando balas —dijo Sarah, y entonces Sally disparó de nuevo a Sandy en la pierna.

—He terminado teniéndoo un poco de aprecio, no puedo mataros sin más, sin daros una explicación —dijo Sally—. Además, esta vez Sean se ha ganado que le patearais, debería estar más atento.

Las cuatro amigas se bajaron de la camioneta y vieron dónde las habían llevado.

Los árboles habían crecido sin control y el camino de acceso se había convertido en un jardín salvaje, pero el arco de la puerta principal y parte de la torre campanario de la iglesia de Dandelion Bay seguían en pie. La mayoría de los muros laterales habían caído años atrás y los que se mantenían ahora servían de lienzo para grafitis hechos por los últimos adolescentes del pueblo y visitantes exploradores. Casi todos los bancos y retablos habían desaparecido tras los saqueos y las hogueras purificadoras, las vidrieras estaban hechas añicos y repartidas por todo el suelo, entremezcladas con jeringuillas, envases de pastillas, restos de comida fosilizada y desechos humanos.

—Bajad —ordenó Sally, que señaló hacia el socavón semiinundado que abarcaba la zona que en otro tiempo ocupaban el suelo del altar y la sacristía.

—No hay ninguna escalera —replicó Trisha.

—Podéis hacerlo por las buenas o por las malas —dijo Sean, que recogió un trozo de escombros del suelo y lo lanzó contra Trisha para hacerla avanzar.

—Buen lanzamiento —dijo Sally, que besó al chico y le agarró el trasero como felicitación—. No me obliguéis a hacer una cuenta atrás.

Trisha fue la primera en entrar en el agujero y lo hizo con más facilidad que las demás por su altura. Ayudó a Margaret a bajar y después a Connie. Cuando fue el turno de Sarah, ésta se dio la vuelta y confrontó a Sally.

—Sea lo que sea que quieres, no lo vas a conseguir usando la violencia. Hablemos.

—Ya es un poco tarde para practicar tus dotes de negociación, ¿No crees?
—replicó Sally, que avanzó hacia Sarah lentamente, y cuando ésta estuvo al borde del agujero, le dio una patada en la pierna que le hizo caer de espaldas, pero sus amigas amortiguaron la caída y todas cayeron al lodo juntas.

Sean volvió de la camioneta arrastrando a Sandy y la tiró abajo, sin darle tiempo a las demás a recogerla. Sally chasqueó los dedos e indicó al chico que arrastrara un banco hacia ella para sentarse.

—Estos últimos días habéis estado contando vuestras historias para no dormir, mintiendo para dar pena y libraros de vuestra culpa. Ahora es el momento de que escuchéis mi historia —dijo Sally.

Capítulo 33

Génesis

Treinta años antes de que Sally secuestrara a Sandy Kincaid y las amigas de Addison, Joseph Kincaid escuchó el timbre de su casa y se quedó paralizado. Ahora estaba acorralado y tendría que dar la cara ante la policía y sus vecinos, pero lo haría interpretando el papel de hombre inocente e ignorante. Sabía lo que estaba pasando en el instante en que las campanas de la iglesia empezaron a sonar fuera de tiempo y con más fuerza que nunca.

La noche anterior, poco antes de cerrar el supermercado, había atendido a dos viajeros sospechosamente amistosos que se interesaron por saber cómo conciliaba su larga jornada con su tiempo familiar, el progreso de su hija en el instituto, y el ambiente general del pueblo. La charla parecía ser casual y por cortesía, pero al pagar su compra, víctima del cansancio después de horas de viaje desde Portland y la reunión con los Turner, uno de los dos agentes se sacó del bolsillo su cartera del FBI en lugar de su cartera personal, y aunque la guardó rápidamente, Joseph ya la había visto. En ese momento no tenía por qué preocuparse de la presencia de los agentes en el pueblo, pero al día siguiente, cuando Mary Graham irrumpió en su despacho, los Kincaid supieron que su secreto estaba en peligro.

Ahora Joseph estaba revolviendo los documentos de su archivador en busca del contrato con el padre Pepper para eliminar la única prueba material que relacionaba a Sandy con el cura, pero tenía demasiados papeles desordenados que descartar y poco tiempo para hacerlo. Alguien llamó a la puerta trasera y Amanda Kincaid subió corriendo hacia la habitación principal.

—¡Es el FBI! —dijo Amanda aterrada, aniquilando la posibilidad de que el visitante desconocido fuera Mary Graham o cualquier vecino preocupado por el cierre repentino del supermercado.

—No abras todavía, necesito tiempo —dijo Joseph mientras ojeaba a toda prisa los documentos.

—¿Tiempo para qué? Van a echar la puerta abajo, saben que estamos aquí, no van a marcharse.

—Tengo que encontrar el contrato, no pueden verlo, no pueden llevárselo.

—Él se quedó una copia, ya la tendrán.

—¡No me importa! Diré que falsificó mi firma, que la calcó de las actas del Consejo de Padres Católicos.

—Joseph, tenemos que abrir —dijo Amanda, que se dirigió al pasillo, pero su marido le cortó el paso.

—No, tú quédate con tu hija, no la dejes sola —ordenó Joseph, que bajó las escaleras rápidamente, se detuvo en la entrada, se metió un dedo en ambos ojos para provocarse las lágrimas y abrió la puerta.

Los agentes federales se presentaron y pidieron pasar para hablar con Joseph y su esposa, pero el señor Kincaid dijo que ella estaba atendiendo a su hija, que había sufrido un ataque de nervios.

—Podemos ayudarle con eso, nos acompaña un equipo de expertos psicoterapeutas —dijo el inspector jefe, que indicó a uno de sus compañeros que se acercara a la puerta.

—Gracias, pero creo que será mejor que las dejemos tranquilas. Sandy no quiere que nadie más le hable, ni siquiera me ha dejado abrir su puerta.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó el inspector, a lo que Joseph respondió abriendo las puertas del salón para invitarle a pasar—. No tiene por qué preocuparse, solamente estamos aquí para comprobar que todos estén bien —dijo el hombre al ver a Joseph frotarse los ojos.

—Ojalá pudiera contenerme, pero todo esto es demasiado duro... Ni siquiera sé por qué estoy llorando. ¿Quieren tomar algo? Tenemos refrescos de cola, cerveza... También sin alcohol.

—Una cerveza de toda la vida, mejor que cualquier experimento raro —pidió el inspector.

—¿Desde cuándo están aquí? —preguntó otro inspector.

—Mary Graham nos ha ido a buscar al supermercado poco después de las tres y cuarto... Hemos aguantado la conversación con ella como hemos podido, y un par de minutos después, cuando ya estaba lejos, hemos cerrado y vuelto aquí. Sandy acababa de volver del instituto, no hemos podido mentirle... Está muy mal —respondió Joseph desde la cocina.

—¿Considera a Mary Graham peligrosa?

—No, no lo creo... En realidad no la conocemos mucho. No es una persona accesible.

—¿No fue ella su intermediaria con Pepper? —preguntó intrigado el inspector.

—Oh, sí, pero... ella concertó la reunión y nosotros nos limitamos a seguir el camino que nos marcaron. Ese maldito camino... ¿Qué ha pasado con ella, la han interrogado ya? —dijo Joseph, que volvió al salón y dio una botella de cerveza a los tres agentes allí reunidos.

—Está detenida —respondió el inspector.

—¿Y Pepper... Le han detenido también, se ha escapado? —preguntó Joseph.

El inspector miró a su compañero psicólogo, que asintió y se levantó.

—Debería sentarse —aconsejó el psicólogo, que le quitó la botella de cerveza a Joseph y lo acompañó hacia un sillón.

—Está muerto, se ha suicidado —dijo el inspector, provocando que Joseph se quedara boquiabierto y empezara a exhalar desconcertado.

El señor Kincaid se levantó y empezó a dar vueltas por el salón. Con Pepper muerto y Mary detenida, ahora todos los clientes del cura estaban desunidos y tendrían que defenderse por sí solos. Sus versiones sobre lo que había pasado serían diferentes e incluso contradictorias, y entonces quedarían en evidencia como consentidores de los abusos. Pero quizás reconocer su culpa fuera la única forma de salvarse.

Joseph fue hasta la chimenea y tiró al suelo todas las figuras de porcelana que había sobre la repisa.

—Sabemos que necesita liberar tensión, pero hágalo cuando no estemos alrededor —pidió el segundo inspector, que se quitó los trozos de porcelana del zapato y se levantó para ir hacia las escaleras.

—No vaya a... —intentó decir Joseph, pero Amanda apareció en lo alto de las escaleras y el segundo inspector se detuvo en su intento de llegar hasta Sandy.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó Amanda asustada—. ¿Joseph, estás bien?

—Por favor, señora, baje aquí —pidió el inspector.

—¿Joseph, estás ahí, qué ha sido ese estruendo? —insistió Amanda sin apartarse de las escaleras.

—Estoy bien, simplemente me he tropezado y se han caído algunas cosas —respondió Joseph—. Ven, cariño, esta gente está aquí para ayudarnos, ¿Verdad?

El inspector asintió y se levantó para ir a estrechar la mano a la señora Kincaid, que fue en busca de una escoba y un recogedor para limpiar el salón, y cuando volvió, se sentó por indicación de su marido.

—Mi hija está durmiendo, les agradecería que no levantaran la voz. Le ha costado mucho tranquilizarse, y a mí también —dijo Amanda.

—No se preocupe, venimos en son de paz. Solamente queremos tener clara su postura en este asunto —dijo el inspector.

—¿Nuestra postura?... ¿Qué espera de unos padres cuya única hija ha

sido... abusada por un hombre en quien confiaban? Quiero que empiece a pagar pronto por lo que ha hecho, esa es mi única postura.

—Cariño... —dijo Joseph antes de agacharse y susurrarle a su mujer lo que había sido de Pepper.

—Hasta el final ha seguido pecando... —se lamentó Amanda, que se contuvo las lágrimas de impotencia hasta que su marido la abrazó y ambos lloraron durante un buen rato.

—¿Firmaron un contrato con él? —preguntó el inspector.

—Nos obligó a hacerlo. Pero la última vez que nos reunimos con él...

—¿Cuándo fue eso?

—Hace... ¿Menos de un mes, quizás? Aún no había terminado Noviembre, lo recuerdo porque aquel día tuvimos que dejar a medio el inventario para Navidad del supermercado... Sandy volvió a casa llorando, presa del pánico, como si hubiera visto un monstruo... Y por desgracia, así fue, había visto un monstruo y él la había tocado. Esa misma tarde fuimos a la iglesia y...

—¿Por qué no fueron a comisaría? —preguntó el segundo inspector.

—No estábamos seguros de que... El sheriff Carlyle es muy amigo de... Era muy amigo de Pepper. Aunque nos hubiera escuchado, no nos habría creído. Ya no tenemos buena relación con él y su familia —respondió Joseph.

—Pudieron recurrir a la policía del condado.

—Pepper nos amenazó. Primero rompió el contrato, dijo que nuestra garantía de confianza ya había acabado, que no podíamos cuestionar sus métodos... Dijo que haría que todos supieran que nuestra hija era una enferma.

—Use otra palabra. Puede decirla con nosotros aquí, pero de ahora en adelante, sobre todo en público, y durante el juicio, no se refieran a ella así. Traten su problema como una «confusión» —aconsejó el psicólogo.

—Está bien, lo siento. Es lo que él decía sobre Sandy.

—Nos iba a destrozarnos la vida. Tendríamos que marcharnos del pueblo, empezar nuestro negocio de cero, conseguir una plaza para Sandy a mitad de curso... —se lamentó Amanda. Se había quedado desconcertada cuando su marido había dicho que se reunieron con Pepper para confrontarlo, y aunque Joseph le apretaba la mano con fuerza para mantenerla callada mientras los agentes escuchaban la historia que él estaba inventando, ella había entendido lo que pretendía y quería colaborar aportando un poco de sentimentalismo dramático a la narración.

—¿Sabían sobre las otras chicas?

—Ya teníamos suficiente con vivir con el proble... La «confusión» de nuestra hija —respondió Joseph.

—¿Pero sabían que existían más casos en el pueblo? —insistió el inspector, y los Kincaid asintieron compungidos—. ¿Conocen a Helena Turner?

—Es compañera de clase de Sandy —respondió Joseph, que fue a barrer el suelo para evitar las miradas de los agentes.

—¿No eran amigas?

—Sí, eran amigas.

—¿No les consta que fueran más que amigas? —preguntó el psicólogo, pero no obtuvo respuesta—. Señora Kincaid, las niñas tienen más confianza con sus madres a la hora de hablar de sus intimidades e inquietudes. ¿Le habló su hija sobre Helena Turner de forma especial?

La señora Kincaid no respondió y se tapó la cara con las manos, esperando que sus sollozos persuadieran a los hombres de indagar en la relación de Sandy y Lena.

—Sí tenían constancia de la relación, y a nosotros también nos consta que les constaba —dijo el inspector, cansado de los silencios de los Kincaid.

—¿Qué es esto, por qué lo hacen? Han dicho que no estaban aquí para investigar ¿Por qué nos interrogan? —dijo indignado Joseph, que volvió junto a su esposa y la reconfortó.

—Si nos mienten en algo tan simple como el origen de este problema, no podremos mantener una postura de confianza —replicó el segundo inspector.

—No estamos mintiendo... Es difícil reconocer que...

—Su hija y Helena Turner eran amigas con derecho a roce. Usted, señora Kincaid, las encontró en actitud... Digamos que las descubrió. Hablaron con Mary Graham y ella les aconsejó acudir al padre Pepper.

—Esa mujer es la ayudante del demonio, nos engañó —dijo Amanda.

—Ustedes recurrieron de forma voluntaria a ella y después convencieron a los Turner para que también pusieran a su hija en tratamiento. Si tienen algo que aclarar, estos son el lugar y el momento oportunos. La próxima vez que nos veamos el ambiente no será tan amigable —dijo el inspector.

—¿Intentar ayudar a nuestra hija nos convierte en cómplices de Pepper? —preguntó ofendido Joseph, que confrontó al inspector.

Amanda se levantó rápidamente para agarrar a su marido y hacerle retroceder, entonces los dos fueron hacia la entrada y abrieron la puerta.

—Contraten a un buen abogado, asegúrense de que revise bien el contrato

que firmaron con el cura. Vayan a hablar con los demás padres y pídañles perdón ahora que están receptivos —aconsejó el inspector mientras se dirigía hacia la calle seguido por sus compañeros.

—¿Por qué deberíamos disculparnos? Todos somos víctimas, no tenemos por qué defendernos —dijo Amanda.

—Son ustedes quienes deberían disculparse por haber fracasado, por habernos fallado. Han dejado que ese monstruo escapara —dijo Joseph, que acto seguido cerró la puerta y volvió al salón para patear los trozos de las figuras en el suelo.

—Joseph, ten cuidado, se despertará.

—Ya es tarde —dijo Sandy desde el descansillo de las escaleras, provocando que su madre diera un salto del susto.

—¿Qué estás haciendo ahí, por qué estás levantada? —preguntó enfadado Joseph, que corrió hacia las escaleras, haciendo retroceder a Sandy asustada hacia su habitación.

—Joseph, no —dijo Amanda, intentando controlar la ira de su marido, que le indicó que se mantuviera en silencio.

—Pueden haber puesto micrófonos ocultos —advirtió Joseph.

—No seas paranoico.

—Se han quedado solos en el salón mientras yo estaba en la cocina. He intentado no perderles de vista, pero son profesionales.

—Entonces vayamos arriba —dijo Amanda, que cogió del brazo a su marido y fue hacia la habitación de Sandy, que estaba sentada sobre su cama —. ¿Cuánto tiempo has estado ahí fuera?

—El suficiente para saber lo que queréis hacer —respondió atrevida Sandy.

El señor Kincaid cerró la puerta y avanzó hacia Sandy, que retrocedió hasta quedar pegada a la pared.

—Creía que le habías dado una pastilla para dormir —le recriminó Joseph a Amanda.

—Lo he hecho.

—¿Quieres que te la devuelva? —preguntó Sandy a la vez que cogía de su escritorio el somnífero que su madre le había obligado a tomar y ella se había guardado bajo la lengua.

Joseph cogió la pastilla de la mano de Sandy y acto seguido le dio una bofetada.

—No te rías de nosotros.

—No quiero drogar al bebé —dijo Sandy, que se puso la mano en el vientre para recordarle a su padre la inmunidad que debería otorgarle estar embarazada.

—Corre más peligro contigo despierta. Dios sabrá lo que has hecho para dañar al niño mientras no te veíamos.

—No digas eso —pidió Amanda, que se sentó en la cama para servir de escudo a Sandy—. No hagas que esta criatura crezca rodeada de odio.

—Entonces dejad que me la saquen —dijo Sandy, provocando que Joseph volviera a pegarle aunque Amanda intentara pararle.

—Nadie va a hacer daño a mi nieto mientras yo esté vivo. Levantaos y empezad a recoger todo, a las ocho quiero que estéis montadas en el coche.

—No podemos irnos —dijo Sandy.

—¿Lo has decidido tú sola?

—¿Qué va a pasar con Jonathan? —preguntó preocupada Sandy.

—Está muerto —respondió Joseph, y entonces Sandy perdió la consciencia.

Capítulo 34

El trato

Después de volver en sí, Sandy se encontró acostada en el sofá del salón con su madre a su lado. Joseph estaba atando cajas al techo del coche después de haber ocupado los asientos traseros y el maletero, ultimando la mudanza repentina que les llevaría lejos de Dandelion Bay, de sus conmocionados e interesados vecinos, los investigadores, y los medios atraídos por la muerte del padre Pepper y la detención de sus socios.

Sandy intentó convencer a su padre de que se quedaran en casa y contaran la verdad sobre ella y el cura, pero él no entró en razón y la encerró en el coche para evitar que escapara y acudiera a la policía.

A partir de ese momento, consciente de que ya no tenía escapatoria, lo único que Sandy pudo hacer fue comportarse como parte del equipaje.

El impacto por la noticia de la muerte de Pepper no había sido por el aprecio que parecía tenerle, sino porque con su desaparición voluntaria también se iba la oportunidad de Sandy para escapar de su vida actual. Ella había seguido el camino marcado por sus padres durante dieciséis años, y todo había salido bien mientras tanto, pero cuando los Kincaid decidieron que merecían ascender en la escala social del pueblo, eligieron a los aliados equivocados y Sandy salió perdiendo.

La unión de Sandy y Carlyle Jr. debía suponer una provechosa alianza entre el representante de la autoridad del pueblo y los principales comerciantes. Los Kincaid controlaban el mayor negocio de Dandelion Bay después de la compañía Jones, y los Carlyle tenían el respeto y el servilismo de todos.

Joseph entraría en el selecto grupo de amigos de Carter Carlyle, le acompañaría a cazar, a jugar al golf, compartirían tardes y noches en el bar. Amanda sería invitada de honor a las reuniones de amas de casa organizadas por Martha Carlyle, compartirían recetas, reuniones de bordado, confidencias y chismes sobre los vecinos. Y mientras, Sandy abandonaría el pequeño cuarto dentro del almacén del supermercado donde durante años pasaba las horas muertas mientras sus padres trabajaban, y se pasearía por el mundo exterior de

la mano del pequeño príncipe déspota Carter Carlyle Jr.

El plan funcionó durante más de un año, pero entonces Carlyle Jr. quiso avanzar en su relación con Sandy y tener relaciones con ella. La chica se negó en rotundo porque ni siquiera estaban prometidos, lo que supondría cometer un pecado más grave que hacerlo antes de cumplir la mayoría de edad. Carlyle Jr. impuso su voluntad a la de Sandy, que inmediatamente después acudió a su madre para contarle lo desagradable que había resultado la experiencia.

Amanda se mostró primero disgustada porque su hija había renunciado a su virginidad demasiado pronto, pero lo que más le molestó fue que Sandy dijera que no quería volver a hacer algo así.

Para los Kincaid habría sido un orgullo que su hija se ordenara monja, pero Sandy no tenía ese destino en mente y lo hizo saber pronto, provocando un cisma familiar. Los Kincaid se esforzaron en pensar que el rechazo repentino de su hija hacia los chicos se debía a un acto de rebeldía propio de la edad, pero pronto averiguarían que Sandy había elegido su propio camino, y que éste era diferente al de la gran mayoría de chicas del pueblo.

Después de ser descubierta en actitud muy cercana con Lena Turner en su habitación, Sandy se convirtió en la paciente más asidua del padre Pepper, y pronto, su chica favorita.

Para devolverle la popularidad que había perdido al romper con Carlyle Jr., Pepper nombró a Sandy voz principal del coro de la iglesia y empezó a proporcionarle cada capricho que sus compañeras de instituto no podían conseguir. Colmarla de regalos era una forma de mostrarle que su relación era más que profesional, y aunque ya tenía su silencio y sumisión asegurados, la admiración que Sandy había conseguido gracias a él también podía desaparecer de su mano. Ella sabía cuál era el papel que tenía que interpretar mientras estuviera en casa y en la iglesia, pero siguió encontrando la forma de verse con Lena. El riesgo era alto, pero no podía esperar a cumplir dieciocho años para marcharse de casa y mudarse con su novia secreta a otra ciudad.

Cuando parecía que el tratamiento de Sandy iba a llegar a su final, Pepper se presentó en casa de los Kincaid y mostró sus verdaderas intenciones: se había enamorado de la joven y quería casarse con ella.

Los Kincaid se quedaron impactados con la petición de matrimonio del cura, pero en el transcurso de la peculiar cena familiar asumieron que entregar la mano de Sandy era lo mejor que podía pasarle a su familia.

Pepper abandonaría el sacerdocio y con el tiempo formaría una gran familia numerosa junto a Sandy, que viviría en una amplia y bonita casa en el

campo a la espera de que su maduro, inteligente y culto marido volviera de trabajar como orientador escolar.

Sandy se creyó condenada de por vida a ser la señora Pepper, pero entonces pensó que podía tomarse su papel de futura esposa como una oportunidad para financiar su independencia total. Si se quedaba junto al cura el tiempo suficiente, conseguiría más regalos y dinero que le permitieran tener un fondo de emergencia cuando abandonara a Pepper para reunirse con Lena. Exprimir al cura se convirtió en el objetivo principal de Sandy, que no quería pensar en la posibilidad de que su plan saliera mal y terminara atada a su abusador.

Pero cuando Sandy descubrió que se había quedado embarazada, todo lo que había pensado para liberarse de su familia y Pepper se volvió un plan inútil. Conforme pasaran los meses tendría que ocultar su estado quedándose en casa, por lo que no podría graduarse en el instituto ni volver a verse con Lena. Si salía a la calle todos se alarmarían al ver a una adolescente embarazada, y entonces los Kincaid se convertirían en la vergüenza del pueblo.

Contradiciendo sus supuestas creencias, Pepper propuso interrumpir el embarazo, pero Joseph y Amanda consiguieron imponer por primera vez su decisión a la de su futuro yerno, que empezó a sospechar que intentaban aprovecharse de él.

Pepper había creado su particular negocio de terapias de reorientación para aumentar sus ingresos a la vez que saciaba sus deseos, pero aunque siguiera trabajando esporádicamente con el consentimiento forzado de Sandy, ahora tendría que mantenerla a ella y su futuro hijo, y la vida de padre de familia no era el futuro idílico para él. Sólo quería tener a Sandy el mayor tiempo posible a su lado y disfrutar de ella, pero ese también era el deseo de Lena Turner, y por eso la chica decidió destapar al cura.

* * *

La noche del suicidio de Pepper el coche de los Kincaid fue interceptado por el FBI nada más salir del garaje, pero Joseph se enfrentó a los agentes, que no pudieron retenerles allí sin una orden judicial, pero sí comenzaron a seguirles.

Joseph y Amanda no se quedaron escondidos, sino que iniciaron un largo recorrido por las televisiones de todo el país para hablar de su experiencia en

Dandelion Bay. Sólo uno de los dos, habitualmente Joseph, aparecía en los programas y excusaba la ausencia del otro progenitor por la necesidad de compañía y apoyo psicológico constante de Sandy, y después, por el embarazo de alto riesgo que Amanda empezó a fingir.

El anuncio del falso hijo de los Kincaid servía para justificar las continuas visitas de Sandy al hospital, pero cuando el abultado vientre de la chica se volvió difícil de ocultar, recurrieron a doctores privados que acudían a la nueva casa familiar, donde Sandy dio a luz a una niña a la que Joseph y Amanda llamaron Sally y criaron como propia.

Sandy no se opuso a que Sally se convirtiera en su hermana, pero a cambio exigió una paga mensual que le permitiera independizarse. Joseph respondió a la petición con una paliza, pero terminó cediendo por mediación de su esposa y por temor a que Sandy se fuera de la lengua. Pero Sandy ya sólo quería dejar atrás lo que había vivido los últimos tres años y empezar a ser ella misma junto a quien más quería.

Así, los Turner acogieron a Sandy en su nueva casa en Seattle mientras duraba el último año de instituto que también tuvo que repetir Lena.

La exhibición que habían hecho los Kincaid de su hija suponía un peligro para la nueva identidad de los Turner, pero al contrario que su familia política, estos habían terminado aceptando la homosexualidad de Lena y no tenían por qué impedir que las dos chicas estuvieran juntas.

La relación no sobrevivió al paso de ambas por la universidad, pero siguieron siendo buenas amigas y después de graduarse se asociaron para crear su propia consulta de psicología. Estudiar esa carrera les había servido para aprender a procesar los desafortunados hechos de su vida, y después, poder ayudar a quienes estuvieran en situaciones parecidas.

Sandy consiguió prosperar lejos de su familia y de Dandelion Bay, pero el recuerdo de su hija la atormentaba cada vez más conforme iban pasando los años, así que decidió buscar a los Kincaid, algo que no fue difícil gracias al rastro de apariciones mediáticas que siguieron protagonizando hasta años después de terminar el juicio contra los socios de Pepper.

Sandy pudo comprobar cómo sus padres habían hecho de Sally una segunda versión de ella misma. La niña parecía feliz con el férreo estilo de vida cristiano que le habían marcado, pero cuando Sandy quiso hablar con ella como psicóloga, sin revelarles quién era, sus padres se negaron. Los Kincaid le recordaron que había renunciado a Sally a cambio de dinero, y aunque Sandy rechazó seguir cobrando la paga e incluso devolverles todo lo que había

recibido durante casi diez años, sus padres no le dieron oportunidad de acceder a Sally.

La única forma de hacerlo era iniciar un proceso judicial contra ellos, pero Sandy sabía que al final terminaría perjudicando a Sally si intentaba recuperarla. En el improbable caso de que un juez traspasara la custodia a una mujer soltera y homosexual, los Kincaid contraatacarían desenterrando su pasado, exponiendo a Sandy y Sally, y reviviendo la historia del padre Pepper. Si los Kincaid acababan en prisión, ante los ojos de Sally sería por culpa de Sandy, lo que supondría tener a la niña en contra y obligarla a pasar por un periodo de adaptación que quizás nunca terminara.

Sandy llegó a la conclusión de que lo mejor sería dejar las cosas como estaban y no revolucionar la vida de Sally. Pero para desgracia de los Kincaid, la chica terminó descubriendo quién era realmente.

* * *

Aunque Sally se esforzara por cumplir con las expectativas de sus padres y aprobar con sobresaliente todas las asignaturas para entrar sin dificultad en la facultad de Derecho, realmente no tenía vocación por convertirse en abogada y ni siquiera tenía interés en trabajar. Apenas tenía gastos propios y su vida social era nula, por lo que generar dinero por sí misma para ser independiente le parecía innecesario, así que planteó a sus padres la posibilidad de quedarse en casa tras la graduación del instituto y convertirse en la responsable del hogar.

Los Kincaid se negaron en rotundo a que Sally desaprovechara su aparente brillantez siendo la sirvienta de su propia casa y le sugirieron elegir otra carrera menos exigente, pero la chica sólo quería vivir tranquilamente y sin esfuerzos. La batalla por decidir su futuro terminó con Sally siendo ayudante rotativa en el supermercado familiar, pero la convivencia a tiempo completo con sus padres pronto hizo cambiar su forma de verles y empezó a tolerar cada vez menos su actitud controladora.

Los Kincaid no necesitaron hacer un gran esfuerzo para parecer insoportables ante Sally y conseguir que quisiera independizarse, pero en poco tiempo se arrepintieron de haber forzado el desapego de su hija.

Sally recurrió a su vocación religiosa como vía de escape de sus padres e intentó unirse a una congregación de monjas de Beaverton, y aunque las

hermanas parecieron acogerla con agrado, al tramitar su traslado formal al convento descubrieron los apellidos de Sally y tuvieron que rechazarla.

Sally acudió desconcertada a sus padres para encontrar una explicación a por qué había sido despreciada por ser una Kincaid, pero la respuesta no le convenció. Joseph y Amanda le recordaron la historia de su hermana mayor Sandy y justificaron el miedo de las monjas a que la orientación sexual diferente formara parte de la tradición familiar.

Sally volvió al convento para reclamar un periodo de prueba durante el que demostrar que no tenía nada que ver con su hermana, a la que nunca había conocido y a la que también detestaba por la vida que había elegido, pero las monjas se negaron en rotundo y le explicaron que su familia había colaborado en dañar gravemente a la sagrada institución de la que ahora quería formar parte.

La chica decidió que había llegado el momento de investigar el pasado de su familia y fue directa a la biblioteca principal de la ciudad para buscar las respuestas que sus padres no le darían. El resultado de la investigación dejó a Sally al borde del colapso nervioso, pues nunca se había interesado por saber sobre Dandelion Bay, y los Kincaid se habían encargado durante veinte años de que nadie se lo recordara. Las imágenes de archivo del padre Pepper eran escasas, pero Sally las examinó con detenimiento y terminó no pudiendo negar que guardaba más parecido físico con aquel hombre que con su supuesto padre.

Cuando Sally confrontó a Joseph Kincaid armada con el retrato del cura, él respondió con furia y le prohibió volver a cuestionar su paternidad, y al repetirle todo lo que había leído sobre Sandy y Pepper, él amenazó con echarla de casa si volvía a nombrarles. Sally fingió olvidar la historia y volvió a trabajar al supermercado, pero para conseguir el dinero restante que le faltaba para poder pagar una prueba de paternidad.

Al descubrir que Sally había robado parte de sus ahorros, los Kincaid le exigieron una explicación, y ella respondió entregándoles los resultados de la prueba médica que demostraba que Joseph y Amanda no eran sus padres biológicos. En cuestión de segundos, Sally pasó de ser la niña de los ojos de Joseph a una desagradecida joven a la que no quería volver a ver y que echó de casa sin darle oportunidad de empacar sus cosas.

Al día siguiente, Amanda dejó una copia de la llave de casa escondida en el jardín delantero para que Sally pudiera entrar mientras ella y su marido estuvieran trabajando. Horas después, los Kincaid se encontraron la casa

totalmente vacía y denunciaron a Sally, pero la policía no pudo encontrarla.

La chica había decidido homenajear a las enseñanzas católicas de sus padres adoptivos e hizo una peculiar obra de caridad, abriendo las puertas de su casa a los indigentes de la ciudad para que se llevaran todo lo que quisieran, a excepción de los electrodomésticos, joyas y otros objetos de valor, que vendió para permitirse los primeros meses de alquiler de una habitación compartida.

Creyendo que su nombre real no le abriría ninguna puerta, Sally cambió su apellido por Sugar para empezar a buscar trabajo como camarera en bares de carretera, donde pasaba la mayor parte del día, y después de la hora del cierre, se dedicaba a seguir a los clientes más ebrios para asaltarles y robarles. Su corpulencia le permitía derribar e inmovilizar con facilidad a sus víctimas, pero en una ocasión el hombre al que había elegido como objetivo era un agente de policía que hacía guardia de incógnito en el bar para cazarla.

Sally pasó los siguientes siete años en prisión gracias al antecedente de robo a los Kincaid, que no se apiadaron y mantuvieron la denuncia. Sus padres adoptivos habían renegado de ella después de que su madre biológica también la rechazara, así que Sally sólo tenía rencor en su interior y pronto empezó a liberarlo en forma de ataques de agresividad contra sus compañeras de pabellón. Iniciar reyertas sin motivo aparente o unirse a las peleas entre bandas le permitía desquitarse y a la vez prolongaba su condena. En la prisión no necesitaba dinero, y aunque trabajaba para pagar el tabaco que calmara su ansiedad y las drogas que le permitieran pasar un buen rato, no se esforzaba demasiado para reformarse, pues allí tenía todo lo que necesitaba.

También fue durante su etapa como convicta cuando pudo experimentar su sexualidad, algo que apenas conocía antes de independizarse forzosamente de los Kincaid. Con todos sus principios morales desorientados, y sin la necesidad de llegar virgen y pura al matrimonio para contentar a sus padres y a Dios, Sally mantuvo relaciones con cada compañera que se prestaba y también seducía al personal de vigilancia por diversión y para evidenciar su mala conducta.

Al terminar su condena, Sally se propuso volver cuanto antes a prisión, y para ello visitó a los Kincaid con intención de escandalizarles poniéndoles al día sobre las experiencias que había vivido en los últimos años, pero ellos no le abrieron la puerta y llamaron a la policía. Sally se enfrentó a los agentes, consiguió que la juzgaran por desacato y agresión a la autoridad y fue condenada a un año de trabajos comunitarios, pero no se quedó satisfecha con

el disgusto que había provocado a sus abuelos, así que cambió de plan.

Los Kincaid la habían mantenido atada en corto durante la mayor parte de su vida con el pretexto de protegerla del perverso mundo exterior, pero Sally se había dado cuenta de que sólo la habían privado de su libertad personal para evitar que averiguara la oscura historia familiar, así que devolver a la actualidad al padre Pepper sería ahora su objetivo vital, y con ello causaría un gran y satisfactorio daño psicológico a los Kincaid. Ella era consciente de la deshonra que suponía para la familia, e iba a aprovechar su papel al máximo.

Tenía a su alcance miles de textos periodísticos y programas de televisión en torno al caso del padre Pepper, así que sólo tendría que usar el material publicado para crear un eje desde el que empezar a investigar sobre su verdadero padre.

Pero entonces recibió una llamada en su viejo móvil y todo cambió. Amanda le dijo que Joseph sufrió un infarto después de la desafortunada visita de Sally, y a partir de entonces había estado sufriendo problemas del corazón que le habían llevado a la muerte. En otro momento la noticia habría alegrado a Sally, pero ahora se había quedado sin su único propósito en la vida.

Su venganza contra los Kincaid estaba en realidad motivada principalmente por el odio que sentía hacia Joseph, pero con el hombre muerto y Amanda sumida en una depresión agravada por el duelo no superado, ya no tenía sentido seguir con su plan.

Sally pasó los siguientes días en una casa abandonada, rodeada de gente de la calle, drogándose cada hora para mantenerse ajena a su nueva realidad. Amanda siguió llamando para informarla sobre el entierro de Joseph, después para avisarle de la parte de la herencia que quería cederle a pesar de la voluntad contraria de su difunto marido, y finalmente, para advertirle de que quizás ya no estuviera viva cuando quisiera responderle. Sally la ignoró hasta que uno de sus compañeros de habitación provocó un incendio por accidente y todos tuvieron que desalojar la casa.

Amanda acogió a Sally, aunque ésta le dejó claro que seguía odiándola y que habría terminado entrando en la casa a la fuerza de todas formas. La señora Kincaid creyó que tendría oportunidad para reconciliarse con su nieta, pero Sally sólo quería un lugar donde resguardarse hasta haber recuperado fuerzas para viajar en busca de su nueva meta vital.

Antes de marcharse con su parte de la herencia en efectivo, Sally advirtió a Amanda que algún día vería su nombre de nuevo en los titulares, y esa vez sería como culpable y no como víctima.

Durante meses, Sally se dedicó a recorrer todos los lugares por los que el hombre que le había dado la vida había pasado antes de su estancia en Dandelion Bay. Se entrevistó con sus antiguos jefes, vecinos y conocidos, presentándose como una periodista independiente con intención de escribir la biografía del cura criminal.

Al escuchar los relatos de aquellos que habían conocido a su padre, en la maltrecha mente de Sally comenzó a formarse una historia idealizada alrededor de lo que habían sido veinte años de abusos encubiertos y negocios turbulentos. Tenía demasiada información, así que empezó a procesarla en forma de libro real. Al principio se tomó en serio su papel como narradora neutral, pero conforme más sabía sobre su padre, más justificado y menos despreciable le parecía lo que había hecho.

Al terminar su investigación, Sally corrigió el borrador de su libro y viajó a Nueva York para ofrecerlo a las editoriales, pero no tuvo oportunidad de llegar más allá de la recepción de los edificios. No había estudiado ninguna carrera universitaria, no tenía referencias por su trabajo previo ni un agente literario que la representara. Ella creía que su nombre real sería motivo suficiente para obtener un acuerdo, pero cuando una de las recepcionistas con las que habló accedió a comprobar su identidad, la información que encontró sobre Sally Kincaid sólo tenía que ver con su amplio historial delictivo.

Aunque hubiera invertido su tiempo, esfuerzo y dinero en la escritura del libro, todavía tenía la opción de aparecer en televisión y llegar al público de manera más directa, pero de nuevo, el recordatorio de sus siete años en prisión, su carácter inestable y su aspecto desmejorado le impidieron siquiera acceder a los estudios de grabación. Su plan de futuro había vuelto a fracasar, no tenía la paciencia ni la fuerza de voluntad necesarias para rehabilitarse, así que no tuvo más remedio que volver a su mundo marginal y reinventarse como dominadora. En el pasado ya había disfrutado haciendo sufrir físicamente a los hombres para robarles, pero ahora ganaría dinero legítimamente por hacer lo mismo y sin estar cometiendo un delito.

A la misma vez que Sally se iniciaba en el sadomasoquismo, al otro lado del país alguien estaba viviendo también un cambio vital menos radical.

Después de muchos meses alejada del foco público, Addison Cooper, la reportera especializada en actualidad política, después convertida en escritora de novelas eróticas, había decidido volver a primera plana con un libro autobiográfico centrado en su infancia y adolescencia en Dandelion Bay, y en el que relataría, junto a sus mejores amigas, lo que había vivido durante el

caso Pepper.

Al ver el anuncio de la publicación de *Hidden Witnesses*, Sally perdió el control y corrió hasta el apartamento de Addison. Sabía su dirección porque la escritora se prodigaba demasiado en las redes sociales, pero lo que no había compartido con el mundo era que ya no vivía en su lujoso apartamento aunque siguiera publicando fotografías de allí.

Después de romper por enésima vez con Rick, Addison se había mudado a un apartamento más pequeño y asequible del que nadie tenía constancia, ni siquiera sus mejores amigas.

Aunque Sally hizo guardia delante del edificio de lujo durante dos días, la escritora no apareció por allí, pero sí volvió a informar sobre su nuevo libro por televisión, y eso hizo a Sally inmensamente feliz, pues ahora sabía que el próximo destino de Addison era Dandelion Bay.

Capítulo 35

Descenso

La misma noche en que Addison dio comienzo a la campaña de promoción de su libro, Sally condujo extasiada hacia Dandelion Bay y empezó a pensar en su encuentro con una de las culpables de la muerte de su padre.

Addison iba a publicar un libro repleto de mentiras que dañarían aún más la imagen del padre Pepper, y Sally no podía permitirlo. La obligaría a retirarse y destruir su libro, y si se oponía, se desharía de ella.

Creía que la muerte de la autora principal detendría la publicación, y si ese no era el caso, se encargaría de destruir todas las copias del libro y de eliminar a quien fuera necesario para dejar en paz la memoria del padre Pepper. Se mancharía las manos o recurriría a sus amigas exconvictas, y si era detenida, al menos volvería a tomarse unas largas y merecidas vacaciones en prisión. No tenía nada que perder, y no iba a dejar que nadie se lucrara gracias a la historia que le había arruinado la vida incluso antes de nacer.

Sally tenía que integrarse en la reducida y hermética comunidad, necesitaba ganarse la confianza de la gente, y convertirse en dependiente del único supermercado del lugar era la forma más fácil y rápida, pero no había ningún puesto vacante, así que aplicó las técnicas de delincuencia que había aprendido en prisión.

Sally eligió al azar uno de los coches que había en la zona del aparcamiento para empleados y manipuló el control de los frenos del vehículo, se despidió entristecida de una pequeña bolsa de cocaína y la escondió en el espejo del asiento del conductor, y entonces esperó a que la desafortunada cajera terminara su jornada, condujera de vuelta a casa y tuviera un accidente en el camino.

Al día siguiente, después de comprobar que la mujer seguía viva pero había sido despedida, Sally volvió al supermercado y consiguió el puesto de cajera. El propietario tenía prisa por devolver el supermercado a su funcionamiento habitual y no perder ni un solo dólar, así que no se tomó la molestia de comprobar si Sally tenía antecedentes ni le hizo una entrevista formal, y aunque su nombre real figurara en su documentación, el señor

Marvin no tenía demasiado conocimiento sobre la historia del pueblo ni sus personajes más destacados.

Los primeros días fueron difíciles para Sally, que tuvo que soportar las apariciones constantes de los indiscretos y molestos vecinos, sobre todo las hermanas Carlyle, a la vez que lidiaba con el síndrome de abstinencia que le provocaba no poder consumir tanto como solía para no levantar sospechas sobre su actitud, y pronto asimiló que tendría que volver a comportarse como lo había hecho durante su adolescencia en casa de los Kincaid.

Cuando la volátil cobertura del pueblo y la señal de internet del hotel Valentine se lo permitían, Sally revisaba las publicaciones de Addison, esperando a que se manifestara sobre su siguiente paso, volviendo a ver fotografías y vídeos de su interesante y privilegiada vida. La mujer que había causado el principio del fin para su padre había podido disfrutar de todos los placeres posibles. Addison Cooper era la verdadera y única responsable de su miseria, la personificación del mal. Joseph Kincaid nunca habría adoptado a Sally si Addison no hubiera incitado a sus amigas a profanar la ventana de la sacristía, y entonces Sandy se habría curado de su homosexualidad y se habría casado con Pepper. Todas las idílicas vidas que Sally podía imaginar para sí misma eran imposibles por culpa de una sola persona, y por eso tenía que matarla. Pero primero tenía que perfeccionar su plan, y para eso necesitaba colaboradores involuntarios.

Sean, el hijo de la gerente del hotel donde se hospedaba, era el vecino más joven de todos, alto, no demasiado musculado, pero sí resistente, y sobre todo, el más manipulable. A cambio de unos cuantos gramos semanales de cocaína, un puñado de dólares o simplemente cinco minutos juntos en la cama, se ganó al chico y su complicidad para el futuro. No le dijo cómo le devolvería los favores, pero le dejó claro que debía responder inmediatamente a sus llamadas y obedecer sin cuestionarla.

Sally necesitaba una coartada, pero al no saber cuándo se produciría el esperado regreso de Addison y sus amigas, sólo podía asegurarse de ser la menos sospechosa llegado el momento, y para ello creó un nuevo personaje: el de la gran seguidora de Addison Cooper.

No podía convertirse de repente en una fanática obsesionada con ella, pero sí podría cuestionar las críticas de los vecinos hacia Addison, defender la opinión contraria en cualquier tema que discutieran, mostrarse pacifista y expectante por leer la nueva obra de la escritora.

Al final no le resultó difícil parecer una buena persona en comparación

con todos los antiguos habitantes de Dandelion Bay y el odio poco disimulado que profesaban hacia Addison.

La mañana en la que Addison volvió a su pueblo natal Sally estaba en el supermercado, mordiéndose las uñas para evitar salir corriendo hacia la carretera principal y esperarla con su pistola cargada. El arma había pertenecido a Joseph Kincaid, era su sistema de seguridad antirrobo en casa y en su negocio, y ahora Sally la usaría para defender la memoria de su padre real del ultraje que Addison quería cometer.

Pero durante su infiltración en el pueblo había descubierto que no era la única que deseaba la muerte a la escritora, así que tenía que apartar a sus rivales, y para ello recurrió a Sean.

Sally sabía que los ayudantes de Carlyle Jr. colocaban trampas en la carretera cada mañana, así que envió a su chico de confianza a retirarlas para que Addison pudiera llegar sana y salva hasta ella.

—Entonces mávalo —replicó Sally cuando Sean le llamó por teléfono para decirle que no podía actuar contra el *sheriff* mientras hubiera un agente de reserva vigilando la trampa.

—¡No puedo hacer eso!

—Lo harás, sabes que tienes que hacerlo. Me lo debes —dijo Sally.

—El arma está en la cómoda de mi madre, bajo llave.

—¿Tiene miedo de que le robes la ropa interior? No me habías dicho que eras un fetichista. ¿Cuál es tu prenda favorita? No me digas que te pone oler bragas sucias.

—¡No seas asquerosa!

—Y tú no seas desagradecido.

—No puedo matar a un policía. Pídemelo cualquier cosa, pero no eso.

—Hiciste una promesa, Sean —insistió Sally al comprobar que el chico estaba olvidando la única condición de su acuerdo—. ¿Quieres que lo haga yo? Adelante, saldré del supermercado en mitad de mi jornada e iré allí, pero alguien tendrá que sustituirme, así que encuentra una peluca rubia, maquíllate, y ven aquí. Deprisa.

—¡No pienso travestirme!

—¿Por qué no?

—No soy un marica.

—He conocido algunos travestis que tenían más huevos que tú, así que no hables así de ellos. ¿Y qué tiene de malo disfrazarse para parecerse a mí, eh? —dijo ofendida Sally.

—Yo no he dicho...

—Cállate y haz lo que te he ordenado, tengo que volver fuera —le cortó Sally, viendo que sólo le quedaba un minuto de los cuatro permitidos en el descanso para ir al aseo.

—Pero no tiene sentido. ¿Para qué quieres que sabotee la trampa, no quieres verla sufrir? Se saldrá de la carretera y chocará contra un árbol, saldrá el airbag, pero el golpe...

—No me contradigas. Quiero estar delante cuando sufra, quiero ser yo, y solamente yo, con mis manos, quien le haga sufrir.

—¿Vas a darle una paliza? ¿Puedo yo también?

—No hagas preguntas.

—¿Y qué hago entonces? No quiero que me detengan.

—Pedalea hasta que encuentres la trampa, después ve entre los árboles y busca el coche patrulla, pínchale las ruedas traseras y corre de vuelta a por la trampa. Así de simple.

—¡Se dará cuenta de que estoy allí!

—Sea quien sea, estará más pendiente de lo que tiene entre las piernas que de la carretera. Sean, haz lo que te digo. Ahora —dijo irritada Sally, y acto seguido finalizó la llamada y se preparó para tomar un muy necesario puñado de pastillas de metadona para calmarse antes de volver a la caja registradora por cuatro horas más.

Estaba emocionada porque el momento que había esperado durante meses estaba a punto de llegar, y aunque tendría que estar bien despierta para dar lo mejor de sí, la incompetencia de Sean la había sacado de sus casillas y ponía en peligro su plan.

Había pensado en llevarse al chico con ella después de haber terminado con Addison y su libro, pero ahora era evidente que no podía fiarse de él.

Al principio le usaba a su voluntad, complacida por haber encontrado alguien inferior a ella sobre el que tener el control por primera vez en su vida, pero conforme compartían más tiempo juntos a escondidas, se fue dando cuenta de que tenían mucho en común y quizás se necesitaran más que para conseguir sus caprichos mutuos. Ambos estaban atormentados por su infancia en cautividad, anulados por sus figuras paternas y acostumbrados a la soledad autoimpuesta. Sally quería convertir a Sean en un hombre de verdad, creía que llegarían a compartir una vida normal después de dejar Dandelion Bay, pero él le acababa de demostrar que seguía siendo sólo un chico asustado, y ella no toleraba esa debilidad.

Alguien tocó con impaciencia en la puerta del cuarto de baño e intentó abrir, Sally guardó rápidamente en su bolso el bote de pastillas y fue a lavarse las manos, se mojó la cara, esparció un pequeño ambientador y fue a salir, encontrándose de frente con su compañera Nicole, que se tapó la nariz.

—¿Qué hacías tanto tiempo ahí dentro? —preguntó Nicole, que se destapó la nariz y olisqueó desconfiada—. ¿Te estabas tocando?

—Estaba vomitando el desayuno —respondió contrariada Sally, provocando que Nicole se apartara asqueada.

—No necesitaba saberlo, con decir «no» era suficiente. Ahora mantente alejada de mí, no quiero que me pegues lo que sea que hayas pillado, esta noche tengo una cita.

—No estoy enferma, son los nervios.

—¿Nervios de qué?

—Hoy llegan Addison Cooper y sus amigas —respondió ilusionada Sally.

—Ah, eso. Espero que no lleve una banda de fans locas detrás, hoy no estoy de humor para atender a mucha gente.

—Lo siento por ti, pero Addison es muy famosa, así que me temo que esto se va a llenar de gente en un abrir y cerrar de ojos. En 2015 se colocó en el tercer puesto de la lista del New York Times como la autora con más ventas, y solamente era su primer libro, aunque con el segundo...

—Ya lo sé, pesada, lo has dicho un millón y medio de veces... —replicó Nicole.

Las horas pasaron y las mujeres más odiadas de Dandelion Bay empezaron a llegar.

Sean, que finalmente había retirado la trampa de la carretera justo unos minutos antes de que Addison pasara con su coche, llamó a Sally y le avisó de que las cinco amigas ya se habían reunido en el pueblo. Para evitar que volviera a enfadarse, no le mencionó que Sarah ya estaba en el hotel desde la noche anterior y él no la había reconocido, pero aun así Sally enfureció cuando Sean se opuso de nuevo a vestirse como ella para sustituirla en el supermercado. La idea había surgido de repente durante su discusión telefónica, pero con el paso de los minutos y el aumento de la expectación ansiosa, parecía un plan viable para Sally, que no quería esperar hasta la noche para visitar a Addison en su habitación y dispararle en cuanto abriera la puerta.

Mientras la ansiedad la carcomía tuvo la oportunidad de atender a Trisha y Margaret cuando ambas se aventuraron a salir de compras y se encontraron

con las hermanas Carlyle. Después aparecieron Sarah y el *sheriff*, y entonces pudo mediar a favor de las amigas de Addison. Ver tan cerca a quienes acababan de estar junto a la escritora aumentaba la sensación de realidad, la empujaba a salir corriendo en busca de su objetivo, pero tenía que seguir esperando unas horas más.

Minutos después de hacer el descanso de la hora de la comida, sin un señuelo humano que le sirviera de coartada ante las cámaras del supermercado, Sally tendría que arriesgarse a alterar su horario, y para no levantar sospechas, recurrió a la debilidad de su antipática compañera y se provocó el vómito delante de ella para conseguir que la echaran de allí. El gerente ordenó a través del sistema de megafonía que Sally limpiara lo que había manchado y se marchara a casa, dándole vía libre para consumir su venganza.

Sally llamó emocionada a Sean y le pidió la ubicación exacta de Addison, que en ese momento aún estaba en el hotel, pero pronto saldría para tomar fotografías del pueblo. Su encuentro era inminente, pero necesitaba crear una última prueba de su inocencia, y para ello condujo hacia hotel, dejó su camioneta en la plaza de aparcamiento más alejada de la entrada y entró arrastrándose hacia su habitación, asegurándose de que Norma fuera testigo de su mal estado de salud.

Después de aleccionar a Sean sobre lo que debería decir si la policía le interrogaba sobre las horas anteriores al asesinato de Addison, Sally salió del hotel por la ventana, volvió a su camioneta y se dirigió hacia el centro del pueblo, conteniéndose para no pisar el acelerador y así recorrer Dandelion Bay entero a toda velocidad hasta encontrar a Addison y atropellarla.

Pero cuando vio a la escritora en el paseo marítimo, Sally redujo la velocidad y bajó la ventanilla para saludarla.

—¿Te has perdido, necesitas indicaciones? —preguntó Sally al ver que Addison se movía de un lado a otro escudriñando su móvil mientras lo sostenía en alto.

—Oh, no, estoy intentando encontrar cobertura —respondió Addison sin detenerse.

—Tú eres... Tú... eres... —dijo impactada Sally.

—Sí, soy yo —respondió con falsa modestia Addison, que había estado esperando el reconocimiento de una seguidora desde hacía horas.

Sally paró su camioneta y cogió su bolso, comprobó que la pistola con el silenciador puesto no sobresaliera y se bajó.

—¿Podríamos hacernos una foto? Soy una gran fan tuya. Tengo todos tus libros, en edición de bolsillo, con tapa dura, en formato audiolibro...

—Vaya, gracias.

—¿Me los firmarías? El audiolibro no, eso implicaría que escribieras en la pantalla de mi ordenador, y...

—Tengo que irme, pero puedo firmarte un autógrafo ¿Tienes algún papel? —preguntó Addison, que sacó una pluma estilográfica de su bolso y esperó a que Sally le diera un bloc para firmarle. Sally se fijó en la pluma, hecha de bronce y con un discreto pero llamativo diamante rojizo en la punta de la capucha, y pensó que sería un buen recuerdo de su primer asesinato.

—Aquí tienes, gracias por tu apoyo, que pases un buen día...

—¿Adónde vas ahora, puedo acompañarte?

—Oh, no, tengo hacer una llamada, lo siento... —dijo Addison, que siguió caminando.

—En esta zona no conseguirás más de una barra de cobertura, son como espejismos. Puedo llevarte hasta la antena, está junto a la comisaría —dijo Sally, que avanzó hacia Addison con su bolso agarrado, preparada para sacar su pistola.

Addison se detuvo y miró al cielo, comprobó que estaba empezando a lloviznar y se giró hacia Sally.

—¿Te importaría llevarme hasta el hotel Valentine? Te autografiaré todo lo que quieras a cambio —dijo Addison, intentando aprovecharse de su seguidora espontánea para evitar tener que correr de vuelta al hotel con zapatos de tacón bajo la lluvia.

—Adelante, será todo un honor —dijo Sally, que caminó marcha atrás hacia su camioneta y abrió la puerta del asiento del acompañante, pero Addison ya se había sentado en la parte trasera—. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó a la vez que arrancaba y empezaba a conducir a una velocidad moderada, mirando a Addison en el espejo retrovisor. La tenía atrapada, al alcance de la mano, distraída y confiada.

—He venido con unas amigas para pasar la semana juntas —respondió Addison, que se centró en su móvil y empezó a editar las fotografías que había hecho.

—Lo sé, he estado mucho tiempo esperando a que vinieras, me refería a qué hacías en la calle.

—Cosas del trabajo.

—¿Qué tipo de cosas?

—Fotografías, vídeos... Es material promocional para mi nuevo libro.

—Oh, Dios, sí, *Hidden Witnesses*, no estaba tan ansiosa por leer un libro desde que anunciaste *The power of Wrath*. Es mi libro favorito, desde siempre.

—Gracias, gracias...

—¿Cuándo se publica?

—Lo siento, no puedo decírtelo.

—Vamos, no se lo diré a nadie.

—No puedo, me lo impide el contrato.

—¿Será antes de Navidad, tendré que empezar a ahorrar para poder regalármelo a mí misma sin renunciar a todo lo demás que quiero? ¿O lo sacarás en enero, después de las rebajas?

—No puedo decírtelo —insistió contrariada Addison.

—¿Ni siquiera después de salvarte de que te caiga un rayo?

—Bueno, quizás... Puedo decirte que no será durante este año.

—¡No! No puedo esperar más de dos meses... —dijo Sally.

—Ojalá todo el mundo estuviera tan entusiasmado como tú...

—¿Por qué dices eso?

—Por nada, es simplemente que hace tiempo que no me encontraba con alguien que me demostrara tanta admiración —dijo Addison, que al instante sacudió la cabeza y decidió retractarse para no parecer tan agradecida—. No es que haya perdido lectores, hace mucho que no paseaba por la calle y me encontraba fans...

—Yo no soy simplemente una fan, tú has tenido mucha más influencia en mí. Soy escritora desde hace un tiempo, pero sin ti no habría decidido publicar mi obra.

—¿Ah, sí? Gracias entonces... Quiero decir, enhorabuena.

—Que lo haya decidido no significa que haya podido hacerlo. Quizás tú podrías ayudarme a conseguirlo.

—No lo creo, soy solamente un eslabón más en la cadena editorial.

—Podrías darme el número de tu agente literario y hablarle de mí.

—Primero debería saber cuál es tu género y estilo, pero ahora mismo no tengo mucho tiempo libre para...

—¡Tienes que fotografiar la casa! —dijo Sally, que invadió el carril contrario, aceleró hasta llegar a un precario jardín junto a la carretera y paró en seco, cogió su bolso y salió para abrirle la puerta a Addison—. Vamos, has dicho que necesitabas imágenes promocionales, la casa de Sunset Street es uno

de los mejores lugares del pueblo.

—El camino hasta allí ahora estará lleno de barro, prefiero esperar a que pase la tormenta —dijo Addison sin bajarse de la camioneta.

—Pero una foto del mar con el sol y sus rayos en el fondo es demasiado repetitiva, ahora las olas estarán golpeando las rocas, será impresionante, vamos —insistió Sally.

—Pero después te llenaría de huellas la tapicería—dijo Addison.

—No importa, esos tacones no tienen mucha suela que manchar. Vamos, puedes agarrarte a mi brazo, así no te tropezarás —dijo Sally.

—Creo que no es una buena idea, ni siquiera tengo un paraguas. Si quieres ir allí, está bien, yo seguiré caminando... —dijo Addison, que intentó salir de la camioneta, pero Sally no se apartó—. ¿Te importaría si...?

Sally sonrió y dio un paso al lado para que Addison pudiera abrir la puerta, entonces la agarró por el pelo, tiró de ella hacia atrás y la lanzó contra la carretera.

Addison se levantó y se quedó a gatas, recuperándose del golpe, se apartó el pelo mojado de la cara e intentó ponerse de pie, pero Sally le dio una patada en la espalda que le hizo caer de nuevo.

—¿Sabes qué? Creo que, de hecho, yo publicaré mi libro y tú no —dijo Sally, que apuntó con su pistola a Addison cuando ésta se dio la vuelta—. Vamos hacia la cala.

—Por favor, aparta eso, coge mi bolso y llévatelo. Toma también mi teléfono, es el último modelo de *iPhone* —dijo Addison, que ofreció su móvil a Sally, pero ésta lo cogió y lo lanzó contra el barro.

—Empieza a caminar o te arrastraré como la basura que eres.

—¡AYUDA!

—No grites.

—¡Que alguien me ayude! —suplicó Addison, provocando que Sally la abofeteara.

—Te he avisado.

Sally se guardó la pistola en el bolsillo trasero, lo que Addison aprovechó para darse la vuelta y gatear lejos, pero Sally dio una zancada y la agarró por la cintura, la tumbó y la cogió por los tobillos.

Addison se retorció intentando alcanzar los brazos de Sally, pero la chica la zarandeaba a la vez que la arrastraba, dejando un rastro sinuoso a su paso.

—¡Puedo escribirte todos los cheques que quieras! —dijo Addison.

—Ponte el cinturón, vienen baches —dijo Sally antes de empezar a bajar

por las largas escaleras hacia la playa. Addison se golpeó en la parte posterior de la cabeza con el primer escalón y quedó aturrida, recuperó la consciencia unos escalones más abajo y se agarró a la maltrecha barandilla de madera, pataleó para liberarse, pero las manos de Sally parecían estar clavadas a sus tobillos.

La playa de la cala había desaparecido bajo el mar embravecido, así que al llegar al final de las escaleras Sally sólo tuvo que dar unos cuantos pasos para adentrarse en el agua con Addison, que se tapó la nariz y la boca para no ahogarse. Pero iba a hacerlo de todas maneras, porque esa era la muerte que Sally quería ahora para ella.

Había soñado con dispararle a bocajarro en la frente, ver cómo una bala atravesaba su cráneo y acababa con su preciada vida en un segundo, pero después de verla caer patéticamente en su trampa, quería disfrutar del momento y acabar con ella lentamente.

—No me gustaría que murieras sin saber la razón, así que hagamos esto de la manera correcta. Antes has sido muy maleducada y no me has preguntado cómo me llamo, simplemente has cogido mi libreta y has puesto tu nombre, como si te perteneciera. Soy Sally Sugar, pero mi nombre real es Sally Kincaid. Aunque ese tampoco es el nombre que quiero que recuerdes durante el minuto de vida que te queda —dijo Sally, que soltó a Addison para volver a agarrarla por el pelo y hundirle la cabeza en el agua.

Addison se levantó e intentó moverse hacia delante, Sally tiró hacia atrás y la derribó, puso sus pies sobre la parte inferior de las piernas de Addison y le levantó la cabeza para que pudiera seguir respirando.

—Soy Sally Pepper, o al menos es quien debería haber sido. ¿Sabes quién lo impidió?

—¡Por favor, no...!

—Exacto, tú. ¿Sabes qué le pasó a mi padre? Murió. Por tu culpa. Tuvo que escapar porque tú hiciste creer a la gente que él había pecado. Mentiste, y eso es un pecado. Tú, solamente tú, Addison Cooper, eres la pecadora que merece morir.

Sally agarró por el cuello a Addison y le giró la cabeza hacia arriba para mirarla a los ojos, le escupió y le sumergió la cabeza en el agua.

Capítulo 36

Caída libre

Siete días después de ahogar a Addison, Sally disparó al hombro de Sandy y después a la pared de tierra del socavón.

—Alejaos de ella —ordenó Sally cuando Trisha fue a tapar la herida de Sandy para detener la hemorragia—. Quiero ver cómo se desangra, recordar esto me ha traído malos recuerdos y necesito animarme un poco.

Sally se levantó del banco y empezó a caminar alrededor del socavón, apuntando con las dos armas a las amigas de Addison, que se movían juntas, pegadas a la pared para mantenerse enfrente de la chica.

—¿No vais a hacer una reseña de mi historia? Me importa lo que penséis.

—Estás loca, esa es la única conclusión que podemos obtener —dijo Sarah.

—Si eso fuera verdad ya estarías muertas... Oh, lo olvidaba, deberíais saber que la autopsia de vuestra amiga es correcta, pero lo que dice no es exactamente lo que pasó. Cuando la estaba sacando del agua revivió milagrosamente y se lanzó contra mí, así que tuve que defenderme, y como había perdido mi pistola, tuve que usar lo que tenía más cerca, una roca. Esa perra habría muerto tranquilamente si se hubiera dejado ahogar, pero quiso pelear.

—Luchó hasta el final... —dijo Margaret conmovida.

—Era dura, no como tú. Me parece curioso que vosotras dos fuerais amigas, sois tan diferentes... Tú que tantas veces has intentado suicidarte, y ella, que tuvo la sangre fría para fingir que estaba muerta y así poder sobrevivir... Lástima que no le sirviera de nada. No dejó de intentar morderme y arañarme. Por no hablar de los zapatos, aún tengo las marcas en la pierna. ¿Quién se pone tacones para pasear?

—Así era Addison —dijo Trisha.

—Sí, así era... Hablando de putas mentirosas, ya podéis quitarle la mordaza a esa, quiero escuchar lo que piensa —dijo Sally señalando a Sandy.

—Déjalas marchar, ya sé lo que tienes en mi contra, pero ellas no te han hecho nada —dijo Sandy en cuanto Sarah le destapó la boca.

—Oh, qué valiente y caritativa, te sacrificas por ellas —replicó con ironía Sally—. ¿Harías lo mismo por mí?

—¿Después de dispararle? —preguntó Trisha, provocando que Sally la encañonara.

—Cierra el agujero que tienes en la cara y deja que responda.

—Si quieres una segunda oportunidad entre nosotras... —empezó a decir Sandy, pero Sally se echó a reír.

—No estás respondiendo. ¿Matarías por mí, morirías por mí?

—Por supuesto que va a morir si no le hago torniquetes en las heridas —respondió Trisha.

—Si interrumpes una vez más...

—¿Qué vas a hacer? —replicó inconscientemente Trisha, provocando que Sally la apuntara directamente a la cabeza. Ella cerró los ojos y esperó a que llegara su final, pero Sally simplemente volvió a reír.

—¿Creías que iba a dispararte, verdad? No, no lo haré todavía, no os voy a dar ese placer.

—¿Entonces qué quieres de nosotras? —preguntó Sarah.

—La verdad es que... creo que ya no lo tengo tan claro. Al principio simplemente quería matar al diablo pelirrojo y fumarle su libro, pero eso no fue suficiente. Deberíais haber huido, volver a vuestras casas y esconderos. ¿Por qué tuvisteis que quedaros en el pueblo y jugar a ser escritoras? ¿No teníais nada mejor que hacer, como por ejemplo, seguir vivas? Pensé en matar a la inspectora jefe para daros otro aviso, pero está embarazada. Solamente un psicópata mataría a un bebé, y ese es un bebé negro, lo que me convertiría en una psicópata racista, y yo no soy eso. Maté al agente bueno y guapo para distraer al FBI y que os dejaran en paz, os di una oportunidad.

—Oh, gracias —replicó irónicamente Trisha.

—De nada. Por cierto, también deberíais agradecerme que no publicara en internet todo lo que encontré en la galería de imágenes del móvil de vuestra amiga. Sabía que podrían rastrearlo si me lo llevaba, así que sólo lo desbloqueé con su huella, copié unos cuantos contactos y después se lo devolví.

—Creíste que matar a Addison pararía la publicación del libro, y ahora creerás que si nos matas habrás ganado definitivamente, pero te equivocas. Hemos estado enviando a la editorial una copia de nuestros borradores cada día, ya no puedes evitar que se sepa nuestra historia —dijo Sarah.

—Iré a la sede y haré explotar los servidores si hace falta, pero eso no me

importa ahora.

—¿Entonces qué quieres? —preguntó Sean en voz baja, provocando que Sally se girara lentamente y le indicara que se mantuviera en silencio.

—El imbécil tiene razón, no tienes ni idea de lo que estás haciendo —dijo Connie, provocando que Sally se detuviera.

—Cállate o conseguirás que nos mate —dijo Trisha a su amiga, que la ignoró y avanzó hacia donde estaba Sally.

—Tu madre no moriría por ti, pero ¿Sabes qué? Tu querido padre se suicidó porque no te quería.

Sally se quedó mirando fijamente a Connie, sin parpadear, respirando tranquilamente. Sarah agarró del brazo a Connie para hacerla retroceder y que se colocara detrás, pero ella forcejeó y se mantuvo frente a Sally.

Connie se había mantenido inmóvil y en silencio desde el hotel, permitiendo que su captora la humillara. Ahora que no tenía escapatoria y seguramente estaba a punto de ser acibillada, no iba a comportarse como una cobarde, tirando por la borda la imagen que se había construido con tanto esfuerzo. Sólo era cuestión de defender su orgullo, y aunque sus amigas no vivirían para contar su atrevimiento final, al menos morirían sabiendo que había sido fiel a sí misma. Si extendía los brazos hacia arriba podría alcanzar los pies de Sally y agarrárselos para derribarla, dando tiempo a sus amigas para intentar trepar fuera del socavón.

—Sean, ayúdala a salir —dijo Sally de repente, precipitando el plan de Connie, que se abalanzó hacia el borde del socavón, provocando que Sally le diera una patada en la cabeza que le hizo tambalearse a ciegas y caer al lodo —. ¿Dónde crees que vas tú sola? Deja que Sean demuestre que es todo un caballero. Vamos, dale la mano.

Sean se acercó al borde del socavón y esperó a que Connie se pusiera en pie de nuevo para ayudarla a subir. Sally se descolgó la mochila de su espalda y empezó a sacar la cuerda que le había sobrado después de maniatar a su madre.

—Preparaos para subir, nos vamos de excursión otra vez —dijo Sally a sus prisioneras mientras ataba las manos de Connie detrás de su espalda—. No, dejad que lo haga sola —ordenó cuando Trisha y Sarah intentaron levantar a Sandy en peso.

—No va a poder hacerlo —dijo Sarah.

—Créeme, lo hará.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Sean, provocando que Sally lo

mirara enfadada—. Se hará de noche antes de que pueda levantarse teniendo los tobillos rotos.

—Ella se lo ha ganado.

—¿Por qué no me matas ya? —preguntó derrotada Sandy, que se acomodó en el fondo del socavón sin intención de moverse de allí.

—Mereces una muerte más emocionante —respondió Sally, que se giró e indicó con la cabeza a Sean que bajara al agujero.

—Que salgan ellas primero —replicó el chico.

—¿Tienes miedo de lo que puedan hacerte estas viejas? —se burló Sally, que empujó a Connie para tirarla al suelo y se acercó al borde del socavón—. Levantadla y dádsela a Sean.

Sean resopló frustrado y empujó un banco hacia el socavón para usarlo como escalera, recogió a Sandy de manos de Sarah y Trisha, la dejó en el suelo de la iglesia y entonces bajó para ayudar a las demás a ir de vuelta a la superficie, donde Sally iba a maniatarlas todas juntas. Margaret fue la última en salir, y cuando pisó una baldosa rota y se tropezó, Sean reaccionó instintivamente y la sujetó para que no se cayera.

—¡Apártate de ella! —ordenó Sally a Sean, que levantó las manos y fue a sujetar la cuerda que unía a las rehenes—. Te has caído a propósito para que te metiera mano. Sé que te gustan los jóvenes, pero mantén tus zarpas lejos de este, es mío.

Sally cogió del pelo a Margaret, la arrastró hacia sus amigas para atarla junto a ellas y empezó a dar vueltas alrededor tirando de la cuerda, obligándolas a girar también.

—¿Nos vamos ya? —preguntó impaciente Sean.

—Estaba comprobando los nudos. Es una cuerda náutica, pero habiéndola comprado en el supermercado cualquiera sabe si habrá pasado un control de calidad real... —respondió Sally, que fue hacia Sean y se quedó a centímetros de su cara—. Yo decido qué hacemos y cuándo —dijo amenazante, y entonces fingió morderle, provocando que él retrocediera enfadado—. Sube las perras al maletero.

—¿Adónde vamos? —preguntó Sarah.

—Cierra la boca y camina.

—Podemos hacerlo, podemos quedarnos calladas, o decir a la policía lo que tú quieras.

—¿Crees que voy a soltaros después de todo esto? —preguntó incrédula Sally, que se echó a reír y señaló con sus pistolas hacia la camioneta—. No

tenemos nada que negociar, no vais a convencerme.

—Puedo darte todo el dinero que quieras, firmemos un contrato de confidencialidad —dijo Connie.

—Oh, dinero, qué oferta tan impresionante. No lo quiero, puedo conseguirlo cuando me apetezca —se burló Sally, que dio una patada en el trasero a Margaret para que la fila de prisioneras acelerara el paso.

—Podemos publicar tu libro en lugar del nuestro —dijo Trisha.

—¿Y qué pasará cuando vean el cambio de tema? ¿Y cuando se den cuenta de la diferencia de calidad con vuestro cuento barato?

—Tu libro puede ser como una segunda parte... O una precuela de nuestra historia.

—Vosotras ya no tenéis historia —replicó Sally, que lanzó las llaves de la camioneta a Sean para que abriera la parte trasera.

—Nos retiraremos, tú ganas... Diremos que la versión de Addison está mal y ya no queremos publicarla, romperemos el acuerdo —dijo Sarah.

—¿Cómo vais a explicar que hayáis desaparecido del hotel?

—Sally, vamos —pidió Sean, que ya había subido las prisioneras a la camioneta.

—Sean, no me interrumpas cuando hablo con los mayores. Vosotras, decidme, ¿Quién os ha traído hasta aquí, por qué? —dijo Sally.

—Un hombre al que no conocemos, no le hemos visto la cara, ha dicho que quería convertirse en una leyenda, un asesino en serie, un famoso. Era alto, por la voz ronca y su forma de hablar debía de ser negro... —respondió rápidamente Sarah, que se calló al escuchar resoplar disgustada a Trisha.

—Sigue —ordenó Sally, que parecía interesada en la coartada que Sarah le estaba ofreciendo.

—Sally, van a encontrarnos —dijo Sean.

—Llévanos de vuelta al hotel, diremos que hemos estado escondidas. Tú puedes volver a donde estuvieras antes de ir a por nosotras, nadie sospechará. ¿Te parece bien?

—Sabe lo que dice, hazle caso —dijo Connie.

—Creo que habéis visto demasiadas películas —respondió Sally, que cerró de golpe la puerta de la caja y fue a coger una piedra de las ruinas de la iglesia—. Sean, pon la lona y baja aquí, deprisa.

El chico obedeció a Sally y tapó la caja de la camioneta por completo, pero antes de que pudiera bajarse para montar en el asiento delantero, Sally arrancó y condujo lejos del bosque a toda velocidad, obligando a Sean a ir

acostado sobre la lona, aplastando a las prisioneras bajo él.

—¡Tú, puta loca, déjame bajar! —gritó Sean cuando pudo llegar hasta la ventana trasera.

—Tenías tanta prisa... —replicó Sally—. Cuida tu lenguaje, chico, no me hagas enfadar.

—Para la camioneta, esto se acabó.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo eres tú quien decide lo que hago? —replicó falsamente impresionada Sally, y después siguió conduciendo despreocupadamente, dando volantazos para que su compinche volviera a perder el equilibrio.

Sean volvió a la ventana trasera y la golpeó hasta romperla, provocando que los cristales cayeran sobre Sally, que se quitó los fragmentos rotos del pelo y se giró rápidamente para golpear al chico, pero él la esquivó.

—Este no es un buen momento para tener nuestra primera discusión de pareja en público, cariño —dijo irónicamente Sally.

—Dijiste que éramos un equipo, y si quieres que siga siendo así...

—¿Estás amenazándome, Sean? ¿Tú, a mí?

—¿Por qué no les disparamos en la cabeza y ya está, por qué sigues conduciendo? ¡Para ya!

Sean se introdujo por la ventana, ignorando los cristales que aún quedaban en el marco, y se abalanzó sobre el volante, intentando obligar a Sally a frenar para evitar que se estrellaran contra una casa o un árbol, pero ella se aferró al volante y pisó el acelerador hasta llegar a la mitad del puente sobre la bahía.

Sally saltó fuera de la camioneta con la piedra de la iglesia bajo el brazo y la dejó en el suelo, cogió su mochila con las pistolas y fue hacia la parte trasera, abrió la puerta y apuntó a Sandy.

—Arrástrate hacia fuera para que pueda soltarte.

—Sally, no tienes por qué hacer esto, aún puedes salvarte —dijo Sarah.

—Oh, Dios ¿Cuándo vas a darte cuenta de lo patética que eres intentando negociar conmigo? Disparaste a tu jefe, te echaron del cuerpo, no tienes ni idea de cómo funciona esto.

—Si no quieres dinero ni publicar tu libro ¿Qué podemos darte? —preguntó Trisha.

—Lo único que quiero es que os calléis, está empezando a dolerme la cabeza —respondió Sally, que cortó la porción de cuerda que unía a Sandy con las demás y tiró de ella para sacarla.

Mientras Sally arrastraba a Sandy hacia el asiento del conductor y la sentaba al volante, Sean terminó de quitarse los trozos de cristal clavados en su sudadera y pudo bajar a la acera.

—¿Y ahora qué? ¡No podemos quedarnos aquí en medio! —dijo Sean, alarmado por lo cerca que estaban del centro del pueblo.

—Coge esa piedra —le ordenó Sally sin atender a su apuro. Había empezado a llover y pronto aparecería la niebla, así que la naturaleza se encargaría de ocultarla mientras cumplía con su cometido divino.

—Tenemos que irnos.

—Coge esa piedra y nos iremos —dijo Sally, que agarró a Sandy por la mandíbula y le indicó que abriera la boca, entonces le hizo tomar sus últimas pastillas de metadona, y cuando comprobó que se las había tragado, le golpeó la cabeza contra el volante hasta dejarla inconsciente. Después le quitó las cuerdas de las manos para atárselas en su propia muñeca, le puso el cinturón, le colocó los pies sobre los pedales y dejó en el asiento contiguo su mochila con armas.

—¿Unas últimas palabras? —preguntó Sally al oído de Sandy, que no podía responder—. Eso pensaba.

—Date prisa con lo que sea que estés haciendo —pidió Sean.

—¿Cuál es tu mejor marcar en apnea? —preguntó Sally.

—¿Qué es eso?

—¿Cuánto tiempo puedes aguantar bajo el agua sin respirar?

—¿De qué estás hablando? No voy a tirarme al agua ahora.

—Lo harás. Yo puedo quitar la piedra, pero si la corriente me aleja tendrás que hacerlo tú —dijo Sally.

—¿Está a punto de venir una tormenta, no puedes bajar al acantilado!

—Vamos a saltar y aguantar en el agua hasta que nos encuentren. Cuando lleguen nos sumergiremos y entonces nos rescatarán. La última vez que me metieron la cabeza en el váter de prisión estuve veintidós segundos, esta vez será menos por la emoción.

—¡No vamos a saltar!

—Pon la piedra en el acelerador y apártate —ordenó Sally.

—¡Sean no lo hagas! —pidió Sarah, que empezó a patear la lona para intentar liberarse.

—¿Qué pretendes hacer después? Nadie va a creer que haya sido ella quien las ha secuestrado, tiene medio cuerpo agujereado y fracturado, no puede conducir —dijo Sean

—No me cuestiones.

—¡Sean, sácanos de aquí, no te delataremos! —dijo Trisha.

—¡Lo juro por mi hijos y mi nieto, no diré nada! —suplicó Margaret.

—Es tu camioneta, todos los vecinos lo saben. ¿Qué dirás cuando pregunten cómo ha llegado hasta aquí?

—Deja de hacer preguntas y obedece, nos quedamos sin tiempo. Diré que he vuelto al hotel porque me encontraba mal, he escuchado disparos, he salido a ver qué ocurría y ella me ha cogido como rehén.

—¡Sácame de aquí, peleemos, tú y yo solas, cobarde! —dijo Connie.

—¿Y qué harás cuando tengas que testificar? ¡Sabrán tu nombre, sabrán lo hiciste hace años!... Las cámaras del supermercado te han grabado saliendo de allí justo antes de que explotara. Sally, estás colocada, no sabes lo que dices... Tenemos que parar —dijo Sean desesperado.

Sally avanzó enfurecida hacia Sean, que retrocedió y se chocó con el lateral de la camioneta, quedándose sin escapatoria cuando ella lo agarró del cuello y empezó a estrangularlo. Pero entonces escuchó sirenas de coches de policía a lo lejos y liberó al chico para ir a por la piedra.

—Al menos me he ahorrado el tiempo de llamarles para pedir socorro —dijo Sally, que arrancó la camioneta y la condujo marcha atrás desde fuera, dejó la piedra sobre el acelerador y se apartó de un salto.

El vehículo salió disparado contra el muro de piedra del paseo marítimo y lo atravesó sin dificultad, cayó al mar y empezó a hundirse rápidamente. Las luces de los coches de la policía del condado ya se distinguían a través de la niebla, así que Sally tenía que darse prisa para saltar.

—¡No lo hagas! —pidió Sean, que fue tras Sally e intentó agarrarla, pero ella lo esquivó y se detuvo en el borde del puente—. Ya no puedes huir, entrégate. Has dicho que pasaste los mejores años de tu vida en la cárcel, querías volver allí. Entrégate, deja que te devuelvan a...

—¡Ya no quiero estar allí! —dijo Sally, que empujó a Sean y lo agarró del brazo para llevarlo al borde junto a ella—. Merezco algo mejor, yo debería tener un ático en Nueva York, yo debería ser la presidenta de una empresa. Quiero ayudantes que me preparen las rayas y recojan las mierdas de mi perro con pedigrí.

—¡Ya es tarde para eso!

—Sean, salta. Salta ya o te empujaré.

—¡No!

—De acuerdo. Si te rompes una pierna al caer al agua...

Sean se sentó en el suelo mientras Sally tiraba de él y consiguió liberarse de la chica, pero antes de poder levantarse y echar a correr para entregarse, Sally lo cogió por las piernas.

—¿Ahora quieres jugar al pilla-pilla? ¿Cuántos años tienes, gilipollas?

—¡No me insultes!

—¡Salta, gilipollas!

Sean se sacó la pistola del bolsillo de la sudadera y amenazó a Sally, que se detuvo, lo miró con desdén y fue a echar mano de sus pistolas, pero ya no las llevaba consigo. Todas sus armas estaban hundiéndose en la bahía junto a Sandy y las amigas de Addison.

—¡Sally, levante las manos, acabe con esto pacíficamente! —dijo Holden.

Sally empezó a caminar hacia atrás hasta llegar al agujero en el muro y saltó al mar antes de que los agentes del FBI pudieran alcanzarla.

Capítulo 37

Un nuevo sol

Cuando los agentes de la policía del condado llegaron bajo el puente de Dandelion Bay, encontraron a cinco mujeres refugiadas bajo una columna, encogidas entre las rocas, abrazadas entre sí para que sus debilitados cuerpos unidos sirvieran de ancla y evitar que las olas se las llevaran de vuelta bajo el agua.

Sally Sugar podría haber nadado hasta ellas y haberse camuflado con el grupo, así que les hicieron ponerse de pie una a una y caminar hacia el barco con las manos levantadas. Al ver que Sandy no se movía, los agentes la apuntaron con sus armas esperando a que se rebelara como la asesina oculta, pero al acercarse comprobaron que era una víctima más y estaba sufriendo una hipotermia severa. Nadie había sabido de ella desde el final precipitado de la rueda de prensa en el ayuntamiento, y con el escenario plagado de cuerpos acribillados, su desaparición había pasado inadvertida.

Tras comprobar que Sally no estaba allí, el barco volvió zozobrando al puerto y las rehenes fueron trasladadas inmediatamente al hospital de Lincoln City. Los agentes siguieron buscando por el acantilado hasta donde la marea les permitía, pero no encontraron a nadie más.

Quien ya había sido detenido y estaba siendo llevado directamente hasta Portland en un furgón blindado era Sean Valentine, que iba a enfrentarse a un juicio como cómplice de los asesinatos de la cajera Nicole, el gerente del supermercado, cinco agentes de la policía del condado, la recepcionista del ayuntamiento, el alcalde Clark, el inspector Billow, y Addison Cooper.

El chico se defendió alegando que él no había disparado a ninguno de ellos ni había planeado las explosiones, y tampoco conocía al completo las intenciones de Sally, pero su implicación era más que evidente. La detención de Norma por su alianza con Carlyle Jr. había enfocado la atención en el papel que habían desempeñado ella y su hijo en la inculpación y desprotección de las amigas de Addison, así que la línea telefónica del hotel y el teléfono móvil de Sean estaban pinchados. Sally pensó que esto podía estar pasando y le dio un teléfono de prepago para comunicarse directamente con él, así que no se

pudo interceptar ninguna llamada. Pero también había un micrófono y una cámara ocultos en la recepción, así que su disparo fallido al agente vigilante quedó grabado en vídeo.

Las pruebas contra él eran suficientes para mantenerle encerrado hasta que tuviera edad de jubilarse, pero aun así intentó justificar su culpabilidad aprovechando su conocimiento sobre las tramas de las novelas negras detectivescas que su madre le había forzado a leer, y dijo que había seguido las órdenes de Sally bajo coacción y amenaza de muerte. Aceptó que había disparado al agente por voluntad propia, pero apuntando al hombro para no causarle la muerte. Después, durante el secuestro de Sandy y las amigas de Addison, se limitó a hacer lo que Sally esperaba de él, pero cuando llegó el momento de deshacerse de ellas, Sean aprovechó que Sally no estaba atenta y soltó una de las cuerdas que sujetaban la lona de la caja de la camioneta para facilitarles la salida a las prisioneras cuando cayeran al mar.

La historia de su conversión final no convenció a la policía, pero las amigas de Addison se apiadaron del chico al saber de su pequeña ayuda y mediaron para que se redujera la responsabilidad del chico. No omitieron de su declaración todo lo que Sean les había hecho a ellas y Sandy, pero quisieron dejar constancia de que él parecía ser un rehén más de Sally. Ellas sabían bien lo que era ser joven e inconsciente y tomar decisiones incorrectas influenciadas por las personas equivocadas.

Mientras tanto, Sandy se desmarcó de la versión de sus compañeras de secuestro y mostró su clara voluntad de que Sean cargara con toda la culpa ante la ausencia de la verdadera culpable. Aún en el hospital, donde se recuperaba de sus heridas de bala y articulaciones rotas, inmóvil en una cama, dio la rueda de prensa que tanto había esperado para anunciar la publicación de su autobiografía. Su caso tenía más interés que nunca, y el precio de su testimonio se había revalorizado tanto como para contrarrestar el remordimiento por sacar del anonimato a las demás víctimas del padre Pepper.

Hacerlo conllevaría una carga de conciencia atormentadora, pero no podía rechazar la oportunidad de volverse de oro contando con todo detalle la jugosa historia que había terminado con la hija secreta que tuvo junto al cura intentando asesinarla.

Mientras estaban en la iglesia, Sally se había tomado la molestia de contarles su viaje en busca de sí misma, así que ahora Sandy tenía toda la información que podía necesitar para reclamar su protagonismo mediático.

* * *

Dos días después de su secuestro, las cuatro amigas de Addison recibieron el alta y fueron llevadas de vuelta a Dandelion Bay para hacer las maletas y marcharse por última vez del pueblo. El hotel había permanecido completamente cerrado mientras la policía forense trabajaba en la recepción y en la habitación que había ocupado Sally, y aunque los inquilinos se temían que el establecimiento seguiría cerrado por la detención de la gerente y su hijo, para cuando terminó el trabajo criminológico, Sean Valentine padre llegó para tomar el control del negocio de su exesposa.

Aunque habían pasado años desde el último contacto con su familia, ahora que ellos estaban en el centro de la noticia y su hotel había sido escenario de varios asesinatos, un secuestro, y había acogido a una asesina en serie, el señor Valentine no iba a dejar pasar la oportunidad de convertirse en un padre y exmarido sufridor por los delitos de su familia, a la vez que se beneficiaba de la calidad de atracción turística que había adquirido el hotel.

Trisha creía que había sido la primera en terminar de hacer su equipaje, pero entró en la sala común y se encontró a Sarah sentada en la repisa de una ventana, con la cabeza fuera, sin importarle el frío viento de primera hora de la mañana.

—¿Le has cogido el gusto a la congelación, estás practicando para criogenizarte tú misma? —preguntó Trisha, que fue directa hacia la máquina dispensadora de tortitas para aprovechar que estaba recién rellena.

—Siempre estáis hablando de los beneficios del aire frío en la piel, así que tenía que probarlo... Además, ha vuelto a salir el sol y quiero aprovecharlo todo lo posible antes de que desaparezca de nuevo.

—Para la hora de la comida ya no tendrás que preocuparte más por eso, he mirado la predicción meteorológica de hoy en Portland y el sol estará fuera todo el tiempo. Te vendrá bien para coger algo de color.

—No creo que vuelva allí hoy mismo, necesito silencio y estar sola.

—No puedes volver a encerrarte en una habitación y esperar a morir de inanición, y menos en este sitio. No voy a permitirlo.

—Estaba pensando en justo todo lo contrario. Quiero hacer un viaje rápido, simplemente seguir la carretera costera hasta que el depósito aguante. Pararé en cada pueblo, comeré el plato de la casa y seguiré conduciendo.

—¿Y qué pasa con Lea?

—Creo que podrá vivir unos días más sin mí. Mi vecina me llamó al vernos en las noticias y dijo que todo estaba bien por allí. Me pidió perdón por no haber respondido antes. Resulta que el día que la llamé desde comisaría estaba dando una entrevista sobre mí.

—Nada como una buena vecina de confianza —dijo irónicamente Trisha.

—Es una traición que puedo perdonar. Ella también tiene problemas de dinero, así que no puedo odiarla por hacerlo. Al menos me queda el consuelo de que se negó a abrirles mi apartamento a los periodistas.

—Lo que no hizo no contrarresta lo que sí.

—No me importa, al menos estoy viva y puedo tomar el sol —sentenció Sarah, que volvió a asomar la cabeza por la ventana y cerró los ojos.

—Eso es un buen razonamiento —dijo conforme Trisha, que movió un sillón para sentarse junto a la ventana—. He soñado con ella.

—¿Con mi vecina? —preguntó Sarah, pero sabía perfectamente de quién hablaba Trisha—. Querrás decir que has tenido una pesadilla.

—No, no ha sido algo traumático, no me ha dado miedo. Ni siquiera me he despertado después.

—Es una secuela normal en este tipo de casos.

—¿A ti también se te ha aparecido?

—No, pero no me importaría que lo hiciera, así podría patearle la cara.

—Vaya, te has despertado guerrera. ¿Qué te dieron en el hospital?

—¿Qué pasaba en tu sueño? —preguntó Sarah, pero en vez de responder, Trisha se levantó para volver a llenar su plato con tortitas—. No es que esté muy interesada en interpretar tu subconsciente, pero quizás pueda ayudarte a digerirlo si me lo cuentas.

—Nosotras estábamos sobre el puente, no estábamos atadas ni amordazadas, pero no podíamos movernos... Al menos yo, vosotras tres estabais detrás y os veía borrosas, no sé si era por la niebla...

—Puedes ahorrarte esos detalles, ve directa a...

—Si quieres que te lo cuente no me interrumpas.

—Al menos deja de comer mientras hablas —dijo Sarah, provocando que Trisha le lanzara una tortita a la cara, pero ella la interceptó y empezó a comérsela.

—Mientras nosotras estábamos en el centro del puente, sin peligro de que cayéramos al agua, Sally estaba en el borde, subida al muro. Tenía una pistola y nos estaba apuntando, pero no para matarnos, sino para que no nos acercáramos a ella. Nosotras íbamos a por ella, no al revés. Creo que

estábamos intentando evitar que saltara, y cuando lo hizo, corrí a por ella... Intenté salvarla.

—¿Por qué? —preguntó desconcertada Sarah.

—No lo sé, es un sueño, no puedes controlar lo que haces. Supongo que incluso dormida tengo que ayudar a la gente y asegurarme de que siga con vida. ¿Crees que estoy obsesionada con mi trabajo?

—No, creo que tienes un problema con tu conciencia. No puedes sentirte mal por dejar morir en sueños a alguien que casi consiguió asesinarlos y mató a nuestra amiga en el mundo real.

—Hasta el final de su vida nadie la quiso de verdad. Hasta el chico la traicionó.

—¿Ahora estás apiadándote de ella? Gracias a que Sean pensó con la cabeza en vez de con la entrepierna y soltó una cuerda seguimos vivos —le reprochó Sarah.

—No, no siento pena por ella, sino por su vida.

—Es lo mismo.

—No, esa chica podría haber sido feliz, podría haber sido diferente si hubiera tenido lo que debía, si de verdad se lo hubieran dado. Sus padres no la criaron ni la educaron, la adoctrinaron y le enseñaron que solamente hay una forma correcta de vivir y todas las demás son un pecado.

—Tú y yo hemos tenido la misma infancia que ella, o incluso peor, y no hemos terminado secuestrando y ahogando gente, sino justo lo contrario, salvamos vidas. No podemos culpar a los Kincaid de que Sally se convirtiera en una psicópata.

—Pero colaboraron indirectamente en que eso pasara.

—¿Desde cuándo eres tan versada en perfiles psicológicos?

—Simplemente siento curiosidad por qué será eso que puede provocar algo así, hacer que alguien brillante, talentoso, joven y vivaz se convierta en un monstruo —dijo Trisha, provocando que Sarah la mirara sorprendida—. ¿Estoy hablando como uno de esos aburridos expertos que aparecen en los documentales de *National Geographic*, verdad?

—Deberías estudiar algo relacionado con la psicología, creo que tienes la aptitud necesaria. Aunque solamente sea para descifrar qué pasa en tu propia cabeza.

—Todo el mundo me dice que debería ser psicóloga o entrenadora emocional, pero yo no lo creo. Ya hice un curso de terapia de regulación de emociones mientras estudiaba la carrera. La teoría está bien, pero al final del

primer turno de casi catorce horas en urgencias, todo lo que has aprendido ya no te sirve de nada. Además, si tuviera un título sería legalmente responsable de lo que le pasara a quien recurriera a mis conocimientos, y no creo que sea tan buena dando consejos.

—Tienes razón —dijo Margaret desde el pasillo.

—Gracias por tu apoyo —dijo irónicamente Trisha—. ¿Cómo ha sido tu primera noche durmiendo sola, has necesitado una lamparita, has echado de menos un peluche?

Sarah miró con desaprobación a Trisha y sacudió la cabeza para señalar lo inadecuado de su comentario, pero Margaret no se mostró afectada, se sentó en el brazo del sillón donde estaba Trisha y empezó a comer de su plato.

—¿De qué estabais hablando? —preguntó Margaret.

—Sobre sueños, sueños locos —respondió Sarah.

—¿Ah, sí? Contádmelos, intentaré interpretarlos.

—No, gracias, ya me ha quedado bastante claro que no estoy bien —respondió Trisha.

—Yo he tenido una pesadilla —dijo Margaret, provocando que Trisha y Sarah se miraran contrariadas—. No ha sido una pesadilla como tal, ha pasado mientras estaba haciendo las maletas. Michael me ha llamado.

—Ya deberías haber bloqueado su número —dijo Sarah.

—No puedo, sigo necesítandolo para poder saber cómo están Mickey y Mary. La cuestión es que quiere reconciliarse otra vez.

—¿En serio? —preguntó Trisha—. Y le has dicho que no, por supuesto. ¿Verdad?

—He pensado que podía estar grabándome para usarlo durante el juicio como prueba de mi desequilibrio mental, así que ni siquiera le he respondido. Pero no, no pienso arrastrarme de vuelta hacia él. Quería que aprovecháramos esta nueva oportunidad que nos ha dado Dios para hacer las cosas bien y olvidar todo lo anterior. Que siga soñando.

—Bien dicho —dijo Trisha, que levantó la mano para que Margaret se la chocara.

Connie entró en la sala arrastrando todas sus maletas y las dejó en la entrada, bloqueando el pasillo.

—¿Podéis ayudarme a cargarlas en el coche?

—¿No puedes tú sola? —replicó Sarah.

—Me duelen las muñecas y cada vez que las muevo me dan calambres. Os pagaré cinco dólares por cada una.

—No tienes que pagarnos para que te ayudemos —dijo Margaret.

—A mí no me importa si lo hace —dijo Trisha, que se levantó de un salto para ir a por las maletas.

Después de que Margaret y Trisha llenaran de maletas el por fin reparado coche de Connie, las tres volvieron a la sala común para esperar la llegada de Rick, que quería darles la última hora sobre los planes de la editorial para su libro.

El hombre había acudido al hospital la noche anterior para informarlas sobre la petición para que incluyeran en su relato los acontecimientos de hasta ese mismo día, pero ninguna de ellas quiso recibirle y tuvo que marcharse sin saber los diagnósticos de sus clientes, no pudiendo compartirlos con la prensa para mantener el interés que se estaba desviando hacia Sandy Kincaid.

Rick apreciaba mucho su tiempo y respetaba su agenda como si su vida estuviera en peligro si se retrasaba más de cinco minutos, y ahora que ya había pasado casi media hora desde la hora acordada para la reunión, las amigas de Addison empezaban a sospechar que su demora se debía a que estaría tramando algo que por supuesto iba a involucrarlas de forma indeseada.

—¿Tengo que ser yo quien lo diga? —preguntó Connie de repente, desconcertando a las demás—. Sé lo que vais a responder, pero quiero que de verdad penséis que lo mejor es...

—No podemos publicar el libro —dijo Trisha.

—No me interrumpas... No te he dado permiso para que me leyeras la mente —replicó Connie.

—¿Por qué no podemos publicar? —preguntó confusa Margaret.

—Ya no merece la pena, será un sufrimiento innecesario —respondió Trisha.

—Pero necesito el dinero... Todas menos Connie necesitamos el dinero. ¿Cómo vamos a seguir pagando nuestras deudas, cómo voy a pagar mi divorcio? —dijo Margaret.

—Si eso te preocupa, yo te prestaré mis abogados y te daré el dinero que necesites —dijo Connie, que entonces se giró hacia Sarah—. A ti también. Pero no podemos publicarlo.

—¿Por qué harías eso, por qué de repente quieres financiarme? —preguntó Margaret desconfiada.

—Cuando la gente famosa tiene problemas con su imagen pública suele participar en causas benéficas o se une a campañas de ayuda humanitaria, y ese es su caso ahora mismo —se adelantó a responder Trisha.

—No quiero ser tu proyecto de beneficencia, prefiero seguir comiendo gracias a los cupones descuento —dijo Margaret.

—No voy a contar a nadie que te he dado dinero. Además, ¿A quién le interesaría saberlo? —dijo Connie.

—Tienes razón, no le importo a nadie —dijo Margaret ofendida.

—No estoy diciendo eso. ¿Dónde crees que va a llevarte tu orgullo?

—¿Tú me lo preguntas?

—El orgullo nos ha llevado a todas al mismo lugar, al maletero de una camioneta y después bajo el mar —dijo Trisha.

—¿Tú vas a aceptar? —preguntó incrédula Margaret a Sarah, que se encogió de hombros.

—Oye, no quiero ser arrogante, pero aceptémoslo: me sobra el dinero. No tengo mucho que hacer con él, y si vosotras podéis aprovecharlo, adelante, cogedlo, ni siquiera tenéis que devolvérmelo.

—¿Puedes transferirme algo a mí también? Me vendrá bien para pagar unas clases de buceo libre, por si alguien vuelve a intentar ahogarme —dijo Trisha, intentando rebajar la tensión.

—¿Tú, Connie Jones, vas a regalarnos algo sin ningún motivo? —preguntó Margaret.

—¿Por qué dices mi nombre en tono despectivo? ¿No puedo tener la oportunidad de cambiar de opinión sobre vosotras?

—Oh, sí. Antes pensabas que éramos unas pobres perdedoras que necesitaban ayuda y no la merecíamos porque éramos culpables de nuestros propios problemas, y ahora somos unas pobres perdedoras a las que solamente tú puedes salvar y de paso usar como prueba de que eres...

—¡No os estoy usando, quiero ayudaros! Y si no quieres mi ayuda, que te jodan —dijo Connie, y acto seguido salió corriendo de la sala.

Trisha fue a por Connie y la alcanzó antes de que llegara a las escaleras.

—¿Tanto te cuesta pedir perdón directamente? Son solamente dos palabras, pocas letras, dilas. «Lo siento», ya está.

—No estoy intentando comprar su perdón —dijo Connie.

—¿Entonces qué es? Yo cogería el dinero sin hacer preguntas, sé que no estás intentando blanquearlo, así que en caso de que lo rechacen, será bienvenido en mi cuenta. Ellas lo necesitan y lo quieren, pero también necesitan una explicación, y creo que tú quieres dársela pero no sabes cómo hacerlo.

—¿Desde cuándo eres psicóloga?

—Voy a empezar a pensar en serio en convertirme en una. ¿Me pagarás tú la matrícula?

Connie intentó bajar a la recepción, pero Trisha le quitó el bolso y empezó a caminar hacia atrás de vuelta a la sala común.

—Deja de comportarte como una niña malcriada y diles lo que sientes —dijo Trisha.

—¿Qué sabes tú sobre lo que yo siento?

—Sé que Margaret no se movió ni un milímetro cuando te escondiste detrás de ella mientras nos encañonaban, y también sé que cuando Sarah pudo desatarse, no se fue, nos ayudó una a una a salir de la camioneta.

Connie se quedó mirando al suelo, mordiéndose el labio para evitar llorar. Su orgullo volvía a impedirle decir la verdad y mostrar el agradecimiento sincero que sentía por sus dos amigas, no podía reconocer cuán importante eran para ella incluso antes de que le hubieran salvado la vida.

—No lo hice para ganar una recompensa ni para recibir una medalla al mérito civil —dijo Sarah, que se asomó al pasillo y se apoyó en la pared, esperando a que Connie diera el siguiente paso para poner fin a su guerra sin sentido contra ella misma.

—No creo que se pueda condecorar a alguien imputado por intento de asesinato —dijo Connie—. Aunque esta podría ser una buena primera vez.

Sarah sonrió y le tendió la mano a Connie, y en cuanto ésta se acercó, le agarró la mano y tiró de ella para abrazarla. Connie no opuso resistencia y le devolvió el abrazo con más fuerza. Margaret apareció tras Sarah y Trisha la empujó para que avanzara hacia Connie, pero ella se resistió.

—¿Sigues en pie la oferta? —preguntó Margaret, a lo que Connie respondió con un fuerte abrazo.

—No deberías sentir vergüenza por reconocer que no puedes hacer algo tú sola. Pedir ayuda no es una humillación. Y eso va por todas —dijo Trisha.

—¿Para ti también? —preguntó Sarah.

—Sí, sobre todo ahora mismo. Voy a necesitar vuestra ayuda para evitar que me detengan por cascarle los huevos a ese gilipollas —respondió Trisha, que señaló hacia el otro extremo del pasillo, por donde venía Rick.

El hombre agitó la mano libre en señal de victoria y aceleró el paso para llegar hasta sus clientes.

—Me alegro de que estéis bien cargadas de optimismo, hoy será un gran día, sin duda —dijo Rick, que dejó su maletín sobre una mesa y empezó a

colocar sillas alrededor para que todos pudieran sentarse juntos.

—No te pongas demasiado cómodo —dijo Sarah, pero Rick la ignoró, se sentó presidiendo la mesa y empezó a desplegar una colección de contratos para entrevistas y colaboraciones en televisión.

—¿Podéis venir aquí, chicas? Acercaos, tomad asiento —dijo Rick.

—Esto es un gran malgasto de papel, tantos árboles muertos para nada. Si Addison lo viera... —se lamentó Margaret, que hojeó un contrato y lo puso de nuevo en el maletín.

—Sé que podría haberos enviado la versión digital para que la firmaseis desde vuestros flamantes ordenadores portátiles, pero prefería que lo hicierais en persona y así poder aclarar vuestras dudas directamente —dijo Rick, que al levantar la vista se encontró a las cuatro amigas de pie frente a él—. Hablar en esta posición es un poco incómodo ¿Podríais sentaros?

—¿Te sientes intimidado? —preguntó Connie.

—Para nada —respondió indiferente Rick.

—Entonces nos quedaremos así, aunque no por mucho tiempo. Gracias por tomarte la molestia de venir, aunque hayas llegado tarde. Ahora ya puedes irte otra vez, estás despedido —dijo Connie.

—¿Qué? —preguntó confuso Rick, que rio e indicó que se sentaran.

—No vamos a publicar el libro —dijo Sarah.

—Por supuesto que vais a hacerlo. Tenemos un acuerdo, tenéis un contrato con la editorial —replicó Rick, que perdió la sonrisa y empezó a rebuscar en el fondo de su maletín.

—Sabemos lo que firmamos y las condiciones que aceptamos, pero ya no estamos conformes. Te estamos avisando con tiempo de antelación para que gestionéis el cese de nuestra relación laboral. ¿Lo he dicho bien, Connie? —dijo Trisha.

—Sí, podrías pasar por una becaria de recursos humanos —respondió Connie.

—No podéis no publicar, eso es imposible. Addison puso todo su esfuerzo, su tiempo y dedicación en escribir este libro —dijo Rick, que se levantó y fue hacia Margaret. Sabía que ella era la más sensible y manipulable de las cuatro, y también quien más se podía beneficiar del acuerdo editorial—. ¿Margaret, cómo vas a salir adelante si no seguimos con esto?

—Encontraré la forma.

—Piensa en lo que perderás si te echas atrás ahora, piensa en cómo se sentiría Addy si...

—No uses ese nombre —advirtió Trisha, que intentó separar a Margaret de Rick, pero ella se mantuvo en su sitio.

—Sé que voy a arrepentirme de esta decisión hasta el día que muera, pero no puedo obligar a otra gente a revivir su dolor solamente para calmar el mío —dijo Margaret, que dio una palmada en el hombro a Rick y lo empujó para que se fuera—. Tranquilo, tú también encontrarás la forma de salir adelante.

—Me parece fantástico que os hayáis llenado de fuerza mental y os sintáis iconos del empoderamiento femenino que está tan de moda, pero creo que se os ha subido la fama repentina a la cabeza y no estáis pensando con claridad. La editorial os llevará a juicio por incumplimiento de contrato y perderéis, os lo aseguro —dijo Rick, que recogió rápidamente las hojas que había esparcido por la mesa y cerró su maletín enfadado—. Me demandarán a mí también, pero tranquilas, podré pagar la multa rápidamente aceptando todas las ofertas que he recibido para hablar de la relación con mi exprometida.

—No te atreverás... —amenazó Trisha, que avanzó hacia Rick y se quedó a centímetros de su cara.

—Firmad los contratos que he traído. Puedo olvidar lo que acabáis de decir y seguiremos trabajando en paz.

—Creo que no has entendido bien lo que hemos dicho. Deberías recordar que ninguna de nosotras dio la autorización final al borrador de Addison —dijo Sarah.

—No necesitan vuestro permiso para publicarlo, solamente sois colaboradoras —replicó con desdén Rick.

—Entonces, adelante, publicad el libro de Addison. Demandaremos por injurias, calumnias, revelación de secretos, atentado contra la privacidad... —dijo Connie.

—No podéis demandaros a vosotras mismas —se burló Rick—. ¿Estáis seguras de que el accidente no os ha dejado secuelas cerebrales?

—*Hidden Witnesses* no es *nuestro* libro, ya no. Es el libro que obligasteis a escribir a Addison. Lo que hemos estado escribiendo estos últimos días es *nuestro* libro, nuestra historia, la de Addison y nuestra. Y no podéis publicarla porque entonces estaríais apropiándoos de algo que no os pertenece —dijo Sarah.

—De hecho, sí podemos. Habéis estado enviando copias de seguridad a los servidores de la editorial, tal como especificaba el contrato.

—¿Qué contrato? —preguntó falsamente confusa Margaret—. Oh, sí, el contrato que firmamos con tinta invisible en un papel transparente mientras

estábamos reunidas en el País de Nunca Jamás.

—No podéis... —intentó responder Rick, pero ya no servía de nada. Había cometido el error de confiar en la debilidad de las amigas de Addison tras su duelo y por eso no había dejado por escrito la nueva condición de su acuerdo, creyendo que podría obtener un doble beneficio de ellas por el precio de una simple colaboración anecdótica.

—Coge tu maletín cargado de mierda y vete —ordenó Trisha.

—Haciendo esto destrozaráis el legado de vuestra amiga —advirtió Rick mientras caminaba hacia la salida.

—Ella lo entendería —dijo Margaret.

—A ti no te importa nada el legado de Addison, solamente te preocupa no recibir tu porcentaje por representación —añadió Connie.

—Esto no va a terminar así, no podéis estafarme. Voy a marcharme en media hora, y en cuanto llegue a la nacional, llamaré a la editorial y les diré lo que estáis intentando hacer.

—No estamos intentando hacer nada, a todos los efectos, te hemos despedido —aseveró Sarah.

—Tenéis cuarenta minutos para arrepentiros, ni un segundo más —amenazó Rick, que salió de la sala caminando hacia atrás, se tropezó con Holden y aceleró el paso para alejarse.

Al ver llegar a la inspectora, Trisha resopló irritada y se dispuso a marcharse, pero Holden le indicó que esperara.

—¿A quién va a detener esta vez, qué hemos hecho mal, no dejar que nos mataran? —preguntó Trisha.

—Por favor, déjeme hablar. No estoy aquí por trabajo —dijo Holden, que se sacó su identificación del bolsillo delantero y se la guardó en el bolsillo trasero.

—Impresionante, vaya cambio ¿Quién es esta mujer? No la reconozco —dijo sarcásticamente Trisha.

—¿La han encontrado? —preguntó Margaret, y Holden negó con la cabeza —. Quizás la atrapó un torbellino y se la llevó al infierno, junto a su querido padre.

—Seguiremos buscando, nuestro trabajo aquí no ha hecho más que empezar.

—Ha dicho que no estaba aquí para hablar de trabajo —dijo Trisha.

—Tiene razón, pero creo que deberían saber que ni la policía ni el FBI van a bajar el ritmo por muchas interferencias que hayan.

—¿Eso es una amenaza? —preguntó Trisha.

—Puede estar tranquila, ya no vamos a publicar el libro —dijo Connie—. Aunque tampoco vamos a olvidar todo lo que han hecho mal desde que llegaron aquí.

—Si fuera inspectora les felicitaría por tomar la decisión más coherente, pero ahora, como yo misma, creo que deberían seguir adelante —dijo Holden, dejando desconcertadas a las amigas.

—¿Quiere que todo el mundo sepa lo inútiles que son? —preguntó Trisha.

—Creo que ya empiezan a saberlo —admitió Holden—. Por eso había venido, si sirve de algo, quería disculparme...

—No tiene que disculparse por hacer su trabajo —dijo Sarah.

—Al principio sospechábamos de nosotras mismas, no era una idea tan alocada —dijo Margaret.

—¿Vosotras os estáis oyendo? ¿Olvidáis que dejó que Carlyle nos interrogara mientras por detrás nos estaba inculcando? —dijo Trisha indignada.

—Si dependiera únicamente de mí, ese hombre ya estaría en prisión de por vida —aseveró Holden.

—Espero que repitas eso alto y claro en el juicio —dijo Trisha antes de salir de la sala.

—Entiendo que estén enfadadas, no pretendo apropiarme de un papel de víctima que no me corresponde, pero ahora yo también he vivido lo que ustedes.

—Trisha se ofusca con facilidad, ha olvidado que usted ha perdido a un compañero y podría haber sido una víctima más. Dos víctimas más —dijo Sarah, señalando al vientre de Holden.

—¿Puedo preguntar qué es? —dijo Margaret.

—Por supuesto, pero no sé la respuesta y tampoco quiero saberla hasta que nazca. Va a ser lo que ella o él quiera ser —respondió Holden—. ¿Les importa si hablo un momento con Sarah?

—Nos vemos abajo. No tardes —dijo Connie, y entonces ella y Margaret se marcharon.

Sarah volvió junto a la ventana y apoyó la cabeza en el cristal para seguir aprovechando el inusual sol radiante. Holden se sentó en el brazo del sillón junto a ella y le dio una tarjeta de visita que Sarah leyó y le devolvió.

—No necesito un abogado, ya tengo unos nuevos.

—Oh, me alegro.

—Connie se ha empeñado en ayudarnos a Margaret y a mí. Según parece, la semana que viene empezaré a trabajar como vigilante de seguridad para su cadena de centros comerciales.

—Lo hará bien, estoy segura.

—Puedes hablarme con confianza.

—Es la costumbre. Insisto en que te quedes esto —dijo Holden, que volvió a darle la tarjeta a Sarah, esta vez del revés—. No voy a insistir si decides... No voy a forzarte a que me llames o me envíes un mensaje, tampoco voy a llamarte si no quieres, pero creo que estaría bien que mantuviéramos el contacto.

—¿Para qué? —preguntó desconcertada Sarah.

—Pensaba que... Tenía la impresión de que podríamos llevarnos bien —respondió incómoda Holden, que intentó recuperar la tarjeta de visita y huir antes de pasar más vergüenza, pero Sarah se la guardó.

—No te beneficiará estar cerca de mí.

—Estos últimos ocho días he vivido con más miedo que nunca, incluso más que cuando vivía en King. No voy a esconderme y desaparecer, no voy a quedarme quieta y terminar arrepintiéndome por no haber dicho lo que necesitaba decir —se sinceró Holden.

Sarah no quiso precipitarse y se limitó a sonreír y desviar la mirada hacia fuera de la ventana.

—Tengo una amiga que también es de King. Creo que le caerías bien si te diera una oportunidad —dijo Sarah.

—Admiro lo valiente que es.

—Está un poco mal de la cabeza, pero es el tipo de locura que hace falta en el mundo.

—Bueno... Creo que te están esperando —dijo Holden, que se puso de pie y retrocedió para dejar pasar a Sarah, pero ella se quedó parada y extendió los brazos con cautela, poco segura de si la inspectora aceptaría un abrazo de despedida. Pero lo hizo, y entonces las dos salieron del hotel.

Holden se despidió de las amigas de Addison agitando la mano y se subió en su coche para dirigirse a la comisaría y proseguir con la investigación que ahora se había extendido por todo el pueblo. Viva o muerta, esperaba encontrar a Sally Sugar y a toda la gente que había colaborado con Carlyle Jr. en perpetuar un estilo de vida corrupto que debía haber desaparecido varias décadas atrás.

Sarah fue junto a su moto y retiró la funda protectora, Connie apareció

detrás y la ayudó a recogerla.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó sorprendida Sarah.

—Ahorrar tiempo para largarnos de aquí —respondió Connie, que en cuanto terminó de doblar la funda tanteó el asiento trasero, buscando la forma más fácil de subirse—. ¿Es mejor que espere a que subas tú primero?

—No voy a llevarte.

—Necesito que me dé el aire.

—Abre todas las ventanas y el techo panorámico de tu coche.

—No me refiero a eso. Quiero ir a contracorriente, sentir la velocidad —insistió Connie. Esperaba no tener que volver a mostrarse soberbia y recordarle la inversión desinteresada que iba a hacer en ella para que la dejara acompañarla en su viaje.

—Tendrás que ponerte algo más de ropa, en media hora el viento que tanto ansías te hará sentir como en mitad de una ventisca —cedió Sarah.

—Nada está más frío que su corazón —bromeó Trisha—. Al final van a ser verdad los rumores que se decían sobre vosotras dos...

—No creo que se quede con Connie Jones pudiendo elegir a Holden, ¿Verdad? —dijo Margaret.

—¿Me habéis espiado? —preguntó Sarah molesta.

—Respuesta incorrecta. Las he arrastrado hasta aquí para daros un poco de intimidad y tú acabas de confirmar sus sospechas —dijo Connie.

—No tengo tiempo para hablar de eso ahora mismo, me voy —se apresuró a decir Sarah, que se montó en su moto e indicó a Connie que se sentara detrás.

—Gracias por la invitación, pero... ¿Has olvidado las leyes de tráfico, o te da igual recibir una multa porque terminaré pagándola yo? Solamente tienes un casco —dijo Connie.

—He olvidado que te mentí —replicó Sarah, que abrió la maleta trasera y cogió su otro casco.

—Lo sabía —dijo Connie.

—¿Y qué pasa con tu coche, se conducirá él solo hasta Seattle? —preguntó Margaret, y entonces Connie le dio sus llaves y se puso el casco—. ¿Estás segura?

—Si vas al volante no podrás mancharme los asientos con migajas de patatas fritas y gotas de refresco.

—Puedo ir dándoselos yo —dijo Trisha—. ¿Por qué no puedo conducir yo, es que no te fías de mí?

—No tienes carnet de conducir.

—Que te jodan —replicó Trisha, que se montó en el asiento del acompañante del coche de Connie y esperó a que Margaret entrara.

—¿Hacemos una carrera hasta el cartel de bienvenida? —sugirió Sarah mientras calentaba las ruedas—. Quien pierda paga la siguiente cena de reencuentro.

—No, ni hablar. Margaret, ni se te ocurra. Voy a bajarme... —dijo Connie, pero ya era demasiado tarde.

Margaret consiguió arrancar el coche bajo la presión de los gritos de Trisha para que se diera prisa y condujo fuera del aparcamiento, y entonces Sarah aceleró para seguirla.